ALEJANDRA FERRARA

¡Que te den algarrobas!

Hay veranos que te cambian...
y decisiones que te devuelven a ti.



CONTENTS

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50

51
52
53
54
55
56
EPÍLOGO

Derechos de autor
© 2026 Alejandra Ferrara
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el

permiso previo por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas o artículos críticos.
Este es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.
Autoeditado por Alejandra Ferrara

Sobre mí

Desde pequeña, me ha apasionado contar historias. Solía escribir pequeños relatos que luego encuadernaba y guardaba como pequeños tesoros. Mi amor por la lectura, especialmente por las novelas románticas, ha sido una constante en mi vida, sumergiéndome en cada historia con el deseo de algún día crear las mías propias. Tras años de imaginar mundos y personajes, finalmente me he lanzado a escribir mis primeras novelas románticas, combinando mi pasión por el amor y las emociones con un estilo cercano y real. Este es solo el comienzo de mi aventura literaria.



@alejandraferrara.escritora



www.alejandraferrara.com

"El secreto de la felicidad no está en hacer siempre lo que se quiere,
sino en querer siempre lo que se hace."
León Tolstoi

1

Estaba hasta la hortensia y lo digo fina… y gráficamente.
Hasta la hortensia de las salidas de tono de mis compañeros, de los comentarios condescendientes, de los "*no te lo tomes a mal, era una broma*" y del desfile de testosterona con corbata que llamábamos "junta directiva".
Desde que entré en la empresa como directora de estrategia en una de las consultoras más elitistas del país (sí, esa clase de sitio donde, si no tienes un MBA, un Tesla y un ego del tamaño de la Torre Picasso, no eres nadie), he tenido que aprender a no pestañear ante frases como:
—Tú, que tienes mano con las emociones, ¿por qué no presentas tú el proyecto al cliente? A las mujeres os queda más natural sonreír.
—Es que si te pones así, pareces histérica. Relájate.
—No te lo tomes como algo personal… era solo una broma.
—¿Estás premenstrual?
A mis compañeros les faltaba tiempo para soltar algún comentario machirulo y a mí, reflejos para no clavarles el bolígrafo en el cuello. Varias veces salté a la yugular verbalmente. Otras, me limité a quedarme callada mientras apretaba los dientes y el estómago.
Y sí, más de una vez, Bea, la de Recursos Humanos, me mandó a casa con un diagnóstico de "estrés agudo y ansiedad laboral". Como si el problema fuera mi sistema nervioso y no el desfile diario de mansplaining, lo que viene siendo esa forma tan masculina de explicarte algo que tú misma le acabas de explicar, con aroma a aftershave de Brumel.
Pero poco se habla (muy poco se habla) del acoso machirulil diario al que estaba sometida. Porque claro, yo era "de armas tomar". Porque

claro, "eres demasiado intensa". Porque claro, "nadie te manda vestirte como para una gala si no quieres que te miren".
A veces me preguntaba si, en vez de entrar cada mañana en la oficina, no estaba entrando en un capítulo de *Black Mirror: versión patriarcado*.
Y ese lunes... fue el principio del fin.
Estábamos en plena reunión. Yo, la única mujer entre una veintena de hombres con nombres como Álvaro, Rodrigo, Javier, Bosco, Cayetano, Álvaro otra vez y uno que se llamaba Israel pero se hacía llamar "Isi" (sí, en serio.)
En la pantalla se proyectaba el futuro del cliente más importante del trimestre: una farmacéutica que quería lavar su imagen tras una crisis de transparencia. Mi equipo había trabajado noches, festivos… y, sospecho, el puente de mayo entero.
Me tocaba a mí presentar las directrices estratégicas. Y lo estaba haciendo. Con claridad. Con seguridad. Con esa voz entrenada para sonar fuerte sin parecer "mandona".
Entonces, justo cuando abrí el gráfico de enfoque multicanal, me interrumpió Ramón, el Director de Alianzas Globales y hombre con chaqueta entallada, sonrisa de cretino y reloj de 9.000 euros que le quedaba grande.
—Perdona, Selena —dijo alzando la mano como si estuviera pidiendo paso para mear—, pero yo creo que estás enfocando esto desde una óptica… demasiado emocional. Ya sabes, te sale natural.
Silencio.
Silencio.
Todos los hombres en la sala evitaron mirarme. O me miraron esperando espectáculo. Yo conté hasta tres. No funcionó. Conté hasta cinco. Nada. Conté hasta diez, pero en ese punto ya me ardían las sienes y sentía cómo el corazón me latía en los oídos.
—¿Disculpa? —le dije con una sonrisa que sabía que daba más miedo que si le hubiese tirado la grapadora a la frente.
Ramón no captó la amenaza. Nunca la captan.
—Lo que digo es que... claro, tú tienes mucha intuición —continuó, como si me estuviera elogiando—. Pero esto es una cuestión de

datos, no de emociones. ¿No sería mejor que Jorge presente la estrategia ante el cliente? Tiene más perfil técnico.
Jorge.
Jorge, que llevaba seis meses en la empresa, que tenía pinta de dormirse en las reuniones y que creía que un análisis de mercado era una excusa para hacer un PowerPoint bonito.
—Claro —respondí, respirando como si estuviera pariendo por dentro —. ¿Y también quieres que Jorge se ponga mi sujetador, ya que va a representar mis ideas?
Se escuchó un ruido. Alguien dejó caer un bolígrafo. Creo que uno de los Álvaros murmuró "uffff" como si esto fuera un combate de boxeo. Ramón abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir.
Y yo, que ya estaba del todo rota por dentro, simplemente añadí:
—Qué hartita estoy… De ti. De esto. De todo. De todos. Así que si me disculpáis, voy a hacer algo radicalmente improductivo: respirar aire sin filtrar por vuestra soberbia.
Cogí mi portátil. Me levanté. Y salí de la sala con los tacones firmes y el alma temblando.
Treinta minutos después, Recursos Humanos me llamaba "para hablar de cómo me sentía" y me citó en una sala con difusor de aromas, como si el olor a lavanda fuera a anular el machismo institucional. Me ofrecieron una infusión, una sonrisa compasiva y otra baja médica con palabras muy suaves. Casi maternales.
—Lo importante ahora eres tú, Selena.
—Claro. Y también lo era el cliente internacional que os he salvado tres veces este trimestre, pero gracias por la flor.
Acepté la baja. Otra más. Porque ya no me salían los discursos brillantes, ni los trajes me cerraban del todo, ni mi estómago toleraba otro café a las 6:00 de la mañana.
Así que me fui a casa a *curarme*.

2

Los primeros días me dediqué a reconstruirme con un plan que, en mi cabeza, sonaba bastante equilibrado:

- Ir al gimnasio por la mañana.
- Pintar flores en un cuaderno de acuarelas para "conectar con mi parte creativa".
- Aprender ganchillo con vídeos de una señora gallega.
- Leer novelas. Ver series. Respirar profundo.
- Comer helado.
- Comer más helado.
- Comer helado como si estuviera en una competición internacional. Litros. Tantas tarrinas que el del supermercado de abajo ya no me preguntaba si quería bolsa.

Intenté meditar, pero lo único que conseguí fue hacer listas mentales de cosas que no estaba logrando.
Me apunté a una clase de mindfulness y me eché a llorar cuando la profesora dijo "observa tu mente sin juzgarla".
Mi salón se convirtió en un santuario de autoengaño. Tenía el difusor de aceites esenciales encendido 24/7, velas que olían a "bosque nórdico al amanecer" y música de pajaritos que, en lugar de relajarme, me daban ganas de tirar la tablet por la ventana.
Y justo cuando pensaba que mi vida iba a convertirse en un spin-off de *Comer, rezar, llorar* versión Chamberí, apareció Claudia, o más bien, irrumpió, porque Claudia no entraba en mi vida como una brisa. Claudia entraba como un vendaval con perfume de patchouli y voz de WhatsApp a 1,5x.

—Vale, te quiero mucho, pero estás fatal —fue lo primero que soltó Claudia al verme.
—Gracias por el diagnóstico profesional. ¿Quieres helado?
—¿Eso que llevas es tu pijama o tu nuevo uniforme de jubilada prematura?
—Es un mono de lino sostenible de Oysho.
Claudia, mi mejor amiga desde que ambas soñábamos con cambiar el mundo (y terminamos sobreviviendo al mundo empresarial), se dejó caer en mi sofá con esa energía suya de vendaval emocional. Traía una bolsa de tela llena de cosas inútiles pero entrañables: libros de autoayuda, pan sin gluten y una botella de vino con una etiqueta que decía: *"para cuando ya nada tenga sentido"*.
—Tienes que irte, Selena —dijo mientras abría el vino como quien inicia una intervención.
—¿Cómo que irme?
—Salir de aquí. De Madrid. De ti misma.
—Ah, claro. ¿Y qué quieres, que me vaya a Nepal a encontrarme entre vacas y sherpas?
—Te lo digo en serio. Tómate un año sabático. No puedes seguir así, el cortisol lo tienes más alto que tus niveles de autoexigencia. Te va la salud en ello.
La miré, helado en mano, con la cucharilla colgando del labio.
—¿Un año sabático? ¿Y me lo vas a pagar tú?
—Pero si cobras una pasta, ¿qué me estás contando?
—Que necesito estar de baja para cobrar esa pasta. Este ático no se paga solo. Ni el gimnasio, ni la ropa, ni la comida bio con nombres en francés… ya sabes, gastos típicos de una soltera independiente sin nadie con quien compartir sus facturas.
—¿Para cuánto tiempo te han dado la baja?
—Para dos semanas… Pero si fuera por ellos, me daban la baja vitalicia con tal de no verme más. Qué asco de hombres. ¡Qué asco más grande les tengo!
—¿Y no puedes conseguir más tiempo?
—Puedo ir a montar un numerito, se me da bien. Poner voz temblorosa, llorar un poco, hablar del vacío existencial. Lo típico.
—Pues hazlo. Y vete.

—¿Irme dónde? —La miré fijamente—. Ni de coña me voy a la India. ¡No voy a volver ahí! La suciedad, la falta de higiene, el caos… ¡sobrevivir fue un milagro!
Claudia me sonrió. Esa sonrisa que siempre viene con trampa.
—¿De verdad vas a tirar de eso? —resopló, porque ella también se acordó.
Del verano en que teníamos veinte años, las mochilas más grandes que nosotras y el cerebro derretido por *Pekín Express*. Nos parecía súper cool eso de viajar de pueblo en pueblo haciendo autostop, ducharse con cubos, dormir en casas de desconocidos y comer cosas que no sabías si estaban vivas o muertas. «*Qué experiencia vital*», decíamos. «*Qué cerca de la cultura local*», repetíamos, imbéciles y felices, mientras reservábamos vuelos al Sudeste Asiático con una facilidad pasmosa y cero neuronas activas.
La realidad fue otra.
Retretes sin puerta. Duchas que eran, básicamente, una manguera enganchada a la pared. Sábana sospechosa, almohadas con bultitos no identificados y cucarachas que, sinceramente, merecían un DNI porque pagaban más derecho a piso que nosotras. Cada día jugábamos a «*¿qué bacteria crees que hemos pillado hoy?*» como si fuera un concurso de la tele.
Volvimos vivas, sí, pero con trauma higiénico de por vida y alguna cagalera por el camino.
—Después de aquello —gruñí, volviendo al presente— tengo claro que mi sistema inmunitario ya ha cumplido. No pienso exponerlo otra vez. Y menos en la India. Ahí sí que no hay mascarilla mental que me proteja.
—¿Y si te digo un sitio más cerca… como Ibiza?
—Ibiza. Fantástico. ¿Qué pasa, ahora me propones hacer un detox de luna llena en Es Vedrà con un chamán que se llama Manel?
—No, pesada. No es un retiro de yoga. Es trabajo. Con sueldo. Y alojamiento incluido.
—¿Trabajo? ¿De qué? Si estoy de baja no puedo trabajar.
Silencio. Sonrisa.
—Me preocupas, Selena. He estado pensando mucho en la mejor opción para ti y… por fin la encontré. Un trabajo de recogida de

algarrobas. Solo que lo harás gratis, ya que no puedes cobrar. Como un voluntariado.
Me detuve. Cucharada al aire. Solo se oía el clinc metálico de la cuchara contra la tarrina de helado vacía.
—¿Recogida de qué?
—De algarrobas, tía. Árboles, campo, aire puro. Cero trajes. Cero tacones. Cero reuniones. Vale que no te pagarán, que por cierto, es algo que hay que contarles, pero te dan alojamiento y comida. Hay playa cerca. Y el propietario de la finca es un hombre mayor que me han dicho que es un amor. Como para espantar tu ansiedad de un plumazo. ¡Dime qué estrés hay ahí!
Y ahí me quedé yo.
En mi salón. Con el pelo sucio, las piernas dormidas y la autoestima a medio gas… considerando seriamente irme a recoger algarrobas a Ibiza.
La ansiedad se rió. Yo, no tanto.
Pero algo dentro de mí, quizá el último resquicio de autoestima o una necesidad absurda de hacer algo drástico, dijo: *"¿Y por qué no?"*

Después de repasar en mi cabeza el último año (como si hiciera zapping de mis propios traumas laborales), me dio una especie de epifanía envuelta en sarcasmo y helado de stracciatella: Yo no me merecía esta mierda de vida.
No me merecía a los cromañones que tenía como compañeros.
No me merecía vivir con el cortisol por las nubes.
Mi empresa no merecía mi talento.
Y, sobre todo, yo no tenía por qué ser la que siempre se rompía mientras ellos se subían el sueldo.
Porque una cosa era tener un mal día, y otra muy distinta era empezar a resignarte. Y yo ya estaba empezando a mirar la resignación con cariño, como quien acepta vivir con un dolor de muelas constante.
Así que sí. Fui a Recursos Humanos. Con el rímel estudiado medio corrido, pelo grasiento tras tres días sin lavarlo, una carpeta en la mano y una decisión tomada.

Me planté delante de Beatriz (la de RRHH, la zen de cartón) y solté, sin pestañear:
—Estoy muy mal.
Ella parpadeó. Yo continué.
—Dos semanas no me dan ni para empezar a procesar el asco que me provoca esta empresa. Te lo juro, Bea. Incluso tú me das asco. Sí, tú. Que se supone que estás aquí para cuidarme y me das un Kleenex y una infusión.
La pobre tragó saliva. Yo ni parpadeé.
—Necesito que me vea una psiquiatra. Mujer. Una de verdad. Que me medique, que me duerma, que me reinicie. Porque esta vez lo noto, ¿vale? Estoy al borde del colapso. Podría cometer… una locura.
Y todo eso lo dije con mi mejor cara de loca funcional. Esa que mezcla sonrisa tensa con ojos de "una palabra más y quemo esta moqueta".
Beatriz tecleó muy rápido. Demasiado rápido.
—Vale, Selena, te consigo una cita para esta misma semana. Y alargamos la baja. Lo que necesites.
—Necesito paz. O por lo menos, dejar de desear tirar por la ventana a todo tío con camisa blanca.

Y así fue como conseguí dos meses de baja médica, un diagnóstico ambiguo y un billete a Ibiza para recoger algarrobas. Como si me fuera la vida en ello.

3

Cuando llegué a Ibiza, algo dentro de mí se encendió.
Un sentimiento de esperanza, de ilusión, como si el universo me estuviera diciendo:
"Ahora sí, Selena, todo va a ir bien."
Porque, vamos a ver… ¿Qué podía salir mal en una isla tan mágica? Playas de postal, colinas de pinos, pueblecitos blancos, mercadillos hippies con velas en forma de estrella y gente que te dice "namasté" sin ironía.
Pues todo. Todo podía salir mal.
Y lo hizo.
La cosa empezó bien. El taxi me recogió en el aeropuerto, yo tenía *playlist* inspiradora en el móvil, gafas de sol, piel radiante gracias a mi último tratamiento con ácido hialurónico y un look de "voy al campo pero con estilo" con pantalones capri blancos, una blusa anudada en la cintura y unos Jimmy Choo de tacón fino que no estaban diseñados para caminos de tierra ni para levantar sacos de abono.
Pero, claro… yo no había venido el primer día a eso. Hasta me vine arriba y pensé:
"Selena Cañadas, estás sanando. Lo notas, ¿verdad?"
El camino era precioso. Tierra blanca, paredes de piedra seca, campos llenos de olivos, almendros, algarrobos (¡algarrobas, allá voy!), higueras… Todo parecía sacado de una peli de sábado por la tarde en La 1, de esas alemanas basadas en novelas de Rosamunde Pilcher donde la gente se enamora recogiendo uvas en un viñedo sin que les pique un solo bicho rodeados de hortensias.
Estaba a punto de llorar de la emoción hasta que el taxi frenó de golpe.

—Señorita, no puedo seguir.
—¿Perdone?
—Que le tengo que dejar aquí. Ya estoy rozando los bajos del coche con estos baches. Si sigo, me cargo el coche.
—¿Pero... me va a dejar tirada aquí, en medio de la nada?
—¿Me va usted a pagar la reparación?
—¿No tiene usted un seguro?
—¿Y usted no sabe que mientras tengo el coche parado, no ingreso dinero?
Y todo esto me lo soltaba mientras bajaba mis pertenencias:
dos maletas Samsonite, una mochila de Louis Vuitton, otra mochila también de Louis Vuitton pero de edición limitada, y dos neceseres de cosmética coreana de marca impronunciable, valorados como un coche de segunda mano.
—¿Quiere que le deje una botella de agua por si se deshidrata? —añadió con sorna, antes de subirse al coche y desaparecer dejando tras de sí una nube de polvo ibicenco y mi dignidad.
—¿Quiere irse usted a tomar por culo?— grité a sabiendas de que ya no me escuchaba. Y allí me quedé.
De pie. En medio de la nada. Bajo un sol que ya no me parecía tan espiritual. Rodeada de naturaleza, bultos y una conexión con una sola rayita que parecía estar meditando.
—Esto. Es. Maravilloso —dije en voz alta, tragándome el sudor y la ironía.
Saqué el móvil, recé para que hubiera cobertura y llamé al número que me había pasado Claudia.
—¿Sí?
—Hola, buenas tardes. Soy Selena Cañadas. Estoy en la entrada del camino de tierra. El taxi me ha dejado aquí porque dice que su coche es demasiado frágil para estos baches. ¿Podría venir alguien a buscarme?
—Voy —dijo una voz masculina.
Y colgó.
Sin nombre. Sin tono amable.
Solo *"voy"*. Cortante. Seco. Y con acento. Uno de esos acentos que te recuerdan que no estás en Chamberí.

Y entonces lo supe. Lo sentí en el estómago.
La magia de la isla acababa de transformarse en tierra, polvo y una hostia de realidad con olor a savia de algarrobo.

Mientras esperaba bajo una higuera, a la sombra, con todos mis bártulos esparcidos alrededor como si fuera una exposición de "urbanita perdida en la naturaleza", empecé a sentir el sudor recorriéndome la espalda.
—Joder… estoy sudando estando parada. No quiero ni pensar el día que empiece a recoger algarrobas… —murmuré, intentando no arruinarme el rímel waterproof.
Observé a mi alrededor. Cuánta belleza, cuánta quietud.
El canto de las cigarras, algún pájaro rebelde, y nada más.
Ni sirenas, ni claxon, ni motos entrando en doble fila.
Solo calma. Una calma tan densa que empezaba a abrumarme.
¿Y si no me acostumbro al silencio? ¿Y si lo mío es el ruido?
De repente escuché un motor a lo lejos. Un coche que dejaba un reguero blanco de polvo a su paso.
Me incorporé justo cuando una pickup apareció levantando más polvo blanco que me envolvió como si me hubieran lanzado harina a la cara.
—Genial —tosí, agitando la mano—. Esto es exactamente lo que necesitaba.
No quería ser borde en mi primer contacto con Vicente, el famoso propietario de la finca. Claudia lo había descrito como un hombre mayor, entrañable, casi un abuelo sabio de postal. Así que forcé mi sonrisa más amable.
La pickup frenó frente a mí. El polvo tardó unos segundos en disiparse… y entonces lo vi.
No, no era Vicente.
Lo primero que pensé fue: *hostia*.
Porque del vehículo bajó un hombre. Y qué hombre. Solo sé que de repente en mi mente sonó una banda sonora: "*¿Quién es ese hombre? Que me mira y me desnuda, una fiera inquieta, que me da mil vueltas, y me hace temblar, pero me hace sentir mujer*".

Alto, hombros anchos, piel curtida por el sol, barba de dos días que parecía diseñada para anunciar cerveza artesanal. Unos vaqueros gastados que le quedaban de pecado, una gorra gris que le quedaba como un guante y una camiseta blanca ajustada que se pegaba a su torso como segunda piel. El aire de alguien que no pide permiso para ocupar espacio.
Parecía sacado de un western pero con Panama Jack.
El tipo que entra en el bar, pide whisky sin hielo y hace que todos los demás se callen.
Y lo primero que me dijo fue…
—¿Dónde crees que has venido?
Ah. Pues qué acogida más… cálida.
Ni un "hola", ni un "bienvenida", ni una mínima sonrisa. El encanto balear, pensé, debe ser minimalista.
—Vaya, qué recibimiento —repliqué arqueando una ceja—. ¿Aquí no os enseñan a saludar primero y preguntar después?
El tío se quedó mirando mis enseres.
Mis Samsonite, mis Louis Vuitton, mis neceseres brillando al sol como si fueran reliquias sagradas. Y no dijo nada.
—¿Qué pasa? —pregunté, cruzándome de brazos.
Ante su silencio, alargué mi mano con toda la elegancia de la Castellana:
—Soy Selena. La nueva trabajadora.
Él me miró. De arriba abajo. Despacio, como si estuviera inspeccionando a una turista que se ha confundido de destino.
—¿De dónde sales tú? —dijo finalmente—. ¿Sabes que las frutas y hortalizas salen de la tierra… y que no nacen en los supermercados?
—¿Perdona?
—¿Y encima vienes con tacones? ¿En serio?
Bajé la mirada a mis Jimmy Choo empolvados y casi los defendí como si fueran mis hijos.
—Estoy viajando. Tengo mi ropa de trabajo en las maletas —respondí con dignidad.
Él sonrió. No una sonrisa amable, sino de esas ladeadas, cargadas de sorna mientras negaba con la cabeza.

—Claro. Seguro que también tienes un tractor de repuesto en el neceser.
Me quedé muda, pero quería gritarle: ¿es que todos los gilipollas me tocan a mí?
No esperé a que recogiera mis bártulos.
Quería que, aún con tacones, comprobara que yo no era de las que se achanta. Así que empecé por los bultos más pequeños y los fui metiendo en la caja trasera de la pickup. Por suerte, él se animó a coger las maletas más pesadas sin rechistar. Una en cada brazo, como si fueran de cartón. Ni un comentario. Ni un bufido. Ni un "¿qué llevas aquí, lingotes de oro?". Nada. Solo silencio.
Cuando todo mi equipaje estuvo dentro, me subí en el asiento del copiloto con la dignidad de una reina destronada. Segundos más tarde lo hizo él.
Apoyó las manos en el volante. Unos segundos. Eternos.
Yo no dije nada. Él tampoco.
Pero podía leer su mente. Lo veía en su mandíbula apretada, en su forma de respirar: *"esta pija no dura ni un día aquí"*.
Pues no, cariño. Para cabezona, yo.
Ambos mirábamos al frente. Como un duelo del Oeste pero sin pistolas. Solo orgullo y aire acondicionado natural.
De repente giró la llave y la pickup arrancó. El motor rugió y nos sacó del polvo como si estuviéramos huyendo de una escena de Tarantino.
En unos minutos, el paisaje se abrió y apareció ante mí una casa ibicenca enorme.
Blanca, con paredes gruesas encaladas que brillaban al sol. Ventanas pequeñas con contraventanas de madera azul añil, un porche con columnas y buganvillas fucsias cayendo en cascada como una melena salvaje. El suelo empedrado llevaba hasta una puerta de madera desgastada, coronada por un arco de piedra.
Un patio amplio, con macetas rebosando geranios, un pozo en un lado y algunas sillas dispuestas al azar.
Me quedé boquiabierta.
No podía evitarlo. Era de postal.
—Guau… —se me escapó.

Él me lanzó una mirada fugaz, medio sonrisa, medio burla.
—Esto no es un hotel boutique, ¿eh? —dijo al fin, con voz grave y calma insolente—. Aquí se trabaja.
—¿Y quién te ha dicho que no vengo a trabajar? —repliqué, ajustándome los tacones como si fueran botas de seguridad.
Me dedicó otra de esas miradas que decían más que mil palabras, como si pensara: *"ya veremos, princesita"*.
—Siéntate en esa silla, voy a avisar a Vicente —me ordenó, señalando una silla de madera y cuerda que parecía sacada de un museo etnográfico.
¿Me ha ordenado que me siente? ¿Así, sin más?
Perfecto. Ya empezaba a pillarle asco. Y eso que me había entrado por los ojos como un cañón.
Por supuesto, no me senté.
Me puse a pasear por la estancia con mis tacones, admirando la perfección de la construcción: las paredes más gruesas que había visto en mi vida, el suelo empedrado, las plantas verdes y frondosas en macetas de barro que parecían saludarme.
—Bienvenida, Selena —escuché a mis espaldas. Una voz cansada, pero cortés.
Me giré y no tuve dudas: Vicente.
Tenía el porte de un hombre de campo curtido, pero en su mirada había paz, esa bondad que no necesita presumir.
—¡Hola! ¿Cómo está? ¡Un gusto conocerle, Vicente! —exclamé, sonriendo con toda mi mejor cara de urbanita educada.
El tío de la pickup apareció de repente y se apoyó en una de las columnas, masticando algo. Lo miré con curiosidad.
¿Almendras? No.
¿Cacahuetes? Tampoco.
¿Un trozo de higo seco?
¿En serio?
—Igualmente. ¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Vicente, ignorando la estampa rural del fondo.
—Muy bien, tiene usted una finca… impresionante. De verdad, cuánta belleza. Estoy abrumada —respondí, poniendo énfasis en el "usted" para marcar contraste con el otro cavernícola.

—¿De dónde vienes?
—De Madrid.
—Caramba, de la capital, ni más ni menos. Pues esto es muy diferente a Madrid.
Vi al maleducado de la columna negar con la cabeza mientras seguía masticando su trozo de higo como si estuviera viendo un espectáculo lamentable.
¿Pero qué cojones le pasaba conmigo?
—Precisamente por eso he venido, Vicente. Porque necesitaba algo muy diferente. Pero no tenga dudas de mí. Soy mucho más de lo que se ve a simple vista —dije, guiñándole un ojo con complicidad.
—No tengo dudas… —sonrió Vicente con sinceridad.
Igualito que el imbécil de la columna.
—Ahora Bruno te acompañará a tu alojamiento, donde esperamos que estés cómoda durante estos dos meses de trabajo duro. Cualquier cosa que necesites, puedes contar con todos los que estamos en la finca. Bruno es mi mano derecha, puedes confiar plenamente en él.
¿Confiar en Bruno?
Ja. Ni en sueños.
Dirigí mi mirada asesina hacia él y le dediqué mi mejor sonrisa falsa. Luego volví a mirar a Vicente y sonreí con toda la cara, como si estuviera frente al mismísimo Papa. Este hombre desprendía tantas cosas buenas que me daban ganas de abrazarlo.
Alargué mi mano para estrechársela con seguridad, como hacía siempre con clientes importantes en la oficina. Solo que… quizá lo hice con demasiada fuerza a tenor de los crujidos que sentí.
—Ah, caray, sí que tienes fuerza —dijo, frotándose la mano mientras yo notaba el crepitar de sus falanges todavía en mis dedos.
—¡Lo siento, Vicente! —me apresuré a disculparme.
—Nada, nada… —rió él, bonachón—. Eso me gusta, una mujer con carácter.
Y ahí estaba Bruno, tragándose la risa con ese higo seco que mascaba como una vaca satisfecha y que no se le iba a atragantar, no. Apreté la mandíbula y pensé: "Que te den… algarrobas."

Estaba convencida de que mi alojamiento estaría en la misma casa de Vicente. ¿Qué menos, no? Un cuartito con vistas a las colinas revestidas de pinos, pajaritos en la ventana y, con suerte, una cama doble.

Pero no.

Bruno me ordenó con ese tono suyo de sargento retirado que volviera a subirme a la pickup. Ni un "por favor", ni un "tranquila, que no está lejos". Nada. Orden militar.

Y entonces comenzó el *rally Dakar ibicenco*.

El camino, más que camino, era un campo de pruebas de tanques. Baches, piedras, socavones que parecían fosas comunes. Yo iba botando en el asiento resintiéndome de glúteos, espalda, agarrándome con uñas y dientes mientras Bruno, claramente, aceleraba adrede.

—Hijo de… —murmuré entre dientes, apretando la mandíbula.

Nivel de asco: máximos históricos.

Cuando por fin frenó, vi la escena: una construcción de piedra junto a un corral de gallinas. Y no un corral cualquiera: aquello era un resort cinco estrellas para aves, con una cincuentena de gallinas entrando ordenaditas a sus cubículos como si fueran huéspedes en el Ritz rodeadas de chumberas y agaves.

Puse un pie en el suelo. El tacón se hundió en la tierra.

Vale… me muevo lo justo. No le voy a dar el gusto a este tío.

Puse el otro pie. Se hundió también.

Resultado: desestabilización.

Tuve que apoyarme en la pickup para no caerme de culo.

Bruno, mientras tanto, sacó un manojo de llaves que parecía de cárcel franquista y abrió la puerta de la construcción de piedra.

Mi cerebro dijo: *"no, imposible, eso no puede ser"*.

Mi intuición dijo: *"sí, cariño, sí puede ser"*.

Y cuando me dio la llave y empezó a bajar mis maletas, lo confirmé: esa era mi nueva residencia.

—Suerte.

Eso fue todo lo que dijo. Ni bienvenida, ni instrucciones, ni un triste consejo. "Suerte".

Se subió a la pickup, arrancó y me dio el tiempo justo de descalzarme a tiempo para no caer de culo. Se largó dejándome envuelta en una cortina de tierra con la misma elegancia que una croqueta olvidada en la freidora.
Yo me quedé allí. Con mis Jimmy Choo en la mano, con mis maletas a mi alrededor y dos palmos de narices colgando.
Juro que me quedé en shock, mirando cómo se alejaba, bloqueada como si fuera un personaje de *Los Sims* sin saber dónde hacer clic.
Finalmente, con el valor de quien abre la nevera después de una mudanza, entré.
De fuera, la construcción tenía encanto rústico. Piedra rojiza, paredes encaladas, techito de vigas. Todo muy "Pinterest rural chic". Pero por dentro…
Ay, por dentro.
Apenas siete metros cuadrados de pared blanca. Una cama de 90 centímetros que parecía sacada de un internado suizo de 1940. Del techo colgaba una rama gruesa con dos cuerdas que, según deduje, hacía de armario.
Había un ventilador de techo que giraba con un crujido amenazador, como si fuera a decapitarme en cualquier momento.
En una pared, sobresalía la mesita: un ladrillo pintado de blanco. En la otra pared, en un hueco bastante grande, unos libros viejos: un manual de horticultura del 83, una Biblia en alemán y un tomo de Danielle Steel con las páginas pegadas por la humedad.
Un espejo diminuto, de esos que deforman la cara hasta parecer un cuadro de Picasso y una mesa con un hornillo a gas que parecía tener más años que yo.
Y un arcón… Y un botijo.
Entonces llegó la revelación: no había baño. Ni inodoro, ni ducha. Nada.
Solo un cartelito clavado en la pared, con un dibujo de una regadera y una flecha.
—No. No, no, no, no, no. —Me llevé las manos a la cabeza—. Esto no puede estar pasando.
Salí fuera como una posesa, y a unos metros descubrí "el baño": una casetita de madera con un agujero en el suelo y, al lado, otra

estancia que no lo era: una de las paredes era directamente el tronco de un árbol, y la única puerta, una cortina que apenas tapaba la dignidad.
Para la ducha, un bidón negro colgado en alto con un grifo, que debía llenarse a mano y calentarse al sol.
Un spa de supervivencia.
Me quedé paralizada.
Yo, Selena Cañadas, con loft en Chamberí, tratamientos de keratina, perfume de Byredo y ginecóloga privada… destinada a cagar en un agujero y ducharme con agua tibia cuando el sol lo permitiera.
Esto era el fin de mi vida. O el principio de otra.
Todavía no lo sabía.

4

No me permití llorar.
No iba a darle ese gusto ni a Bruno ni a la isla. Pero sí necesitaba desgañitarme con Claudia, para gritarle la pedazo de idea de mierda que había tenido y aclarar si lo suyo era una ayuda o una venganza por algo que aún no había hecho.
Cogí el móvil y ahí llegó la nueva bofetada rural: no había cobertura.
Ni una rayita. Ni una "E" de esas que te dejan abrir WhatsApp tres horas después. Nada.
De repente me dio un ataque de pánico. Estaba en medio de la nada sin comida, sin agua corriente, sin cobertura… ¡sola!
En Madrid, miraras donde miraras siempre había humanidad: el cajero abierto a las tres de la mañana, el bazar chino que abría 24 horas, el tipo raro que paseaba a su perro a las cinco, el mendigo que dormía en el banco de la esquina. Aquí, nada. Silencio. Gallinas y cigarras. Y yo.
Respiré varias veces.
Algo había aprendido en mis clases de mindfulness aparte de odiar la voz de la profesora: inhalar, exhalar.
Vale.
Y puse mi mente en acción.
Si algo me caracterizaba era que una vez que empezaba algo no había marcha atrás. Así que: plan de ataque.
Abrí las maletas y empecé a organizar. Eso sí, las abrí fuera, porque eran las maletas o yo, todas no cabíamos.
Error.
No cabía ni la mitad de lo que había traído.
—Vale, Selena, tranquila. Respira. Los vestidos formales colgados en el pseudoarmario, la ropa de diario en el arcón, y el resto dentro de

las maletas…
La teoría estaba bien. La práctica: un desastre.
El pseudoarmario se doblaba con dos vestidos. El arcón olía a humedad y parecía el sarcófago de Tutankamón.
Al final, logré vaciar una maleta y la saqué fuera. La otra la metí bajo la cama porque era solo de calzado. Sí, una Samsonite entera de zapatos. ¿Qué pasa? ¿Acaso alguien sobrevive con menos de quince pares?
Limpié cuidadosamente mis Jimmy Choo, los metí en su maleta como si fueran joyas de la corona y me prometí que jamás los usaría en un terreno agrícola.
Los neceseres eran otra historia.
El primero: sagrado. Skincare de día y noche, higiene bucal, mascarillas capilares, higiene corporal e íntima. Lo dejé en el suelo. Ya me las ingeniaría para usar un tronco, un cubo o una piedra como mesa auxiliar.
El segundo: maquillaje. Ahí sí que no había negociación. Yo no salía a la calle sin maquillarme desde los 16. No iba a empezar ahora solo porque iba a trabajar en el campo.
Vale, estaba ya anocheciendo, así que salí para ver un poco el entorno. Y entonces… me quedé ojiplática.
El sol se estaba escondiendo tras las montañas, regalando un espectáculo de colores anaranjados y rosados que parecía pintado con Photoshop divino. La luz bañaba las paredes encaladas, los árboles se recortaban en silueta, y por primera vez en todo el día sentí calma.
Un pensamiento me atravesó:
Qué atardecer. Qué regalo. Quizás… quizás no había ido tan mal el día.
Spoiler: sí, lo fue, porque aún me quedaba la sorpresa final.

Me estaba poniendo una bata de satén color champán, la única que me hacía sentir humana en medio de aquel corral reconvertido en "loft" rural para dirigirme a la pseuducha, porque no pensaba meterme en la cama pegajosa de sudor y polvo, cuando escuché unos ruidos fuera.

Y no, no eran las gallinas. Eran pisadas fuertes.
Se me heló la sangre. ¿Había jabalís en Ibiza? ¿Lobos? ¿Osos? Dios mío… ¿por qué no investigué un poco sobre la fauna y flora de esta isla antes de venir?
Me acerqué a la ventanita y lo único que vi fue oscuridad absoluta. Ni un farol, ni un alma, ni una sombra. Solo silencio interrumpido por esas pisadas que se acercaban.
Estaba cagada de miedo.
Antes de que se me nublara la razón, abrí de nuevo mi maleta y rescaté mi arma secreta: un Jimmy Choo.
Tacón de aguja, 10 centímetros de poder. Lo suficiente para atravesar a cualquier bestia salvaje.
Me acerqué a la puerta con el zapato en alto, preparada para defender mi integridad como una gladiadora del lujo. Y entonces recordé un documental sobre osos: gritar, hacer aspavientos y no correr.
Perfecto. Plan de ataque listo.
Abrí la puerta de golpe, y con mi Jimmy Choo en mano grité con todas mis fuerzas, moviendo los brazos de arriba a abajo como una energúmena:
—¡¡¡AAAAAAAAAAAAHHHHHHHH!!!
La silueta se frenó en seco.
—Pero ¿qué coño haces? ¿Estás loca?
Era Bruno.
De pie, con una linterna en la mano y cara de no saber si reírse o llamar al 112.
Yo, en bata de satén, despeinada, con un tacón en alto y los ojos inyectados en adrenalina.co
Un cuadro.
—¡Pensaba que eras un animal salvaje! —grité, bajando el zapato y ajustándome la bata para que ninguna mamella saliera a saludar.
—Ya, claro… ¿y pensabas matarlo con un stiletto? —señaló el Jimmy Choo con sorna.
—Era eso o dejar que me atacara. Aunque ahora que lo pienso, tú tampoco es que distas mucho de un animal salvaje…

Él se llevó la mano a la cara, negó despacio y soltó una carcajada breve.
—Definitivamente, no duras aquí ni dos días. Yo no desharía las maletas.
—¿Quieres probarme? —le solté, todavía con el zapato en alto, como si fuera una amenaza real y dándome cuenta de lo erótico-festivo que había sonado.
Él sonrió de lado, ladeando la cabeza y levantando las cejas. Ese gesto suyo… Ese maldito gesto.
—Toma —dijo finalmente—. Una linterna para ir al baño y algunas viandas para cenar. Espabila porque mañana madrugas.
Y se dio la vuelta, dejándome con el corazón en la boca, el tacón en la mano y la sensación inequívoca de que la guerra rural acababa de empezar.

Respiré hondo y decidí enfrentarme a la pseuducha.
Abrí la puerta de madera y allí estaba: un cubículo con un depósito blanco colgado arriba. El aire olía a tierra y a algo que esperaba no fuera moho.
Abrí el grifo resignada, esperando un chorro helado que me dejara sin ovarios. Pero no: el agua salió sorprendentemente cálida.
Claro, el depósito llevaba todo el día al sol, acumulando calor como un spa rural improvisado.
—Mira tú, agua termal gratis. —Sonreí para mis adentros.
Saqué de mi neceser mi jabón corporal más preciado: Velour Corporel de Maison Delacour, un gel que había comprado en París tras leer que "era como ducharse con las lágrimas de una virgen islandesa alimentada a base de arándanos ecológicos": Sesenta euros el bote.
Me lo eché en la mano y lo extendí por la piel mientras pensaba: *A ver, si voy a morir aquí sola, al menos que me encuentren con un cutis radiante.*
El agua tibia resbalaba por mi cuerpo y, aunque intenté resistirme, tuve que admitirlo: me estaba relajando.
Era una de las duchas más precarias de mi vida (en India juré que

jamás volvería a pasar por ello y aquí me encontraba), pero por algún motivo, también la más auténtica.
Volví a mi "habitación" con el pelo húmedo, la linterna tambaleándose y la bata de satén pegada al cuerpo como una segunda piel.
Abrí la bolsa que me había dejado Bruno. Dentro, un trozo de pan, un buen taco de sobrasada y varios higos secos.
—¿Pan? ¿En serio? Con gluten, claro. —resoplé, como si me hubieran ofendido personalmente.
—Y sobrasada. Grasa pura. Maravilloso. Justo lo que recomienda mi nutricionista.
—Ah, y cómo no… higos secos… Nunca los he probado… Y hoy no será el día… ¡Qué mala pinta!
Pero el hambre era más fuerte que mis principios *gluten free*.
Le di un mordisco al pan… y me quedé inmóvil.
—Hostia.
Nunca, repito: NUNCA había probado un pan tan bueno.
Crujiente por fuera, tierno por dentro, con un puntito dulce y ese regusto a… ¿anís?
—¿Pan con anís? —dije en voz alta, con lágrimas en los ojos—. ¿Pero qué fantasía es esta?
Era oficial: aquel pan artesanal me estaba provocando un orgasmo gastronómico.
Me tragué otro bocado, sobrasada incluida, y suspiré. Cerré los ojos… mastiqué despacio saboreando cada bocado.
Yo, la que presumía de *healthy lifestyle* en Instagram, estaba devorando gluten y grasa como si no hubiera un mañana.
Los higos los dejé para otra ocasión. Esa pinta de hez seca no invitaba a probarlos.
Me tumbé en la cama estrecha, con la tripa llena, la piel suave y el corazón todavía acelerado por la escena del "Jimmy Choo contra la fauna salvaje".
Quizás, solo quizás, el campo no era tan terrible. Aunque Bruno sí. Qué asquete de hombre.

5

Me costó conciliar el sueño.
Normal, después de un día así: emociones desbordadas, ataque de pánico, silencio sepulcral (porque en Chamberí siempre había sirenas y cláxones de fondo), el ventilador que crepitaba como si fuera a salir volando y, por si faltaba algo, un colchón y una almohada que claramente no eran de visco, sino de la era medieval.
Y justo cuando, milagrosamente, me había dormido… grité como una loca porque un gallo me cacareó. En la oreja. O al menos así lo sentí.
—¡¡¡AHHHHHHHH!!!
Me incorporé de golpe. El corazón a mil.
Dios mío, esto iba a ser así cada día. No necesitaba despertador: ya tenía el peor de todos, ¡y no se callaba!
Ni él, ni las gallinas. Era una orquesta desafinada sin pausa.
Me rendí.
Decidí salir fuera, aunque aún no sabía si era madrugada o postapocalipsis.
El sol apenas despuntaba en el horizonte, tiñendo todo de naranjas y rosas como una pintura imposible. El aire era fresco, puro. Los pájaros hacían su concierto, las gallinas su propio *remix*.
Suspiré.
Hubiera pagado por un té matcha con hielo en vaso de cristal, con pajita de bambú y mi vela aromática de fondo, para poder disfrutar de semejante espectáculo con todos los sentidos (porque había decidido que no volvería a tomar café. Me recordaba a oficina, a estrés, a cortisol).
Pero no.
Yo tenía… un botijo, porque la botella de agua que traje del

aeropuerto ya me la había bebido.
Lo había visto anoche en un rincón de la estancia y me había hecho gracia. Ahora lo agarré, recordando esa imagen de Paco Martínez Soria en las pelis de mi abuelo, bebiendo con arte de aquel invento prehistórico.
Me animé. ¿Por qué no?
Me incliné, giré el botijo, intenté apuntar… y el agua salió disparada en chorro directo a mi nariz.
Tragué, sí, por la nariz, tosí, me dieron arcadas, me atraganté, y acabé con el pijama de verano de satén a juego con la bata empapados y la dignidad hecha papilla.
—Perfecto, Selena. Muy rural. Muy auténtico. —murmuré, escurriendo el satén como si fuera una fregona y notándome la voz claramente nasal.
Y allí estaba yo: despeinada, con ojeras, oliendo a sobrasada del atracón de la noche anterior y chorreando agua de botijo. Me liberé de la bata y la colgué del espejo para que fuera secando.
Estaba tosiendo y teniendo arcadas al aspirar por la nariz cuando de pronto escuché una voz detrás de mí:
—¿Tienes problemas con la tecnología punta?
Era Bruno. Observando la escena como quien ve un sketch de *Muchachada Nui*.
Yo me giré, empapada, con el botijo aún en la mano y cara de querer tirárselo a la cabeza.
Pero no quería que me viera flaquear, así que, toda digna, dejé el botijo en el suelo, me erguí con los brazos en jarras y le solté como quien no quiere la cosa:
—Ya era hora de que vinieras, hace rato que estaba esperando. ¿Aquí cuándo empezáis a trabajar?— Con voz que claramente indicaba que tenía agua estancada en los cornetes nasales.
Me di cuenta de que Bruno estaba inquieto mirando a cualquier sitio menos a mí.
—Pues para estar esperándome, podrías hacerlo con la ropa de trabajo. No creo que vayas a trabajar con… así.
Seguí la dirección de su mirada y me dieron ganas de cavar un agujero en la tierra e introducirme como las gallinas en su corral: ¡el

pijama de satén, empapado del sudor de la noche y el desastre del botijo, dejaba que mis "mamellas", pezones incluidos, saludaran bajo la tela como si fueran dos radares buscando cobertura!
Quise morir de la vergüenza pero evidentemente no se lo hice saber:
—Me gusta estar cómoda en casa. Como no me habéis informado absolutamente de nada… Como comprenderás no esperaba visita.
—Perfecto, pues por favor, cámbiate, te espero en la pickup.
Cerré la puerta y llevé ambas manos a mi cara… Ay, Dios, ay, Dios. Abrí una de las maletas, saqué mi camisa blanca de lino de Loro Piana, unos Levi's cortos deshilachados, mis zapatillas Golden Goose, gorra Prada y gafas Céline. Me peiné, me maquillé como pude en el espejo que hacía que pareciera la hermana perdida de Rossy de Palma y, en 20 minutos, salí.
Allí estaba Bruno, apoyado contra la pickup, brazos cruzados y cara de funeral.
—Veinte minutos… —resopló—. Para mí que has planchado las arrugas del campo una a una.
—Perdona, ¿quieres que me presente con el pelo como un estropajo y ojeras de camionero?
—Quiero que te presentes, punto. Aquí el campo no espera a nadie, ni aunque lleve las gafas de sol más caras de la isla.
Bufé, me ajusté la gorra como si fuera a una fashion week en mitad de un gallinero, y me subí al asiento.

Bruno, contrariamente al día anterior, parecía haberse levantado con ganas de hablar, porque me soltó la retahíla como si fuera el sargento de la mili:
—En cuanto te despierte el gallo, te levantas, te vistes y das de comer y beber a las gallinas. Para cuando lo hagas ya tendrás los sacos y herramientas de limpieza de sus excrementos en la puerta… Recoge los huevos y los dejas en las hueveras de la entrada.
Yo me quedé con una ceja arqueada. ¿Limpieza de qué? ¿De mierda?
—Cuando hayas acabado, pillas la bici que tienes detrás del alojamiento. Ese será tu medio de transporte para moverte por la finca, e incluso para ir al pueblo si necesitas algo. Como

comprenderás, tengo mucho trabajo y el de chófer de Miss Dior-Botijo no se incluye.
—Perdona… —le interrumpí, levantando la mano como en una reunión de oficina—. ¿El trabajo no era para recoger algarrobas?
Suspiró como si acabara de confirmarle que era idiota integral.
—Estamos en julio, las algarrobas se recogen a mitad de agosto como muy pronto. Como decía: tu primer trabajo será encargarte de las gallinas, y después cogerás la bici y te dirigirás a la casa de Vicente. Debes estar a las nueve allí porque se sirve el desayuno.
—Vale, desayuno a las nueve, anotado —dije como si fuera la asistente de Miranda Priestly.
—Una vez desayunes, te dirigirás al huerto donde hay cultivos de melones y sandías. Te mostraré cómo hacer la recogida. Después iremos al otro huerto donde hay cultivo de tomates, pimientos y berenjenas. Te mostraré también cómo recogerlos. Para finalizar, iremos a las feixes donde te mostraré la recogida de higos, higos chumbos, manzanas, albaricoques, peras y ciruelas. Cada día te daré indicaciones de dónde debes ir.
Me estaba entrando claustrofobia solo de escuchar la lista.
—Toda la recogida la irás organizando en cajas. Hoy te acompañaré en toda la faena —añadió con sorna—. Tampoco es que tenga mucho misterio, pero teniendo en cuenta de dónde vienes y que dudo que hayas visto un higo chumbo en tu vida…
Yo sonreí con los labios apretados. Por supuesto que no había visto un higo chumbo… ni ganas.
—En agosto, te vas a dedicar, además, a la recogida de almendras y algarrobas. Lo importante es que a las tres estés de nuevo en casa de Vicente para comer. Tendrás toda la tarde libre para hacer lo que te dé la gana. ¿Entendido?
Apreté los puños, como quien firma un contrato con el diablo.
—Entendido.
Me lanzó unos guantes que rescató de la guantera. Me miré la manicura y me entraron unas ganas terribles de llorar. Una manicura tan perfecta iba a sufrir un holocausto uñil en cero coma… aquello iba a ser Vietnam en mis manos. Pero el drama se me pasó en cuanto desvié la vista al volante y observé las suyas.

Qué manos más grandes, fuertes, masculinas… Lo que podían hacer esas manos en mi cuerpo. Las imaginé recorriéndome entera y tuve que tragar saliva.
—¡Selena!
—¿Qué? —di un respingo como si me hubieran pillado viendo porno en horario laboral.
—Que si necesitas hoy ir al pueblo para comprar cosas y cargarlas, entiendo que no lo podrás hacer en la bici. Por tanto, avísame con tiempo para que me organice.
Lo miré de reojo. Muy bien, Bruno: tú con tus manos de anuncio de colonia masculina y yo con mi mente depravada pensando en usos alternativos.
—Vale, perfecto —contesté, digna, como si no llevara cinco minutos fantaseando con él como una enferma.
Él volvió a fijar la mirada en el camino, serio, como si no se hubiera dado cuenta de nada… pero juraría que sus labios esbozaron una sonrisa.

6

Bruno condujo la pickup atravesando campo tras campo donde ya había hombres trabajando, enseñándome el recorrido que, a partir de ahora, me tocaría hacer en bici: huertos, frutales, corrales… todo bien mascadito, como si me estuviera preparando un examen de supervivencia. Nivel granja escuela. Aprovechó también para enseñarme el resto de la finca: cuadras con dos caballos y un burro, porqueras con varios cerdos, conejeras, rediles para las cabras y ovejas… Una balsa enorme que llamaban safareig que era para regar los campos… Cuando acabamos la vuelta, me llevó al comedor para desayunar.

Seguí a Bruno con paso ligero, intentando que el crujido de mis zapatillas de marca no desentonara demasiado en aquel ambiente bucólico. La estancia me dejó con la boca abierta: minimalista, muy blanca, con paredes encaladas y una ventana de muros anchos que enmarcaba una colina de pinos verdes que parecían pintados. La mesa, de madera maciza y llena de nudos, estaba puesta como en un anuncio de turismo rural: bandejas de frutas recién cortadas, tostadas aún humeantes de pan recién hecho, mermelada casera, mantequilla que parecía nata sólida, sobrasadas y butifarrones, leche recién ordeñada de cabras y ovejas, y quesos que olían a gloria bendita.

Apenas estaba digiriendo semejante espectáculo cuando apareció una mujer de mediana edad, sonriente y radiante, como si se hubiera escapado de un anuncio de "Ibiza con encanto".

—Buenos días y bienvenida —me dijo directamente, y después, sin darme tiempo a procesar nada, añadió—: ¿Quieres que te prepare unos huevos revueltos?

Me quedé tan abrumada que casi me da un cortocircuito mental. Yo, acostumbrada a mis desayunos minimalistas de yogur de coco con muesli, frutos rojos y todo muy *healthy*, me sentía en Disneylandia calórica.

—Eh… ¿Podría ser una infusión con hielo? —balbuceé, intentando sonar amable.

—Claro, aquí fuera tenemos sembradas varias variedades: manzanilla, menta, hierbabuena…

—Hierbabuena con menta sería ideal, pero si me dice dónde están voy yo misma en un momento. —Como si yo supiera diferenciar ambas.

—No, por favor —me sonrió—, tú dime qué necesitas y yo te lo preparo. Por cierto, me llamo Eulalia.

Y fue dicho y hecho: en un abrir y cerrar de ojos tenía frente a mí un plato de huevos revueltos, la infusión con hielo y, de añadido, un cuenco con frutos secos de la temporada pasada y una manzana brillante que parecía retocada con Photoshop.

—¿No comes pan? —me preguntó Eulalia, inclinándose hacia mí con esa mezcla de curiosidad y cariño de las madres.

—Es que no puedo comer gluten… Intolerancia —respondí bajito, como si me diera vergüenza confesarlo.

—¡Pero mujer, avísame! Tengo pan de plátano y algarrobas recién hecho.

Casi se me cae la mandíbula. ¿Un paraíso *healthy* aquí, en medio de Ibiza rural, con gallinas como vecinas? No me lo podía creer.

Mientras yo intentaba decidir si llorar de felicidad o de estrés digestivo, Vicente apareció, saludando con su energía calma. Se sentó en la mesa con Eulalia y Bruno, y poco a poco la estancia se fue llenando: una docena de trabajadores que venían solo durante el día. La mayoría eran marroquíes y senegaleses, hombres de manos curtidas y sonrisas tímidas que saludaron con un "buenos días" lleno de musicalidad.

Me vi de pronto rodeada de una mesa larga, multicultural, llena de panes, frutas, quesos y gente que me miraba con curiosidad como si yo fuera la nueva atracción del zoológico.

La mañana me pasó volando: Bruno estuvo en todo momento explicándome cómo y cuándo recoger las diferentes frutas, qué herramienta usar, cómo no destrozar los productos de la tierra y, básicamente, cómo no ser una inútil. Todo en un tono condescendiente, claro, porque yo le duraba, según su mirada, dos telediarios. *Spoiler*: iba a demostrarle que podía rendir como cualquier otro trabajador… aunque solo fuera para que se tragara su sonrisita de medio lado.
Error.
Porque después de toda la mañana currando al sol, cuando a las dos y media todos los trabajadores cogieron sus bicis, motillos o piernas y desaparecieron hacia sus casas, Bruno me dejó en mi "loft" y yo me desplomé en la cama cual croqueta recién frita. Ahí entendí que lo mío con el campo iba a ser un "love-hate relationship". Me había quemado viva porque, en mi infinita sabiduría (y la presión de Bruno), olvidé ponerme protector solar. ¿Cómo iba a arreglar ese desaguisado? No lo sabía, pero Clarins no estaba preparado para esta batalla.
Antes de que Bruno marchase, conseguí reunir fuerzas para pedirle si podía acompañarme al pueblo esa tarde. Asintió con un "mmm" tan seco como el campo en pleno agosto. Así que aproveché para ducharme, cambiarme y ponerme un vestido bonito. Lástima que las sandalias quedaban descartadas: las marcas que tenía en los pies parecían el mapa del metro de Madrid, con sus líneas cruzadas y hasta su correspondencia en Moncloa.
Monté en la bici, una BH que llevaría descatalogada por lo menos 40 años, y pedaleé hasta la casa grande, llegando puntual para la comida. Fue bastante menos concurrida que el desayuno: solo Bruno, Vicente y Eulalia. Pero no por ello menos familiar. Bueno, *familiar* si tu familia son dos hombres que parecen salidos de un western y una mujer que debería tener su propio show de cocina rural a lo Martha Stewart en Netflix.

Eulalia dejó sobre la mesa un plato de queso blanco con membrillo y se sentó a descansar, mientras Bruno y Vicente se servían vino de una garrafa. Yo, con mi vaso de agua con hielo y rodaja de limón,

porque la diva healthy nunca muere, aproveché para sacar mi vena periodista de *Harper's Bazaar*.
—Entonces, a ver… —empecé mientras jugueteaba con una uva—. Todo lo que recogemos, ¿a dónde va?
Vicente sonrió con esa calma de señor sabio del campo.
—Pues mira, boixa, todo lo que recogemos se va al mercado local o a algunos hoteles y restaurantes. Y lo que sobra, lo regalamos a vecinos o se usa para alimentar los animales.
—i¿Para alimentar animales?! —casi me atraganto con la uva—. ¿Entonces los animales comen mejor que yo?
Eulalia se rió tanto que vi cómo le rebotaba la barriga.
—Hija, aquí no se tira nada. Las cabras comen mejor que muchos turistas.
—Las gallinas también, ya lo verás —añadió Vicente con toda la pachorra del mundo.
Bruno, que no había abierto la boca en toda la explicación, decidió meter la pullita:
—Tranquila, no te preocupes, que tus manitas urbanitas no van a recoger para Wall Street. Todo se aprovecha. Y las algarrobas, esas sí que son negocio.
Me giré hacia él con una ceja arqueada.
—¿Negocio? ¿Con unas vainas marrones que parecen caca de perro gigante?
Lo dije sin pensar y Eulalia casi se atraganta de la risa, mientras Vicente asentía con toda la seriedad.
—Pues sí. La algarroba se usa para harina, para piensos y hasta para postres. Hay helados de algarroba.
—¿Helados? —me quedé muerta—. ¡Y yo sufriendo porque en Madrid me vendían el helado vegano de matcha a precio de riñón y medio!
Bruno dio un sorbo a su vino y, sin mirarme, soltó:
—Pues aquí te saldrá más barato: un par de horas sacudiendo ramas bajo el sol y te ganas la tarrina.
Le lancé una mirada asesina, pero Vicente, con esa calma suya, puso punto final:
—En agosto entenderás lo que es una buena algarroba.

Yo me recosté en la silla, con mi vaso de agua, pensando que en mi próximo currículum iba a poner: *Experta en logística frutícola y distribuciones algarroberas*.

Me eché una siesta de campeonato, de esas que te resetean el cerebro. Y claro, como buena exdirectora de estrategia, hasta mis sueños eran reuniones donde me aplaudían por mi buen hacer.
Hasta que un ruido insistente me sacudió la escena. Abrí los ojos y descubrí que los aplausos eran Bruno, zarandeándome como a una alfombra.
Abrí un ojo con esfuerzo y, para mi desgracia, vi a Bruno inclinado sobre mí.
—¡Selena! —me gritaba, con esa cara de "madre que despierta a su hijo adolescente".
Intenté apartarlo con un manotazo soñoliento, pero calculé mal y le metí un dedo en el ojo que lo apartó unos pasos atrás. El silencio se hizo denso. Él me miró fijamente con el ojo bueno. Y justo cuando mi corazón empezó a latir como si estuviera en un after a las seis de la mañana…
—Límpiate la baba —susurró, con una media sonrisa que me dieron ganas de borrarle a guantazos.
Me pasé la mano por la comisura de los labios, rezando porque fuera mentira, pero no: había un hilillo de baba traicionera brillando como diamante en el desierto.
—¡Tú eres imbécil! —le espeté, roja como un tomate.
Él se rió por lo bajo mientras se apoyaba en la pared.
—Qué espectáculo me estás dando, madrileña… y eso que aún no has empezado.
Yo me quedé tumbada, deseando que la tierra me tragara… porque no tenía claro si lo que realmente me había puesto del revés era la baba o haberle metido el dedo en el ojo al capataz de la finca.

Tras retocarme el maquillaje y el pelo y coger el bolso, me subí a la pickup de Bruno. El asco que le tenía iba in crescendo: odiaba su sobradez, su altivez, sus manos tan varoniles, su mandíbula tan

masculina, su cara, su cuerpo… todo él… Porque es que estaba buenísimo y odiaba lo que me hacía sentir entre las piernas…
Por suerte, el paisaje que se abría ante mí me quitó la tontería de encima. Una iglesia sobre una colina daba la bienvenida al pueblo, pasando por un puente romano que daba más vértigo por lo estrecho que por lo alto, y un pueblo de postal me esperaba: cuidado, limpio, coqueto, con edificios bajitos y un ambiente en las calles que me daba ganas de sacar un abanico y gritar: ¡guiris go home, este sitio me lo quedo yo!
Intentaba concentrarme en ese cuadro idílico, pero no era fácil cuando a centímetros de mí tenía a Bruno conduciendo la pickup como si aquello fuera una extensión natural de su cuerpo. Sus manos en el volante, grandes, morenas, venosas, con uñas limpias a pesar de trabajar en el campo, me hipnotizaban más que las vistas. Cada vez que cambiaba de marcha, el antebrazo se tensaba y yo tragaba saliva como si acabara de correr una maratón.
Y por si fuera poco, sus piernas… madre mía, esas piernas largas, firmes, que se movían acompasadas al pisar el embrague, el freno, el acelerador. Intenté mirar a través de mi ventanilla, contar los árboles de la avenida, inventarme historias de los pueblerinos… cualquier cosa con tal de no pensar en lo que podrían hacer esas manos y esos brazos en mi cuerpo. Pero nada, mi mente era un campo de batalla entre Ibiza rural experience y Cincuenta sombras de Bruno.
Mi momento de maravillamiento lo cortó la voz seca de Bruno:
—¿Qué necesitas del pueblo?
—Cosas de decoración… y kombuchas. Necesito hacer el espacio mío.
—Perfecto, en ese caso ya sé dónde dejarte.
Y así, como si fuera mi chófer particular (pero sin traje, sin sonrisa y sin agua Fiji en la guantera), me dejó plantada delante de una tienda y me soltó:
—Ya te pasaré a recoger.
"*Pues vale, Uber rural edition*", pensé.
La tienda era un paraíso. Cogí un carro y empecé a llenarlo con todo lo que me haría sentir menos refugiada de posguerra: una hamaca

para colgar entre dos árboles, un espejo de esos que te devuelven tu imagen real, velas aromáticas, un cojín, una mini nevera para mis kombuchas, una lámpara de pie, un jarrón de cristal para flores, una balda para maquillarme dignamente y, cómo no, caprichitos random que en Madrid hubieran quedado preciosos en Pinterest pero aquí seguramente terminarían llenos de gallinaza.

Cuando pagué y salí con mi compra, me encontré sola. Bruno había desaparecido. De repente, mi móvil, ese aparato que pensaba más muerto que Chanel sin transparencias, empezó a vibrar con una cascada de notificaciones. ¡Dios! ¡Lo tenía olvidado!

Mensajes de mi madre, mi hermano, Claudia… Hice una llamada rápida a mi madre *("sí, estoy viva, no, no me he casado con un payés todavía"*), mandé un audio a mi hermano y luego… llamé a Claudia. Y vaya que si la llamé:

—¡SELENAAAA! —gritó mi amiga—. ¿Pero dónde cojones te han metido?

—¿Dónde me he metido? ¡No, perdona, dónde me has metido tú! ¡Eso no es un alojamiento, eso es un atentado contra los derechos humanos!

—Exagerada…

—¿Exagerada? El baño parece la antesala de *Saw*, el wc es un agujero que no tengo idea dónde lleva, tengo que ducharme con un depósito de agua y por despertador tengo un gallo que empieza a berrear antes de las seis y media como si fuera el solista de *Los Panchos*. ¿Pero no se suponía que el anuncio era para recoger algarrobas? Pues algarrobas, ni una… pero cagadas de gallina, melones y tomates a pleno sol y media insolación… a kilos.

—Bueno, tú céntrate en el trabajo, que te irá bien.

—Trabajo, mis cojones.

—¿Y Vicente qué tal te trata?

—Vicente es un encanto. El que es un borde de manual es el capataz.

—¡Cuenta!

Silencio. Porque no sabía cómo describirlo sin incriminarme. Y entonces caí en la peor trampa: abrir la boca de más.

—Bueno… le tengo mucho asco, ¿vale? Pero está buenísimo. Pero buenísimo, rollo… que con esa cara y esas manos… te mete un buen polvo y te resetea el Windows 95 que llevas de serie, con pitido de reinicio incluido. Y eso es lo que necesita: un buen polvo. Porque está amargado, no, lo siguiente; más seco que la mojama. Vamos, una auténtica lástima de hombre…
Un carraspeo detrás de mí me cortó la respiración.
Giré despacio, como si estuviera en una peli de terror, y ahí estaba Bruno, apoyado en la pared, brazos cruzados, cara seria y esos malditos ojos miel taladrándome.
—Eh… Claudia, te dejo, que tengo… cosas de la finca.
—¿"Cosas de la finca"? Cariño, dime que al menos… —y colgué antes de que soltara otra bomba.
Roja como un tomate, con las orejas ardiéndome en pasión, le solté a Bruno lo primero que me vino a la cabeza:
—¿Pero tú de qué vas? ¿No sabes que las conversaciones privadas no se escuchan?
—Yo solo he venido a recogerte. Eres tú la que se ha puesto a gritar a medio pueblo que necesito una "buena follada".
Tragué saliva. Muy fuerte. Intenté responder con dignidad, pero lo único que me salió fue:
—Pues… pues… ¡no se te ocurra tomártelo como un cumplido!
Y subí al coche, esta vez deseando que me tragara el asiento de la pickup y me escupiera directamente en la Castellana.
Bruno arrancó el vehículo sin decir nada, con esa mandíbula apretada que parecía tallada en piedra. Yo, mientras tanto, fingía estar fascinada con los escaparates como si fuera la primera vez que veía una tienda en mi vida.
De repente, su voz grave me sacó del trance:
—Así que me tienes mucho asco, ¿eh?
Me giré hacia él, arqueando las cejas.
—No te lo tomes como algo personal, ¿vale? El 90% de la humanidad me da mucho asco. Tú solo entras en la estadística.
Sus labios se curvaron apenas, lo justo para hacerme hervir más.
—Ya… es que suelo causar ese efecto en mujeres como tú.

—¿Mujeres como yo? —repetí, indignada, con la vena del cuello a punto de explotar—. ¿Perdona? ¿Y qué demonios significa eso de "mujeres como yo"?
—Urbanitas —contestó con calma, sin mirarme, como si hablara del tiempo—. Gente que se cree que la leche viene del tetrabrik y que el campo es un decorado para hacer yoga al atardecer.
—¡Oye! —me incorporé en el asiento como si quisiera lanzarme a su cuello—. Yo no soy ninguna niñata pija de ciudad, ¿vale?
—No, claro que no —ironizó él, dándole un golpecito al volante—. Seguro que mañana te levantas a las seis deseando limpiar el gallinero porque es tu pasión oculta.
Lo miré con odio, con tanto odio que si las miradas matasen, él ya estaría sembrando patatas en el más allá. Pero, para mi desgracia, Bruno parecía divertirse más con cada réplica, como si mi cabreo fuera su deporte favorito.
—¡Eres un capullo integral! —solté, golpeando el salpicadero con la mano para darle más dramatismo—. ¡No me conoces de nada para juzgarme de esta forma!
Él giró apenas la cabeza, con esa media sonrisa que me sacaba de quicio.
—¿Y me lo dices tú? La misma que me ha juzgado como amargado, penoso y… —hizo una pausa a propósito, bajando la voz—, bueno, follable.
Abrí la boca, pero no me salió sonido.
—¡Eso era una conversación privada! —repliqué al fin, con las orejas ardiendo—. ¡No tenías derecho a escuchar!
—Yo no escuché —dijo encogiéndose de hombros, como si no fuera con él—. Yo simplemente estaba ahí.
Me tapé la cara con las manos un segundo, deseando que me tragara la tierra.
—De verdad… eres insoportable.
—Lo sé —replicó con toda la calma del mundo, cambiando de marcha—. Y aún así, no puedes quitarme los ojos de encima.
Me quedé helada.
—¿Perdona?

—Tus ojitos llevan media hora alternando entre el paisaje, mis brazos y mis manos al volante. Si quieres, conduzco sin camiseta, te ahorro esfuerzo.
Por instinto me puse las gafas de sol al instante. Casi me atraganto con mi propia dignidad.
—¡Estás enfermo!
Él sonrió, muy satisfecho.
—No, enfermo no. Observador.
—Necesito kombuchas. Acércame al herbolario más cercano.
Bruno alargó el brazo derecho a la parte de atrás y cogió una bolsa que dejó sobre mi regazo. Kombuchas. Había ido a comprarme kombuchas…
—Gracias. Todo un detalle, viniendo de ti…
Me giré hacia la ventana, jurando en silencio que no iba a mirarle nunca más en la vida…

Juro que no me dio un ictus de casualidad, porque en mi interior se estaba gestando el mal… El demonio Lilith quería salir a arrancarle la piel a tiras. Suerte que llegamos justo a tiempo, antes de expulsar el ente diabólico que llevaba dentro. Me bajé de la pickup, agarré mi compra como si fuera un trofeo y le espeté un "gracias" seco como el desierto del Sáhara.
—¿Qué te debo de las kombuchas?
—Nada, tranquila.
Y lo dijo partiéndose el culo de risa.
¿Quería llevarme al límite? Pues enhorabuena, lo estaba consiguiendo.
—¿Qué se supone que te hace tanta gracia? —pregunté, domando como pude al demonio interior que ya estaba calentando para la Champions.
Bruno se apoyó en la ventanilla con esa sonrisita que merecía cárcel.
—Hasta mañana, Cañadas.
¡Dios! ¡No podía con él! Mi única esperanza era la siguiente: apenas tendría que coincidir ya con ese ser humano irritante. Tenía mi bici, sabía lo que tenía que hacer en el trabajo, podía ignorarlo en los

desayunos y comidas y dedicarme a tratar con el resto de la humanidad, que seguro era mucho más amable.

Lo tenía clarísimo: de ahora en adelante, cero contacto. Ni una mirada, ni un comentario, ni un roce accidental. Un plan infalible. Porque de lo contrario me iban a tener que provocar un exorcismo.

Lo que nunca me imaginé que probaría… y ahora no puedo parar de comer

Pan de plátano y algarroba

(sí, esto también está bueno… no me mires así)

Hay un momento en la vida en el que te das cuenta de que has cruzado una línea.
En mi caso, ese momento fue cuando probé un trozo de **pan de plátano y algarroba**… y no solo no lo odié, sino que pensé: *"vale, necesito saber hacer esto"*.
No sé en qué punto exacto mi vida pasó de brunch en Madrid a… esto, pero bueno.

Ingredientes

(cosas que jamás pensé que compraría voluntariamente)

- 3 plátanos muy maduros *(cuanto más feos, mejor… como algunas decisiones que he tomado últimamente)*
- 3 huevos grandes
- 1/4 taza de aceite de coco derretido (o de oliva suave)
- 1 ½ tazas de harina de almendras (o avena sin gluten)
- 1/2 taza de harina de algarroba
- 1 cucharadita de canela
- 1 cucharadita de bicarbonato
- 1 pizca de sal

Opcional (pero recomendable si quieres aparentar que sabes lo que haces):

- pepitas de chocolate o nueces

Cómo hacerlo sin perder del todo la compostura

1. Precalienta

El horno a 180º.
Engrasa un molde alargado.
(sí, esto va en serio)

2. Base húmeda

Machaca los plátanos hasta hacerlos puré.
Añade los huevos y el aceite y mezcla bien.
(no pasa nada si parece un desastre, es parte del proceso… como mi vida ahora mismo)

3. Mezcla seca

En otro bol, mezcla:

- harina
- algarroba
- canela
- bicarbonato
- sal

Importante: remueve bien la algarroba.
(porque se apelmaza… igual que yo cuando aparece Bruno)

4. Unión

Junta todo y mezcla suavemente.
NO batas como si te fuera la vida en ello. Esto no es una pelea. Todavía.

5. Horneado

Vierte la masa en el molde.
Si quieres parecer profesional: corta un plátano por la mitad y ponlo encima *(yo lo hice y, sinceramente, quedó espectacular)*
Hornea 45-50 minutos.

6. Prueba del palillo

Si sale limpio → milagro conseguido
Si no → dale unos minutos más (como a ciertas conversaciones incómodas)

7. Reposo

Déjalo enfriar unos 10 minutos.
No lo toques antes.
Confía en mí.

Resultado

Un pan oscuro, esponjoso, con un sabor entre chocolate y especias… que hace que te replantees muchas cosas.
Entre ellas, si el campo tiene algo que ver con que esto esté tan bueno.

Nota mental: Igual el problema no era el sitio. Igual era yo…

O igual sí era el sitio. Todavía no lo tengo claro.

7

Ramón, el gallo, me despertó puntual a las seis y pico de la mañana. Sí, le puse Ramón, por el director de alianzas globales de mi empresa, me causaba el mismo efecto: ganas de clavarme un boli en el tímpano.

Me había acostado agotada después de darle cariño a mi "loft". Eso sí, necesitaba ayuda para colgar la hamaca (casi me dejo los dedos como salchichas Frankfurt en el intento), la balda y el espejo. Y sí, me negaba rotundamente a que la ayuda viniera de Bruno. Al carajo con él.

El resto de caprichitos ya lucían en la estancia dándole mi toque personal. Hasta me dio tiempo de recoger unas flores silvestres que ahora reinaban en su jarrón de cristal. Empezaba a sentirme algo mejor, como si el feng shui me hubiera dado un abrazo.

Me puse mi uniforme de trabajo (vaqueros cortos, mis zapatillas, blusa blanca de lino anudada, mi gorra, mis gafas de sol y mis guantes en el bolsillo que protegerían mi manicura) y me dirigí al corral después de practicar con el botijo. Y sí, había mejorado la técnica: por fin bebía por la boca y no por la nariz. ¡Victoria!

Cuando salí, Bruno ya había dejado el saco de comida y el cubo de agua para las gallinas. Entré en el corral con la confianza de una ejecutiva, cerrando un acuerdo millonario… error.

Las gallinas me miraron como si fuera una diva de ciudad perdida en un corral de pavos: desconcierto primero, agresividad después. En cuanto bajé la bolsa de comida, se me tiraron encima en plan película de Hitchcock.

—¡Apartaos, coño! —grité intentando mantener la dignidad mientras decenas de picos afilados me convertían las piernas en un campo de batalla.

Intenté espantarlas con la gorra, con patadas pero nada surtía efecto. Yo chillaba, ellas cacareaban. La escena era dantesca.
Al final logré lanzarles la comida como quien reparte billetes en una rave y corrí hacia la puerta con el glamour de una top model… atropellada por un rebaño de gallinas.
Apoyada en la verja, jadeando, me revisé las piernas: llenas de picotazos. "Perfecto", pensé. "Ya puedo pasar por la versión campestre de Carrie, pero sin sangre falsa: la mía es real".
Aproveché que estaban inmersas en el festín para entrar con las herramientas y limpiar sus casetas, recoger los huevos, colocarlos en las hueveras que Bruno había dejado en el exterior, ponerles agua y rastrillar las heces que metía en una carretilla. Lo hice a velocidad supersónica. Pánico me daba que se revolvieran de nuevo contra mí.
Una vez salí del corral y dejé las hueveras a la sombra, me metí en la ducha para limpiar la sangre de mis piernas.
—Mierda, voy a pillar la malaria… como mínimo, el tifus… Cogí la bici y me dirigí a casa de Vicente en busca de Eulalia.
—Eulalia, buenos días, ¿no tendrás alcohol o algún otro desinfectante para mis piernas?
Eulalia dejó lo que tenía en las manos y se llevó las suyas a la boca.
—¡Pero, qué te ha pasado, criatura!
—Un ataque gallinil… ¿desde cuándo las gallinas son tan agresivas?
Entonces escuché una voz grave y pausada. Vicente estaba sentado en un rincón de la cocina, seguramente conversando con Eulalia antes de que yo irrumpiera como un tornado, con la calma de quien no tiene prisa en la vida. Habló como si cada palabra pesara.
—Las gallinas no son agresivas, boixa, son territoriales. Si entras en su casa sin avisar, se alteran. No atacan… defienden lo suyo.
Me quedé callada, con las piernas ardiendo y cara de no entender nada.
—¿Defenderse? ¡Pero si parecían pirañas con plumas!
Vicente añadió:
—Ellas saben leer la energía. Y tú entraste con miedo. El miedo lo huelen. Les das inseguridad… y entonces ellas se crecen.
Eulalia, mientras tanto, revolvía en el botiquín.
—¿Ves? —dijo él con serenidad—. El campo no se domina con fuerza

ni con prisas. Aquí se entra despacio, con respeto. Si las miras a los ojos y les hablas bajito, ni se mueven.
Me ardían las piernas como si me hubiera restregado guindillas, mientras él seguía en su tono zen:
—Aprenderás. El corral es como la vida: si vas corriendo, te llevas picotazos. Si respiras hondo y caminas con calma, todo fluye.
—Ya, claro —resoplé, mientras Eulalia me embadurnaba de alcohol —. La próxima vez les recito un mantra y les pongo velas aromáticas, a ver si así me respetan.
Vicente sonrió apenas, con esa media sonrisa sabia de abuelo que ha visto de todo.
—No subestimes el poder de la calma, muchacha. Aquí, quien corre… pierde.
—¿No deberían vacunarme del tétanos o algo? —pregunté, mirando mis piernas cual mapa topográfico de picotazos.
Y justo entonces, como si alguien hubiera pronunciado tres veces su nombre en un ritual satánico, apareció Bruno en la puerta. Apoyado en el marco, brazos cruzados, esa maldita sonrisa ladeada que ya me estaba provocando urticaria.
—A quienes deberíamos vacunar es a las gallinas —espetó con sarcasmo.
Me callé, ni lo miré. Sonreí a Eulalia con todas mis fuerzas, como si ella fuera mi tabla de salvación. Me incorporé y, por dentro, recitaba un mantra: *no me alteraré, no me alteraré, no me alteraré…*
Vicente, que parecía disfrutar viéndonos en ese tira y afloja silencioso, añadió con toda su calma zen:
—Bruno, hijo, las gallinas solo defienden su espacio. Igualito que las personas.
—Sí, claro —replicó él, lanzándome una mirada de reojo—. Algunas lo hacen a picotazos… otras con la lengua.
Me mordí el labio tan fuerte que casi me hago un piercing gratis. El ente diabólico dentro de mí empezó a aplaudir de pie y a pedir una ola.
—Eulalia, gracias por el alcohol —dije con una voz tan impostada que debería haber tenido mi propio pase en los Goya—. ¿Desayunamos? —pregunté mirando a Vicente y a Eulalia, como si

Bruno no existiera, como si fuera un holograma musculado y cabrón plantado en la puerta.
Desayuné de forma distendida con el resto de trabajadores, que fueron llegando escalonadamente. Me senté entre ellos, decidida a forjar nuevas alianzas estratégicas (a lo *Juego de Tronos*, pero con pan de algarroba) y, sobre todo, lo más lejos posible de Bruno, para que no se me atragantara el desayuno.
Tan solo su presencia me provocaba ansiedad, y encima ahora andaba más erguido que nunca. Normal, después de haber escuchado que yo lo consideraba un buen polvo. Seguro que estaba encantado de llevar por la finca su nuevo título honorífico: *Don Follable*.

Tras desayunar, me uní a la cuadrilla que se dirigía al campo. Íbamos charlando sobre sitios a los que podría escaparme en mis tardes libres y, especialmente, los fines de semana, mis días de descanso. Me hablaban de calas escondidas, mercadillos hippies, fiestas patronales… y mi imaginación volaba. Por un momento pensé que aquello tampoco iba a ser tan malo: quitando mi loft rural de pesadilla con el aseo de los horrores y, por supuesto, a Bruno, casi todo era perfecto.
Claro que eso lo pensé a primera hora de la mañana, cuando empezamos con la recogida de melones y sandías. Aquellas condenadas pesaban un huevo. Daba gracias a mis horas en el gym con las pesas rusas, porque mis lumbares eran de titanio. Pero claro… en el campo no hay aire acondicionado, fíjate qué despiste. Y teniendo a Bruno merodeando por allí como el sheriff de la finca, yo no pensaba darle el gusto de verme floja ni medio segundo.
Hasta que, dos horas después, el sol me dejó KO. Primero empecé a ver borroso, luego todo blanco, después sudor frío y… blackout.
Cuando recuperé la consciencia, la escena era digna de una película de Almodóvar: Ahmed poniéndome agua en la frente, Dú sujetándome las piernas en alto y Pepe abanicándome con las manos como si fuera Cleopatra en sus horas bajas. Yo solo podía balbucear:
—Que no me vea Bruno… que no me vea Bruno…

—Tranquila, no pasa nada. Bruno comprende… yo también me desmayé una vez —me dijo Ahmed, intentando tranquilizarme.
Y justo entonces, lo escuché. Esa voz grave, esa sombra que me eclipsaba el sol, esa presencia que era peor que el gallo a las seis de la mañana.
—¿Qué pasa aquí?
Abrí un ojo y lo vi: Bruno, brazos en jarras, disfrutando del espectáculo como si fuera la verbena del pueblo.
—¿Qué va a pasar? —respondió él mismo, con una sonrisa que merecía un puñetazo—. Que la señorita "gluten free" no aguanta ni dos melones seguidos.
Las carcajadas de los demás no ayudaron en absoluto a mi dignidad.
—Muy bonito —mascullé, todavía medio tumbada—. ¿Se te ocurre otra gracia o ya has cubierto el cupo del día?
Él ladeó la cabeza, encantado con su show.
—Claro que se me ocurre: si quieres, te traigo un abanico para que Pepe descanse. O mejor, te ponemos un toldo, no sea que te derritas al sol.
Fue escuchar lo del toldo y levantarme como un resorte, de golpe y porrazo, como si jamás hubiera perdido el conocimiento.
—¡Estoy perfectamente! —grité, roja de rabia y calor, sacudiéndome la tierra del pantalón—. ¡No necesito toldos, ni abanicos, ni tu sarcasmo de saldo!
Bruno arqueó una ceja, con esa calma suya que era gasolina en mi fuego. El resto de compañeros se dispersó.
—Mira qué milagro… parece que resucita.
Se escucharon risas a lo lejos. Yo, en cambio, quería clavarme una sandía en la cabeza para desaparecer.
—Bebe agua, anda… Te ha dado un síncope porque estás deshidratada —me dijo mientras me lanzaba una botella. Yo la bebí de golpe, como esos hombretones de anuncio que se bajan una jarra de cerveza en un solo trago.
—No bebas tan rápido…
—¿Quieres dejar de decirme lo que debo o no debo hacer?
—Muy bien —contestó con esa calma que me ponía de los nervios—. Haz lo que te dé la gana, pero ponte a trabajar ya.

Así que, por orgullo, me enchufé la botella entera como si estuviera en un concurso de *a ver quién mea antes*. Lo miré fijamente mientras bebía, como si aquello fuera un duelo al sol.
Un rato más tarde, mientras cargaba un melón, entendí de golpe a qué se refería. Mis tripas se rebelaron como si alguien hubiera soltado una lavadora en centrifugado dentro de mí. El sudor frío volvió, pero esta vez no era por insolación: era la inminente traición de mi aparato digestivo.
Mi baño estaba a cinco minutos en bici. Mi asterisco estaba a tres segundos de rendirse.
Respiré hondo, apreté las nalgas con la fuerza de un torno hidráulico y, con toda la dignidad posible, anuncié a mis compañeros:
—Voy a por otra botellita de agua. Vuelvo enseguida.
Caminé con paso firme aunque por dentro tenía las nalgas más apretadas que la tapa de un bote de pepinillos. Y cuando estuve fuera de su vista, busqué desesperada un matorral donde liberar mi… ira acumulada.
Lo encontré. Me lancé. Me bajé los pantalones sin quitarme los guantes de trabajo con la urgencia de quien desactiva una bomba a cinco segundos de estallar. Y entonces pasó lo inevitable: descargué la presión líquida mientras me caían lágrimas de pura humillación.
—Yo, Selena Cañadas… —susurré lloriqueando—. Nunca me había visto en esta situación… ¡y es el segundo día!
De repente, escuché un ruido. Giré la cabeza y me topé con una cabra mirándome fijamente a los ojos mientras masticaba tranquilamente parte del matorral.
—¡Vete! ¡Vete, por Dios! —le grité con el poco orgullo que me quedaba.
Joder, ¿qué más podía pasar? Ah, sí… lo peor: no tenía papel.
—¡Ay, Dios, ay, Dios! ¿Por qué me pasa esto? ¿Qué intenta decirme el universo? ¿Que tampoco encajo aquí?
Respiré profundo, intentando tranquilizarme. Para colmo, las piernas se me estaban quedando dormidas en la postura acuclillada y no podía levantarme sin arriesgarme a otro incidente. ¿Me limpiaba con los guantes de tela que llevaba puestos? No podía, los necesitaba para volver al trabajo. Busqué alrededor con desesperación y

arranqué unas hierbas que parecían lo bastante blanditas para improvisar de papel higiénico.
—Vale… perfecto… esto es lo más cerca de la naturaleza que voy a estar nunca… —me animé en voz baja, usando las hojas con cautela.
Conseguí levantarme poco a poco. Intenté andar, pero las piernas estaban tan dormidas que parecía Bambi sobre hielo.
Y entonces escuché voces a lo lejos:
—¿No sabéis dónde ha ido? —era Bruno—. Daré una vuelta, a ver si le ha pasado algo.
¿Se estaba… preocupando por mí? Mi rayita de autoestima, que hasta hacía un minuto estaba por debajo del suelo, subió de golpe como un cohete de la NASA.
Hasta que sentí lo peor: un picor en el culo, concretamente en el orto, como si me hubieran encendido una hoguera en carne viva.
—¡Ay, la madre que me parió! —gemí con voz ahogada—. ¡Que me he limpiado con ortigas!
Pues sí, el universo todavía tenía más sorpresas preparadas para mí… Y Bruno se estaba acercando a la zona… No tenía escapatoria, ¿qué le iba a contar?
De repente, mi mente creativa (mientras el orto me ardía en carne viva) resolvió el problema: cogí a la cabra por el collar y caminé como pude con ella… Hasta que Bruno nos vio. Le cambió el semblante enseguida relajando su siempre cara tensa:
—¡Dori! ¿Dónde estabas, preciosa?
Me quedé de piedra. Estaba buscando a la cabra… no a mí.
—Estoy bien, gracias —solté sin pensar.
Bruno arqueó una ceja.
—¿Y por qué deberías estar mal?
—¿Y por qué no?
—Y dime… ¿qué haces tú aquí en vez de estar trabajando? El segundo día y ya empiezas a escaquearte.
—He ido a por más agua y me encontré esta cabra que parecía perdida. La estaba llevando con sus compañeras. ¡Perdón por tener iniciativa!

—Gracias… —respondió con esa ironía suya—. Y ahora vuelve al trabajo. Tengo que hacer una entrega urgente a un hotel.
Me di la vuelta y caminé hacia la bici… Ay, la bici. ¿Cómo demonios iba a sentarme en el sillín con el culo ardiendo como si llevara brasas?
—¿Te pasa algo? —escuché su voz detrás, justo cuando estaba intentando andar digna.
—A mí no, ¿y a ti?
—¿Siempre tienes que contestar con una pregunta?
—No, ¿y tú?
Él bufó, divertido.
—Eres muy desagradable, ¿te lo habían dicho antes?
La verdad es que sí. Y, casualmente, todos eran hombres. Y, casualmente, todos del ámbito laboral pero, no iba a darle la razón. Antes me volvía a fregar el culo con ortigas.
—Nunca, así que háztelo mirar… Mira lo que provocas: que una tía tan maja como yo se vuelva más antipática que un orco. Y solo contigo, ojo. Pregunta al resto: todos me adoran.
—Menos charleta… tira.
—¿Podrías hablarme como si no fueras un terrateniente colono del Mississippi y yo una pobre trabajadora del algodón?
Se limitó a bufar, se subió a la pickup y, antes de arrancar, me remató con un:
—Y, por cierto, quítate lo que tengas en las zapatillas. Andas como si tuvieras ortigas en el culo.
Me quedé helada, con cara de póker, mientras él se alejaba dejando una nube de polvo. ¡Mierda!

Cogí la bici y pedaleé como cuando tenía 8 años y silbaba la melodía de "Verano azul" en el pueblo de mis abuelos, de pie, sin apoyar mi pobre trasero en el sillín y mucho menos silbando.
Hice parada técnica en casa de Vicente y recorrí todas las estancias buscando a Eulalia hasta que la encontré tendiendo sábanas al sol.
—Eulalia, me ha pasado algo horrible… —dije con voz temblorosa.
—¿Qué te ha pasado, querida?

—He tenido una urgencia… anal… y me he limpiado con ortigas porque no sabía que lo eran.
Eulalia se llevó las manos al pecho como si hubiera oído un pecado mortal.
—¡Bendito sea el evangelio, criatura! Ven, acompáñame…
—Que no me vea Bruno, que me va a regañar… —susurré mirando alrededor como una fugitiva.
—No te preocupes, hija, aquí solo estamos nosotras.
—Y de esto ni una palabra, ¿eh, Eulalia?
—Tranquila, tranquila… —dijo con esa sonrisa maternal que, paradójicamente, no daba nada de tranquilidad.
Cortó con sus manos firmes una hoja de aloe vera del jardín, la abrió con un cuchillo y me tendió un trozo brillante y viscoso como si fuera el santo grial.
—Métete en el baño y úntate bien con esto, ya verás qué alivio.
Yo lo miré con recelo.
—¿Esto? ¿Esta babaza verde? ¿Me la pongo ahí… ahí?
—Ahí mismo, querida. Donde escuece.
Entré en el baño resignada, con el trozo de aloe en la mano, y cerré la puerta detrás de mí. Cuando me bajé los pantalones y me apliqué aquella cosa fría y resbaladiza, se me escapó un gemido.
—¡Ay, madre mía!… —era alivio y humillación a partes iguales—. Selena Cañadas, de ejecutiva brillante en Madrid a embadurnarse el ojete con aloe en un baño en medio de la nada… ¡bravo por ti!

Cuando acabé mi jornada estaba tan mal que no tenía ni hambre. Ni ganas de fingir sonrisa. Ni fuerzas para soportar a nadie. Así que pasé de la comida, me arrastré hasta mi "loft", me desnudé entera, me metí en la ducha y dejé que el agua arrastrara toda la humillación y la vergüenza de la mañana. Ojalá también se llevara a Bruno, pero no, ese seguía ahí fuera, respirando oxígeno rural.
Cuando terminé, me miré en el espejo. Menudo cuadro. Mis ojos rojos y sin vida, y no por el cansancio, sino por la llorera y las vicisitudes del día. Las piernas estaban hechas polvo con los picotazos de las gallinas y, cuando me agaché, me enchufé el espejo de la polvera y logré ver mi culo… ahí ya me derrumbé.

No paré de llorar durante un buen rato, creo que el clímax de la llorera fue cuando me tumbé en la cama, con las piernas abiertas, untándome aloe en el ojete con una mano mientras lo abanicaba con la otra para reducir el escozor. Si eso no era tocar fondo, no sabía qué podía serlo.
Necesitaba corticoides urgentemente… y ya me imaginaba yendo al pueblo de pie en la bici, con cara de mártir, como si hubiera hecho la promesa a un santo.
De repente, escuché un "¿hola?".
Me incorporé de golpe. ¡Mierda! No había cerrado la puerta porque hacía un calor de mil demonios y me gustaba que entrara luz. El pánico recorrió mi cuerpo: ¿y si era Bruno? No, no podía, no sobreviviría a que me viera en esa posición. Me envolví corriendo en mi bata de satén y corrí la cortina antimosquitos de la puerta que había comprado el día anterior.
—¿Qué quieres ahora? —bufé, temblando antes de ver quién era.
Pero no era Bruno. Eran Du y Ahmed.
—¿Estás bien? —preguntó Du, con esa calma de hermano mayor.
—Chicos… muchas gracias por venir… —casi me emociono ahí mismo.
—Hemos visto que te has ido directamente aquí y sin comer. Antes de irnos a casa hemos pensado que sería importante que comieras —dijo Ahmed, levantando una cesta—. Se lo hemos pedido a Eulalia. ¿Te sientes mareada? ¿Débil? Tienes que comer, no puedes estar sin comer.
—Y bebe mucha agua. Es importante para evitar mareos. —añadió Du.
Iba a lanzarme a abrazarlos, pero el atuendo satinado y el escozor anal no invitaban a ser tan efusiva.
—Os lo agradezco mucho… No, es que… tengo un problema de piel. Una especie de alergia.
—Vaya… ¿podemos ayudar en algo? —preguntó Du, preocupado.
Me daba apuro pedirles un favor cuando apenas me conocían desde hacía dos días. Pero la desesperación es muy honesta.
—Pues… necesitaría una crema con corticoide. Pero… luego bajo yo al pueblo en bici y…

—No, no —me interrumpió Ahmed—. Yo voy ahora mismo con mi moto, es un momento. Te lo traigo.
—¿En serio? —pregunté, con voz de niña huérfana en Navidad.
—Claro, mujer. No es nada.
Los ojos se me humedecieron de nuevo.
—Ay… gracias, de verdad.
Du sonrió. Y le miré con mirada de gato de Shrek.
—Mañana quizás requiera de tu ayuda.
Me quedé mirándolos con el corazón encogido. ¿Por qué no podía haber tenido compañeros así en mi empresa? Si hubiera trabajado con hombres como ellos, el mundo sería otro, sería mucho mejor.
—¿Por casualidad, Du, no serás manitas?

8

La crema con corticoide, el aloe y ponerme de vez en cuando una botella de kombucha fría entre las nalgas me ayudaron a pasar una noche… digna. Bueno, digna para alguien que había tocado fondo el día antes.

Por la mañana cumplí con mis tareas con calma, aplicando lo aprendido: hacer las cosas sin prisas, dar de comer a las gallinas esparciendo la comida antes de que se lanzaran a devorarme las piernas, trabajar sin necesidad de demostrarle nada a nadie (léase: Bruno), ignorar al innombrable durante toda la jornada (era verle y se me reactivaba la urticaria anal), beber agua a sorbitos y, sobre todo, mantenerme lejos de las ortigas.

Avisé a Eulalia de que comería más tarde porque Ahmed y Du iban a ayudarme a colgar algunas cosas en el loft antes de marcharse con sus familias. Y yo encantada: no solo les debía un favor enorme, también me libraba de coincidir con el ente urticante llamado Bruno en la comida.

Pero, claro, la vida es cruel.

Cuando por fin llegué al comedor, una hora más tarde, me serví un tazón de gazpacho. Me senté con toda la lentitud del mundo para evitar más dolor en la zona (hubiera pagado por un flotador). Justo cuando iba a meterme la primera cucharada en la boca… él apareció. Se sentó frente a mí con otro tazón, como si lo hubiera estado esperando.

Me quedé paralizada, con la cuchara en el aire, y el contenido volvió a caer al tazón como en cámara lenta.

—¡Que aproveche! —dijo con una sonrisa de anuncio de pasta dental.

—Igualmente… —respondí resignada. No quería más guerra. Me agotaba.
Comimos en silencio unos minutos hasta que él rompió la calma con su voz grave:
—Debo confesar que me estás sorprendiendo.
Levanté la vista, desconfiada.
—¿Eso es un cumplido?
—Sí. Me sorprendes para bien. —Hizo una pausa estudiada, con esa cara de cabrón que disfrutaba de cada palabra—. Me alucina que conserves la manicura intacta… nadie diría que trabajas en el campo. A no ser que te vieran las piernas, claro.
Le sonreí sarcásticamente.
—Gracias por recordarme que tengo las piernas como si hubiera luchado en una guerra civil. Eres un sol. Además solo llevo dos días…
Él arqueó la ceja, encantado de verme perder la paciencia.
—No lo digo como crítica, ¿eh? —añadió, sorbiendo el gazpacho—. Lo digo porque, contra todo pronóstico, sigues aquí, con buena actitud… Al menos hacia el trabajo. Y créeme, la mayoría a estas alturas ya habrían hecho la maleta.
—Pues yo no soy "la mayoría".
—No, ya lo he notado. Tú eres especial… —clavó sus ojos miel en mí, con una calma que me sacaba de quicio.
Sentí cómo se me secaba la boca y no precisamente por el calor.
Carraspeó, se levantó y, mientras se servía un trozo de carne y ensaladilla rusa, lanzó la pregunta como quien dispara una bala perdida:
—Vi que Ahmed y Du llevan dos días visitándote… ¿todo bien?
¿Perdona? ¿Eso era curiosidad? ¿Celos? ¿O simple cotilleo de capataz controlador? Porque hasta ahora había demostrado que le importaba más el bienestar de una cabra que el de un ser humano.
—Todo muy bien —respondí, cortando un trozo de pan con la calma más falsa del mundo—. Supongo que no hay normas sobre las visitas que puede recibir una, ¿no?
—Ninguna.
—De acuerdo.

El resto de la comida la pasamos en silencio. Cada uno a lo suyo. Yo concentrada en mi gazpacho y mi dignidad maltrecha; él, ni idea, porque ni le dirigí una mirada.
Pero justo cuando me levanté para marcharme, con un plátano en la mano, lo escuché detrás de mí:
—Me alegra que te sientas tan… integrada.
Me quedé congelada un segundo. ¿Era sarcasmo? ¿Un comentario celoso? ¿O simplemente estaba jugando conmigo? No lo supe. Pero salí de allí con el plátano temblando en mi mano y el corazón a punto de salirse por la boca.
Todavía no tenía el ojete en condiciones, así que no hice planes más allá de estrenar mi recién colocada hamaca. Me solté el pelo, me puse crema corticoide de nuevo en la zona candente, me tumbé con un libro entre las manos y dejé que la historia me arrastrara lejos de gallinas asesinas, ortigas traicioneras y comentarios mordaces de cierto capataz. Me quedé dormida mecida por la brisa.
Cuando desperté, me sentí renovada. Como si, por primera vez, empezara a encajar en ese mundo. El silencio, la soledad… hasta me gustaba. Estaba empezando a acostumbrarme.
A lo lejos vi a Bruno recogiendo herramientas en su pickup. Era hipnótico lo atractivo que era. Pero en cuanto caí en la cuenta del asco que me daba, lo ignoré y seguí meciéndome en mi hamaca.
Hasta que noté algo. Algo que se movía en mi pelo.
El corazón me dio un vuelco. Mi mente urbanita repasó todo el catálogo de horrores posibles: arañas, escorpiones, serpientes en miniatura, cucarachas… Tragué saliva y entré al loft con pasos cortos, evitando mirar en el espejo.
Pero al final tuve que hacerlo. Respiré hondo, recé porque fuera una simple hoja, levanté la vista y allí estaba: una mantis religiosa verde fosforito paseándose tranquilamente por mi melena como si estuviera en una visita guiada.
El chillido que solté se escuchó, probablemente, en Burgos. Empecé a sacudirme el pelo como si me estuvieran exorcizando, pero lo empeoré: la mantis se enredó todavía más.
Y entonces salí del loft como una loca, dando saltos, manotazos al aire y gritos dignos de película de terror de serie B.

—¡Qué asco, qué asco, QUÉ ASCO! ¡DIOS, DIOS, DIOS!
Y justo en ese momento apareció Bruno, corriendo hacia mí alarmado. Se detuvo a unos metros, observando la escena: yo dando vueltas, con el pelo volando como si estuviera en un videoclip de los noventa y chillando como si me estuvieran exorcizando.
—¡Pero qué coño…! —se quedó mirándome con los ojos abiertos como platos, entre la sorpresa y las ganas de reírse.
—¡Quítamela! ¡Quítamela! —grité señalando mi cabeza mientras seguía girando sobre mí misma.
Él no se movió. Ni un paso. Solo se cruzó de brazos, disfrutando del espectáculo.
—A ver, explícame… ¿qué te pasa ahora? ¿Un ataque de baile tribal?
—¡Tengo una mantis! ¡En el pelo! ¡Una mantis religiosa!
Bruno se llevó una mano a la cara, negando despacio.
—Increíble. Dos días en el campo y ya has pasado por un ataque de gallinas, ortigas, insolación y ahora un insecto del tamaño de un clip te tiene al borde de un infarto.
—¡No es un clip, es un bicho que se come a su pareja! ¡Haz algo, joder! ¡Que es carnívora!
Él sonrió, avanzó despacio y estiró la mano hacia mi pelo. Yo me quedé congelada, temblando, mirándolo como si me fuera a operar a corazón abierto.
—Quédate quieta, que si no la asustas y se mete más adentro…
—¡No, no, no digas eso! —cerré los ojos con fuerza, muerta de miedo.
Unos segundos después sentí cómo algo se desprendía de mi pelo. Abrí los ojos y lo vi a él, con la mantis en su mano enorme, como si fuera un llavero cualquiera.
—Ya está. Mira qué bonita… —me dijo acercándomela.
—¡Quita eso de mi vista! ¡Préndele fuego!
Bruno estalló en carcajadas, carcajadas de esas que retumban y que encima lo hacían más atractivo, para mi desgracia.
—Selena, este bicho no se diferencia mucho de ti y de muchas mujeres como tú…
Puse mis manos en mi corazón a mil, y lo fulminé con la mirada.
—¿Otra vez con la cantinela? ¿Pero qué sabrás tú de mí?

Él alzó la ceja, disfrutando del momento.
—Lo justo. Que gritas mucho, das miedo cuando quieres… y si pudieras, también te comerías a tu pareja después de usarla.
—¡Serás imbécil! —le espeté, roja de indignación.
Bruno sonrió, dejó a la mantis en un arbusto cercano y se dio media vuelta tan tranquilo, como si no acabara de soltar la bomba.
—Tranquila, Cañadas, no me lo tomo como algo personal. Ya sé que soy demasiado duro de tragar.
Me quedé plantada, con el pulso todavía desbocado, debatiéndome entre lanzarle una maceta a la cabeza o reconocer que, maldita sea, aquel hombre me alteraba más que cualquier insecto.

Bruno no me dejaba en paz ni en sueños. Me desperté a mitad de la noche sudando y recordando algo que había dicho, una frase que en ese momento me pasó por alto:
"Dos días en el campo y ya has pasado por un ataque de gallinas, ortigas, insolación y ahora un insecto del tamaño de un clip te tiene al borde de un infarto."
Había dicho *literalmente ortigas*. Lo sabía. ¡Lo sabía! Bruno sabía que mi culo ahora mismo competía con el de un mandril en celo.
Ya no pude dormir más. Me quedé con los ojos abiertos como una lechuza posada en una rama, escuchando el silencio, con el corazón (y el culo) encogido de vergüenza. Me revolqué en la cama, me di la vuelta cien veces, incluso probé a taparme la cara con la sábana como si así pudiera borrar la humillación.
Pero nada.
Hasta que, puntualmente, Ramón me dio la puntilla con su cacareo de las seis y pico. Bienvenido nuevo día de mierda.
Yo, sin embargo, solo quería desaparecer. Meterme en la tierra como una patata y esperar a que fuera temporada de recogida para salir. No quería ver a Bruno. No quería cruzar miradas. Porque ya no era yo la que él veía… ahora, para él, yo era poco más que un bufón con el que reírse.

9

Cuando fui a desayunar pregunté por los trabajadores:
—Eulalia, ¿dónde están todos?
—Hoy es sábado, cariño. Hoy no viene nadie, es tu día libre. Ya me extrañaba yo que hubieras venido tan pronto. Normalmente los sábados y domingos servimos el desayuno a las diez. ¿Qué vas a hacer?
¡Dios mío, qué maravilla! Sábado y domingo. Mis días libres. Mis días de redención. Desayunaría pronto y, lo mejor de todo, sin riesgo de coincidir con Bruno.
—Pues… creo que iré a la playa. Sí… ¡Ay, qué ilusión!
Eulalia me sonrió con esa calidez suya que siempre me desarmaba, y yo salí disparada. Antes de que Vicente y Bruno aparecieran, corrí al loft a preparar mi bolso de playa. Metí mi toalla de rayas, el bikini nuevo de aire retro que no pensaba estrenar tan pronto, el libro que me tenía enganchada ("Pies, para qué os quiero" de Alejandra Ferrara) y mis gafas de sol grandes, de esas que te hacen sentir diva aunque estés con el culo en llamas (literalmente).

Pedaleé de pie y sin apoyar el trasero en ningún momento hacia la cala que me habían recomendado Ahmed y Du, una escondida entre pinos y rocas, con el agua tan cristalina que parecía una piscina de hotel cinco estrellas, pero gratis. Aparqué la bici, me descalcé y caminé por la arena blanca hasta encontrar un hueco perfecto. Extendí la toalla, me puse crema con mimo especial en las nalgas, porque no estaba para bromas, me tumbé boca arriba y cerré los ojos.
El sol calentándome la piel, el sonido de las olas, las gaviotas revoloteando… era la primera vez en muchísimo tiempo que sentía paz. Nadie gritándome en una reunión, nadie juzgándome por cómo

me visto, nadie observando si me caigo redonda recogiendo melones. Solo yo, el mar y un silencio que me envolvía como un abrazo.

Cuando el hambre apretó, recogí mis cosas y me acerqué al chiringuito que se levantaba entre pinos y sombrillas de esparto. Me pedí una ensalada de tomate con burrata, un pescado a la plancha y una copa de vino blanco frío pero, antes, pude degustar el delicioso alioli y olivas trencades… Joder, menudo festín. El camarero me sirvió todo con una sonrisa y yo, entre bocado y bocado, no podía dejar de pensar lo mismo: *esto es vida*.
Con el rumor del mar de fondo y el vino dándome ese puntito de alegría, me descubrí sonriendo sola. Por primera vez en años, me sentía libre. Sin nadie a mi lado para fastidiar el momento. Sin un problema inmediato que resolver. Solo yo y la sensación de que, tal vez, este paréntesis en Ibiza no era un castigo, sino el regalo que nunca supe pedirme.

Después de comer y de que el vino me dejara ese punto de felicidad tonta, me sorprendí pensando: *¿y si me suelto un poco más?* Al fin y al cabo, aquí nadie me conocía. Ni mis compañeros de la consultora, ni los cromañones de mis reuniones, nadie.
Era domingo, era mi día libre, y yo estaba en Ibiza. ¿Qué mejor momento para, por fin, desencorsetar mi cuerpo y mi vida?
Así que, me quité los tirantes del bikini, desabroché la parte de arriba y la dejé caer discretamente sobre la toalla. Me unté las mamellas con crema solar protectora y noté cómo la brisa marina me acariciaba los pechos y sonreí. Libertad pura.
Me metí en el agua, nadé un rato y, cuando el mar me cubrió, sentí algo que hacía mucho no experimentaba: ligereza. Como si cada brazada se llevara mis cargas. Como si el agua borrara mis preocupaciones. Como si, por fin, hubiera dejado atrás a la mujer encorsetada que vivía en traje de chaqueta en Madrid.
Salí del mar renovada, con las gotas deslizándose por mi piel, y me tumbé de nuevo en la toalla. Cerré los ojos, dejando que el sol secara mi cuerpo y la brisa jugara con mi pecho desnudo. La

sensación era deliciosa, casi hipnótica. Tanto que me fui quedando medio dormida.
—Vaya… —escuché de pronto una voz grave a mi lado—. No sabía que los fines de semana venían con espectáculo incluido.
Abrí los ojos de golpe.
—¡Bruno! —chillé, incorporándome como un resorte y tapándome las mamellas con las manos—. ¿Pero es que estás en todas partes?
Él estaba plantado en una toalla a mi lado, ligeramente incorporado, con esa maldita sonrisa en los labios y las gafas de sol reflejando mi cara de pánico.
—Hace cinco años que vengo a esta playa. Quizás esa pregunta te la debería hacer yo. Y, tranquila, Cañadas —dijo riéndose—. No te pongas así. No es la primera vez que veo unas tetas. Si echas un vistazo a tu alrededor hay muchas.
—¡Tenemos una relación laboral! —repliqué, colorada hasta las orejas, apretando mis manos contra mis mamellas.
—Ya, claro… —rió más fuerte—. Pero tranquila, tus "recursos humanos" están a salvo conmigo.
—¡Eres insufrible! —le solté, intentando que la arena me tragara.
Él se giró para tomar el sol de espaldas, todavía riendo, y fue cuando vi un espectáculo como a cámara lenta: unos abdominales que deberían estar prohibidos por ley, una V en el bajo vientre que invitaba a pecar…
—Lo dicho, disfruta de tu día libre. Se te da mejor estar libre… que fingir que no lo necesitas.
Yo me quedé temblando, entre la rabia y la maldita sensación de que me conocía demasiado para haberme visto tan poco.
Me quedé plantada en la toalla, tapándome como podía, pero con los ojos pegados a su espalda y a ese maldito cuerpo que parecía esculpido para arruinar mi día libre.
Unos abdominales de escándalo. Esa línea en forma de V que descendía provocativa hacia donde no debía mirar. Y encima, tumbado de espaldas, como si la playa entera fuera suya. Como si me hubiera lanzado un órdago silencioso: *mira todo lo que no puedes tener*.

Me forcé a apartar la vista, pero el daño ya estaba hecho. Sentía calor en las mejillas, en el cuello… y no era precisamente por el sol.
—No me conoces —murmuré por lo bajo, aunque sonó más para mí que para él.
—¿Perdona? —dijo él sin girarse, con esa voz tranquila que me sacaba de quicio.
—Que no me conoces —repetí más alto, abrazando la toalla con furia—. Así que deja de ir por ahí soltando frases como si supieras leerme la mente.
Bruno se incorporó despacio, se quitó las gafas de sol y me miró de frente, con esa intensidad que hacía que hasta las gaviotas callaran.
—No necesito conocerte tanto para ver lo evidente, Cañadas.
—¿Ah, sí? —arqueé una ceja, muerta de rabia.
—Sí. Que llevas años encerrada en un traje de chaqueta, con tacones, cumpliendo estándares absurdos para demostrar que puedes con todo. Y aquí, en cambio… mírate. Libre. Sin disfraz. Por primera vez siendo tú.
Me quedé sin palabras. El corazón me latía tan fuerte que temía que se me escapara por la boca.
Así que recurrí a lo único que sabía hacer: atacar.
—Vaya… qué profundo. ¿Qué eres ahora, filósofo de chiringuito? ¿Vas por la vida dando lecciones gratis mientras los demás intentamos comernos un gazpacho en paz?
Bruno sonrió apenas, ladeando la cabeza.
—Llámalo como quieras. Yo solo digo lo que veo.
Se levantó, cogió su toalla y, antes de irse, añadió en voz baja:
—Cuando te canses de fingir que esto no te gusta… me avisas.
Lo vi alejarse con esa seguridad suya, tan jodidamente irritante, y me quedé clavada en la arena, sintiendo que entre la rabia, el calor del sol y la visión de ese hombre, estaba a punto de implosionar.

10

La mañana del lunes pasó volando, aunque el calor asfixiante y la humedad seguían siendo mis enemigos íntimos. Si algo odiaba de esta isla era la humedad: todo el día pegajosa, como si me hubieran rebozado en miel, con ganas de ducharme cada cinco minutos. Aunque, siendo justa, también tenía su parte buena: sospechaba que si el calor fuera seco, aquello sería un horno crematorio y el trabajo mucho más pesado.

No vi a Bruno en toda la mañana. Vicente comentó en el desayuno que había visto una valla rota y que Bruno andaba arreglándola. Más tarde nos enteramos de que la valla había sido destrozada por unos chavales que se colaron para darse un chapuzón en el *safareig*, lo que aquí llamaban a una especie de balsa de regadío. Y yo, en cuanto lo oí, pensé: *planazo para la tarde*.

Así que, después de mi siesta (sí, yo, que jamás dormía siesta en Madrid, desde que llegué a la isla mi cuerpo me lo pedía como si fuera un derecho constitucional), cogí la bici, con mi bikini retro y mi toalla, y pedaleé hasta el famoso *safareig*.

La fantasía se desmoronó al llegar. Aquello no era la piscina natural idílica que yo me había imaginado. El agua estaba… verde. Demasiado verde. Rozando a musgosa. Pero el calor apretaba tanto que mi cuerpo gritaba: *méteme ahí dentro YA*.

Me acerqué, metí un pie para comprobar la temperatura y, oye, estaba templada. Casi perfecta. Así que, contra toda prudencia y lógica, me até el pelo, tomé impulso y… ¡zas! Me tiré de cabeza con la seguridad de Esther Williams.

El problema llegó al segundo tres. En cuanto entré al agua, removí todo el fondo y aquello parecía un smoothie detox de algas y una masa sólida no identificable. Noté cómo una maraña de musgo se

me enredaba en las piernas, pegajoso, viscoso, y yo aleteando como si estuviera en un exorcismo acuático.
—¡Agggggghhh, qué asco, qué asco! —chillaba mientras intentaba zafarme del verde infernal.
Y, por si fuera poco, cuando conseguí sacar la cabeza del agua, escuché el croar inconfundible. Giré y vi varias ranas saltando en la orilla… y una, enorme, se lanzó al agua.
—¡NO, NO, NO! —empecé a chapotear con un pánico absoluto, convencida de que esa rana, Dios sabe con qué intenciones, venía a por mí.
Me debatía entre huir nadando o dejarme hundir para no enfrentarme al ataque anfibio cuando, en medio de tanto aspaviento, la tragedia textil llegó.
El dichoso bikini.
Ese bikini retro de los años 60 que me había comprado convencida de que era elegante, sexy y muy ibicenco, con la braguita atada a los costados y la parte de arriba anudada al cuello y a la espalda. Vamos, un sudoku de la moda que yo nunca había probado en condiciones extremas.
Y claro… entre mis manotazos desesperados y las algas resbaladizas, noté primero una ligereza en el cuello, luego otra en la espalda… y, para rematar, la ligereza de las braguitas que se soltaron de un costado.
—¡NO, NO, NO! —grité en estéreo mientras el bikini flotaba a mi alrededor como medusas de colores.
Yo, desnuda como Dios me trajo al mundo, pataleando, con algas pegadas en sitios donde no deberían existir algas, y una rana en una piedra mirándome fijamente como si hubiera pagado entrada VIP para el espectáculo.
Intenté atrapar al menos la braguita, pero cada movimiento torpe la alejaba más. Y cuanto más braceaba, más masa verde removía, más asco me daba y más histérica me ponía.
—¿¡Por qué me pasa todo a mí!? ¡¿POR QUÉ?!
Ahí estaba: medio ahogada, tragando agua que fijo contenía salmonella, desnuda, con pelos de algas enredados en las axilas y el

culo, y gritando como si protagonizara la próxima entrega de *Scream*.
Y entonces lo vi. Vicente. Dios. Mío. Vicente, ese hombre mayor tan bueno, a punto de verme en pelotas.
Por suerte los safareigs son balsas elevadas, por lo que yo me levantaba al menos un metro ochenta por encima de Vicente y no podía ver absolutamente nada.
Me pegué contra la pared del *safareig*, apoyando los codos sobre el borde, mientras las algas viscosas se me aplastaban contra los pechos desnudos. Literalmente quería morir.
—¡Ah, caramba! ¡Eres tú! —dijo Vicente, sorprendido, con la calma de quien encuentra a alguien recogiendo flores y no a una loca desnuda en una charca, claro que él ni se había dado cuenta—. Pensaba que era alguno de los muchachos que se cuelan… ¡Es una responsabilidad! Imagina que les pasa algo…
—¿Que les pasa algo como qué? —pregunté con voz temblorosa, y de repente me vino a la cabeza la peor pesadilla: bacterias comecarne, parásitos invisibles… y renacuajos capaces de invadir agujeros corporales. Concretamente, *esos agujeros*.
Me quedé congelada. No respiré. Entré en pánico.
Vicente, mientras tanto, como si nada:
—No, mujer. De pequeño me he bañado siempre aquí y mírame, fuerte como un roble. El peligro es por si se caen, si resbalan, si se ahogan… pueden pasar tantas cosas…
Yo no escuchaba nada. Solo podía pensar en cómo salir de allí sin que Vicente viera ni un centímetro más de mi anatomía.
Vicente siguió su paseo tan campante, con la calma de un monje tibetano. Yo me quedé pegada a la pared del *safareig*, aguantando la respiración como si eso me hiciera invisible. No me moví hasta que lo vi desaparecer tras los pinos.
Entonces, me armé de valor. Salí del agua de un salto con la dignidad que me quedaba (que era cero). El pelo chorreando verde, algas colgando de todas partes, otras pegadas en un pecho como si fuera una estrella de mar mal puesta, y llorando. Sí, llorando mientras me arrancaba los restos verdes de encima. Poco me faltaba para convertirme oficialmente en *La cosa del pantano*.

Y, cuando pensé que la humillación no podía ir más lejos, lo escuché. Esa voz.
—Guau, Selena… —dijo Bruno, con ese tono grave cargado de sorna —. Sí que te has tomado en serio lo de sentirte libre en Ibiza…
Me quedé congelada, con un alga colgando del pezón y la toalla demasiado lejos como para taparme.
—¡No mires! —grité, cubriéndome con las manos como pude.
Él se apoyó en el tronco de un algarrobo, esa maldita sonrisa ladeada. Y me recorrió con los ojos como si estuviera inspeccionando la cosecha.
—Tranquila, Cañadas. No es la primera vez que veo a una mujer desnuda.
—¡Joder! —chillé, y aún con el asco que me daba, me volví a tirar al *safareig*. Mejor morir ahí dentro que desnuda frente a Bruno.
Se estaba descojonando vivo. Mi bilis empezaba a subir cuando de pronto sentí que algo no iba bien. El pecho me pinchaba, el brazo izquierdo se me dormía y la respiración se me entrecortaba como si llevara años fumando puros.
Estaba a punto de entrar en pánico cuando vi a Bruno acercarme la toalla.
—¡Gírate! —le supliqué chillando.
Riéndose, se dio la vuelta sujetando mi toalla en la mano. Cuando salí por segunda vez de aquella pesadilla acuática, con bastante dificultad por mi brazo izquierdo adormecido, cogí la toalla, me envolví como una momia húmeda y… entonces pasó.
Apenas podía respirar. Sentí de nuevo un pinchazo fuerte en el corazón, el brazo izquierdo me empezó a hormiguear y un miedo atroz me recorrió.
Me llevé la mano al pecho, pálida, sin poder ponerme erguida.
—¿Ya me puedo girar?
Al no responder, se giró y ya tendría yo la cara desencajada para que su semblante cambiara de golpe:
—¿Estás bien?
—Creo que me estoy infartando…
—¿Es broma?

Negué con la cabeza, aterrada, con lágrimas resbalando por mis mejillas.
En un segundo me cogió en volandas como si pesara lo mismo que un saco de naranjas y me dejó bajo una higuera, a la sombra.
—No te muevas. Voy a por la pickup.
Me quedé allí tirada, convencida de que ese era el final de mi vida. Que así iban a encontrarme: envuelta en una toalla mojada, oliendo a pantano, con el pelo enredado de algas musgosas y, posiblemente, un anfibio viviendo en algún agujero de mi cuerpo.
En segundos, Bruno apareció derrapando con la pickup, levantando una nube de polvo rojo. Me subió de un empujón al asiento del copiloto y arrancó a toda velocidad.
—¿Dónde… dónde vamos? —jadeé, con la respiración entrecortada.
—¿Dónde crees? ¡Al hospital!
—¡No, al hospital no! —chillé con lo que me quedaba de aire.
—¿Qué? ¿Prefieres morirte en una higuera?
—¡Prefiero morirme en la ducha! —grité—. ¡No me puedes llevar así!
—¿Así cómo? ¿Infartada?
—¡Así de… asquerosa! —me señalé con desesperación—. ¡No me he duchado, Bruno! ¡Tengo algas pegadas como si fueran complemento, algo viscoso en el culo y, lo peor, estoy convencida de que llevo renacuajos pegados a las piernas como si fueran espermatozoides acuáticos! ¡Y estoy desnuda!
Bruno me miró de reojo, arqueando una ceja, y vi cómo se le temblaba la comisura de los labios. Estaba luchando por no reírse.
—¿De verdad… te preocupa eso ahora?
—¡Pues claro! —estaba casi llorando—. ¿Tú sabes lo que es que te metan en urgencias oliendo a cloaca? Van a pensar que me he estado revolcando en la charca de Shrek.
Él bufó, conteniendo la risa.
—Selena, escúchame. Lo que menos me preocupa ahora es que huelas como hueles.
—¿O sea que huelo? —me llevé de nuevo la mano al pecho con teatralidad… y solté un gemido digno de *Hospital Central*.
—Lo dicho: directos al hospital.

En quince minutos me encontraba tumbada en una camilla, con el torso desnudo al aire (menos mal que me dejaron la toalla cubriéndome lo justo) y pegatinas por todas partes: me estaban haciendo un electrocardiograma. Eso sí, antes tuvieron la delicadeza de pasarme una esponja con espuma para "asearme". Yo intenté explicarles que mi olor era culpa de un *safareig* con falta de mantenimiento, pero solo me mandaron callar y "respirar hondo".

¿Dónde había quedado mi reputación? ¿Mi orgullo? ¿La mujer que en Madrid imponía respeto en salas de juntas? Ahora estaba ahí, desparramada en una camilla, en tetas y enchufada a un electro como si fuera una atracción de feria.

Para colmo, nadie se acordó de cerrar la puerta. Y durante los veinte minutos que duró la prueba, desfilaron pacientes, celadores y hasta algún abuelo con gotero que me miraba de reojo desde el pasillo. Yo ahí, expuesta como un maniquí del barrio rojo de Ámsterdam, pero en versión despojo humano.

Por fin, una enfermera se apiadó de mí, cerró la puerta y me dio una bata de hospital. Me la puse del revés para evitar que se me viera el culo, porque lo último que necesitaba era que Ibiza entera conociera mis nalgas con aún restos de rojez urticante. Pedí permiso para ir al baño y cuando me miré al espejo casi me da otro ataque:

—Dios mío… ¿Quién es esta indigente? —murmuré con lágrimas en los ojos. Pelo pegajoso de algas, cara hinchada de llorar, maquillaje corrido hasta las rodillas. Era la versión low cost de mí misma.

—Qué vergüenza… para lo que he quedado… —susurré, intentando recomponerme.

Volví a la consulta y allí estaba Bruno, sentado en una silla ante la mesa del médico con semblante serio.

—No me mires… Por favor. —le pedí con la voz rota. Nunca había tenido la autoestima tan baja. Me senté en la silla de al lado.

Bruno iba a decir algo, pero entonces entró el médico con los resultados en la mano.

—Bien, ya tenemos el diagnóstico.

Yo tragué saliva, preparándome para escuchar "infarto" o "fallo cardíaco fulminante".

—Costocondritis.

—¿Eso es un infarto? —pregunté, asustada.
El médico negó con calma, como si me estuviera diagnosticando un resfriado.
—No, mujer. Es una inflamación del cartílago que une las costillas con el esternón. Doloroso, pero inofensivo. ¿Has estado muy estresada últimamente?
Giré la cabeza tal niña de "El exorcista" hacia Bruno, porque básicamente él había sido el responsable directo de mis últimos picos de cortisol.
—Mucho, sí. La verdad —contesté, sin quitarle los ojos de encima, como si el médico fuera a tomar nota de "motivo: un capataz insufrible".
Bruno sonrió de medio lado, seguramente encantado con la acusación silenciosa.
—Bien —continuó el médico—. Vas a tomar antiinflamatorios durante una semana, y te recetaré un relajante muscular para cuando el dolor sea más intenso. Pero lo fundamental es que aprendas a reducir el estrés. Nada de sobreesfuerzos, ni enfados constantes, ni ansiedad acumulada. Si no, esto puede volver a repetirse o incluso empeorar.
Yo parpadeé, incrédula.
—¿O sea que me está diciendo que si me sigo cabreando… me puede dar otra vez el paripé de infarto?
—Entre otras cosas: enfados, ritmo de trabajo excesivo, dormir mal… Todo lo que produce estrés hay que evitarlo. Respira, relájate, baja el ritmo. El cuerpo siempre avisa.
Me mordí el labio, asintiendo como una alumna aplicada, mientras por dentro gritaba: *Respira, relájate, baja el ritmo… y convive con Bruno. Sí, claro, fácil.*
—Pero entonces… ¿no podré trabajar? —pregunté, incorporándome un poco de mi silla. La sola idea me encendía por dentro: no quería darle ni a Bruno ni a ningún hombre la satisfacción de verme débil.
El médico me miró por encima de las gafas.
—¿En qué trabajas?
Me aclaré la garganta, intentando sonar casual, aunque por dentro me ardía la dignidad.

—Jornalera, recolectora…
El médico arqueó las cejas.
—¿Recolectora?
—Sí, frutas, verduras, hortalizas… —enumeré como si me estuviera presentando al casting de *Granjera busca esposo*.
El médico suspiró.
—Pues tendrás que tomártelo con calma. Nada de cargar pesos excesivos estos días. Ve poco a poco, escucha a tu cuerpo y si aparece el dolor, paras.
Yo asentí, aunque lo que me dieron ganas fue de ponerme a gritar: ¿Cómo cojones voy a recoger sandías y melones "con calma"?
En ese momento miré de reojo a Bruno. No estaba riéndose. No estaba burlándose. Estaba serio, con el ceño fruncido y esa mandíbula apretada. Por primera vez desde que lo conocía, parecía preocupado.
—¿Qué? —le solté, a la defensiva.
—Nada —respondió él, pero la voz le sonó grave, distinta—. Solo… que si te pasa algo mientras trabajas, será mi responsabilidad.
—No, no lo es —ataqué rápido, con el orgullo en pie de guerra—. Yo puedo con esto. No necesito que nadie me cuide ni me proteja.
Él me sostuvo la mirada un segundo más, como si quisiera replicar, pero se contuvo.
—Ya veremos, Cañadas. Ya veremos.

Durante el trayecto en coche, Bruno ya empezó con sus órdenes, como si llevara bata blanca.
—Mañana te tomas el día libre, y dependiendo de cómo te encuentres ya veremos si sigues al día siguiente.
—Mañana puedo perfectamente cumplir con mi trabajo —repliqué, clavando la vista en la carretera—. Quizás no recogiendo sandías y melones, pero sí puedo con los higos, los tomates…
—Ya buscaré algo para ti, si estás tan empeñada en trabajar.
—No es empeño. Es profesionalidad. Y que yo sepa, aún tengo dos brazos y dos piernas.
Él apretó el volante, resoplando.
—Pero, ¿por qué eres tan cabezona?

—¿Y has pensado que quizás el cabezón eres tú?
Giró la cabeza hacia mí, con esa ceja arqueada que ya era marca registrada.
—Dios… me sacas de mis casillas… ¿Algún día serás capaz de responderme una pregunta sin tener que responder con otra pregunta?
No contesté. Ya no tenía fuerzas ni para discutir. Cerré los ojos, apoyé la cabeza contra el asiento y empecé a hacer respiraciones profundas, como me había dicho el médico. Inspirar, aguantar, soltar, inspirar, aguantar, soltar… Casi entro en trance.
Por primera vez desde que lo conocía, Bruno se quedó callado. Ni una burla, ni una pulla, ni una frase para tocarme las narices. Solo silencio. Y, curiosamente, ese silencio me arrulló más que cualquier palabra.
Cuando abrí los ojos unos minutos después, lo pillé mirándome de reojo. No sonreía. Tampoco parecía molesto. Simplemente… me observaba. Como si intentara descifrarme.
Y eso, de alguna forma, me puso más nerviosa que cualquier discusión.

Cuando por fin aparcó frente a mi "loft", bajé despacio, con la bata de hospital aún puesta y la dignidad hecha jirones. Él me acompañó hasta la puerta sin soltar ni una broma, sin un comentario ácido. Solo caminando a mi lado, serio.
Me giré antes de entrar, con la mano en el manilla. Me costó horrores abrir la boca, pero lo hice.
—Gracias.
Él se detuvo en seco, arqueó una ceja, y por primera vez no parecía tener ninguna pulla preparada.
—¿Gracias?
—Sí… —murmuré, bajando la mirada—. Por llevarme, por estar ahí, por… no dejarme tirada.
Hubo un silencio que me pesó más que cualquier discusión. Luego lo escuché soltar una especie de risa corta, casi nerviosa.
—Menuda novedad, Cañadas. Creía que esa palabra no existía en tu vocabulario.

—No te acostumbres —repliqué rápido, apretando la manilla de la puerta.
Pero cuando me atreví a levantar la vista, ya no vi a Bruno el borde. Vi a un hombre que me estaba mirando de otra manera: más serio, más profundo. Y eso me desarmó.
Abrí la puerta de golpe para huir de esa mirada que me removía demasiado y me metí en el loft como si hubiera visto un fantasma. Cerré la puerta tras de mí, apoyé la espalda en ella y me llevé la mano al pecho.
El corazón, paradójicamente, volvió a latirme fuerte. Esta vez no por miedo ni por estrés… sino por algo mucho más peligroso.

11

La ducha del día anterior me supo a gloria bendita. Jamás en mi vida había deseado tanto una ducha… ni había disfrutado tanto embadurnarme con mi leche corporal de Rituals. Me pasé minutos oliéndome los brazos, el cuello, el pecho, como si acabara de salir de un spa de lujo después de sobrevivir al infierno. Y así, oliendo a flores orientales y con el alma más tranquila, me quedé profundamente dormida.

Un trueno me despertó de golpe. Miré el reloj: más de las cinco de la mañana. El amanecer aún no había llegado, pero el cielo parecía de día, iluminado a base de relámpagos. Los truenos aquí no sonaban como en Madrid: eran más fuertes, más cercanos, como si me cayeran encima. Nunca me habían dado miedo, pero aquella tormenta me dio respeto.

Me quedé de pie ante la ventana durante minutos, viendo semejante espectáculo de luces, sonido y agua. Y por primera vez pensé: *qué maravilla estar aquí… viendo esto.*

Encendí una vela aromática para darme calma y, porque me dio la gana, volví a untarme con leche corporal. Seguramente eran manías mías, pero aún creía oler a *safareig*.

Ver la lluvia caer siempre me daba calma, pero también me invitaba a la reflexión. ¿Cómo no iba a reventar si en cuestión de días me había pasado de todo y más?

Uno, vine cargada con una maleta de cortisol desde Madrid.

Dos, conocí a Bruno.

Tres, descubrí que mi alojamiento era un corral con pretensiones y un baño digno de Saw.

Cuatro, sufrí un ataque de gallinas psicópatas.

Cinco, Bruno escuchó mi conversación privada con Claudia en la que literalmente confesé que tenía un polvazo.
Seis, me fui de varetas por un corte de digestión provocado por beber agua fría de golpe.
Siete, me limpié el culo con ortigas.
Ocho, una mantis religiosa se me enredó en el pelo.
Nueve, Bruno me vio las mamellas.
Diez, me bañé en un lodazal de musgo y agua estancada.
Once, Bruno me vio completamente desnuda.
Doce, Bruno me vio como una indigente en el hospital.
Respiré hondo.
—Y trece… la sola presencia de Bruno eleva mis niveles de cortisol.
Hice una pausa, cerré los ojos y añadí con un suspiro resignado:
—Y también mi libido sexual…
Me tumbé de nuevo en la cama, con la tormenta rugiendo afuera y el corazón rugiéndome dentro. Porque, seamos sinceras: podía mentirme todo lo que quisiera, pero mi cuerpo ya estaba dando señales que mi cabeza se negaba a procesar.
Repetidos golpes en la puerta me despertaron de mi sueño profundo. Es lo que tiene la lluvia: ni Ramón había cantado. Me levanté medio aturdida, sin recordar dónde estaba. ¡Era de día! El gallo me había dejado tirada.
Abrí la puerta y casi me da un soponcio.
—¡Bruno! —exclamé. Estaba empapado, con la camiseta mojada pegada a su torso, marcándole pectorales y abdominales de anuncio.
—¿Puedo pasar o prefieres seguir viendo cómo me mojo?
Yo, que no tenía dudas de qué prefería, me aparté a un lado.
—Pasa, pasa… Perdona, Ramón no me ha despertado hoy.
—¿Ramón? ¿Quién es Ramón?
—El gallo.
Me miró con esa cara de "urge ingreso psiquiátrico".
—¿Qué pasa? ¿Solo tú puedes ponerle nombre a los animales? —repliqué, cruzándome de brazos—. Todavía recuerdo el cariño que le tienes a Dori…
Bruno resopló, pero no pudo evitar una media sonrisa.
—Te traigo el desayuno. Como podrás imaginar, con esta lluvia nadie

faena hoy. Te va a venir de perlas para relajarte. ¿Cómo te encuentras? ¿Sigues con esa sensación en el pecho o en el brazo?
Por dentro, me derretí. Me encantaba que se preocupara por mí, aunque por fuera me limité a sonreír con cautela. Intenté concentrarme en su pregunta, pero mis ojos recorrían su torso mojado y mi cabeza se llenaba de pensamientos tan lascivos que deberían multarme.
—No, ya me encuentro mejor, la verdad. Si no hubiera llovido, hubiera ido a trabajar.
—Ya, no tengo dudas. Menos mal que el destino es menos cabezón que tú.
Le sonreí falsamente, más para que no notara lo mucho que me removía.
—Bueno, marcho ya. Si no para de llover, vendré a recogerte para la hora de comer, ¿de acuerdo? Por cierto, Ramón y sus chicas ya han comido, así que no te preocupes por nada.
Se dio media vuelta y se fue, dejándome con el corazón latiendo más fuerte de lo que el médico recomendaba.
Dejé la puerta abierta y corrí la cortina: me encantaba ver llover, la brisa fresca entrando y ese olor a petricor que parecía limpiar la tierra y, de paso, un poco de mí.
Abrí la cesta que había traído Bruno: pan de plátano y algarrobas casero aún tibio, queso fresco, uvas recién cogidas y un tarro de mermelada de higos que olía a gloria bendita. El desayuno de mi vida.
Pasé la mañana entre mordiscos de pan con queso, leyendo acurrucada en la cama, pintándome las uñas de un rojo escandaloso y escuchando el repiqueteo de la lluvia contra el tejado. No recordaba la última vez que me había sentido tan tranquila.

Cuando Bruno vino a recogerme para la comida, la lluvia ya había amainado. El cielo seguía gris, pero prometía abrirse en cualquier momento.
Subimos a la casa de Vicente y nos esperaba Eulalia con su eterna sonrisa y una olla de sopa humeante que olía a gloria. Comimos los cuatro juntos, como una familia extraña, y cuando acabamos Vicente

me miró con ojos chispeantes:
—En cuanto escampe un poco, iremos a recoger caracoles.
—¿Caracoles? —pregunté, intentando que mi cara no mostrara todo el asco que sentía por los bichos babosos.
—Sí —dijo Eulalia, entusiasmada—. Verás qué relajante es.
Me mordí la lengua. Me parecía un plan digno de *Fear Factor*, pero ellos lo decían con tanta ilusión que no pude negarme.
Y así, tras el café, salimos los cuatro al campo, armados con cubos y bolsas. Al principio, cada vez que tocaba uno sentía arcadas. La baba se me quedaba pegada en los dedos como si fueran mocos con vida propia. Pero poco a poco, empecé a pillarle el truco, y lo que me daba asco pasó a resultarme… curioso. Fascinante, incluso. Era como una gymkana rural, con Eulalia y Vicente de guías expertos, y Bruno mirándome cada vez que chillaba como si fuera un sketch andante.
Me agaché frente a un muro de piedra cubierto de humedad. Otro caracol. Lo cogí con los dedos índice y pulgar, estirando el brazo como si manipulara material radioactivo, y lo dejé en el cubo con cara de náusea.
—Deberían inventar guantes para esto —murmuré.
—No necesitas guantes —respondió Bruno, agachado a mi lado—. No hacen nada.
—Perdona, pero yo siento que estoy participando en *Fear Factor*.
Él cogió un caracol con la palma abierta, tranquilo, y lo dejó caer suavemente en su cubo.
—Míralo bien… son hasta bonitos.
—¿Bonitos? —arqueé una ceja—. Para mí esto es como decir que una cucaracha tiene carisma.
Bruno rió bajito, esa risa que me erizaba por dentro.
—No se mueven como cucarachas. Son lentos, constantes. Por eso Vicente dice que enseñan paciencia.
Lo observé mientras él cogía otro con naturalidad, sin pizca de asco, como si fuera una aceituna.
—Pues paciencia me hace falta, sí… pero de momento lo único que me enseñan es a perfeccionar la pinza de dedos. Mira. —Cogí otro

con el mismo gesto fino, mostrándoselo—. ¿Ves? Como si fuera una joya.
Bruno se inclinó hacia mí y sonrió de medio lado.
—Pues te queda bien la pinza. Tienes estilo hasta para coger caracoles.
Lo miré un segundo, sin saber si me estaba tomando el pelo o me estaba halagando de verdad. Así que opté por disimular.
—Genial. Lo pondré en mi currículum: recolectora de caracoles con elegancia.
Él rió, bajando la vista al cubo.
—No sabes la de cosas que aprenderás aquí, Cañadas.
Y por primera vez, no sentí que quisiera llevarme la contraria. Sentí que lo decía en serio.
Esa tarde, entre caracoles y risas disimuladas, algo cambió. No hubo pullas, ni broncas, ni malas caras. Solo el olor a tierra mojada, risas disimuladas y un trabajo compartido que, sin darme cuenta, nos fue acercando.
Ambos bajamos la guardia. Él dejó de ser el capataz insufrible que me sacaba de quicio y se mostró más humano, más cercano. Y yo dejé de estar a la defensiva todo el tiempo. Fue… fácil. Inesperadamente fácil.
Cuando regresé a mi "loft" rural, llevaba los dedos todavía brillantes de baba y, por primera vez desde que había llegado, una sonrisa que no me costaba esfuerzo.
Comprobé que la hamaca se había secado, me tumbé en ella y dejé que el silencio me envolviera. Ni gallinas, ni safareigs, ni mantis, ni ortigas, ni hospitales. Solo calma.
Y me descubrí pensando algo que jamás hubiera imaginado:
Hoy había sido el primer día en que todo había ido bien.

Ahora que por fin, todo está en calma…

Dale al play:



(Esta historia tiene su propia banda sonora)

12

Al día siguiente, Ramón me despertó puntual, como un reloj suizo con plumas. Me levanté pletórica, con ganas de trabajar. Me tomé mi medicación, me puse mi ropa de faena y entré al corral saludando a las gallinas con entusiasmo.

—¡Buenos días, chicas! —canturreé.

Ya no me picaban. Les había pillado el truco: repartir su comida con gracia y rapidez, sin quedarme a tiro de sus picos vengativos. Así que, tras darles de comer, recogí los huevos y limpié las heces sin mayores dramas. Un triunfo.

Me lavé las manos, cogí la bici y me dirigí al desayuno. Entré en el comedor y di los buenos días a todos, sentándome junto a Du y Ahmed.

—¡Buenos días! —busqué a Bruno con la mirada—. Hola. ¿Qué hago hoy que no suponga cargar con mucho peso?

—Tenemos muchos higos que se están perdiendo —respondió él—, así que hoy te limitarás, sin prisa, a la recolecta. ¿Te parece?

—¡Perfecto!

Du y Ahmed me miraron raros por la pregunta y acabé contándoles mi periplo hospitalario. Ellos se partieron de risa, pero yo ya estaba mentalizada: ese día trabajaría sola, tranquila, sin tener que demostrar nada a nadie.

Cuando terminamos de desayunar, Bruno me indicó las higueras donde debía trabajar y descargó unas cajas vacías entre los árboles.

—Me iré pasando para recoger las cajas, ¿de acuerdo?

—Sin problema. Yo a mi ritmo.

—Perfecto. —Y entonces esbozó una sonrisa. Sonrió de verdad, sin ironía. Me quedé tonta un par de segundos. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué empezaba a sentirme como una cría cuando me hablaba así?

Sacudí la cabeza, borrando pensamientos impuros.
—Mira —añadió, sacando algo del bolsillo—, te traigo unos guantes de látex. La leche del higo es irritante para la piel. Más vale prevenir, no queremos volver al hospital, ¿verdad?
—Verdad. —Me los puse rápido, disimulando la tontería que me recorría el estómago.
—Pues suerte.
—¿Suerte?
Él me lanzó una mirada de esas que te desarman.
—Contigo, Selena, nunca se sabe lo que puede pasar.
Se subió a la pickup y desapareció, dejándome con la sensación de que me había dicho mucho más de lo que sonaba.
Me puse manos a la obra. El trabajo resultaba casi meditativo: recoger, colocar con cuidado, respirar y, sin darme cuenta, me escuché cantando. ¿Cantando? ¡Nunca cantaba!
—¡Quién es ese hombre… que me mira y me desnudaaaaa…!
¿Estaba sintiendo mariposas en el estómago?

Cuando llevaba cuatro cajas llenas, escuché un motor distinto al de Bruno. Al levantar la cabeza, vi un coche SUV de alta gama plantarse delante de mí.
De él salió un hombre muy atractivo, de mirada intensa y sonrisa de catálogo.
—Hola. —Me ofreció la mano con seguridad—. Soy Jaime, el hijo de Vicente.
Me quedé paralizada unos segundos, con un higo en la mano y la baba a punto de caerme por la comisura. Guapo, educado, coche caro… un contraste total con la rusticidad de Bruno.
—Selena —contesté, estrechándole la mano tras quitarme un guante y secarla en el pantalón.
Su mirada se detuvo en mí un poco más de lo que la cortesía dictaba. Sonrió.
—Encantado, Selena —dijo Jaime, sin soltar mi mano y con una sonrisa que podía hacer olvidar hasta el último gramo de baba de caracol que aún llevaba incrustado en los dedos del día anterior.
—Igualmente —respondí, todavía con un higo en la otra mano.

Me observó un segundo más, inclinando apenas la cabeza, con la seguridad de quien sabe que está dejando huella.
—Nunca te había visto por aquí. ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?
La pregunta más básica de la historia me envolvió como un perfume caro. Su tono era encantador, absolutamente embriagador. Tragué saliva.
—Pues… supongo que buscando aire. Cambio de aires, ya sabes. —Sonreí con un deje de timidez que me sorprendió a mí misma—. No sabía que Vicente tenía hijos.
Él soltó una carcajada suave, como quien disfruta del misterio.
—Solo me tiene a mí. Pero lo mío no es el campo, son los negocios. Vivo en Barcelona, aunque suelo venir de vez en cuando a visitar a mi padre.
Barcelona. Negocios. Sonaba tan familiar, tan cercano a mi mundo… y tan opuesto a la vida de barro, ortigas y gallinas que llevaba días sobreviviendo.
—Ah… ya veo —murmuré, con una sonrisa que se me escapó sin permiso.
Jaime dio un paso hacia mí, sin dejar de sostenerme la mirada, y noté cómo mis mejillas ardían. Estaba a punto de decir algo más cuando un ruido de motor me heló la espalda.
Giré la cabeza: Bruno, en su pickup, se acercaba para recoger las cajas llenas de higos. Aparcó con brusquedad, bajó sin saludar y clavó sus ojos miel en la escena: Jaime y yo, demasiado cerca, sonriendo demasiado.
—Vaya —dijo con la voz seca, mirando a su alrededor y después a mí—. Veo que has encontrado entretenimiento mientras trabajabas.
El encanto embriagador de Jaime se transformó en un silencio espeso que me dejó con el corazón acelerado y una pregunta flotando en el aire: ¿qué demonios acababa de pasar?
—Ha sido culpa mía, ella tan solo se ha limitado a ser amable —me defendió Jaime, con esa calma encantadora, hecha a medida.
Me giré hacia él, agradecida por el gesto.
—Tranquilo, siempre es así de simpático. No es nada contra ti…

Jaime esbozó una sonrisa ladeada.
—Nos conocemos de hace años. Sé que la simpatía no es su fuerte. Y lo de tener algo en contra de mí… Lo voy a poner en duda.
Mi cabeza giró de uno a otro. ¿Por qué sonaba como si hubiera una historia ahí de la que yo no sabía nada?
Bruno, serio, ni se dignó a mirarnos. Cargó las cajas con los brazos tensos, como si fueran plumas, y de pronto me soltó con voz seca:
—Cañadas, ponte a trabajar. Ya.
Me mordí la lengua para no saltar. Jaime, en cambio, se inclinó hacia mí con esa sonrisa que parecía tenerme reservada.
—Nos vemos pronto.
Y dicho esto, subió a su SUV de alta gama y se marchó dejando tras de sí un perfume caro, un aire de intriga y una nube de tensión que me dejó clavada en el suelo.
Me giré hacia Bruno, con el corazón bombeando más rabia que sangre.
—Me he tenido que morder la lengua delante de Jaime, pero no te vuelvas a dirigir así hacia mí. Nunca.
Dio unas zancadas hacia mí, se irguió, plantado frente a mí, y me devolvió la mirada con esos ojos color miel que parecían atravesar paredes.
—No olvides que soy tu jefe.
Di un paso hacia él, tan cerca que podía notar el calor que emanaba su cuerpo aún en medio de la brisa húmeda de la higuera.
—Y tú no olvides la educación.
El silencio cayó como un bloque de granito. Tan cerca, tan tensos, ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder. Y sin embargo, ahí estábamos: mirándonos como dos gladiadores antes del golpe final.
Hasta que algo cambió.
Su respiración se volvió más profunda. La mía también. Y de repente, dejé de mirarlo a los ojos y me descubrí bajando la vista, lenta, hacia su boca. Él hizo lo mismo. Durante unos segundos, el mundo se redujo a dos pares de labios a punto de cruzar una línea peligrosa.
El aire estaba tan cargado que sentí que, si daba un paso más, la higuera entera iba a explotar.

Entonces Bruno se apartó bruscamente, como si hubiera recordado algo.
—Ponte a trabajar —murmuró, pero la voz le salió más grave, más rota.
—Por favor —le solté, firme.
Bruno inspiró profundamente y me volvió a mirar.
—Por favor, Selena, ponte a trabajar.
Se giró y se marchó con pasos largos, dejándome allí, pegada a la tierra, con las piernas temblando y las manos aún cubiertas de leche de higo.
Me obligué a respirar, a recuperar el control, y me agaché de nuevo frente a la higuera. Cogí un fruto con mis "dedos pinza" y lo coloqué en la caja, pero no podía dejar de notar el cosquilleo en mis labios… como si hubieran estado a un segundo de incendiarse.

13

A la hora de la comida, ya estábamos todos reunidos: Vicente, Eulalia, Bruno, Jaime y yo. El ambiente parecía familiar, incluso entrañable, salvo Bruno, que mantenía su cara de póker habitual.
Entonces Jaime abrió la boca con esa seguridad que llenaba la estancia.
—Padre, deberías dejar que más gente viniera a conocer la finca. No sabes el potencial turístico que tiene este lugar.
—La finca no es para turistas, hijo —respondió Vicente, con calma, partiendo un trozo de pan como si nada pudiera alterarle.
—No, claro, lo sé. —Jaime sonrió, encantador—. Pero imagínate un par de inversores, un hotelito rural, cuatro reformas… y esto daría dinero de verdad.
Yo me giré hacia él, incrédula.
—¿Un hotel aquí? Pero si lo bonito es que se conserva tal cual está…
Jaime me devolvió la sonrisa, esa sonrisa perfectamente ensayada, capaz de nublarte la razón en segundos.
—Es bonito, sí. Pero a veces hay que saber cuándo vender una joya. Y un hotel rural, adaptado a este entorno idílico, sería una mina de oro.
Antes de que pudiera procesar sus palabras, la voz grave de Bruno atravesó la mesa como un trueno.
—Una joya no se vende. Se cuida.
La tensión subió de golpe. Jaime ni se molestó en mirarlo.
—Bruno, estoy hablando con mi padre. Te agradecería que no te inmiscuyeras en asuntos que no te conciernen.
Silencio. Bruno se levantó despacio, cogió una manzana del frutero con un gesto seco y salió por la puerta sin añadir nada más.

El ambiente quedó cargado, como si un relámpago hubiera atravesado la mesa. Vicente bajó la mirada, Eulalia carraspeó intentando aligerar, y yo… yo me quedé en medio, con la sensación de que acababa de empezar una guerra que no entendía.

Cuando me estaba subiendo a mi bici para ir a mi "loft" a ducharme y hacer mi siesta diaria, escuché mi nombre:
—¡Selena!
Me giré y era Jaime, con esa sonrisa deslumbrante que parecía sacada de un anuncio de perfume.
—¡Sí! —respondí, intentando sonar casual, aunque ya estaba sonriendo como tonta.
—¿Tienes planes esta noche?
—Nooo… —dije alargando la "o" más de la cuenta, expectante.
—¿Te gustaría acompañarme a cenar y quizás dar un paseo?
¿Planes de urbanita en ambiente urbanita? ¡Me moría de ganas!
—¡Claro! ¡Me encantaría!
—¿Dónde te alojas?
—En el loft del corral de gallinas… —contesté, medio en broma, medio en tragedia.
Él rió, encantador.
—De acuerdo, paso a buscarte sobre las ocho. ¿Te parece bien?
¿Que si me parecía bien? ¡No recordaba la última vez que había tenido una cita con un hombre!
Pasaba tanto tiempo rodeada de hombres que siempre buscaban excluirme, que por fin trabajar con hombres de campo, humildes, abiertos… que no me veían como una competencia, me estaba curando del asco que le tenía al género masculino.
Y entonces me di cuenta: quizá el problema no eran *los hombres* en general, sino el ambiente en el que estaba. En la oficina, todo era una guerra de egos, un campo de batalla de trajes caros y frases envenenadas, donde yo tenía que pelear cada día por mi sitio. Aquí, en cambio, nadie me medía por lo que ganaba, por lo que vestía o por lo rápido que podía responder a un cliente. Aquí solo importaba que las gallinas tuvieran agua, que los tomates no se pudrieran en la mata y que los higos llegaran enteros a la caja.

No había competencia, ni jerarquías invisibles, ni cuchillos voladores disfrazados de sonrisas. Solo trabajo. Humano, simple, compartido. Y eso… me estaba empezando a reconciliar con el mundo. O al menos con la mitad masculina.

Pasé la tarde arreglándome. Necesitaba distraer mi cabeza después de la incomodidad de la comida. Así que convertí mi *loft rural* en un camerino improvisado: la música bajita en mi radio a pilas, todos mis neceseres desplegados como si fuera backstage de una pasarela y yo frente al espejo, concentrada en que cada detalle quedara perfecto.
Me puse un vestido de seda azul cobalto de Carolina Herrera que había traído "por si acaso" (y ese acaso había llegado), mis tacones de Jimmy Choo que sobrevivían al terreno rural guardados como tesoro en su maleta, y un bolso de Prada que me daba la seguridad de seguir siendo yo aunque estuviera rodeada de gallinas.
Cuando me vi en el espejo, por primera vez desde que había llegado a la finca, no vi a la Selena desgreñada que lloraba con aloe en el culo ni a la que gritaba por una mantis religiosa. Me vi a *mí*: sofisticada, segura, impecable.
Estaba ajustándome los pendientes cuando escuché un golpe suave en la puerta.
—¿Selena? —era Bruno.
Abrí y casi se me cayó la barbilla.
Él estaba ahí, camiseta sencilla, jeans gastados y esa mirada que me atravesaba. Pero lo más sorprendente fue cómo me miró a mí.
Se quedó congelado. Literalmente.
—Yo… venía a disculparme por antes. Y también a preguntarte cómo estabas, no he tenido ocasión a lo largo del día… —dijo, bajando la voz.
—Estoy bien —respondí, sintiéndome súbitamente torpe bajo su mirada.
Él tragó saliva, recorriéndome de arriba abajo con una lentitud que me erizó la piel.
—¿Y… dónde vas tan… arreglada? —preguntó, con un tono que mezclaba sorpresa y algo más que no quise analizar.

Inspiré hondo, sonriendo con la seguridad recién estrenada.
—Jaime me ha invitado a cenar.
El silencio que siguió fue tan denso que juraría que hasta las gallinas dejaron de cacarear.
Bruno asintió una sola vez, despacio, como si aceptara algo que no quería aceptar. Después se dio media vuelta y se marchó sin decir palabra.
Me quedé quieta, con la mano aún en la puerta y el corazón desbocado. Porque lo que me había dejado en shock no fue lo que dijo (nada, literalmente nada), sino la mirada que me dedicó antes de girarse. Una mirada intensa, contenida, que me desarmó por completo y me dejó hecha un mar de dudas.
¿Había sido decepción? ¿Celos? ¿O solo era mi imaginación jugándome una mala pasada?
Fuera lo que fuese, no me lo pude quitar de la cabeza mientras terminaba de prepararme para la cena.

14

Jaime resultó ser… peligrosamente encantador. Me recogió en su coche, impecable por dentro y con ese olor a cuero nuevo que te hace sentir en otra liga. Me llevó a cenar a un restaurante exquisito, minimalista, con luces cálidas y mesas bajas sobre la arena. Sí, literalmente: los pies en la arena, con el mar de fondo.

—Creo que me he equivocado de calzado… —murmuré, mirando mis Jimmy Choo.

—¿Y lo bonito que es descalzarse y meter los pies en la arena mientras cenas? —dijo con una media sonrisa que parecía ensayada frente al espejo.

Me reí, descalzándome.

—Totalmente de acuerdo. —Y por primera vez en mucho tiempo, me dejé llevar.

La conversación se dio sin esfuerzo. Jaime me habló de su infancia en la finca, de cómo había perdido a su madre siendo adolescente y de cómo, incapaz de hacerse cargo de todo, Vicente lo envió a un instituto privado en Barcelona. Allí pasó los años más intensos de su juventud y, después, entró en ESADE, la mejor universidad de negocios del país.

—Gracias a mi padre soy quien soy —me confesó, removiendo el vino en su copa—. Le debo mucho, aunque le reprocho que me apartara de aquí. Echaba de menos esta casa, la tierra, el olor a campo. Supongo que por eso ahora quiero devolvérselo todo… aunque no siempre entienda mis ideas.

—¿Ideas?

—Un proyecto sostenible de hostelería. Cuidar la finca, pero abriéndola al mundo. Turismo responsable, con conciencia. No un hotel al uso, algo diferente.

Lo miré intrigada. Sonaba convincente, y desde luego apasionado por su discurso.
—A mí me costó ascender en mi empresa —le confesé, casi sin pensarlo—. Una jungla de trajes y testosterona, con un porcentaje altísimo de hombres que parecían haber hecho un máster en ningunear. Superar cada escalón fue una batalla. Y lo peor: la ansiedad y el estrés me fulminaron. Así que aquí estoy, de jornalera y recolectora en la finca de tu padre para encontrar, en teoría, paz. ¡Y trabajando gratis!
—¿Gratis? ¿Por qué razón?
—Estoy de baja… En teoría no puedo estar trabajando, ya me entiendes.
Se quedó un momento en silencio, observándome con atención.
—Eso dice mucho de ti, de tu fuerza, no de tu fracaso. No cualquiera se reinventa así.
Sentí que me ardían las mejillas.
Después, entre plato y plato, la conversación viró hacia lo personal.
—¿Y tú? ¿Soltero, casado, divorciado…? —pregunté, intentando sonar casual.
—Divorciado. —Lo dijo sin dramatismos, con la misma serenidad con la que se habría pedido un café—. Una historia breve, sin rencores, pero mal cerrada.
—Ya… —asentí, jugueteando con el borde de mi copa.
—¿Y tú?
—Soltera. Soltera, y en paz —contesté, fingiendo orgullo, aunque lo que había por dentro era más bien un revoltijo de incertidumbres.
Él sonrió, esa sonrisa que parecía tenerlo todo bajo control y que parecía diseñada para hacerte sentir especial.
—Entonces tenemos algo en común: seguimos buscando lo que realmente nos encaje.
Brindamos, y el sonido de las copas se mezcló con el rumor de las olas.

La cena terminó con postre compartido (un coulant de chocolate delicioso) y más confidencias de las que habría imaginado. El tiempo

se nos había escapado entre risas y confesiones, y cuando salimos del restaurante la brisa nocturna era suave, casi cómplice.

Jaime caminaba a mi lado, las manos en los bolsillos, hablándome de una anécdota de su época en la universidad. Yo reía, con esa risa floja que te sale cuando alguien te tiene medio embobada.

Al llegar al coche, abrió la puerta del copiloto y, antes de que pudiera entrar, me tomó suavemente de la mano. Su tacto era firme pero cálido, como si ese gesto lo hubiera hecho mil veces pero, a la vez, fuera único conmigo.

No la soltó en todo el trayecto.

Cuando me dejó frente a mi *loft rural*, me bajé despacio, con el corazón golpeando en las costillas. Estaba a punto de despedirme con un "gracias por la cena" cuando él se inclinó hacia mí. Sus labios rozaron la comisura de los míos: un beso ligero, delicado, lo justo para dejarme sin aire y con la duda flotando.

—Buenas noches, Selena —susurró, con esa sonrisa que parecía hecha para desarmar.

—Buenas noches… —alcancé a decir, aún con el sabor a vino y mar en la boca.

Lo vi alejarse en su coche de lujo, mientras yo me quedaba en la puerta de mi "corral glamurizado", con las piernas temblando y la sensación de que acababa de abrirse otra historia que no sabía cómo iba a terminar.

15

A la mañana siguiente, llegué con la bici al comedor con una sonrisa que ni el gallo Ramón había conseguido quitarme a pesar de haber dormido menos horas… Bastante menos horas… Para mi sorpresa, Jaime ya estaba allí, sentado frente a Vicente, charlando animadamente con Eulalia.

—¡Buenos días! —saludé, tomando asiento a su lado ya que Du y Ahmed con quienes solía sentarme aún no habían llegado.

—Buenos días, Selena —respondió Jaime con esa calidez que parecía improvisada, aunque salía de manual.

El desayuno estaba servido: pan, mermeladas caseras, fruta fresca. Sin pensarlo demasiado, me incliné hacia él:

—Jaime, pásame la mermelada de higo, por favor.

Él me la alcanzó con una sonrisa cómplice.

—Lo tuyo ya es una adicción.

Me reí, y a mi alrededor todo era ruido alegre: los jornaleros entraban y salían, hablaban entre ellos en varios idiomas, alguno contaba un chiste que provocó carcajadas, Eulalia iba y venía con más café. El ambiente era ligero, distendido, casi festivo.

La única nota discordante era Bruno. Silencioso, clavado en su sitio, cortando su pan con demasiada fuerza, como si el coc (el pan ibicenco) le hubiera ofendido personalmente.

Se tomó su tiempo para hablar, pero cuando lo hizo, su tono fue seco y directo:

—Cañadas, hoy te encargas de la recogida de ciruelas. Están maduras y no quiero que se echen a perder.

—Perfecto —respondí, dándole un sorbo a mi té con hielo, intentando que no me temblara la voz bajo esa mirada que me analizaba de arriba abajo.

Fue entonces cuando Jaime se giró hacia mí, como si aquello fuera lo más natural del mundo.
—Selena, ¿te apetece que te recoja esta tarde sobre las seis?
No lo dudé ni un segundo.
—Sí, claro, me encantaría.
El murmullo en el comedor siguió su curso: risas, voces, platos chocando. Y sin embargo, yo podía sentir cómo Bruno, en medio de toda aquella algarabía, era un silencio vivo. Un silencio que pesaba más que todo el ruido junto.

Estaba metida de lleno en la recogida de ciruelas junto a algunos de los jornaleros. La mañana transcurría animada: Ahmed canturreaba algo en árabe, Du hacía chistes malos en español con acento, y yo me sentía parte de un grupo por primera vez desde que había llegado. Me concentraba en elegir las ciruelas más firmes y colocarlas con cuidado en las cajas de madera.
El ruido de la pickup se acercó y, como un resorte, todo el mundo enderezó la espalda: llegaba Bruno. Saltó del coche, serio, como siempre… y peligrosamente guapo. Empezó a cargar cajas llenas de fruta como si fueran de cartón.
Cuando llegó a mi fila, se detuvo.
—Cañadas. Veo que al menos no te han explotado las manos con tanto lujo concentrado.
Lo miré con sorna y solté:
—Qué pena, Bruno… pensé que habías cambiado, pero veo que vuelves a involucionar hacia el capullo que eras. O igual es que ya eras así.
Él parpadeó, como si las palabras le hubieran caído como piedras en el pecho.
—No me malinterpretes. Está bien que trabajes… aunque ya veremos cuánto te dura la motivación.
—No te preocupes, Bruno. Estoy acostumbrada a tratar con hombres que se creen más fuertes y listos que yo. Y créeme, todos terminan sorprendidos.
Él entrecerró los ojos, clavándome la mirada.
—¿Sí?

—Sí. Huelen un poco más de la cuenta a testosterona y ya les sale el gallo del corral. —Lo dije con mi mejor sonrisa irónica, segura de haber ganado el asalto.
Bruno se quedó inmóvil, el gesto endurecido. Ni una sonrisa, ni una réplica mordaz. Solo un cambio en sus ojos, como si hubiera tocado una tecla prohibida.
—No vuelvas a decir eso, Selena —murmuró, grave, tan serio que me erizó la piel.
Me crucé de brazos, manteniendo la compostura aunque el corazón me latía más fuerte.
—¿Por qué? ¿Te duele la verdad?
Él no respondió. Simplemente cargó otra caja, los músculos tensos, y se la llevó sin apartar la mirada de mí hasta el último segundo.
Y por primera vez, tuve la sensación de que había pasado de la pulla divertida al terreno peligroso.

Me pasé toda la mañana recogiendo ciruelas y colocándolas en cajas que Bruno pasaba a recoger. Sin embargo, en los siguientes viajes no me volvió a dirigir la palabra. Ni un gesto, ni una mirada, nada. Incluso a la hora de comer, guardó un silencio sepulcral: se sentó, comió lo justo, y se levantó con un seco "hasta mañana" que dejó la mesa helada.
—¿Alguien sabe qué le ha pasado? —preguntó Vicente, extrañado.
No me pude aguantar:
—Pues que no puede haber dos gallos en un mismo corral.
—¿Qué dos gallos? Aquí solo hay un capataz y es Bruno… —Eulalia no caía en la cuenta hasta que lo hizo—. Ah…
Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia, aunque por dentro estaba hirviendo.
—En fin, me voy a duchar y a echarme una mini siesta que hoy tengo planes.
—Me imagino con qué gallo… —escupió Eulalia con media sonrisa.
La madre que la parió. Cogí la bici y pedaleé fuerte, intentando borrar el ruido mental que me zumbaba en la cabeza.
A las seis en punto, Jaime vino a recogerme, puntual como un reloj suizo. Me vestí con un mono corto de Miu Miu, unas sandalias de

medio tacón muy casual y perfectas para una tarde de verano. Cuando me vio, silbó bajito. Yo hice como que no lo había escuchado, pero mi ego hizo la ola.
Me llevó a una heladería en el casco antiguo de la capital, recorriendo callejuelas del barrio marino. Según él, ahí se servía el mejor helado del mundo. Y no le faltó razón. No sé si era la conversación, el ambiente o el pistacho artesanal, pero me sentía cómoda, ligera, como hacía mucho que no me sentía.
—¿Sabes? Venía por un par de días, pero me estoy planteando quedarme algo más… —me confesó, con esa sonrisa relajada.
Sonreí, escéptica.
—Qué zalamero eres…
Pero él me miró directo a los ojos.
—Lo digo en serio, Selena. Una chica guapa, valiente, divertida, con carácter… no se encuentran mujeres así todos los días.
Sentí un cosquilleo en la nuca, pero no bajé la guardia.
—Ya… No es por desmerecer al resto, pero sé que no abundan chicas como yo. No soy una chica fácil, Jaime. Y ten en cuenta que a mí me queda algo más de un mes aquí. Después volveré a Madrid.
Él ladeó la cabeza, como quitándole importancia.
—Bueno, vamos a dejar que lo nuestro fluya, ¿no?
Joder. Odiaba esa palabra. "Fluir". Con lo controladora que era yo… La última vez que escuché esa palabra fue de mi profe de yoga: "déjate fluir, Selena…". Y lo que fluyó fue mi mala hostia. Porque en ese estado en el que estaba, si llego a dejarme fluir, le habría estampado un bloque entero de ladrillos de yoga en la coronilla.
A ver cómo le decía, con delicadeza, que no me interesaba más allá de un revolcón… Opté por el lenguaje universal: un bostezo.
—¿Te estoy aburriendo? —preguntó, arqueando una ceja.
—Ay, Jaime, perdona. Es que esta noche apenas he dormido cinco horas… Ya sabes, alguien me invitó ayer a cenar y teniendo en cuenta que me levanto a las seis y pico…—le sonreí, con esa mezcla de disculpa y coquetería que salía sola.
—Cierto, disculpa… Te llevo a casa.
Y me llevó, tan caballero como siempre. Cuando aparcó frente a mi *loft* rural, bajé despacio, jugando con el cinturón del bolso. Le solté

un órdago, directo y sin anestesia:
—¿Me vas a besar en la comisura otra vez hoy?
Él sonrió de medio lado.
—No sé… dime qué debería hacer.
Lo miré a los ojos, muy seria.
—Deja que fluya.
Me rodeó la cintura y me atrajo hacia él. El primer beso fue suave, un roce apenas, como tanteando el terreno. Luego atrapó mis labios y los humedeció con ternura, despacio, hasta que el aire se nos volvió escaso. Cuando se separó, sus ojos brillaban.
—Voy a dejarlo aquí… —susurró cerca de mi boca—. Porque de lo contrario, fluiría como un río desbordado.
Me quedé apoyada contra la puerta de mi *loft*, sin saber si reír o lanzarme de nuevo a sus brazos. Finalmente, también me dejé "fluir"… pero con mi Satisfyer. Hacía tiempo que no me daba un homenaje y, después de que Jaime me encendiera, tuve que apagar mis propias llamas.

16

Amanecí con el canto alegre de Ramón (léase con ironía) y me puse manos a la obra con el vestuario del día. Como quería despedirme de Jaime dejándole un buen recuerdo, opté por un look de lo más *sexy campesino*: shorts vaqueros deshilachados oscuros, camisa de lino azul marino a cuadritos blancos anudada bajo el pecho, pañuelo anudado en la cabeza y mis inseparables gafas de sol. Una mezcla entre recolectora ibicenca y modelo de catálogo rural.

Tras alimentar y limpiar el gallinero, cogí la bici y me dirigí al desayuno.

Bruno ya estaba allí, untando con parsimonia mermelada de ciruela sobre su tostada. Apenas levantó la vista cuando solté un alegre "¡buenos días!". Me senté al lado de Ahmed, que enseguida empezó a contarme anécdotas de sus hijas, haciéndome reír.

Minutos después, entraron Vicente y Jaime, charlando de forma distendida. Y entonces pasó: en cuanto me vio, Jaime se acercó, se inclinó y me dio un beso en la sien. Juro que vi cómo Bruno dejaba de masticar a mitad de bocado, como si la tostada se le hubiera quedado atascada en la garganta.

Lástima que Jaime se sentara lejos de mí, porque me habría encantado hablar con él un poco más antes de su marcha.

Cuando terminamos de desayunar, me levanté para despedirme.

—Bueno, Jaime, qué voy a decir… Ha sido un placer. Gracias por regalarme planes maravillosos. ¡Me hacía falta!

—Gracias a ti —respondió con esa sonrisa de anuncio—, por ser tú mi mejor plan.

Ay, madre… qué boquita tenía este hombre. Sonreí como una tonta ante semejante declaración, hasta que la voz de ultratumba interrumpió la magia.

—Cañadas, no estamos para perder el tiempo. Hoy tocan higos chumbos. —Bruno, con cara de funeral, desde la puerta. Para higo chumbo el mío, que bien me lo sabía tocar Bruno cuando menos lo esperaba.
El cambio de semblante fue inmediato: de adolescente con pavo a reo condenado en dos segundos.
Abracé a Jaime, me pidió mi número y me prometió escribirme. ¿Me sentía como una quinceañera con su primer ligue? Absolutamente.
Pero cuando me giré, la realidad me golpeó de lleno: Bruno, apoyado en la pickup, con cara de pedo monumental, esperándome para llevarme a enfrentarme a los higos chumbos.

Bruno me ordenó que le siguiera con la bici hasta la zona de los higos chumbos, que crecían orgullosos como cactus obesos cargados de granadas verdes y naranjas. Sacó de la pickup un palo con una especie de tenaza en la punta.
—Vale, Cañadas, esto requiere técnica. Los higos chumbos tienen pinchos invisibles que se clavan en la piel y luego no hay quien los quite. Se cogen con este palo, se giran, caen en el cubo y listo. Mira.
—Hizo una demostración perfecta: un giro, *plof*, higo dentro del cubo.
Yo asentí, muy digna.
—Bah, si hasta parece fácil. Dame eso.
Cogí el palo con demasiada confianza. Primer intento: en vez de girar el higo, lo lancé hacia atrás, perdiéndose entre las chumberas.
—Muy fácil, sí… —protestó Bruno con toda la ironía del planeta.
Segundo intento: giré demasiado fuerte y el higo salió disparado como un misil, estampándose contra la pickup y dejando un lamparón naranja fosforescente en la puerta.
Bruno me fulminó con la mirada.
—No estás en una feria, Selena.
Tercer intento: enganché uno, giré, lo acerqué hasta nosotros… y se me escapó. ¿El reflejo de Bruno? Apartarse. ¿El mío? Cogerlo con la mano.
—¡Joder, joder, joder! —grité, sacudiéndome los dedos. Sentía miles de agujas invisibles clavándose como si me hubieran echado

cristales molidos.
—Yo flipo… No sé cómo no te pasan más cosas —bufó, mientras yo lo fulminaba con la mirada, incapaz de parar de mover la mano.
Sin pizca de ternura, me agarró la muñeca.
—Deja de hacer el idiota, que te los clavas más.
Sacó cinta americana de la guantera de la pickup, cortó un trozo, me sujetó la mano con brusquedad y empezó a arrancar las espinitas a tirones, como si fueran tiras depilatorias de cera fría. Di un respingo.
—¡Ay! ¿Pero me estás quitando las púas o me estás arrancando la piel?
—Si quieres lo dejo y te apañas sola. —Ni siquiera me miró.
No pude evitarlo: repetí su frase con voz de niña repelente.
—"Si quieres lo dejo y te apañas sola".
Él soltó una media risa seca, casi sarcástica.
—¿Qué tienes, ocho años?
Me mordí la lengua para no lanzarle una de mis contestaciones estrella. Pero por dentro pensé: *ya verás, Bruno… voy a arrancar un higo perfecto solo para restregártelo en la cara*.
Bruno me observaba mientras yo seguía forcejeando con el palo y el cubo como si fueran armas medievales. Al final, resopló con impaciencia:
—Si no sirves para esto, Cañadas, te mando a otro lado. No estamos aquí para perder tiempo ni fruta.
Me giré hacia él, indignada.
—¿Y qué quieres, que me rinda a la primera? ¿Tu primera vez fue perfecta?
—Sí. —Respondió tan serio que casi me da un ictus.
Le puse los ojos en blanco.
—Ah, pues enhorabuena. Una medallita más para tu habitación.
Él ni se inmutó.
—No todo el mundo está hecho para esto.
—Pues yo sí. Y te lo voy a demostrar.
Apreté los dientes, ajusté el palo, respiré hondo como si fuera a hacer apnea olímpica y lo intenté de nuevo. Enganché el higo, lo giré con suavidad… y *plof*: cayó dentro del cubo como si lo hubiera hecho toda la vida.

Levanté los brazos al cielo.
—¡Toma ya! ¿Has visto? ¡Perfecto!
Bruno me miró en silencio, con esa expresión pétrea que no revelaba nada. Luego, sin emoción, dijo:
—Bien. Un higo de mil.
—¡Oh, por favor! Admítelo, ha sido un triunfo.
—Cuando llenes veinte cubos más así, hablamos de triunfos.
Decidí fingir. Quería hacerle pasar un mal rato, así que me llevé la mano al pecho con gesto dramático, como si me estuviera dando un jamacuco.
—Ay…
Bruno giró la cabeza al instante, los ojos como platos.
—¿Qué pasa?
—Nada… —respondí con voz queda, disfrutando por dentro de su cara de alarma.
El tono de su voz se suavizó de golpe.
—Si tienes que parar, hazlo. En serio.
—He dicho que no… Me gusta morir matando.
Él resopló, incrédulo.
—Selena, son higos chumbos… no una guerra santa.
—Pues por cómo me das caña, nadie lo diría.
Vi cómo tensaba la boca, como si quisiera pedirme perdón… pero no lo hizo. El silencio pesaba tanto como el sol del mediodía.
—Mira, Bruno, si te vas y me dejas sola, podré trabajar tranquila y sin que se me eleven los niveles de cortisol. Me enervas, no es ninguna novedad, y odio que me estén soplando la nuca cuando trabajo.
Él apretó la mandíbula.
—No te soplo la nuca, Cañadas. Te superviso.
—¡Ja! "Supervisar"… la palabra favorita de los capataces y de los jefes machirulos de despacho. ¿Sabes cómo lo llamo yo? Fiscalizar. Y a mí, ya me fiscalizaron demasiado en la vida.
Me di la vuelta, agarré otro higo con el palo y, como si el universo quisiera apoyarme en mi teatrillo, el fruto cayó en el cubo con un *plof* perfecto. Me giré hacia él con una sonrisita triunfal.
—¿Ves? Hasta bajo presión rindo.

Bruno entrecerró los ojos, con un amago de sonrisa que intentó disimular.
—Eres insoportable.
—Y tú demasiado previsible.
Él me soltó unos guantes "por si te hacen falta", y se subió a la pickup sin añadir nada más. Yo, orgullosa como un pavo real, me quedé plantada entre las chumberas, convencida de que, aunque fuera con un numerito fingido, le había ganado el pulso. Eso sí… Mis manos ardían cosa mala.

17

Era una floja. Tenía carácter, era orgullosa, cabezota como una mula, sarcástica hasta la médula, con una lengua más rápida que mi cerebro y cero filtro… pero, aun así, una floja. Porque sí, podía plantar cara a veinte directivos en una sala de juntas, podía sobrevivir a gallinas asesinas, ortigas criminales y baños de algas dignos de "La Cosa del Pantano"… pero luego iba y fingía un apechusque para hacer sentir mal a Bruno y eso me mataba por dentro.

Mientras recogía higos chumbos como si lo hubiera hecho toda la vida (vale, exagero, pero llevaba tres seguidos perfectos y eso ya era récord Guinness para mí), no dejaba de pensar en lo rastrera que había sido.

Lo visualizaba con esa cara seria, echándose la culpa, convenciéndose de que me estaba exigiendo demasiado, que quizá me había presionado más de la cuenta. Bruno, el capataz borde y mandón, dándole vueltas a mi salud porque yo había decidido hacerme la enferma.

Y entonces me entró un remordimiento que casi me pincha más que los higos.

—Soy mala persona… —murmuré para mí, mientras soltaba otro *plof* perfecto en el cubo.

Pero al segundo pensé: *bueno, un poquito de culpa no le vendrá mal, que últimamente va sobrado de chulería*.

Bruno no volvió a pasar por allí, ni siquiera para recoger las cuatro cajas que había llenado a pulso con higos chumbos. Ni rastro suyo. Me lo encontré más tarde, en la comida, pero justo ese día había decidido comer antes. Vamos, que ni me miró.

Así que terminé compartiendo mesa solo con Eulalia y Vicente, que estaban en plena tertulia sobre la salida al mercado de los higos chumbos.
—Pero, ¿quién come higos chumbos? —pregunté, incrédula, mientras me servía un trozo de tortilla.
Eulalia abrió mucho los ojos.
—¡Todo el mundo, hija! Los comen en Marruecos, en Túnez, en Italia… Y aquí, en Ibiza, se venden como oro en los mercados.
Vicente, con esa calma suya de abuelo sabio, añadió:
—Son dulces, nutritivos y, bien preparados, no tienen rival. En mi niñez, un buen higo chumbo era un festín.
Yo lo miré con escepticismo.
—Ya… pero no me negaréis que tienen el peor *packaging* del mundo. O sea, que vengan con púas no ayuda mucho al marketing.
Eulalia rió y les mostré mis manos pinchadas.
—Por eso estamos nosotros aquí, para hacer el trabajo sucio. Y luego, cuando los pruebes, ya me dirás si merece la pena o no.
Suspiré, mordiéndome el labio.
—Espero que sean como los hombres… que, con un buen pelado, al final resultan comestibles.
Eulalia se atragantó de la risa, Vicente tosió disimulando, y yo me serví agua muy digna, como si no hubiera dicho nada fuera de lugar.

Bajé al pueblo con la bici para hacer una pequeña compra para llenar mi mini nevera, pero antes me apunté a la biblioteca para poder llevarme un libro. Empecé a leerlo en la heladería mientras saboreaba una tarrina de amaretto frente al mar. Qué paz… A pesar de los numerosos sinsabores que me pasaban, me estaba encontrando cada vez mejor, y así se lo hice saber a Claudia en cuanto vi que tenía cobertura.
—¡Por fin tengo cobertura!
—¡Aleluya! —saltó Claudia—. Tía, pero di algo más a menudo, que nos preocupamos.
—Pues no os preocupéis… si antes era una guerrera, ahora soy la mismísima Juana de Arco rural. Porque lo que me ha pasado en este sitio… bueno, terminé en urgencias.

—¿Quéééé? —chilló.
—Sí, pero no te preocupes, fue derivado de todo el cortisol acumulado. Diagnóstico oficial: costocondritis. Vamos, que casi me da un jamacuco por culpa de un capataz insufrible.
—¿Bruno?
—Exacto. Ese hombre me eleva el cortisol y la libido al mismo tiempo. Una combinación explosiva.
—¡JA! Eso es que te gusta.
—No, no, no. —Me atraganté con la cucharilla de helado—. Eso es que me pone. Es que me saca de quicio, Claudia. Me fiscaliza, me corrige, se ríe de mis cagadas campestres… y encima tiene unas manos que… —me callé de golpe.
—Ajá, sabía yo que lo ibas a decir.
—¡Cállate! Que además hay una novedad.
—¿Cuál?
—Jaime. El hijo de Vicente. Guapo, encantador, urbanita, con sonrisa de anuncio y planes de futuro. Me invitó a cenar, me llevó a tomar helado y… me besó.
—¿Qué? ¡Selena, adiós a la sequía!
—Sí, bueno… notición relativo. Yo quería algo más rollo "revolcón liberador" y él me salió romántico.
—Tía, ¿y no será justo lo que necesitas? Alguien que te trate bien.
—No lo sé… solo sé que Bruno me mira como si quisiera estrangularme, y Jaime como si quisiera escribirme un poema. Estoy en medio de una telenovela.
Claudia estalló en carcajadas.
—Pues disfruta, mujer. Entre el gallo del corral y el príncipe heredero de la finca… ya tienes entretenimiento para rato.
—Sí, entretenimiento que me va a costar otra visita al hospital.
Colgué con Claudia, todavía riéndome de sus ocurrencias, cuando vi la notificación en la pantalla: un WhatsApp de Jaime.
"En cuanto tenga un fin de semana libre me escapo a verte. No pienso perder la oportunidad de seguir conociéndote."
Ay, madre… aquel hombre sabía exactamente qué teclas tocar. Me quedé mirando el mensaje como una adolescente, sonriendo como

idiota en plena heladería. Le respondí con una foto selfie helado en mano.
La semana pasó volando. Entre gallinas menos asesinas de lo habitual, higos chumbos que ya me salían casi perfectos y las bromas de Ahmed y Du, sentí que empezaba a encajar… salvo por un detalle: Bruno.
Me esquivaba. No era una percepción, era un hecho. Apenas me dirigía la palabra más allá de las órdenes básicas:
—Hoy, albaricoques y nectarinas.
—Mañana, berenjenas y calabacines.
—Las cajas al cobertizo.
Me trataba como a un jornalero más, sin mirarme, sin broncas, sin ironías, sin nada. Y eso, lejos de tranquilizarme, me sacaba de mis casillas.
—¿Así que ahora pasas de mí? —mascullaba yo sola mientras cargaba cajas.
Habían pasado diez días desde el día de las chumberas. Vale que yo ya tenía mi rutina de leer, ir a la playa, pasear por el pueblo, ir a un restaurante a cenar sola… E incluso Ahmed organizó una comida en su casa, a la que invitó a varios compañeros y en la que me incluyó. Y, tras tantos días en el que apenas había cruzado palabra con Bruno, supe que no podía más. Si algo había descubierto de mí en esta isla es que necesitaba sus malditas broncas.
Así que, ni corta ni perezosa, cuando lo tuve a tiro me inventé un "accidente": subí a una escalera de madera cochambrosa para coger unos higos altos y, con un movimiento muy estudiado, la hice tambalearse hasta que caí de culo en la tierra.
El ruido atrajo a Bruno al instante.
—¡Selena! ¿Estás bien? —se agachó, alarmado.
Yo me sacudí el polvo con gesto digno.
—Sí, tranquilo, solo ha sido un tropiezo.
Él frunció el ceño.
—¿Pero qué coño hacías ahí arriba? ¿Quieres matarte?
Y ahí, mientras lo miraba a los ojos, decidí que no podía seguir con la farsa.
—Lo he hecho adrede.

—¿Cómo que adrede? —se quedó de piedra.
—Sí, aposta. Porque echo de menos tus broncas. Cuando no me gritas o no me lanzas tus pullas… me siento como… ignorada. Y lo odio.
Se me escapó, así, sin anestesia.
El silencio que siguió fue tan espeso que pude escuchar hasta las cabras del otro campo. Bruno me miraba, entre incrédulo y desconcertado, como si no supiera si reírse o darme una charla de dos horas.
Apartó la mirada.
—No vuelvas a subir a esta escalera.
—¿Ya está?
—¿Qué quieres?
—No sé… pégame alguna bronca o algo.
Se llevó ambas manos a la cara, como si estuviera invocando paciencia, y soltó una respiración tan profunda que casi me despeinó.
—Me dejaste bien claro que mi sola presencia te subía los niveles de cortisol, ¿no? Pues puse remedio. Y, por lo que veo, ha funcionado, porque te noto más zen. Así que, si me disculpas, voy a seguir con mi trabajo, vaya a ser que te suban de nuevo tus niveles de estrés.
Se dio media vuelta. Yo me quedé ahí, con el culo dolorido por la caída y con más rabia que dignidad.
—¡Zen, dice! —mascullé, levantando los brazos al cielo. ¡Si estaba más nerviosa que nunca!
Él levantó la mano en señal de despedida, sin siquiera volver la cara.
Y yo… tuve que tragarme mis ganas de tirarle un higo a la cabeza.

18

Bruno me enervaba siempre, tanto si me echaba la bronca como si me ignoraba. Vamos, que no había punto medio: con él siempre salía perdiendo. Y no tenía ni idea de qué solución tenía aquello… Odiaba cruzármelo a todas horas y que apenas me mirara si no era para mandarme órdenes como si fuera su asistenta personal.
Y, lo peor: hasta se me pasó por la cabeza desabrocharme un botón más de la camisa para captar su atención.
¡Hace un mes ni se me hubiera pasado por la cabeza semejante acción! Yo, que siempre criticaba a las mujeres que usaban sus "armas de mujer" para conseguir cosas, y ahora aquí estaba yo, fantaseando con usar las mías solo para que Bruno me regalara una mirada de esas suyas.
¿Qué me estaba pasando? ¡Jamás había actuado así con un hombre! Definitivamente, Bruno me empujaba a hacer cosas que nunca me habría imaginado… e incluso que siempre había repudiado.
Me llevé la mano a la frente, exasperada conmigo misma.

Me empecé a obsesionar y es que si algo se me metía en la cabeza… Iba a por ello, así que al final, lo hice. Sí, lo confieso. Busqué a Bruno descaradamente.
Lo localicé una tarde cerca del cobertizo, cargando cajas de pienso con esos brazos que parecían tallados por los mismísimos dioses del Olimpo, y me acerqué con la bici como si fuera a preguntarle algo muy serio… solo que, casualmente, llevaba la blusa con un botón de más desabrochado. Nada exagerado… lo justo para que la brisa hiciera su magia.
—Hola, capataz —entoné con la voz más melosa que encontré en mi registro, apoyándome contra la bici como si fuera modelo de un

catálogo de deportes campestres.
Él levantó la vista y se quedó petrificado durante una décima de segundo. Una décima que para mí valió oro.
—¿Qué quieres, Cañadas? —replicó, intentando sonar normal, pero el parpadeo extra le delató.
—Pues… nada. Solo venía a ver si necesitabas ayuda con esas cajas.
—Me pasé los dedos por el cuello en dirección al canalillo, como quien no quiere la cosa, y noté cómo sus ojos me seguían el gesto.
Él tragó saliva.
—Tú… ¿ayudar? Con estas cajas. —Soltó una carcajada seca—. Si el otro día casi te matas subiendo a una escalera.
Me acerqué un poco más, tanto que podía oler ese aroma suyo a sudor limpio y campo.
—¿Y si te sorprendo? —le susurré, levantando una ceja.
Bruno se quedó mirándome, primero serio, después con una media sonrisa incrédula.
—Flipo contigo… —negó con la cabeza—. Un día estás a punto de infartar porque te subo los niveles de cortisol y, al siguiente, intentas provocarme como si esto fuera un casting de *un reality de conquista cutre*.
La frase me atravesó como un dardo. No me gustó nada lo que escuché… De repente me sentí ridícula, como si llevara la palabra "payasa" escrita en la frente. ¿Qué esperaba? ¿Un aplauso? ¿Un "guau, Selena, eres irresistible"?
Así que, fiel a mi estilo, saqué lo peor de mí para no mostrar lo que en realidad sentía.
—Pues oye, mientras te saque de tu cara de pedo permanente, me doy por satisfecha.
Me fui con el orgullo de mujer herido, volviéndome a abotonar el escote que había intentado usar de gancho (fallido, por cierto) y me subí a la bici. Pedaleé con rabia hasta llegar al pueblo, donde el aire del mar me calmó un poco los humos.
Me compré un helado de dos bolas y me senté en un banco, saboreando el cucurucho mientras reflexionaba. El contraste era surrealista: yo, con cara de tragedia griega, chupando un cucurucho de pistacho y stracciatella.

—¿Pero qué estoy haciendo? —me pregunté en voz baja.
¿Dónde había quedado esa Selena imperturbable, la que no pestañeaba aunque veinte machirulos en traje la intentaran arrinconar en una reunión? Ahora me veía aquí, abriendo botones como si fuera una adolescente en celo y dejándome afectar por cada palabra de un capataz que, para colmo, me trataba como a una jornalera más.
Por suerte, ahí estaba Jaime. Dulce, atento, con sus whatsapps llenos de halagos y planes bonitos. Esa misma mañana me había escrito: *"No tardo en escaparme, muero de ganas de verte."* Y, qué narices, me ilusionaba.
Así dejaría de hacer el canelo con Bruno. Era mi capataz. Punto. Y así iba a ser siempre.
Claro… eso me repetí mientras lamía el último resto de helado, como si al tragarlo pudiera convencerme de que lo creía de verdad.
Tomé la misma actitud que Bruno: cruzaríamos las palabras justas y me mostraría impertérrita ante él… Ni frío ni calor. En cambio, con el resto sería la más maja, la más cálida y pizpireta del corral.
Y así fue… hasta que apareció Jaime.
Un viernes por la noche, por sorpresa. Solo que la sorpresa se la llevó él, porque no me pilló en mi "loft rural". Como era viernes, había decidido cenar con Du, Ahmed y su familia en una terraza del paseo marítimo donde servían las mejores focaccias de leña de la isla. Entre risas, historias y focaccia de tomate seco, se nos hicieron las mil. Du me dejó en casa sobre la una de la mañana.
Me disponía a abrir la puerta cuando escuché una voz entre la penumbra:
—Hola, preciosa.
El grito que pegué fue digno de una soprano en plena ópera. Mis ojos buscaron desesperada el palo de recoger heces galliniles para atacar. Me quedé bloqueada cuando divisé un bulto enorme incorporándose de la hamaca.
—Selena, soy yo… Jaime.
—¡Joder, Jaime! ¿Pero qué haces aquí?
—Esperándote. Desde hace exactamente… tres horas.
—¿Y por qué no me habías avisado?

Me silenció con un beso. Un beso inesperado, urgente, que me desarmó de golpe. Sentí el calor de su boca y la adrenalina disparada por el susto se mezcló con un cosquilleo eléctrico.
—Jaime, yo… —iba a decir algo, pero una voz seca me atravesó la espalda.
—¿Se puede saber qué está pasando aquí?
Nos separamos de golpe. Bruno estaba en la entrada, iluminado por la luz mortecina de la luna, con los brazos en jarras y la mandíbula tan apretada que parecía que iba a romperse los dientes.
Yo no dije nada. No iba a dar explicaciones. No le debía nada.
Fue Jaime quien habló, con esa calma encantadora suya:
—Nada raro, Bruno. Solo he venido a sorprenderla y darle un beso de buenas noches.
La vena del cuello de Bruno latía como si fuera a explotar.
—Ya. Pues la próxima vez controla el volumen, porque parecía que estuvieran degollando a alguien.
Jaime sonrió, sin perder la compostura.
—Si de algo estoy orgulloso es de provocar reacciones fuertes.
Bruno lo fulminó con la mirada.
—Pues procura que no sea a estas horas. Aquí madrugamos.
Y sin más, se dio media vuelta y desapareció en la oscuridad, con la rigidez de un hombre que prefería marcharse antes de que se le escapara lo que en realidad quería decir.
Jaime retomó el beso con más pasión, sus manos recorriendo cada recoveco de mi cuerpo, y nos deslizamos dentro del "loft". Terminamos cayendo sobre mi cama de 90, embriagados por el deseo… hasta que la cama, decidió ceder sobre mis maletas.
Se nos cayó la libido al suelo junto con el somier.
Nos partimos de risa, los dos tirados entre sábanas y Samsonite.
—¿Por qué no me acompañas a la casa? —propuso Jaime entre risas —. Mi habitación tiene una cama generosa…
Iba a decirle que sí. Estaba a punto de decir que sí. Pero de repente se me cruzó Bruno en la cabeza. ¿Por qué? ¡¿Por qué?! Ese hombre era como una aplicación en segundo plano que no sabía cómo cerrar y me agotaba la batería mental.

Así que busqué la excusa más absurda que encontré:
—No voy a mancillar la casa del hombre que me da de comer.
—¿Te refieres a mi padre? —Jaime arqueó una ceja.
—Claro… Con lo bien que me trata, no me parece educado ir a su casa a tirarme a su heredero.
Jaime sopló resignado, aunque con una sonrisa.
—Vale, lo entiendo… Mañana alquilo la habitación de un hotel, ¿te parece?
Sonreí, agradecida de que no insistiera. Entre los dos recolocamos el colchón en el suelo, sacamos el somier roto fuera como si estuviéramos en una mudanza exprés y nos despedimos con un beso que prometía continuación.
—Hasta mañana.
—Mañana tengo planazos para los dos. Nos vemos en la casa, pero desayunamos fuera, ¿de acuerdo?
—¡Me encanta la idea!

19

Unos golpes secos y fuertes me despertaron de las pocas horas de sueño que había conseguido encadenar. Ni a Ramón le había dado tiempo a dar su concierto matutino.
Aturdida, despeinada, abrí la puerta con el corazón a mil y vi a Bruno. Seguramente había venido a dar de comer a las gallinas… y había visto el somier
—¿Qué pasa? ¿Hay un incendio? —pregunté aún sin ser consciente de todo.
Bruno estaba ahí, rojo, fulminándome con los ojos.
—¿Has roto el somier? ¿O debería decir… habéis roto el somier?
Me quedé muda, con el aspecto de haber sobrevivido a un tornado. El tono de su voz era seco, pero lo que hervía detrás de esas palabras era pura bilis… y celos.
Alcé la barbilla con toda la dignidad que me quedaba.
—¿Y si fuera así, qué te importa?
—Cañadas, no me respondas con otra maldita pregunta.
Me moría de vergüenza. Admitirlo en voz alta era como salir desnuda al corral de gallinas. Así que, como buena maestra del escaqueo verbal, solté lo primero que me vino a la cabeza:
—Estarás de acuerdo en que ese "sucedáneo de" tenía mili…
Bruno entrecerró los ojos.
—Claro. Seguro que el somier se partió solo. Cosas que pasan.
—Pues sí, ¿por qué no? Los muebles también tienen fecha de caducidad.
—No me tomes por imbécil, Selena.
Me crucé de brazos, aunque estaba temblando por dentro.
—No eres imbécil, pero creo que en mi tiempo libre puedo hacer lo que me dé la gana y no pedir permiso a nadie… ¿O no?

La vena del cuello se le marcó aún más. Dio un paso hacia mí, tan cerca que sentí el calor de su cuerpo, esa mezcla de rabia contenida y algo que yo no quería descifrar.
—Por supuesto que puedes hacer lo que te dé la gana. Lo que me da rabia es ver cómo alguien que vino aquí "a relajarse" convierte esto en un… —hizo un gesto hacia el somier tirado contra la pared— …un hotel de paso.
Me quedé en blanco, sin saber dónde meterme. Tragando saliva, apreté las manos contra el marco de la puerta. Sus pupilas clavadas en las mías, dilatadas, y seguramente las mías también…
—Pues acostúmbrate, porque yo también soy humana. Y tengo mis necesidades, y si quiero disfrutar, disfruto.
Él me sostuvo la mirada unos segundos eternos. Después, con voz grave, casi un gruñido, murmuró:
—Ya lo sé, Cañadas. Y ese es el puto problema.
Y se fue, dejándome con las piernas temblando y un bochorno que ni con tres ventiladores a tope se me iba a pasar.
¿Qué había pasado? Cerré la puerta, mi corazón iba a mil. Caminé de un lado a otro, como una leona enjaulada. No pude dormir más. El eco de sus palabras me retumbaba en la cabeza. "*Ese es el puto problema*."
¿Problema? ¿Para quién? ¿Para él? ¿Para mí?

Me dio la mala conciencia, como si le debiera explicaciones a Bruno… ¡Pero no se las debía! No era nadie para exigirlas. Y, aun así, algo dentro de mí se removía como si acabara de traicionarlo.
Me tiré en el colchón en el suelo, me tapé la cara con la sábana y solté un grito ahogado.
—¡Me cago en la puta, Selena! ¿Qué estás haciendo?

20

Tras realizar mi única tarea del sábado (alimentar a las gallinas y asear el corral) me pegué una ducha larga, de esas que parecen borrar la paja del pelo… y la mala conciencia. Me vestí para un día de planazos con Jaime, me maquillé insistiendo con el antiojeras hasta que parecía haber dormido doce horas del tirón, y me peiné a conciencia. Hoy quería verme bien. Punto.

Solo esperaba no encontrarme a Bruno… No quería incomodarlo con la presencia de ambos. Por lo visto, nos tenía manía. A los dos. Y no era solo cosa mía.

Entré al comedor y vi a Eulalia sentada frente a su plato de desayuno intacto. Sus manos descansaban sobre el mantel, inmóviles, y su expresión era extraña.

—¡Eulalia! ¡Buenos días! ¿Qué haces aquí solita?

Ella levantó la vista, suspirando.

—¡Ay! Pues mira… que se ha vuelto a liar con estos dos.

—¿Estos dos? —fruncí el ceño.

—Bruno y Jaime…

Me quedé helada. Sabía que bien no se caían, pero pensé que era una simple cuestión de piel. Un choque de egos. Nada más.

—Pero… ¿es que se llevan mal desde hace tiempo?

Eulalia asintió, despacio, como quien no quiere seguir hablando pero no puede tragarse el nudo en la garganta.

—¿Dónde están? —me dio miedo preguntar, imaginando una pelea de gallos, literal.

—Con Vicente. Han empezado a gritarse y Vicente los ha obligado a hablar… a arreglar las cosas.

—¿Y… puedo saber qué cosas tienen que arreglar? —pregunté bajando la voz, temerosa de meterme donde no debía.

Eulalia bajó la mirada a su plato.
—Es un asunto familiar… —dudó, removiendo la cucharilla sin probar bocado.
Me senté a su lado, le puse una mano sobre el brazo y me limité a esperar. A veces, solo el silencio abre la puerta.
Finalmente, respiró hondo.
—Hubo un tiempo en que Bruno y Jaime eran como hermanos. —Me miró de reojo, buscando mi reacción—. Eran cuñados. Jaime se casó con la hermana de Bruno.
Me quedé totalmente bloqueada.
—¿Qué?
—Sí. Se casaron muy jóvenes… nada más terminar la universidad. Pero ella enfermó de cáncer… y murió.
—¿La hermana de Bruno? —me llevé la mano al pecho, como si pudiera contener el escalofrío que me recorrió.
—Pobrecita… con toda la vida por delante. Una chica prometedora, guapísima, y con veintiocho años… todo acabó. —Eulalia se quedó mirando al vacío, con un temblor en la voz—. Fue muy duro. Y Jaime… no supo gestionarlo.
Tragué saliva, notando un nudo en la garganta.
—¿Qué quieres decir?
—Que cuando debería haber estado junto a su mujer en sus últimos días… desapareció. —Un silencio pesado se instaló entre nosotras—. Y Bruno nunca se lo perdonó.
Sentí que el corazón se me encogía.
—El funeral fue un desastre… Jaime queriendo despedirse, Bruno sin dejarlo entrar, Vicente intentando mediar… —Eulalia negaba con la cabeza—. Fue un caos y un dolor insoportable para todos. La pobre muchacha murió preguntando por su marido, y nunca pudo despedirse de él.
Me quedé sin aire. Tenía la piel de gallina, el corazón encogido, los ojos húmedos.
—Dios mío… —susurré.
Eulalia me acarició la mano, como si supiera que la historia me había traspasado.
—No es fácil juzgar, Selena. Jaime lo hizo mal, muy mal, pero…

¿quiénes somos los demás para saber cómo se gestiona un dolor así? Jaime ya perdió a su madre cuando era un niño, luego a su mujer… Cada cual carga su cruz como puede. Entiendo a Bruno, pero también entiendo que Jaime huyera. A veces, el dolor no se afronta… te arrolla.

Permanecí en silencio, procesando cada palabra.

—Entonces… —murmuré, todavía aturdida—, ¿Bruno por qué está aquí?

—Vicente lo invitó a pasar unos días en Ibiza para que desconectara de su entorno. Y lo que iban a ser unos días se convirtió en una vida. Aquí encontró la paz que buscaba y nunca volvió a su otra vida.

Me quedé inmóvil.

—¿Entonces… Bruno no era campesino?

Eulalia sonrió, cansada.

—Era abogado. Y de los buenos.

Sentí un vuelco. El Bruno que yo conocía, el que me pegaba broncas, me sacaba de quicio y me daba ganas de clavarme ortigas, tenía una historia detrás que me acababa de dejar sin palabras.

21

Me quedé un rato en silencio, removiendo el té que ya se había quedado frío. Lo que acababa de escuchar no se me iba de la cabeza.
Jaime era encantador, eso era innegable. Sabía hablar, escuchar y hacerme sentir ligera, divertida, incluso un poco adolescente de nuevo. Me atraía, claro que me atraía. Y lo poco que conocía de él me decía que era un buen hombre… un hombre de ciudad, de negocios, de esos con los que yo solía moverme bien.
Pero lo de Bruno… era otra cosa.
Con Bruno no había cenas exquisitas ni paseos frente al mar. Lo que había eran choques, broncas, pullas constantes… y, sin embargo, también había algo más profundo. Confianza, quizás. O esa sensación de conocerlo sin apenas conocerlo. Como si él, con solo mirarme, supiera de qué pie cojeaba, qué me hacía rabiar y hasta qué me hacía reír cuando no quería.
Y ahora, con lo que me había contado Eulalia, entendía muchas cosas. Su silencio. Su dureza. Esa rabia contenida que no siempre sabía por dónde me saldría. un hombre que había perdido tanto… ¿Cómo no iba a ser así?
Me llevé la taza a los labios, aunque no bebí.
Estaba confundida. Muy confundida. Jaime era la atracción fácil, la sonrisa inmediata, el planazo. Bruno era el caos, el choque, la incomodidad… pero también algo que me removía muy dentro, algo que no quería admitir.
Y ahí estaba yo, en medio. Entre el hombre que me daba ganas de arreglarme los labios de rojo y el hombre que, sin proponérselo, me desarmaba hasta en bata de satén con ojeras y el pelo hecho un cuadro.

Suspiré.
—Qué lío, por Dios… —murmuré en voz baja, sin que Eulalia me oyera.

El ruido de unos pasos me alertó de que la reunión había terminado: vi por la puerta pasar de largo a Jaime, con gesto serio, a Bruno con la mandíbula apretada, y, por último, a Vicente entrar en el comedor. El ambiente se podía cortar con un cuchillo.
—Hola, Vicente…
—Buenos días, *boixa* —respondió, con esa calma suya que parecía cubrirlo todo, incluso los huracanes.
Me moría de curiosidad. No sabía si salir detrás de Jaime, o de Bruno, o quedarme a escuchar la voz de la experiencia. Pero Vicente se mantuvo callado, sentado con las manos entrelazadas sobre la mesa.
Hice ademán de levantarme, pero él levantó una ceja y me ordenó con una voz suave pero firme:
—Siéntate un momento, Selena.
Me senté. No era una orden brusca, era casi como cuando un abuelo te cuenta un secreto.
—Hoy los ánimos están un poco caldeados —dijo con calma, mirando al plato vacío como si leyera en él—. Como sé que Bruno es fácil de hacer saltar, es mejor que hoy tomes distancia… porque cuando quiere, puede ser muy brusco.
Tragué saliva. Mi instinto me pedía ir tras él, sacarle de su mutismo a base de preguntas, aunque luego me mandara al carajo.
—¿Y tu hijo? —pregunté, sin poder evitarlo.
Vicente levantó los ojos hacia mí.
—Mi hijo se ha ido. Cuando esté preparado volverá a contactar contigo. Él también necesita tiempo… Hay heridas que son complicadas de cerrar.
Su tono no dejaba lugar a dudas: no era el momento de indagar más.
Me quedé en silencio, con el eco de esas palabras golpeándome el pecho. ¿Heridas? ¿Tiempo? Yo solo veía un tablero donde me habían colocado en medio.

Volví a mi *loft* con la idea de coger una bolsa de playa, despejarme en una calita perdida y sacudirme el mal sabor de todo lo que había pasado. El aire olía a algarroba, y el sol ya empezaba a picar fuerte.
No esperaba verlo allí. Pero estaba. De pie, apoyado en el marco de mi puerta como si llevara un buen rato esperando.
—Bruno… —musité, sorprendida.
Su mirada era dura, aunque algo temblaba en el fondo.
—Aléjate de Jaime. No te ilusiones con él porque…
—Bruno… —intenté interrumpirle, pero no me dejó.
—Selena, escucha por una vez en tu vida. No te lo digo por… —se mordió la palabra, bajando apenas la voz— …no te lo digo por celos. Te lo digo porque Jaime no está bien. Lo conozco muy bien. Se ha casado dos veces, ninguna ha funcionado, tiene aventuras con muchas mujeres… pero a todas deja a medias. Si quieres una aventura, adelante, pero no te ilusiones.
Me quedé inmóvil, tragando saliva. Él respiraba hondo, como si le costara soltar cada palabra, como si se arrancara un pedazo de sí mismo al decírmelas.
—Quiero que tengas esta información y luego ya decide lo que quieras…
No sé qué me pasó. Fue un impulso. Me lancé a su cuello, abrazándolo con tanta fuerza que casi lo dejé sin aire. Él se quedó rígido, bloqueado, con los brazos colgando a los lados, como si no supiera qué hacer conmigo pegada a él como un koala desesperado.
Cuando me obligué a soltarlo, mis manos temblaban. Le sonreí como pude.
—Gracias, Bruno. Eres un buen tipo.
Me miró raro, como si no pudiera procesar esa faceta mía, como si le costara creer que yo, la que siempre le llevaba la contraria, pudiera decirle algo amable.
—¿Eulalia o Vicente te han contado algo? —preguntó al fin, con un deje de sospecha.
Asentí en silencio.
—De acuerdo… —murmuró, y su tono fue tan cansado, tan humano, que por primera vez lo vi vulnerable.

Se giró un poco, rascándose la nuca, y cambió bruscamente de tema, como si necesitara un refugio.
—Ayúdame a subir el somier a la pickup. Lo llevaré a la basura y te compraré uno nuevo.
Las palabras me pillaron en frío. Quise aclarar algo que me quemaba dentro:
—No hice nada… —dije, notando cómo la voz me temblaba más de lo que quería—. Quiero decir… que no hicimos nada.
Él se quedó inmóvil, los ojos clavados en mí. Sentí que me atravesaba, que intentaba leer entre líneas, buscar un resquicio en mi gesto.
—No me importa lo que hagas —contestó al fin, con un hilo de voz grave.
Pero lo traicionó la forma en que tragó saliva, el modo en que se le tensó la mandíbula, la respiración entrecortada. Sus palabras eran una fachada, y él lo sabía tanto como yo.
Di un paso hacia él, apenas un par de centímetros, lo suficiente para invadir ese espacio que siempre mantenía entre los dos.
—Sí que te importa —susurré, con una mezcla de desafío y súplica.
Vi cómo su garganta se movía al tragar otra vez. Apartó la vista, se llevó una mano al pelo, al cuello, a cualquier sitio con tal de no seguir sosteniéndome la mirada.
—Selena… —su voz salió más áspera que nunca, como si quisiera parar algo que ya estaba rodando cuesta abajo—. Tengo que irme.
El aire entre nosotros se volvió espeso, cargado, como si cualquier gesto, cualquier palabra más, pudiera romper esa cuerda floja en la que estábamos los dos. Yo quería gritarle que sí, que me importaba, que me moría por que dijera lo que estaba pensando. Y él… él parecía contener un volcán bajo esa coraza de hielo.
Un silencio de segundos que parecieron eternos.
Cargamos el somier en la parte trasera de la pickup. Después, Bruno se giró bruscamente hacia la puerta.
—Tardaré una hora. Si no estás, te dejaré el somier nuevo en la puerta.
Y se marchó, dejándome allí, con las manos aún temblando y la certeza de que sí le importaba. Más de lo que estaba dispuesto a

admitir.
Me quedé quieta, clavada en la puerta como si hubiera echado raíces. El eco de sus pasos alejándose todavía retumbaba en mi pecho.
"No me importa lo que hagas."
Sí, claro. Y yo soy monja de clausura.

No podía dejar de revivir la escena: cómo había tragado saliva, cómo su respiración se había agitado, cómo había evitado mi mirada justo en el instante en que más necesitaba sostenerla. No… no era indiferencia. Era otra cosa. Una grieta en su coraza. Una rendija por donde, si me fijaba bien, se le escapaba todo lo que intentaba callar.
Y esa grieta se me quedó tatuada en la mente.
Me tumbé un rato en la hamaca, pero en lugar de leer o dormir, solo veía sus ojos, su mandíbula tensa, la forma en que sus palabras se contradecían con su cuerpo. Me estaba volviendo loca.
—Sí que te importa, Bruno… —murmuré para mí, como si repitiéndolo pudiera invocarlo.
Y ahí estaba el problema: cuanto más intentaba apartar la idea, más me obsesionaba. No era lo que dijo, era lo que no dijo. El silencio cargado de cosas que no se atrevía a soltar.
Por primera vez en mucho tiempo no pensé en Jaime, ni en su sonrisa perfecta ni en sus planes. Solo pensé en Bruno. En esa maldita grieta. Y en lo mucho que quería colarme dentro.

22

Me levanté, caminé en círculos, me serví un vaso de agua, lo dejé a medias. Nada servía para distraerme. Lo peor no era eso. Lo peor era la certeza que me golpeó con más fuerza de la que estaba dispuesta a aceptar: me gustaba que le importara. Me gustaba tanto que el simple hecho de imaginar que pudiera sentir algo por mí me dejaba sin aire.

Apoyé la frente contra la pared encalada de mi loft y me descubrí sonriendo como una cría de quince años con el primer flechazo. Estaba perdida. Y lo sabía.

Me quedé plantada en medio del "loft" como un pasmarote, con la bolsa de playa en la mano y la toalla colgando del hombro. Bruno había dicho que volvería con un somier nuevo. Eso significaba que en algún momento iba a entrar por esa puerta otra vez.

¿Y si me quedaba?

¿No sería demasiado evidente? Como si estuviera esperando al repartidor con pintalabios puesto.

¿Y si me iba a la calita?

Eso sonaba más digno. Irme a dar un baño, respirar aire marino, hacerme la interesante… Pero la verdad era que me costaba horrores apartarme de la posibilidad de volver a verle.

Porque no era solo un capataz gruñón. Eso sería fácil de encajar. Lo que me descolocaba era que veía en él otra cosa. Había algo roto, una herida que nunca había cicatrizado del todo. Y, maldita sea, esa grieta tiraba de mí sin remedio.

Me dejé caer en la hamaca, abrazando la toalla como si fuera un cojín.

—Selena, recapacita… ¿De verdad vas a organizar tu sábado en

función de un hombre que se pasa la vida escondido detrás de sus silencios?
Sí. Y lo peor es que lo sabía.
Suspiré, me levanté y me miré al espejo.
Vale, plan: me voy a la cala. Si viene y no me encuentra, me echará de menos. Igual hasta le hace pensar que no estoy pendiente de él. Y si, cuando vuelva, se cruza conmigo… ya veremos quién se muerde la lengua primero.
Lo dicho: estaba jugando con fuego y, sí, deseaba quemarme.

Llegué a la cala con la determinación de dejar atrás todo el ruido mental. El mar estaba en calma, transparente como un cristal turquesa. Extendí la toalla, me quité el vestido y me tumbé boca arriba. Cerré los ojos. Respiré hondo. "*Selena, céntrate: mar, brisa, silencio. No hay Bruno. No hay somieres rotos. No hay nada más que tú*".
Justo cuando empezaba a sentirme medio zen, el móvil vibró en la bolsa. Una vibración larga. Luego otra. Y otra más.
—¿Pero qué es esto? ¿El club de fans de Selena Cañadas? —murmuré, sacando el teléfono.
Notificaciones de WhatsApp a rebosar: Claudia con un audio de dos minutos (seguro que me echaba la bronca), mi madre con un "¿estás viva?", mi padre con un "cuando tengas un momento llámame", mi hermano con un gif de un gallo (seguro que enterado de lo de Ramón), y… Jaime.
Me paré mirando su nombre un segundo de más de lo normal antes de abrir el mensaje.
"Selena, disculpa por mi huida. Me he ido con un sabor amargo y estoy dándole vueltas sin parar. Supongo que ya tendrás información sobre el problema familiar después del espectáculo que hemos montado esta mañana… mi relación con Bruno es complicada, y lo peor es que arrastro culpa que ni siquiera sé cómo manejar.
Y quiero ser sincero contigo, Selena… mi relación con las mujeres tampoco ha sido sana. Me he casado dos veces, he tenido aventuras, pero nunca conseguí hacerlo bien. Siempre algo en mí estalla o se apaga y lo arruina todo. Y, aunque me cueste admitirlo,

Bruno y mi padre tienen razón: necesito ayuda. Terapia. Afrontar de una vez todo lo que llevo guardado. Porque tengo mucho dolor, mucha rabia y muchísima carga de conciencia.
Tú eres distinta, Selena. Especial. Me has gustado de verdad, y me estaba ilusionando como hacía mucho tiempo que no me ilusionaba. Contigo sentí paz, alegría, frescura. Y justo por eso me duele más reconocer que ahora mismo no estoy preparado para darte nada bueno.
Espero que algún día podamos reencontrarnos, aunque sea en Madrid, en un café cualquiera. Me encantaría poder mirarte a los ojos sin esta losa encima.
Cuídate mucho. Te lo digo de corazón."

Suspiré. La brisa me revolvió el pelo y sentí un nudo en el estómago. No podía estar enfadada con él por no haberse despedido, pero tampoco tenía la cabeza clara. No después de lo que había pasado con Bruno esa mañana.
Me quedé mirando el mar, el móvil todavía en la mano. Entre las olas y las notificaciones pendientes, mi mente era un campo de batalla.

"No te preocupes, Jaime. Entiendo la situación y es importante que ahora pienses en ti y en tu bienestar. Ojalá volvamos a encontrarnos. Un abrazo fuerte y gracias por tantos momentos bonitos que me llevaré para siempre de la isla gracias a ti"

Dejé el móvil en el bolso y me zambullí en el mar. Qué liberador… ¿Cómo era posible sentir tanta paz? Me relajé tanto que acabé tumbada en la toalla. Me desabroché el nudo del bikini, pero sin quitármelo del todo, que la isla era muy pequeña y no quería repetir sustos, y, sin darme cuenta, me abandoné en los brazos de Morfeo.

No sé cuánto tiempo estuve dormida. Solo sé que soñé con Bruno. Con Bruno, sí, mi capataz insufrible. En el sueño, él me agarraba de la cintura con esas manos enormes, me pegaba contra su pecho, y nuestros labios se buscaban con hambre y calma a la vez. Yo sentía que el mundo desaparecía. Y entonces… zas: un balonazo me despertó de golpe. Unos niños se disculparon balbuceando, y yo les

resté importancia con una sonrisa falsa, mientras en mi interior me imaginaba ahogándolos suavemente bajo el mar.
El problema fue darme cuenta de que, mientras yo vivía mi novela romántica en versión sueño profundo, el sol me había hecho croquetas. Mis labios sabían a sal, mi cara ardía, la espalda me abrasaba y las piernas parecían recién salidas de un horno de leña. Con lo cuidadosa que era yo con mis litros de crema para mantener la piel como el culo de un bebé… y va mi subconsciente calenturiento a arruinarme el plan con Bruno de protagonista.

El sol ya caía, pero yo seguía hirviendo. Me monté en la bici y, tras dos pedaleos, noté que la cabeza me latía como un tambor flamenco y que la línea del horizonte se doblaba como un espejo de feria. La boca seca, los brazos flojos, y lo peor: el frío. Un escalofrío recorriéndome la espalda en pleno infierno ibicenco.
Todo se volvió confusión. ¿Pedaleaba hacia el loft? ¿Hacia el mar? ¿Directa a Marte? Solo me quedaban flashes: un perro ladrando, un árbol retorcido, mis manos resbalando en el manillar. No sé cómo llegué, pero aparqué la bici de lado, casi estampándola contra la pared.
—Ayuda… —alcancé a murmurar.
Eulalia que estaba recogiendo flores cuando me vio, se quedó blanca.
—¡Virgen Santa, niña! ¡Si pareces que te has metido en una olla hirviendo!
—Tengo frío… —balbuceé.
Ella corrió hacia mí, alarmada.
—Creo que lo mejor será que vayamos a urgencias.
—No… otra vez, no, por favor —susurré.
Eulalia empezó a gritar como si invocara a la mismísima Virgen:
—¡Bruno! ¡Bruno, ven corriendo, que se nos va!
Mis oídos se nublaban, como si me hubiera metido bajo el agua. A duras penas me dejé caer al suelo. Lo último que escuché fue un pitido lejano, como de electrocardiograma o de microondas. Y después… nada.

23

Desperté confundida, notando algo frío sobre mi frente. De repente, una sombra se inclinó sobre mí y mis reflejos, esos que siempre aparecen cuando no deberían, me hicieron lanzar un manotazo al aire.
—¡Joder! —gritó alguien, con un quejido sordo.
—¿Quién eres? —pregunté, moviendo los brazos como si espantara fantasmas, intentando tocar lo que se interponía en mi campo de visión.
—Bruno, soy Bruno…
Ay, Bruno.
—¿Dónde estoy?
—Sobre tu nuevo somier. Te ha dado una insolación. Entre Eulalia y yo te metimos en una bañera con agua fría y ahora estoy intentando que te baje la temperatura…
Conseguí enfocar un poco más. Y ahí estaba él, serio, con las manos grandes sosteniendo una compresa fría que me presionaba la frente.
—Qué guapo eres, Bruno…
Él arqueó una ceja.
—Esas manos… esos brazos… —suspiré—. La de veces que he soñado cómo recorrías mi cuerpo…
—Selena… mejor descansa.
—Si estoy muy descansada… tanto, que me imagino haciendo cosas muy cochinas contigo… —musité, ladeando la cabeza.
Bruno me recolocó la compresa con gesto seco, aunque le temblaba un poco la comisura de los labios.
—De querer darme una hostia a esto… —murmuró, como si no diera crédito.

Yo me incorporé un poco, desobedeciendo todas las leyes del decoro y la dignidad:
—No te hagas el duro. Te lo noto, ¿eh? Si me acerco, fijo que también te sube la fiebre… y otras cosas…
Él me empujó con cuidado hacia atrás, volviéndome a dejar tumbada.
—Lo único que va a subir si sigues hablando es tu temperatura, Cañadas, hace un rato estabas ya a 40… así que no juegues…
—Me muero por jugar contigo… —reí flojito, con la lengua ya suelta del todo.
Él negó con la cabeza, pero no me quitaba los ojos de encima. Y yo, entre delirios, lo vi ruborizarse.
Me incliné apenas hacia él.
—Vamos, Bruno… dilo… que también lo has pensado…
Sus ojos se clavaron en los míos, ese color miel, oscuros, intensos. Vi cómo apretaba la mandíbula, cómo respiraba hondo como si quisiera contener algo que estaba a punto de explotar.
—Selena, para… —susurró. Pero yo ya había apoyado mi mano en su nuca, temblorosa, atrevida.
Y entonces se acabó la resistencia.
Bruno me sujetó el rostro con una brusquedad que me erizó la piel y me besó. Un beso que no tenía nada de dulce ni de calmado: era hambre, rabia, deseo contenido demasiado tiempo. Su boca devoró la mía y la mía respondió con la misma desesperación. Sentí su lengua, el roce de su barba áspera en mi piel, sus manos hundiéndose en mi pelo.
—Joder, Selena… —murmuró contra mis labios antes de volver a lanzarse, más profundo, más intenso.
Me aferré a su camiseta, tirando de ella como si quisiera fundirme con él, y durante un minuto el mundo desapareció. Solo quedábamos su boca y la mía, sus manos fuertes recorriéndome como si no pudiera evitarlo, y yo ardiendo todavía más de lo que ya estaba por la fiebre.
Y entonces, de golpe, se apartó.
Se levantó de la cama, dándome la espalda, respirando agitado.
—Esto… esto es la fiebre. Estás ardiendo, Selena. No sabes ni lo que

dices.
—Sí lo sé… —susurré, todavía con los labios hinchados, el corazón desbocado.
Él no me miró.
—Descansa. —Su voz sonó áspera, pero casi quebrada. Y salió del loft antes de que yo pudiera decir nada más.
Me quedé tumbada, con la frente húmeda por la compresa y la boca todavía palpitando del beso.
No era la fiebre. Era Bruno. Y lo sabía. Le grité:
—¡Bruno! —le grité cuando la puerta se cerró de un portazo—. ¡Eres un hijo de… la gran contradicción!
Me incorporé como pude, con el somier nuevo crujiendo bajo mis caderas y me volví a colocar la compresa sobre la frente.
—¡Me besas como si quisieras arrancarme el alma y luego sales corriendo…! ¡Cobarde! ¡Capullo!
Lo dije a pleno pulmón, sabiendo que me oía aunque estuviera ya fuera. Mi voz resonó por el corral como si diera misa a las gallinas. Ramón cacareó, las gallinas se revolucionaron, y yo, roja, sudada, con la fiebre y el corazón a mil, me dejé caer sobre la almohada con un bufido.
—Me vas a matar, Bruno. O de cortisol… o de abstinencia.
Me tapé la cara con la sábana, entre frustrada, caliente (en todos los sentidos) y con esa sensación de haber estado a un centímetro de la gloria.

24

No sé cuántas horas estuve durmiendo. Aun con la fiebre disparada, tuve que echar mano al satisfyer, porque el calentón no me dejaba descansar. Y eso que tenía los párpados pesados como cortinas de teatro antiguo y medio cuerpo ardiendo.

El caso es que fue Ramón quien me despertó… otra vez.

Era domingo. Tenía una resaca monumental, no de alcohol, sino de haber dormido como una marmota a cuarenta grados internos. Había sudado tanto que hasta el colchón parecía una sauna portátil.

Me di una ducha fría para resetearme antes de atender a Ramón y sus chicas.

Pero, sorpresa: ya estaba todo hecho. Bruno se había adelantado.

Ay, Bruno…

Empecé a recordar lo del día anterior y quise morirme. Jamás, jamás en mi sano juicio habría soltado tantas verdades cochinas de golpe… y menos delante del implicado.

Me daba un corte tremendo encontrármelo, así que opté por lo que cualquier persona cuerda y madura haría: huir como una rata de cloaca.

Cambié las sábanas, me embadurné con after sun, luego con protector solar (que ya no confiaba en mi piel de gamba) con sumo cuidado porque sentía la piel con quemaduras de primer grado, me vestí con el vestido más ligero que tenía para evitar roces en mi piel, me maquillé y me recogí el pelo en un moño desenfadado de esos que parecen "informales" pero que me llevó veinte minutos conseguir que quedara bien. Pegué cinco tragos al botijo para hidratarme, cogí mi bolso y la bici y me lancé a un domingo que prometía tranquilo teniendo en cuenta que eran algo más de las siete y pico de la mañana.

Lo que no sabía era que el universo, y mi suerte perra, tenían otros planes.
Pedaleaba tranquila, convencida de mi escapada, cuando vi a lo lejos acercarse la pickup de Bruno. ¿Pero este hombre no descansaba? Mi cuerpo entró en modo pánico nuclear. Ni la CIA hubiera reaccionado tan rápido. Decidí desviarme del camino principal y meterme de lleno por las *feixes* (los campos de cultivo en terrazas). Muy buena idea, sí.
La bici empezó a dar saltitos sobre las piedras, luego tuve la sensación de cabalgar un caballo indomable, juro que empecé a desear ser contorsionista del Circo del Sol y, en un último intento por no hacer el ridículo… lo hice: perdí el contacto con el manillar y caí de lado contra un arbusto que no sé si era romero o un primo salvaje de él.
—¡Me cago en…! —chillé, con las piernas enredadas en la bici y el manillar clavado en la cadera.
Cuando levanté la cabeza y lo vi bajar de la pickup con esa calma suya… supe que el universo tenía un sentido del humor de mierda.
—¿En serio, Cañadas?
Esa media sonrisa.
Esa maldita media sonrisa.
Juro que deseaba que la tierra me tragara… o que, mínimo, el arbusto me asfixiara con sus ramas.
Yo, todavía intentando desencajarme del arbusto y de la bici, noté la sombra de Bruno plantada delante. Me estiró la mano, pero me dio tanta rabia aceptar su ayuda que preferí forcejear con la bici hasta caer de culo otra vez.
Él soltó un bufido divertido.
—De verdad que contigo uno nunca se aburre.
—Ja, ja, ja, qué gracioso —mascullé, sacudiéndome las ramas del pelo. Hice un esfuerzo por no llorar. Por no llorar de vergüenza, de dolor, de ridículo… todo junto.
Y entonces, sin previo aviso, su voz grave me cortó la respiración:
—¿Qué pasa?
Me quedé helada. Con la boca abierta. Con el corazón disparado, como si hubiera salido en una carrera en la que yo ni siquiera me

había apuntado.
—¿A ti qué te parece? —repliqué con otra pregunta, porque era lo único que sabía hacer con él: devolverle las balas y rezar para que no se notara que estaba sangrando.
Bruno me sostuvo la mirada, con esa chispa que parecía desnudarme entera, capa a capa. Se pasó la lengua por los labios, despacio, como si recordara algo que a mí también me quitaba el sueño. Noté un latigazo en el estómago y desvié la mirada al punto más tonto que encontré: una lagartija que recibía los primeros rayos de sol.
—No sé, dímelo tú —respondió, con una calma que me sacó de quicio.
Tragué saliva. Mi orgullo luchaba con las ganas casi físicas de decirle que no paraba de revivir ese maldito beso en bucle, beso que forcé, cual acosadora y del cual agonizaba de vergüenza. Pero solo conseguí levantar la barbilla, como si ese gesto ridículo me hiciera más fuerte, cuando por dentro estaba hecha puré.
Me mordí el labio, intentando no temblar.
—¿Disfrutas con esto, verdad? —solté al fin, con una risa amarga que no me reconocí—. Eres una puta tortura, Bruno. Jamás, y cuando digo jamás, me había sentido tan… avergonzada, humillada… Y no te echo la culpa a ti, lo peor es que la culpa es mía. Y eso te encanta, ¿a que sí? Ver cómo cada vez se me da mejor tirar mi dignidad y mi orgullo por los suelos.
Él entrecerró los ojos.
—No digas gilipolleces, Selena.
El tono fue tan bajo y tan serio que me descolocó. Yo esperaba una broma, una sonrisa de esas que desarman… no eso.
—Perdona, ¿cómo que gilipolleces? —sentí el calor subiéndome por el cuello—. ¿Me vas a decir tú cómo me tengo que sentir ahora?
Bruno dio un paso hacia mí. Instintivo, casi imperceptible, pero lo noté en todo el cuerpo.
—Te voy a decir una cosa —murmuró—. Ayer no tiraste tu dignidad por los suelos. Te lanzaste. Y yo te seguí.
Noté un pinchazo en el pecho.
—Sí, claro, y luego me apartaste como si te hubieras dado cuenta de

que habías besado a la persona equivocada —escupí, más dolida de lo que quería admitir.
Él cerró los ojos un segundo, como si contara mentalmente. Uno, dos, tres, antes de explotar. Cuando los abrió, los tenía más oscuros.
—Te aparté porque si seguía, no iba a parar. Y tú estabas borracha de fiebre, de día de mierda y de crisis vital. Y no quería aprovecharme de eso.
Parpadeé, sin aire.
—No necesito que me protejas —susurré, aunque una parte de mí sabía que era mentira.
—Ya sé que no lo necesitas —respondió, dando otro paso más, hasta quedar tan cerca que podía notar su olor a campo y a jabón—. Pero me sale así..
Aparté la mirada, clavándola en mis propias manos, que se retorcían solas.
—Es que no sé qué hacer contigo —confesé, casi en un hilo de voz —. Cada vez que creo que te tengo ubicado, vas y haces algo que me desmonta.
Sentí su dedo rozarme la barbilla, obligándome a mirarle. El roce fue mínimo, pero mi cuerpo reaccionó como si me hubiera recorrido un escalofrío de los que no tienen nada que ver con el frío.
—Pues empieza por dejar de huir —dijo, suave, pero firme.
Bruno se pasó una mano por el pelo, intentando disimular la risa que le asomaba, y negó con la cabeza mientras recogía mi bici del suelo como si pesara una pluma.
—Anda, ven, que te voy a echar alcohol en las heridas.
Le seguí hasta la pickup, dejó la bici apoyada en un muro de piedra, abrió el cajón del vehículo y antes de que pudiera protestar, sus manos se posaron en mi cintura. Noté perfectamente la presión firme de sus dedos, cómo me rodeaba como si fuera lo más normal del mundo tocarme así. Me levantó con una facilidad insultante y, en un segundo, me vi sentada en el borde de la caja de la pickup, con las piernas colgando y el corazón dando tumbos. Me sentía como una niña pequeña.
—Bruno… —empecé, más por inercia que por convicción.

—Quietecita —dijo, sin mirarme, como si ya supiera que iba a quejarme por deporte.
Se alejó unos pasos hacia la cabina, abrió la puerta del coche y rebuscó en la guantera hasta sacar un botiquín rojo, de esos que parecen de anuncio pero que nadie lleva nunca encima… excepto él, claro. Volvió hacia mí con paso tranquilo, como si no tuviera prisa por nada. Como si disfrutara alargando cada segundo.
—A ver ese desastre —murmuró, dejándolo a mi lado y colocándose entre mis piernas.
De repente lo tuve muy cerca. Demasiado. Sus manos tomaron mi brazo con cuidado, dándole la vuelta para ver el raspón del codo. Su pulgar rozó la piel enrojecida y se me erizó todo el vello del cuerpo como si en vez de un roce fuera una descarga.
—No es para tanto —farfullé, intentando que mi voz sonara normal —. Me he hecho cosas peores llevando tacones por Madrid.
—Ya, pero allí no estaba yo para curarte —contestó, sin levantar la vista, con una tranquilidad que me puso aún más nerviosa.
Abrió una toallita con alcohol y, antes de pasarla, sopló muy suave sobre la herida, como si quisiera prepararla. El aire tibio me recorrió la piel y se me erizó todo el cuerpo.
No era por el escozor.
Y lo sabíamos los dos.
—¿Duele?
Levanté la mirada.
Demasiado cerca.
—Un poco…
—Aguanta. Prometo compensarte por el trauma.
Esa media sonrisa.
Y yo ya perdida.
Cuando terminó con el brazo, no se apartó.
Su mano descendió despacio. Demasiado despacio.
Del antebrazo a la muñeca. De la muñeca… al silencio entre los dos.
Sentí el pulso acelerarse. El mío. Y, por cómo me miraba… el suyo también.
—Ahora la rodilla —murmuró.
Pero ya no sonaba a herida.

Sonaba a otra cosa.
Bajó la vista y yo la seguí, solo para encontrarme con el dobladillo de mi vestido y su mano acercándose con calma. Me tomó la pierna con ambas manos.
Firme.
Cálido.
Seguro.
Y todo en mi cuerpo reaccionó como si hubiera pulsado un interruptor.
—Bruno… puedo hacerlo yo…
—Ya. Pero no quiero.
Ahí. Sin rodeos. Sin escapatoria.
El soplido volvió. Más lento. Más cerca. Y esta vez no me hizo cosquillas. Me hizo temblar.
Cuando pasó la toallita, el escozor fue lo de menos. Lo que dolía era no saber hasta dónde iba a llegar. Y querer que llegara.
—Te has dejado la piel, literal —comentó en voz baja.
—Si tú no hubieras aparecido de la nada, igual no habría hecho semejante locura —protesté, porque necesitaba aferrarme a algo que no fuera el latido descontrolado entre mis piernas.
—Claro, la culpa es del que está quieto —respondió, con una media sonrisa torcida—. Mírame.
Levanté la vista. Error. Sus ojos estaban oscuros. Más de lo normal. Más peligrosos.
Mientras me sostenía la mirada, pegó la tirita sobre la herida, presionando con los dedos para asegurarse de que quedaba bien fijada.
Pero esta vez no retiró la mano.
La dejó sobre mi rodilla, cálida, firme, su pulgar dibujando círculos mínimos sobre la piel. Algo en mi estómago se contrajo, y noté cómo el calor subía, lento, espesándose en el centro de mi cuerpo.
Bruno no apartó la mirada de la mía.
—Ahí está —susurró—. Perfecta.
No supe si se refería a la tirita o a otra cosa, y tampoco me atreví a preguntarlo.

Su mano empezó a moverse, muy despacio. Del borde de la tirita al borde de mi rodilla. De la rodilla al inicio del muslo. Los dedos avanzaban lentos, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, deslizándose sobre la piel expuesta justo donde acababa el vestido.

Tragué saliva. El aire se volvió espeso, pesado, cargado de algo que no quería nombrar pero que mi cuerpo reconoció al instante. Sentí un calor denso encenderse en mi vientre, una especie de corriente que subía y bajaba, buscándose sitio.

—Bruno… —mi voz sonó más ronca de lo que esperaba.

—¿Qué? —preguntó en un murmullo, sin dejar de acariciar, subiendo un poco más, apenas unos centímetros, pero lo suficiente para que mis músculos se tensaran.

Sus dedos seguían la línea de mi muslo con una suavidad casi obscena, como si estuviera memorizando cada tramo de piel. Cada vez que respiraba, el pecho se me hinchaba y deshinchaba de forma descompasada. Era como si todo mi cuerpo se hubiera concentrado en el recorrido de esa mano: el resto del mundo se había difuminado.

Notaba el cosquilleo entre las piernas, la respiración corta, la piel caliente. Era ridículo lo muy consciente que era de mi propio cuerpo, de cómo reaccionaba a cada milímetro que avanzaba.

Bruno inclinó un poco la cabeza, acercándose. El olor a sol, a jabón y a algo suyo que ya identificaba sin querer me envolvió.

—¿Sigues pensando que soy una tortura? —preguntó, apenas rozando mis labios con la voz.

Intenté articular algo inteligente, o al menos coherente. Fracasé estrepitosamente.

—Sí —susurré, sintiéndome completamente vulnerable—. Pero ahora… distinta.

Una sonrisa lenta se dibujó en su boca. Su mano se detuvo a mitad de camino de mi muslo, no subió más, pero tampoco bajó. Se quedó allí, en ese punto exacto que hacía que mi cuerpo entero latiera alrededor de su palma.

—Menos mal —murmuró—. Porque yo también llevo días torturándome contigo.

No supe qué hacer, qué decir, cómo moverme sin cagarla todavía más, así que no hice nada. Me rendí. Dejé que fuera él quien decidiera qué hacer conmigo.
Bruno pareció notarlo, porque sus dedos dejaron de dudar. Su mano se deslizó con decisión hasta la parte de atrás de mi muslo y, con las dos manos, me agarró por las nalgas. Un agarre firme, seguro, que me arrancó un jadeo ahogado. Me acercó hacia él con un solo tirón, pegándome a su cuerpo como si me recolocara en el lugar exacto donde quería que estuviera.
Me quedé quieta, con las manos suspendidas entre nosotros, sin atreverme a marcar el siguiente paso. Era su turno. Yo ya había hecho bastante desastre.
Él levantó la cara hacia mí y, por la posición en la que estaba sentada en la caja de la pickup, quedé ligeramente por encima, con mi frente casi rozando la suya. Podía notar su respiración chocando contra mi boca, caliente, irregular.
—Selena… —susurró, como una última advertencia, o una última oportunidad para huir.
No me moví. No dije que sí, pero desde luego no dije que no. Me limité a mirarle, los labios entreabiertos, el corazón desbocado marcando el ritmo por los dos.
Entonces me besó.
No fue un roce tímido, ni un tanteo educado. Fue un choque directo, boca con boca, como si por fin soltara todo lo que llevaba guardado. Sus labios cayeron sobre los míos cálidos, firmes, hambrientos, y el primer contacto fue un chasquido húmedo que me recorrió entera.
Al principio me quedé quieta, de puro shock, pero en cuanto noté cómo me atrapaba el labio inferior entre los suyos y tiraba de él con un pequeño mordisco, el cuerpo decidió por mí. Solté el aire en un gemido ahogado contra su boca y la abrí un poco más, dejándole pasar.
Su lengua rozó la mía con una caricia lenta, casi perezosa, como si me invitara a un baile al que yo llevaba años esperando. Acepté sin pensar. Nuestros movimientos se encontraron en mitad del camino: primero tímidos, luego más seguros, más profundos, hasta que el beso se volvió un vaivén húmedo, cálido, desesperado.

Sentía el sabor de su respiración mezclándose con la mía, el golpe suave de sus dientes cuando se le escapaba otro mordisco en mi labio, la fricción resbaladiza de nuestras lenguas buscando, cediendo, conquistando terreno una y otra vez. Cada vez que intentaba separarme un segundo para coger aire, él me seguía, atrapando mi boca de nuevo, y yo le respondía con la misma ansia, tirando un poco de su pelo, pegándole aún más a mí.

El mundo se redujo al ruido húmedo de nuestros besos, al calor que subía desde el estómago hasta la garganta, a esa sensación de vértigo delicioso de estar cayendo y, por una vez, no querer frenar.

Sin despegarse de mi boca, Bruno se impulsó con un movimiento ágil: de un salto subió a la caja de la pickup. Noté cómo sus manos ajustaban mi cuerpo, guiándome, hasta que quedé tumbada boca arriba sobre la chapa y él se acomodó medio encima de mí, apoyando parte de su peso, sin aplastarme, pero dejándome clarísimo quién me estaba rodeando.

El beso cambió entonces, se volvió más lento pero más intenso. Su lengua se deslizó contra la mía con una precisión cruel, marcando el ritmo, retirándose justo cuando yo la seguía, volviendo a entrar cuando ya lo creía alejado. Me mordió el labio otra vez, esta vez más fuerte, lo suficiente para hacerme jadear, y aprovechó mi quejido para profundizar aún más, como si quisiera saborearme por dentro.

Mis manos recorrieron su espalda, empapada de sudor, sintiendo cada fibra de músculo tensarse bajo mis dedos.

Su respiración chocaba contra la mía, irregular, jadeante, y se mezclaba con mis propios gemidos, cada vez más altos. El calor nos envolvía, nuestras pieles pegadas, húmedas, resbaladizas.

Me arrancó las bragas con una facilidad insultante, y yo tiré de sus vaqueros hasta sentir su erección dura, palpitante, presionando contra mi muslo. Se me escapó un jadeo ahogado que él apagó atrapándome los labios de nuevo, como si quisiera beberse mi voz.

Sus manos recorrieron mis muslos, abriéndolos con firmeza. Yo me arqueé hacia él, clavando las uñas en sus hombros, queriendo que me tomara ya, que dejara de contenerse.

—Dios, Selena… —gruñó entre dientes, su frente apoyada contra la mía.

Sacó el condón de uno de los bolsillos del vaquero, lo abrió rasgándolo con los dientes y se lo colocó con una maestría asombrosa. Lo sentí entrar despacio, muy despacio, como si quisiera torturarme. El aire se me escapó en un suspiro quebrado, los ojos se me cerraron de golpe. El mundo dejó de existir: solo éramos él y yo, nuestros cuerpos fundiéndose en un vaivén que empezó lento, profundo, y pronto se volvió más intenso, más salvaje.

El metal de la pickup vibraba con cada movimiento, la manta se arrugaba bajo nuestros cuerpos empapados de sudor. Yo jadeaba sin pudor, gritando su nombre cuando me embestía más fuerte, mientras él gemía bajo, ronco, contra mi cuello, contra mi oído, contra mi piel ardiendo en medio de la nada.

Me mordió el hombro al mismo tiempo que una de sus manos me apretaba la cadera, guiándome, obligándome a acompasarme con él. Yo lo recibía toda, completa, sintiendo cómo cada embestida me llevaba más cerca del límite.

Cuando me rozó con sus dedos mientras seguía dentro de mí, exploté. Grité, temblé, me retorcí bajo él, miles de estrellas explotando en mis párpados cerrados. Y él no tardó en seguirme: un gruñido ahogado, un espasmo, y me apretó contra sí con tanta fuerza que sentí que iba a partirme en dos.

Nos quedamos pegados, jadeando, sudando, riendo entre dientes de puro agotamiento, aún temblando por la descarga brutal que nos había recorrido.

—Así… —murmuró él contra mi boca, apenas un susurro—. Así sí que se calla la urbanita.

Yo sonreí, todavía sin aliento, acariciándole el pelo húmedo.

—Cállate, Bruno.

Y nos besamos de nuevo, más suaves, más lentos, como si quisiéramos prolongar ese instante eterno.

25

Una vez pasada la intensidad del momento, nos vestimos a trompicones, en ese silencio incómodo en el que ninguno sabía muy bien qué hacer o decir.
—Bueno… creo que volveré a mi loft a ducharme… —murmuré, ajustándome el vestido.
—Sí… yo también debería ducharme… —respondió él, abrochándose los vaqueros.
Nos quedamos un segundo frente a frente, sin saber cómo rellenar ese vacío extraño. Yo acabé rompiéndolo:
—Pues nada… nos vemos.
Me giré hacia la bici, todavía tirada junto al muro de piedra, pero Bruno se adelantó con prisa. La levantó y le dio un repaso rápido como si fuera un inspector de la ITV.
—Creo que no se ha roto nada. Ya no me fío… la verdad es que no sé qué más te puede pasar.
—Y lo que no sabes… —le guiñé un ojo.
Él soltó una carcajada que me calentó el pecho más de lo que debería.
—Eres… peculiar.
—¿Vale… eso es un halago? —pregunté, subiéndome a la bici con un equilibrio digno de circo.
—Para mí sí. —Y me miró con una ternura que no le pegaba nada, así que tuve que disimular mordiéndome la sonrisa que se me escapaba sola. Me notaba los labios hinchados.
Estaba dando los primeros pedaleos cuando lo escuché gritar:
—¡Selena! ¿Has desayunado?
—Bueno, depende de a lo que llames desayunar… —contesté sin parar, con toda la ironía posible.

Soltó otra carcajada, más sonora.
—Me refiero a comida real…
—Pues iba a desayunar en el pueblo cuando… nos hemos cruzado.
—¿Me dejas invitarte?
—¿Es una cita?
—¿Quieres hacerme el favor de no responder con otra maldita pregunta? Me desesperas… ¿Por qué no puedes decir sí o no?
Me encogí de hombros.
—A una invitación siempre se dice que sí.
Él negó con la cabeza, sonriendo a medias.
—Dúchate, anda.
—¡No me mandes!
—¿Vamos a empezar?
—¿Quieres empezar?
—¡Selena!
—Vale, vale… —alcé las manos en rendición—. Recógeme en… treinta minutos.

26

Cuando llegué al loft, me miré al espejo: estaba hecha una mierda, pero no me importaba. El pelo enmarañado, las rodillas sanguinolentas, el vestido roto… y yo sonriendo como una idiota. ¿Quién era esa Selena?

Porque, sinceramente, cuando conocí a Bruno jamás pensé que estuviera dentro de mis posibilidades. No me consideraba una belleza. Tenía claro que él jugaba en otra liga. Bruno era una belleza de las que te dejan un poco tonta: ese cuerpo, esos ojos, esas manos, esa manera de caminar como si el mundo le quedara justo a la medida.

Yo era más bien "resultona". Lo mío nunca había sido la belleza de portada, sino la actitud: el saber estar, el saber sacarme partido, el porte, el carácter, la seguridad que transmitía cuando llevaba tacones y blazer y me comía una reunión sin despeinarme. Gustaba, sí, pero siempre había tenido claro que mi atractivo estaba más en cómo me movía por la vida que en lo que veía el espejo.

Y, sin embargo, Bruno me había deseado. A mí. Con mi pelo revuelto, mis miedos, mis torpezas y mis contradicciones. Me había besado como si no existiera nada fuera de ese momento en el universo, me había tocado como si mi cuerpo fuera exactamente el que quería tener debajo de sus manos.

De repente, la vulnerabilidad con la que me había despertado… había desaparecido. Ya no me sentía la idiota que huía, ni la que metía la pata cada vez que abría la boca. Me sentía elegida. Deseada. A su altura.

No perdí el tiempo: ducha rápida (mi piel ardía y mi cuerpo aún recordaba el vaivén de su pickup). Mientras el agua fresca resbalaba

por mi cuello y mis hombros, sonreí sola, apoyando la frente en la pared.
Había tierra en mis piernas, marcas de sus manos en mi piel y un beso grabado en la memoria que no pensaba olvidar en la vida. Y lo mejor de todo: por primera vez en mucho tiempo, no sentía vergüenza de nada de eso.
Salí, me sequé el pelo a toda prisa y me enfundé otro vestido, jurando que Bruno no se quedaría con la imagen de mí hecha un cuadro. Quería que me viera bonita, mucho más bonita que hace apenas un rato.
Cuando apareció, puntual como un reloj, lo primero que soltó fue:
—Me gustas más asalvajada.
—Vaya, ¿así que te ponen las campesinas? —le repliqué con ironía.
—Me pone lo natural. Y tú no necesitas nada más que lo tuyo. —Su mirada descarada me recorrió de arriba abajo y, por primera vez, me sonrojé de verdad. No de vergüenza, sino de sentirme descubierta.
—¿Te has maquillado las rodillas?
—¿Y qué si lo he hecho?
—No me respondas con una pregunta.
—No voy a ir por ahí con las rodillas heridas o con tiritas. A mi edad, nadie piensa que es por caerme de la bici… más bien pensarían que me he pasado media noche arrodillada en algún sitio haciendo según qué.
Bruno arqueó una ceja. No contestó, pero la curva de su boca delataba que la idea le divertía.
—Anda, sube.
Me subí y, durante el trayecto, no podía dejar de observar sus manos: grandes, seguras, alternando entre el volante y la palanca de cambios. Tenía algo tan varonil que me derretía. Solo le faltaba una pajita entre los labios y un sombrero para convertirse en la fantasía vaquera que jamás había reconocido tener.
Entonces pasó: su mano se posó en mi rodilla. Se retiró cuando cambió de marcha, pero volvió enseguida… apenas unos centímetros más arriba. Cada vez que regresaba, subía un poco más.
—¿Te gusta jugar, eh? —murmuré con voz baja, consciente de cómo el calor me subía por dentro.

No respondió, solo apretó un poco más su palma contra mi piel desnuda. Y yo sentí que, si llegábamos al pueblo sin que alguien nos interrumpiera, esa pickup iba a ser testigo de otra clase de viaje.

Nos sentamos en una de las mesas del horno, un local moderno pero con alma, respetuoso con cada ingrediente de su carta. Ni en mis sueños habría pensado que fuera de Madrid encontraría tanta variedad. Pedí un matcha latte con hielo y dos croissants de almendra sin gluten, aunque Bruno me convenció para que pidiera el brownie.
—Lo hacen con harina de nuestras algarrobas. —Confesó con orgullo.
Frente a frente, la mesa apenas nos separaba. Había un silencio que no era incómodo, más bien un silencio cargado de todo lo que no nos atrevíamos a decir. Se respiraba esa intimidad peligrosa, la que no sabes si va a desvanecerse en cuanto alguien parpadee o si va a echar raíces.
Bruno rompió el hielo:
—¿De verdad te gusta el matcha o solo finges muy bien?
—¡Me encanta el matcha! Lo asocio siempre con un momento del día feliz. —Bebí un sorbo, consciente de que mis labios, que contenían una sonrisa, dejaban una marca verde en la pajita—. ¿Y a ti? ¿Te gusta?
Me sostuvo la mirada, como si evaluara cuánto estaba dispuesto a contar.
—Mmm… Me va más el café.
Me quedé observando cómo jugueteaba con el vaso, incómodamente consciente de la tensión en mis dedos, que deseaban estirarse y rozar los suyos. Odiaba los silencios así que lancé la pregunta sin anestesia:
—¿Eres feliz aquí, Bruno?
—No lo llamaría felicidad… Digamos que encontré la paz que necesitaba.
—Yo no recuerdo lo que es la paz. En Madrid siempre estoy apagando fuegos, corriendo a todas partes… aquí… bueno, me estoy encontrando con una versión de mí que no conocía.

Asintió despacio, como si entendiera demasiado bien de qué hablaba.
—Quizá es eso lo que necesitamos los dos: descubrir qué queda cuando nos quitan todo lo demás.
Un silencio cargado nos envolvió otra vez. Yo me mordí el labio, él bajó la mirada al brownie que acababan de traer como si de pronto ese fuera el objeto más interesante del mundo.
—¿Y tú? —pregunté, incapaz de contenerme—. ¿Qué hacías antes de acabar aquí, entre gallinas, higos chumbos y urbanitas torpes?
Bruno alzó la vista despacio, sus ojos miel intensos, con esa mezcla de dolor y humor que me desarmaba.
—Era abogado. Y muy bueno, dicen. Pero eso… ya es otra vida.
Noté cómo la piel se me erizó. Ahí estaba, la grieta en su coraza. Y quise saber más, aunque me dio miedo que, con una sola pregunta mal hecha, se cerrara para siempre.
Nos quedamos un rato en silencio, removiendo los vasos como si el matcha pudiera darnos las respuestas.
—¿Por qué lo dejaste? —pregunté al fin, sin rodeos.
Bruno se echó hacia atrás en la silla, suspiró largo y miró hacia la ventana como si buscara las palabras entre los tejados.
—El disparador fue mi hermana. —Tragó saliva, y noté cómo sus nudillos se tensaban contra la mesa—. Cuando enfermó y… cuando todo terminó, yo ya no le encontraba sentido a nada. La decepción con Jaime se convirtió en rabia, en odio… El trabajo se volvió ruido, un ruido insoportable que no tapaba el dolor. Y Vicente me propuso venir unos días a desconectar… fueron pasando los días, ayudar a Vicente me ayudaba a evadirme y aquí sigo después de los años….
Se me encogió algo por dentro. Recordaba lo que Eulalia me había contado, pero escucharlo en su voz, en esa voz grave que rara vez dejaba ver grietas, fue como recibir un golpe en el estómago.
—Lo siento mucho… —dije en un susurro.
Él negó despacio con la cabeza.
—No busco lástima, Cañadas. Es solo que… si no hubiera pasado todo aquello, probablemente seguiría en mi despacho, defendiendo causas que ya ni me creería. Pero aquí… al menos el dolor tiene otro ritmo.

Lo miré, clavada en sus ojos, y por primera vez sentí que estaba dejando de ver solo al capataz gruñón para ver al hombre herido que había debajo.
—Y ahora… ¿respiras mejor? —me atreví a preguntar.
Se inclinó hacia mí, sin apartar la mirada.
—Más que antes, sí. Aunque tú me lo pones difícil.
Solté una carcajada nerviosa, para disimular lo que acababa de sentir en el pecho.
—Pues lo mismo digo.
—¿Y tú? —preguntó de golpe.
—¿Yo qué?
—¿Qué demonios te trajo aquí de verdad?
Me quedé helada. Quise soltar una de mis ironías para esquivar la bala, pero su voz no tenía ni rastro de burla. Era seria, tan seria que no me atreví a esconderme.
—Me trajo… el estrés. La ansiedad. —Respiré hondo, bajando la mirada al brownie como si tuviera la culpa—. Pasé de dirigir estrategias a no poder levantarme de la cama sin un nudo en el estómago. Recursos Humanos me estuvo dando de baja varias veces hasta la última vez… Pensé que sería cosa de unas semanas… pero no. Y entonces apareció esta oferta para recoger algarrobas en Ibiza y dije: "¿qué puedo perder?".
Alcé la mirada, temiendo encontrar lástima en la suya. Pero no, solo atención, pura atención.
—¿Y qué has encontrado? —dijo, en voz más baja.
Me mordí el labio, dudando entre decir la verdad o maquillarla.
—Pues… gallinas asesinas, un capataz antipático, insolaciones varias… —intenté sonreír, pero me salió torcida—. Pero también… silencio. Y, no sé, la sensación de que puedo respirar por primera vez en mucho tiempo.
Bruno asintió despacio, con una seriedad que me hizo sentir desnuda de nuevo, aunque no me hubiera quitado la ropa.
Bruno apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó las manos, mirándome como si estuviera calibrando cada palabra.
—¿Sabes lo que pienso, Cañadas? —dijo al fin.
—Me da miedo preguntar —intenté romper la tensión.

—Que eres más valiente de lo que crees.
No supe qué responder. Me quedé en blanco, con el corazón apretándome el pecho. Nadie me había dicho eso nunca, al menos no de esa forma.
—Valiente… —me reí bajito, con un humor que sonaba más a defensa que a otra cosa—. Me desmayo con el sol, me atacan las gallinas, me limpio con ortigas y acabo en urgencias más veces que en el gimnasio. Sí, soy la Juana de Arco rural.
Bruno negó con la cabeza, sin apartar la mirada.
—Te equivocas. Valiente no es no tener miedo, Selena. Valiente es venir aquí cargada de heridas y seguir levantándote cada día, aunque te tiemblen las piernas.
Sentí un nudo en la garganta. Intenté disimularlo dando un mordisco al brownie, pero se me quedó como una piedra en la boca.
—¿Por qué me dices esto? —pregunté al fin, con un hilo de voz.
—Porque lo veo. Porque te observo. Aunque a veces creas que no.
Me ardieron las mejillas, y no era del sol ni de la vergüenza: era otra cosa. Esa sensación de que alguien por fin estaba mirándome de verdad, sin filtros ni disfraces.
Me atreví a devolverle la mirada, sin ironía, sin sarcasmos.
—Y tú… ¿cuándo vas a creerte que no eres solo un capataz gruñón?
Un silencio denso cayó entre los dos. Bruno se recostó en la silla, respiró hondo y dejó escapar una media sonrisa ladeada.
—Quizás cuando alguien me mire como me estás mirando tú ahora.
Me giré hacia la ventana como si el paisaje tuviera la culpa, porque si seguía mirándolo iba a cometer una locura.
Intenté recomponerme, y lo único que me salió fue soltar una risa nerviosa.
—Con el asco que te tenía… —bufé, negando con la cabeza.
Él arqueó una ceja, divertido.
—¿Tenía? ¿En pasado?
—Por ahora en pasado… Y que conste que empezaste tú, ¿eh? —me señalé a mí misma con el dedo, teatral—. Menuda bienvenida me diste: órdenes, gruñidos, cara de pedo…
Bruno se echó hacia atrás en la silla y soltó una carcajada sincera, de esas que le iluminaban la cara y le quitaban diez años de encima.

—Vaya, así que esa es la primera impresión que te llevaste.
—¿Qué esperabas? —me encogí de hombros, aunque por dentro se me enredaban las mariposas—. Yo recién llegada con mis tacones, toda cuqui para causar una muy buena impresión y tú tratándome como si fuera… no sé… un saco de estiércol que había caído del cielo.
Bruno me miró fijamente, con esa media sonrisa ladeada que me dejaba sin defensas.
—Pues míranos ahora. Tacones fuera, estiércol aparte. Y aquí estamos.
Le devolví la sonrisa, pero sentí que aquello ya no era una broma ligera: era una constatación. Bruno se inclinó un poco hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. Su voz sonó más grave, sin rastro de burla:
—Aquí sigues….
Me encogí de hombros, jugueteando con la pajita de mi matcha latte.
—Bueno, soy dura de pelar.
Bruno negó despacio con la cabeza, sin apartar la mirada.
—No es solo eso. Me sorprendió que, con lo urbanita que eres, no tirases la toalla el primer día… —su media sonrisa asomó—, y mira que tuviste excusas de sobra: cualquiera habría salido corriendo.
Sentí que se me hacía un nudo en la garganta, pero él continuó, más bajo, casi en confidencia:
—Me atrajo mucho tu tozudez. Tu manera de plantarme cara cuando todos me dan la razón solo por ahorrarse problemas. Y… tu torpeza también. Porque cada vez que tropezabas, te levantabas como si nada. Y eso… no lo hace cualquiera.
Se me secaron los labios, porque de repente lo que debía ser un desayuno relajado se estaba convirtiendo en una radiografía íntima de mí misma, y él lo estaba diciendo como si llevara años observándome.
Me mordí el labio porque nunca se me ha dado bien gestionar los halagos y solté, arqueando una ceja:
—Mira que eres intenso… ¿Quién lo iba a decir?

Él rió por lo bajo, pero yo seguí, señalándole con el dedo como si pasara lista:
—A ver, que tú también tienes lo tuyo, ¿eh? Defectos los que quieras: borde, mandón, gruñón de manual… pero, también eres noble, trabajador, fuerte como un toro y… bueno, ya sabes, con ese rollo de capataz sexy que no viene en los catálogos de Ikea.
Él ladeó la cabeza, la sonrisa ladeada otra vez en los labios.
—Sabes que desde el primer día tenía claro que tanto asco no te daba.
—¿Ah, sí? —le reté, aunque ya sabía por dónde iba.
—Sí, Cañadas. Porque aunque me llamaras capullo, penoso y amargado… reconociste que tenía un polvazo.
Me tapé la cara con las manos, muerta de vergüenza, mientras él estallaba en carcajadas.
—¡Eso fue culpa de la cobertura! ¡Se lo estaba contando a mi amiga!
—Ajá… claro, claro.
La camarera interrumpió la carcajada con un educado "¿les recojo?", y mientras yo trataba de recomponerme, Bruno ya había sacado la cartera. Pagó sin darme opción a protestar.
—Bueno, Cañadas… ¿qué te apetece hacer ahora? —me preguntó, recostándose en la silla con esa calma provocadora.
—Todo menos estar al sol —contesté rápido, exagerando con las manos sobre la cara como si fuera un vampiro.
Él sonrió de medio lado.
—Perfecto, tengo un plan para ti.

Lo que desayuné con Bruno la mañana del polvazo

Brownie de algarroba y plátano

(demasiado intenso para ser casualidad)

No voy a entrar en detalles. Más que nada porque no sé ni por dónde empezar.
Solo diré que hay decisiones que se toman rápido… y consecuencias que se desayunan después.
Como estos brownies.

Ingredientes

(cosas que, sorprendentemente, combinan mejor que nosotros)

- 100 g de harina de algarroba
  (tamizada, como mis intentos de parecer tranquila)
- 2 plátanos muy maduros
- 2 huevos
- 100 g de crema de frutos secos
  (la que tengas… aquí no juzgamos)
- 2 cucharadas de aceite de coco o AOVE
- 1 cucharadita de levadura
- Un chorrito de vainilla
- 1 pizca de sal

Opcional:

- nueces o chocolate negro
  (por si quieres complicarte aún más la vida, a mí me encanta)

Cómo hacerlo sin pensar demasiado

1. Precalienta

Horno a 180º. Molde preparado.

(como si todo esto estuviera bajo control)

2. Base húmeda

Machaca los plátanos hasta que no queden trozos. Añade huevos, crema de frutos secos, aceite y vainilla.
Mezcla bien.
(igual que intento mezclar lo que siento… sin demasiado éxito)

3. Secos

Añade la harina de algarroba, la levadura y la sal.
Remueve con cuidado.
No sobrebatas. No hace falta forzar las cosas.
(aplícatelo, Selena)

4. Toque crujiente

Añade nueces o chocolate si quieres. O no.
A veces lo simple ya es suficiente.

5. Horneado

Al horno 20-25 minutos. Importante: no te pases.
Tiene que quedar jugoso. Con ese punto imperfecto que lo hace mejor.
(sí, como él)

6. El momento clave

Pincha con un palillo.
Si sale completamente limpio… te has pasado. Si sale con migas… perfecto.

7. Enfriado

Déjalo reposar antes de cortarlo. Hay cosas que necesitan tiempo, aunque te mueras de ganas

Resultado

Un brownie oscuro, intenso, con ese punto meloso que no sabes si te gusta… o te desarma.

Nota mental:

Igual no todo lo que me descoloca es un problema.
Algunas cosas, solo necesitan que deje de resistirme.

27

El plan resultó ser una calita escondida, tan pequeña que parecía un secreto. Rodeada de pinos que inclinaban sus ramas hacia el mar, la sombra envolvía toda la calita, fresca y acogedora. Y lo mejor: no había un alma.
—Aquí nunca pega el sol directo —me dijo mientras me observaba con esa expresión entre reto y promesa.
—No he traído bikini…
—Y no te hará falta porque te voy a enseñar el mejor de los placeres que hay en Ibiza. Algo que no vas a olvidar: nadar desnuda.
Solté una carcajada.
—Ya lo probé en el safareig, ¿recuerdas? Y salí absolutamente traumatizada e infartada…
Él rió.
—Esto es otra cosa. Confía en mí.
Me quité el vestido con cierta teatralidad, como si fuera un show solo para él. Bruno no apartaba la vista, y eso me hizo sentir poderosa.
Entonces empezó a desnudarse él. Y juro que no estaba preparada. Cuando la camiseta cayó, dejándome ver unos hombros anchos y un torso firme, tuve que recordarme respirar. Y cuando bajó los pantalones… madre mía. Piernas largas, fuertes, todo en él era la definición de hombre en mayúsculas, negrita, cursiva y subrayado. No perfecto de catálogo, sino perfecto de verdad: músculo donde tenía que haber músculo, piel tostada por el sol y una naturalidad desarmante que me dejó pasmada.
Intenté mantener la mirada en su cara, pero se me iban los ojos hacia su miembro. Fingí desinterés para no violentarlo, aunque la

imagen de sus nalgas, duras y perfectas, se me quedó grabada a fuego.
Tragué saliva. No sabía si tirarme al agua o a él.
Nos metimos en el mar poco a poco, dejando que el Mediterráneo nos envolviera como un abrazo interminable.
La sensación fue indescriptible. Cálida y fresca al mismo tiempo, el agua me acariciaba la piel con una suavidad que nada tenía que ver con el cloro de una piscina ni con las olas bravas de otras playas. Cerré los ojos y me sentí ligera, ingrávida, como si me hubiera deshecho de todo peso. La comparación se me vino sola: era como flotar en un útero materno, pero sin estar atrapada en una bolsa. Paz pura, libertad absoluta.
—Es… —balbuceé, incapaz de describirlo del todo— es como volver a nacer.
Bruno se acercó nadando hasta mí, sus ojos miel reflejando la calma de aquel lugar.
—Eso es. Nacer otra vez.
Cuando nuestras manos se encontraron bajo el agua, la paz se mezcló con una corriente eléctrica que ya conocía. Tiró de mí y me colocó ante él. Y entonces, inevitablemente, nos besamos. Un beso húmedo, salado, lento al principio, luego hambriento. Mis piernas se enroscaron a su cintura sin pensarlo, él me sostuvo con fuerza, y nos dejamos llevar.
Era la primera vez que tenía sexo en el agua… y mi cuerpo no supo cómo reaccionar.
Todo era distinto. Más lento. Más resbaladizo. Más… peligroso.
Me aferré a él, enredando las piernas a su cintura, buscando un ancla entre tanta ingravidez. Y cuando sentí su erección rozarme… jadeé sin poder evitarlo.
No dijo nada. No hacía falta.
Solo me sostuvo con más fuerza.
Nuestros ojos no se apartaban, fijos, desafiantes y vulnerables a la vez. Y entonces, sin que nada pudiera detenerlo, lo sentí entrar en mí.
Mi cuerpo lo recibió con tanta facilidad que me quedé sin aliento. El agua resbalaba entre nosotros, haciéndolo todo más fluido, más

eléctrico, como si esa unión fuera inevitable desde el principio.
Él me sostenía de las nalgas, firme, levantándome y bajándome con la fuerza justa para acompasar nuestras embestidas al vaivén de las olas. Cada embestida me arrancaba un gemido que el mar engullía, amplificándolo todo dentro de mí. El contraste entre la frescura del agua y el ardor que él me provocaba era tan embriagador que sentía que mi piel ardía bajo la superficie.
Lo besaba sin descanso, primero con hambre, después con desesperación, como si quisiéramos robarnos hasta el último aliento. Sus labios salados se volvían salvajes, mi lengua se enredaba en la suya, y el mundo entero desapareció: solo quedaban nuestras respiraciones entrecortadas, su miembro llenándome hasta lo más hondo, y mis uñas hundiéndose en su espalda mojada.
El agua nos envolvía como un cómplice silencioso, multiplicando cada roce, cada caricia, cada espasmo de placer. Y en medio de todo ese torbellino, lo miré otra vez a los ojos y me di cuenta de que ya no había vuelta atrás: lo que había entre Bruno y yo no era un simple arrebato. Era fuego disfrazado de mar.
Fue épico. Salvaje. Diferente a todo lo vivido antes.
Cuando nos dejamos caer flotando, abrazados, todavía con las respiraciones entrecortadas, me eché a reír.
—Madre mía, Bruno… qué momento…
Él estalló en carcajadas, hundió su cara en mi cuello y murmuró:
—Cuánto vas a querer a Ibiza...
Pero no me soltó. Y yo tampoco quise que lo hiciera.
Salimos del agua como dos náufragos después de un abordaje pirata. Yo me puse el vestido a lo loco, con el pelo pegado a la cara como si fuera la versión low cost de "La Sirenita".
—Joder, Bruno… ¿y si había alguien con algún móvil entre esos pinos? —dije mirando hacia arriba, convencida de que podía aparecer un jubilado con sombrero de paja y bocata de chorizo disfrutando del espectáculo.
Bruno se rió a carcajadas.
—¿Y qué? Pues que habrán tenido la suerte de su vida.
—¡Qué vergüenza! —me tapé la cara con las manos—. Como me entere que circula un vídeo mío en *YouPorn Ibiza Edition*, me

entierro viva.
Él arqueó una ceja, divertido.
—Tú tranquila, que con la que montaste, si alguien lo grabó, necesitarán subtítulos para los gritos.
—¡No he chillado tanto! —protesté indignada.
—No, claro… —se encogió de hombros—. Solo chillaste como si te estuviera exorcizando.
Le di un manotazo en el brazo.
—Eres un capullo.
—Y tú una exagerada —contestó él, secándose el pelo con su camiseta mientras me miraba con esa sonrisa ladeada que me sacaba de quicio.
—Bueno, exagerada pero feliz. Aunque… —me miré el cuerpo todavía húmedo— dime que el agua salada desinfecta. Porque como me salga un herpes marino o algo así, me muero.
Bruno soltó otra carcajada.
—Lo máximo que te puede pasar es que te pique un pez payaso, y aún así le ganarías en sarcasmo.
—Pues nada, me quedo más tranquila… —resoplé, pero no pude evitar reírme también.
Nos tumbamos en la arena, todavía recuperando el aliento, y yo pensé que sí, que podía morirme de vergüenza si algún día contaba esto, pero que nadie me lo quitara: había tenido el mejor polvo acuático de la historia.

28

Fue, sin duda, el mejor domingo de mi vida. Inesperado, sorprendente y mágico. Por primera vez en años me sentía totalmente en paz. Bruno era inteligente, divertido, reservado, muy atractivo… Y me encantaba todo de él. Incluso lo borde que podía llegar a ser.

Tras el encuentro acuático me llevó a comer a un sitio mítico de la isla, donde me invitó a un bullit de peix frente al mar, y terminamos en uno de los lugares más icónicos para saborear unas hierbas ibicencas acompañadas de un trozo de flaó. Fue un domingo perfecto, de esos que parecen hechos a medida para quedarse grabados en la memoria.

Y, sin embargo… me asusté.

Hacía tanto tiempo que no me sentía tan feliz, tan en paz, que el vértigo me golpeó de frente. Porque lo que estaba empezando a sentir por Bruno no era un simple deseo. No era solo atracción ni el magnetismo salvaje que me arrastraba hacia él cada vez que me miraba como si pudiera desnudarme sin tocarme. Era otra cosa. Algo más profundo. Algo que me helaba la sangre solo de pensarlo: me estaba enamorando.

¿Enamorarme? ¿Yo? Con todo el asco que le había tenido al género masculino después de salir escaldada una y otra vez, con las cicatrices todavía frescas de mi vida en Madrid, con todo lo que había jurado que no volvería a permitir… ¿y ahora iba a rendirme a los pies de un capataz borde con sonrisa ladeada y ojos que parecían leerme el alma?

No, no podía ser.

Así que me repetí una y otra vez que solo era un domingo perfecto. Que Bruno y yo éramos dos cuerpos que se habían buscado demasiado tiempo y habían explotado de pasión. Que el

Mediterráneo, las hierbas ibicencas y la brisa marina eran los verdaderos culpables de mi euforia.
Pero esa noche, tumbada en mi somier nuevo, con la piel aún oliendo a sal y a él, tuve que reconocer algo: lo que más miedo me daba no era repetir lo de la insolación, ni volver a meterme en otro lío de estos, ni siquiera tener otro accidente de bicicleta. Lo que de verdad me aterraba era que Bruno se colara en mi vida más allá de la piel, y que, por mucho que lo negara, yo ya no supiera cómo sacarlo de ahí.

29

Hasta ese día, Ramón no me había provocado una sonrisa al despertarme con su cacareo. Pero aquella mañana sí. Y es que lo que había pasado con Bruno me tenía flotando en una nube… ¿qué iba a pasar ahora entre nosotros?

La respuesta me llegó mucho antes de lo esperado.

Después del desayuno, Bruno me pidió que lo acompañara un momento, lejos de la mesa, de Eulalia, de Vicente y de cualquier mirada curiosa. Se quedó de pie, serio, apoyado en la pared encalada, con esa expresión entre controlada y a punto de explotar que solo él sabía poner.

—Selena… —empezó, con voz grave—. Lo que pasó ayer… no debería volver a pasar.

Sentí un golpe seco en el estómago.

—¿Perdona?

—Me has oído. Aquí somos compañeros, yo soy tu capataz, y… —tragó saliva, como si le costara decirlo— por profesionalidad, lo mejor es que mantengamos las distancias.

—Ah… —quise sonar digna, pero lo que salió fue un hilillo de voz cargado de decepción—. Claro, por "profesionalidad"…

—Y porque te vas a ir. No olvides que lo tuyo aquí es temporal. Esto es tu paréntesis, no tu vida.

Me crucé de brazos, intentando que no se notara cómo me ardían las mejillas.

—¿Y tú qué sabes de mi vida, Bruno? —espeté.

Él me sostuvo la mirada un segundo, intenso, y luego la apartó.

—Lo suficiente como para no complicarla más —dijo, cortante. Y sin darme tiempo a responder, añadió—: Anda, ponte cómoda. Hoy empezamos con las algarrobas.

El campo se llenó de golpes secos de las varas contra las ramas, de las algarrobas cayendo en cascada sobre las lonas extendidas. Yo trataba de concentrarme en la tarea, pero cada vez que escuchaba la pickup de Bruno parar para recoger los cestos de algarrobas y cargarlos en la caja, con el sol perfilándole los músculos bajo la camiseta, la mandíbula tensa… lo buscaba con la mirada y… él a mí.
Y yo, que iba de digna, de ofendida, de "profesionalidad ante todo", no podía evitar que, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, me naciera una sonrisa que me delataba. Una sonrisa que él devolvía, apenas esbozada, como si no quisiera, pero no pudiera evitarlo.
Entre algarroba y algarroba, entre risas contenidas y silencios demasiado largos, entendí que podíamos llamarlo como quisiéramos: profesionalidad, distancia, lo que fuera. Pero ese algo invisible que nos mantenía atados seguía ahí, tensándose más con cada recogida de cestos rebosando algarrobas.
El calor apretaba, y entre golpe y golpe a las ramas sentía la garganta más seca que un esparto. Aproveché que Bruno pasó cerca con la garrafa de agua para cogerla. Bebí un buen trago, pero no me detuve ahí. Incliné un poco la botella y dejé que el agua me resbalara por la barbilla, el cuello y acabara empapándome el escote.
—Ah… esto sí que es gloria bendita —murmuré, exagerando un poco el suspiro.
El agua corría despacio entre mis pechos, humedeciendo la tela. Noté su sombra antes que su voz. Levanté los ojos y ahí estaba él, de pie, inmóvil, con un cesto vacío en la mano y esa mirada fija que quemaba más que el sol de mediodía.
Me relamí una gota que me había quedado en el labio, muy consciente de lo que estaba haciendo.
Bruno tragó saliva, la nuez marcándose en su cuello, y desvió la vista como si el simple hecho de seguir mirando le supusiera un castigo.
—¿Quieres? —le ofrecí la garrafa, inocente en apariencia.
Él la cogió, pero no bebió. La apretó entre sus manos grandes, como si necesitara ese gesto para contenerse.

—Eres un incordio, Cañadas —murmuró al fin, pero su voz sonaba más ronca que nunca.
Yo sonreí, saboreando la pequeña victoria.
—Ya, pero al menos soy un incordio refrescante.
Él chasqueó la lengua, intentando reírse, aunque la tensión se podía cortar con cuchillo. Y mientras se alejaba para seguir con la recogida de cestos, supe que ni la profesionalidad, ni las distancias, ni sus advertencias estaban ganando esa batalla.
Me pasé la mañana provocándolo, sin tregua y con la excusa perfecta de las algarrobas.
Primero, agachándome en pompa más de lo estrictamente necesario para recoger las que caían al suelo.
Luego, sacudiendo la camiseta por el calor, levantándola lo suficiente para dejar a la vista el ombligo y un destello de piel húmeda.
Un par de veces incluso exageré el gesto de beber agua, dejándola resbalar despacio por la barbilla y el escote como si no supiera beber sin empaparme.
Notaba su mirada clavada en mí aunque intentara disimularla golpeando ramas con rabia, o haciéndose el muy concentrado con el saco de algarrobas. Ese estoicismo suyo era gasolina para mis ganas de hacerle saltar. Y, aunque parecía inmutable, cada músculo de su mandíbula delataba lo mucho que le costaba mantenerse en pie y no arrancarme la ropa allí mismo.
Al acabar la jornada, sudada, pegajosa y satisfecha de mi propio juego, me fui directa a la ducha del loft.

30

El agua fría me corría por la piel, resbalando desde la nuca hasta las piernas, mientras intentaba relajarme tras la jornada. Aquella ducha no era precisamente privada: dos tableros de madera, el tronco de un árbol como pared improvisada y una cortina que se movía con la más mínima brisa. Rural, rudimentaria… y lo bastante abierta como para que el viento me hiciera cosquillas en la piel mojada.

Me incliné hacia adelante para enjabonarme las piernas, tarareando en voz baja, cuando noté un cambio en la luz. Un movimiento tras la cortina. Me incorporé, confundida. Y antes de poder girarme del todo, lo vi.

Bruno. Dentro. Empapado en la misma lluvia artificial que caía sobre mí. Desnudo. Sin un maldito aviso.

—¡Pero tú…! —exclamé, cubriéndome el pecho con un reflejo ridículo, porque el agua transparente lo dejaba todo a la vista de todos modos.

Él me sostuvo la mirada, intenso, decidido, con gotas corriéndole por la barba incipiente.

—Se acabaron los jueguecitos, Cañadas.

No me dio opción a más. Sus manos me atraparon por la cintura, pegándome contra su cuerpo firme, húmedo, cálido a pesar del agua fría. Su boca cayó sobre la mía, un beso furioso, con sabor a jabón y deseo, que me hizo olvidar hasta mi propio nombre.

—Bruno… —quise protestar, pero sus dedos ya se deslizaban por mi espalda, bajando con una naturalidad que me desarmó.

Me levantó en vilo, sujetándome de las nalgas contra la pared de tronco, áspera en mi espalda mojada. Yo lo rodeé con las piernas, sintiendo la presión creciente de su erección buscando la entrada de mi cuerpo.

Cuando entró en mí, el mundo se redujo al ritmo de sus embestidas, al chapoteo del agua cayendo sobre nuestros cuerpos entrelazados, al eco de mis gemidos mezclados con sus gruñidos graves.
La cortina se movía con el viento, como si quisiera mostrar al mundo nuestro secreto, y eso lo hacía aún más salvaje. Yo me mordía el labio, intentando contenerme, pero el contraste del agua fría y el fuego de su interior era demasiado.
Cuando ambos explotamos, el ruido de mi grito se confundió con el golpeteo del agua y el crujido de la madera. Caímos después entre risas nerviosas, temblando, abrazados, aún empapados, sin poder creernos lo que habíamos hecho en aquella ducha rural improvisada.
Apoyada contra el tronco del árbol, aún con el cuerpo temblando por lo que acabábamos de hacer, lo miré con sorna, intentando recuperar algo de dignidad.
—¿Y dónde está tu profesionalidad, Bruno?
Él bajó la cabeza, se pasó una mano por el pelo mojado y soltó un resoplido.
—En algún lugar entre la cortina de esa ducha y tu maldita boca —me contestó con voz ronca, aún sin aliento. Luego añadió, más serio —. Tenemos que ir a comer. Si no, levantaremos sospechas. Pero después… quiero hablar contigo.
Su tono me dejó helada, porque no era el Bruno sarcástico ni el que me lanzaba pullas. Era el Bruno que se contenía, el que estaba poniendo una barrera invisible.
Durante la comida, apenas cruzamos palabra. Eulalia parloteaba, Vicente hacía algún comentario sobre la recogida de algarrobas y yo fingía normalidad, aunque mi piel todavía ardía.
Bruno, en cambio, se comportaba como si nada hubiera pasado. Eso me irritaba y me excitaba a la vez.
Al terminar, me pidió que lo acompañara al exterior. Nos alejamos un poco de la casa, hasta quedar bajo la sombra de una higuera.
—Selena… —empezó, clavándome sus ojos color miel que ahora parecían más oscuros—. Tenemos que acabar con estos juegos. No llevan a nada bueno.
—¿Juegos? —repliqué, con ironía—. Yo no estaba jugando.

—Llámalo como quieras, pero es una mala idea. Primero, porque soy tu capataz. Y segundo, porque tú… te vas a ir.
Me mordí el labio. Lo sabía. En el fondo, lo sabía desde el primer momento, pero escucharle ponerlo en voz alta me dolía como un arañazo en la piel ya quemada por el sol.
Aún así, no pensaba rendirme.
—¿Y qué problema hay? —lo desafié, cruzándome de brazos—. ¿Acaso disfrutar está prohibido? ¿Quién dicta las normas aquí, tú o tu dichosa profesionalidad?
Él se tensó, como si le hubiera metido el dedo en la llaga. Dio un paso hacia atrás, pero no apartó la mirada de mí.
—El problema, Cañadas, es que esto no es sostenible.
Entonces me lancé, sin red, sabiendo que estaba hurgando donde más podía doler:
—Dime la verdad, Bruno… ¿tienes miedo de enamorarte?
El silencio fue tan brutal que pude oír hasta cómo crujían las ramas del árbol por la brisa. Su mandíbula se apretó, su mirada me atravesó como un cuchillo. Y, por primera vez, vi a Bruno sin la coraza de capataz, sin la ironía, sin las órdenes: vi a un hombre en conflicto.
Inspiró hondo, exhaló, y con la voz grave, casi un murmullo, dejó caer:
—Lo que me da miedo… es que seas tú la que se enamore de mí.
Me quedé helada. Un fogonazo de rabia me recorrió entera. ¿Perdona? ¿En serio? Sentí cómo mi orgullo, que ya había recibido más golpes de la cuenta en esa isla, se revolvía como un animal acorralado.
—Vaya… qué detalle, Bruno —dije con sarcasmo, apretando los brazos contra el pecho—. Gracias por tu advertencia, de verdad. No sé cómo he podido vivir treinta años sin que un hombre viniera a recordarme que soy incapaz de controlar mis propios sentimientos.
Él frunció el ceño, pero no me interrumpió. Error.
—¿Te crees tan irresistible? ¿Tan jodidamente especial que mi único destino aquí es caer rendida a tus pies como una de tus cabras cuando le tiras manzanas? —Me escuché a mí misma con la voz temblando, pero ya no podía parar—. Pues te equivocas. Porque yo

no necesito que nadie me salve, ni me cuide, ni me diga de qué me tengo que proteger.
Bruno cerró la boca, la mandíbula apretada como una trampa, mientras yo seguía descargando todo lo que me quemaba por dentro.
—Así que no te preocupes, capataz. No pienso enamorarme de ti.
Mentira. Mi corazón galopaba como si lo hubiera desmentido en neones. Pero necesitaba recuperar mi dignidad, aunque me desgarrara por dentro.
Él me sostuvo la mirada unos segundos eternos, y aunque no dijo nada, vi en sus ojos ese brillo maldito: como si supiera perfectamente que mis palabras eran pura pólvora lanzada al aire.
Entonces, por fin abrió la boca. Su voz fue baja, firme, sin temblar:
—Ya es tarde, Selena.
Sentí que algo se rompía dentro de mí. No gritó, no me lanzó una de sus pullas, no me devolvió el sarcasmo. Fue peor: esa frase seca, desnuda, directa, me desarmó.
Abrí la boca para responder, pero no encontré palabras. Lo único que se me ocurrió fue apretar los labios y mirar hacia otro lado, porque si lo seguía mirando a los ojos, iba a delatarme.
Él no añadió nada más. Se limitó a girarse, sacar las llaves del bolsillo de su vaquero y marcharse con la calma de quien ha soltado una verdad irrebatible.
Y yo me quedé allí, con el corazón hecho un tambor, preguntándome qué diablos quería decir con "ya es tarde"… ¿Tarde para qué? ¿O para quién? ¿Para él? ¿Para mí? ¿Para los dos?

31

Estaba encabronada. Muy encabronada. Esa frase seca, lanzada con la frialdad de quien te arroja un vaso de agua helada en pleno enero, me había calado hasta los huesos. "Ya es tarde". ¿Pero qué se creía? ¿Un gurú del destino? ¿El oráculo de Delfos en versión ibicenca?

Cuanto más lo pensaba, más repugnancia me daba. Sí, repugnancia. Porque si algo me sacaba de quicio era que me hablaran como si yo no tuviera derecho a decidir sobre mi vida, como si mis emociones fueran un reloj que él pudiera adelantar o atrasar a su antojo.

Me sentía como una idiota. Y lo peor: estaba siendo una idiota. Había vuelto a dejar que un hombre me descolocara con cuatro palabras, cuando yo había prometido que nunca más, que esa Selena ya no existía. ¿Dónde estaba la jefa de estrategia? ¿Dónde estaba la mujer que no se achantaba ante ningún director general? Desaparecida. Sustituida por una tonta que se derretía porque su capataz buenorro le lanzaba miraditas.

No. Basta.

Me lo repetí mientras pedaleaba con la bici hacia el "loft". Cada gesto suyo de los últimos días se me vino encima: la media sonrisa, el maldito "Selena" pronunciado como si fuera un reto, sus manos sobre mi piel en la ducha, en el mar, en la furgoneta… Todo mezclado con ese "ya es tarde" que me taladraba la cabeza.

Asco. Le volvía a tener asco. O al menos, eso era lo que iba a repetirme hasta creérmelo.

Tras estar fustigándome y mirándome al espejo, decidí darme un discurso de coach barato.

—Selena, tía, te has llevado tres polvazos con un capataz buenorro. Que te quiten lo bailao.

Me lo repetí varias veces, como un mantra. A partir de ahora, me prometí, cero dramas. Concéntrate en las algarrobas, márchate cada tarde a por tu helado de amaretto, disfruta de las últimas semanas aquí… y trata bien a Bruno. Porque, pensándolo fríamente… era buen tipo.
Eso sí: costó convencerme, porque aún le tenía bastante asco. Pero, a base de repetírmelo como un rosario, acabé creyéndomelo.
Y resultó.
A la mañana siguiente, al desayuno, entré con la mejor de mis sonrisas y solté un "¡Buenos días!" alegre, igual para Bruno que para el resto. Me serví mi té, me senté, y me puse a escuchar las batallitas de Ahmed sobre su hija pequeña. Todo muy zen, todo muy normal.
Y ahí fue cuando lo pillé mirándome. Desubicado. Como si no entendiera qué coño había pasado con la Selena que lo mordía a cada frase y ahora iba de Miss Simpatía.
Sonreí por dentro. Sí, a veces yo también me tenía miedo porque parecía una loca con varias personalidades. Pero, oye, funcionaba.
Bruno seguía con la mirada fija en mí, como si intentara pillarme en falso. Así que cuando salía de la casa para dirigirme al algarrobal me siguió y entre susurros me preguntó:
—¿Y a ti qué te pasa hoy? —con tono medio seco, medio curioso.
Le sonreí con dulzura, sin parar de caminar.
—¿Pasa algo raro por desearle un buen día a la gente?
Frunció el ceño.
—No, pero no es lo habitual en ti.
—¿Perdona? ¡Soy muy maja! Será que hoy… me he levantado de buen humor. El campo me está sentando fenomenal.
Bruno apretó los labios, buscando la réplica perfecta.
—O sea, que ahora resulta que te gusta madrugar para darle de comer a las gallinas.
—Me encanta —contesté, mirándolo a los ojos con mi sonrisa más beatífica—. Es una experiencia… transformadora.
Silencio. Podría haber seguido, pero preferí dejarlo ahí, disfrutar de la cara de póker que se le quedó.

Bruno se paró en seco, se quedó callado, claramente incómodo. Y yo… yo me recreé en la sensación de tenerlo descolocado. Era como si de repente las reglas del juego hubieran cambiado y él no encontrara el manual de instrucciones.

El sol ya pegaba con fuerza cuando paramos a descansar bajo la sombra de un algarrobo. Todos bebían agua, comentaban tonterías, reían. Yo, imperturbable, con mi botellín en la mano, disfrutaba de mi paz recién adquirida.
Noté pasos acercándose y, al girar la cabeza, ahí estaba Bruno. Se agachó a mi lado, sudado, serio, con ese gesto de quien no sabe si soltar una bronca o una confidencia.
—Eres rara, Cañadas —me dijo sin rodeos.
Levanté una ceja.
—¿Rara por qué?
Se pasó la mano por la nuca, incómodo.
—Porque un día me miras como si quisieras matarme, y al otro me tratas como si fuera uno más. Me descolocas.
Le sostuve la mirada, tranquila, hasta que sonreí apenas.
—¿Y qué quieres tú, Bruno?
Él no respondió enseguida. Se quedó ahí, mirándome con los ojos entornados, como si la pregunta le pesara más de lo que esperaba. Se mordió el labio, apartó la vista hacia el horizonte y, finalmente, murmuró:
—Eso mismo me lo estoy preguntando yo.
Y se levantó, dejando mi curiosidad ardiendo como el sol del mediodía.

Quise gritarle que madurara, pero templé. Porque, si algo me había enseñado la isla, era que la templanza era la mejor de las actitudes. Así que me limité a cumplir con mi trabajo, con las mínimas palabras posibles hacia él y procurando estar siempre acompañada de algún compañero para evitar la tentación de quedarnos a solas. Porque ya sabía de sobra que ni él ni yo teníamos freno cuando estábamos demasiado cerca.

Me costó Dios y ayuda, también lo digo. Pero llené mis ratos libres con una disciplina férrea: cada tarde bajaba al pueblo con la bici, me refugiaba en la biblioteca bajo el aire acondicionado devorando alguna novela, después me premiaba con un helado y, antes del atardecer, me perdía por el paseo marítimo. Era allí donde mi mente se me iba… soñando despierta con Bruno. Lo echaba de menos, claro que sí. Pero me repetía como un mantra que tenía razón: yo me iba, y lo nuestro (si es que lo nuestro podía llamarse algo) había sido un chispazo, intenso, eléctrico… y sorprendentemente bueno en lo sexual.

Y así transcurrió la semana, aproveché el viernes para unirme a algunos compañeros para ir a ver una puesta de sol que me dejó boquiabierta… qué maravilla… hice una fotografía mental, hasta que el sábado decidí darme un homenaje. Me apetecía sentirme guapa, radiante, dueña de mí misma. Así que me calcé mis tacones, me enfundé en un vestido de satén granate que se deslizaba sobre mi cuerpo sin pedir permiso, me recogí el pelo en un moño suelto y me maquillé con mimo. Cuando me miré al espejo, sonreí. Aquella no era la Selena despeinada de las gallinas ni la que se revolcaba en la feixa. Era otra: la Selena que brillaba.

Me monté descalza en la bici, con los tacones y el bolso en la cesta, y pedaleé hasta la casa de Vicente, donde llamé a un taxi aprovechando la poca cobertura que tenía Vicente en su casa.

Mientras esperaba al taxi, jugueteando con el bolso en la mano, apareció Bruno por detrás. No me dio tiempo ni a reaccionar. Se quedó quieto, como si hubiera visto un espejismo.

—¿Qué haces aquí sola y… tan arreglada? —preguntó, y su voz sonó más grave de lo habitual, como si hasta a él le pesara tragarse la impresión.

Alcé una ceja, disfrutando un poco de pillarlo desprevenido.

—Esperando un taxi.

Él bufó, incrédulo.

—Un taxi. Selena, aquí no llegan taxis.

Entonces lo recordé: el infierno con aquel taxista el día que aterricé en la isla.

—Mierda… —murmuré entre dientes, apretando los labios.

Bruno dio un paso hacia mí, ya con esa media sonrisa que usaba cuando creía tener razón.
—Venga, yo te llevo donde necesites.
Sacudí la cabeza, apretando más fuerte mis tacones en la mano.
—Gracias, pero no.
Y antes de que pudiera replicar, me descalcé, metí los tacones en la cesta de la bici, la agarré y me subí con un gesto elegante (o eso intenté).
—¿Qué haces? —su voz sonaba entre sorprendido y cabreado.
—¿Pedaleando?
—Selena, ¿vas a recorrer medio camino de noche con un vestido y descalza?
—¿Por qué? ¿Acaso no puedo?
Él apretó la mandíbula.
—¿Siempre tienes que llevarme la contraria?
Le sostuve la mirada, sujetando el manillar.
—¿Y si te digo que no?
Bruno exhaló un resoplido, alzando los ojos al cielo.
—Eres incorregible.
—¿Y eso es un defecto o una virtud?
Un silencio pesado nos envolvió, roto solo por el canto de algún grillo. Él estaba tan cerca que juraría que podía escuchar cómo se tensaba su respiración.
—No es cabezonería, ¿sabes? —añadí, suavizando la voz—. Es que yo puedo arreglármelas solita.
Él me miró en silencio, y por primera vez, no tuvo réplica. Solo sus ojos, clavados en los míos, decían lo que su boca callaba.
Bruno apretó sus puños, como si necesitara descargar la rabia en algo.
—Selena, por favor. Déjame llevarte.
Pedaleé un metro, como quien no quiere la cosa.
—¿Por qué? ¿Acaso no confías en que pueda llegar sola?
—No es cuestión de confianza, es de sentido común.
Le sonreí ladeando la cabeza.
—¿Y quién dicta el sentido común? ¿Tú?

Él chasqueó la lengua.
—Puta manía de responder siempre con una pregunta…
—¿Y si te digo que sí?
—¡Joder, Cañadas! —dijo, medio riéndose, medio desesperado—. No sé si quiero estrangularte o envolverte en una burbuja para que no te pase nada.
Frené la bici y apoyé un pie en el suelo.
—¿Y cuál de las dos opciones te apetece más?
Él me sostuvo la mirada, tenso, y se pasó una mano por el pelo.
—Voy a por la pickup, Selena. Deja la bici. Por favor.
Silencio. Y ahí estaba: Bruno, el capataz borde, rogándome con un "por favor".
Arqueé una ceja, disfrutando un poquito del momento.
—¿Y si me niego?
Él bufó, dio un paso hacia mí y me arrancó el manillar de las manos, sujetando la bici como si fuera un juguete.
—Entonces me quedo aquí plantado hasta que cambies de idea.
—¿Y no se supone que tienes cosas mejores que hacer?
Su sonrisa ladeada apareció, peligrosa.
—¿Y si te digo que ahora mismo no?
Mi corazón me dio un vuelco. Quise replicar, pero me quedé atrapada en esa mirada miel que me partía en dos.
Bruno apartó la mirada de golpe, como si su propia pregunta le hubiera pillado con los pantalones bajados. Y a mí que me encanta un reto le hice una pregunta inocente:
—¿Quieres acompañarme como compañero de curro o quieres acompañarme como… exrollito porque te importa que me pase algo? —le solté, con media sonrisa desafiante.
Él clavó los ojos en el camino, luego en mí, como si buscara la respuesta correcta en algún manual que no existía.
—Como capataz.
—¿Solo como capataz? —pregunté, disfrutando de su incomodidad.
Se mordió el labio y soltó un resoplido.
—Joder, Selena… ¿es que nunca te basta con una respuesta sencilla?
—¿Y cuándo me has visto a mí conformarme con lo sencillo?

Bruno bajó la bici al suelo de golpe, casi con brusquedad, y dio un paso hacia mí.
—¿Quieres la verdad?
—¿Y alguna vez me la das?
La vena del cuello se le marcó, como siempre que estaba a punto de perder la paciencia.
—Te acompaño como capataz, sí. Pero también como… lo que sea que fuimos. Porque aunque quiera, no puedo mirar a otro lado y dejarte hacer el cabra sola en mitad de la isla, y más con los antecedentes que tienes.
Sentí un cosquilleo recorriéndome la espalda. Y como siempre, tiré de ironía para protegerme.
—Ah, vale. O sea, que eres mi ángel de la guarda. ¿Me falta el halo o me lo dejas prestado?
Él cerró los ojos un segundo, como quien pide paciencia al universo.
—Eres insoportable.
—Y aún así estás aquí.
Silencio. Su mandíbula apretada, su mirada fija en la mía. La tensión era tan densa que podía cortarse con un cuchillo.
El sonido estridente de mi móvil cortó la tensión. Contesté sin mirar siquiera quién era.
—¿Sí?
—Señorita, soy el taxista. Mire… lo siento, pero no puedo pasar por ese camino. Se me queda el coche atascado. Si alguna vez vuelve a llamar, pida un taxi de suelo alto. —¿Perdón? ¿Pero se va?
—Eso mismo. Me voy. Buenas noches.
Me quedé mirando la pantalla, incrédula.
—¡La madre que lo parió! —maldije, guardando el móvil a empujones en el bolso.
Bruno arqueó una ceja, con esa media sonrisa que ya era marca registrada.
—¿Y ahora qué, urbanita? ¿Pedaleas en Miu Miu hasta el restaurante?
Me mordí el labio, odiando reconocer la derrota.
—Vale. Ganas. Llévame tú.

—Sabía que acabarías pasando por el aro —masculló, disfrutando más de lo que debería.

32

El trayecto fue un festival de silencios densos, miradas de reojo y yo jurando internamente que jamás volvería a darle ese gusto. Pero cuando aparcó frente al restaurante, respiré hondo y, antes de salir del coche, me golpeó una mezcla rara de remordimiento y gratitud y me giré hacia él.

—¿Quieres acompañarme a cenar? —solté de golpe.

Bruno me observó en silencio, ladeando la cabeza.

—¿Y esa invitación es porque soy tu capataz… o porque soy tu exrollito?

—¿Y si te digo que es porque me da pena que cenes solo?

—Entonces paso. —Sonrió con sarcasmo, pero no apartó los ojos de los míos.

—Vale… —me incliné hacia él, desafiándolo—. Muy bien. Pues que tengas buenas noches.

Me giré para abrir la puerta pero no me dio tiempo porque Bruno me cogió del brazo. El aire entre nosotros se volvió espeso, cargado de esa electricidad que siempre nos desbordaba. Él se mordió el labio y negó despacio, como quien sabe que está a punto de meter la pata hasta el fondo.

—Eres peligrosa, Cañadas. Muy peligrosa.

Yo sonreí.

—Y tú llevas toda la vida jugando a lo seguro, Bruno. ¿Qué te da más miedo? ¿Que te siente bien o que no lo olvides nunca?

No hubo respuesta verbal, solo un movimiento brusco de Bruno al inclinarse hacia mí. Sus labios atraparon los míos con una urgencia que me desarmó por completo. El beso fue profundo, hambriento, y yo, sin pensarlo, me lancé sobre él a horcajadas, hundiéndome en su calor. El volante se me clavaba en la espalda, pero me daba igual: quería sentirlo, devorarlo, que me borrara todas las dudas.

Mis manos recorrieron su pecho, bajaron sin detenerse hasta encontrar el bulto evidente bajo sus vaqueros. Lo acaricié con descaro, arrancándole un gruñido que me encendió aún más.
—Joder, Selena… —su voz salió rota—. Qué bien hueles… qué maldita tortura eres.
Su frente se apoyó contra la mía, sus respiraciones mezcladas, su miembro palpitando bajo mi mano. Yo sonreí contra sus labios, mordiéndole suavemente.
—¿Tortura? Pues si quieres me detengo.
—Detente ya… —me sujetó la muñeca con firmeza, aunque sus ojos decían lo contrario—. Si no, no respondo.
Seguí rozándolo. Despacio. Disfrutando de verlo perder el control, hasta que un par de voces sonaron demasiado cerca del coche. Nos quedamos congelados. Un grupo de gente pasó por la acera, riendo, comentando algo del restaurante. Me aparté a regañadientes, volviendo a mi asiento con el corazón desbocado.
Saqué del bolso un espejito, me recoloqué el pelo con dedos rápidos y repasé el carmín de mis labios.
—Bueno… —dije, mirándolo de soslayo mientras cerraba el pintalabios con un clic—. ¿Vas a acompañarme o no a la cena?
Bruno seguía jadeando, con el pelo despeinado y las manos aún temblando en el volante. Y yo me sentí victoriosa.

El restaurante estaba iluminado con farolillos de papel, el rumor del mar de fondo y un par de guitarras sonando en directo. La mesa que nos asignaron era pequeña, íntima, demasiado íntima. Tan íntima que cada vez que estiraba la mano para coger la copa, rozaba la suya. Y sí, esa tensión de hacía unos minutos en el coche seguía latiendo en el aire, como una chispa que ninguno de los dos apagaba ni terminaba de encender.
—Bueno… —Bruno jugó con el borde de la copa, sin mirarme del todo—. ¿Y qué va a pasar contigo cuando vuelvas a Madrid?
Me lo soltó así, sin anestesia.
—¿En qué sentido? —pregunté, fiel a mi estilo.
Él arqueó una ceja.
—En el único que importa. Con lo urbanita que eres, con la de

historias que te han pasado aquí… ¿ya tienes ganas de volver?
Me quedé un momento mirando el reflejo del vino en mi copa antes de responder.
—A ver… ganas, lo que se dice ganas… No. Pero tengo mi vida allí. Mi trabajo, mi piso, mis rutinas…
—Tus rutinas que casi te matan de estrés —me interrumpió, mirándome con esa seriedad que me desmontaba.
Suspiré.
—Vale, sí. Lo admito. Madrid es una trampa constante. Pero también es donde he construido todo lo que soy. Y aunque aquí he vivido cosas… —le sostuve la mirada, recordando en flashbacks las feixas, la ducha, la cala…— cosas que ni me imaginaba, no sé si podría vivir permanentemente en un sitio donde el mayor drama es que se caiga un somier o que una gallina deje de poner huevos.
Bruno esbozó una media sonrisa ladeada.
—¿Y qué tiene de malo eso?
—Nada —admití—. De hecho, es lo que me ha salvado estos días. Pero supongo que soy demasiado… —me quedé buscando la palabra — eléctrica, para un lugar tan… templado.
Él asintió, lento, con la mirada clavada en mí.
—Quizás es justo eso lo que necesitas.
Me reí bajito, nerviosa.
—O quizás es lo que necesito… mientras dura.
El camarero llegó con los platos, rompiendo la burbuja.
—¿Qué harás cuando vuelvas? —preguntó otra vez, casi en un susurro, como si no quisiera que lo escuchara nadie más que yo.
Sonreí ladeando la cabeza, juguetona pero con un nudo en el estómago.
—¿Sabes qué pasa? Que por las preguntas que haces parece que me vayas a echar mucho de menos…
Bruno se quedó quieto, con el tenedor suspendido en el aire. No apartó los ojos de los míos.
—No "parece". Lo voy a hacer.
El corazón me dio un vuelco, y tuve que esconderme tras la copa de vino para disimular mi expresión.

—Ah, ¿sí? —pregunté, como siempre, buscando mi refugio en la ironía.
—Sí —repitió, esta vez sin matices, directo, seco, como él. Después se inclinó un poco hacia mí, bajando la voz—. No me esperaba que fueras a descolocarme tanto. Yo aquí tenía mi vida clara, tranquila, sin complicaciones. Y llegas tú… como un puto vendaval.
Me reí bajito, aunque la risa me salió temblorosa.
—Pues mira, siempre me han dicho que soy más bien un huracán categoría cinco.
Él sonrió, pero no quitó la seriedad de sus ojos.
—Llámalo huracán, tormenta o terremoto. El caso es que cuando te vayas, esto va a quedar muy en silencio. Demasiado.
Sentí que me ardían las mejillas, y no era por el vino. El aire entre los dos se volvió más denso, casi palpable. Bajé la mirada hacia mi plato, jugueteando con el borde de la servilleta, porque si seguía mirando esos ojos miel acabaría diciendo cosas de las que me arrepentiría… Hasta que me armé de valor y lo solté, mirándolo directamente a los ojos:
—¿Sabes qué? —respiré hondo—. Yo también te voy a echar de menos. Porque sé que broncas voy a seguir teniendo en mi trabajo… pero allí serán con capullos. Y tú… —hice una pausa, casi tragándome las palabras— tú no lo eres.
Bruno me sostuvo la mirada, sorprendido. Su gesto duro se ablandó apenas un instante, como si esa grieta que rara vez dejaba ver se ensanchara lo justo para que pudiera asomarme a lo que escondía detrás.
—Vaya —murmuró al fin, con voz grave—. No esperaba oír eso de ti.
—Pues guárdalo bien —dije, forzando una sonrisa nerviosa—, que no pienso repetirlo.
Él rió suavemente, sin apartar la vista de mí. Entonces, despacio, alargó la mano y rozó la mía sobre la mesa. Un gesto mínimo, pero que me encendió como si me hubiera alcanzado un rayo.
Sentí su calidez, el peso de su palma sobre la mía, y por un segundo me quedé quieta. Después, casi en un acto reflejo, retiré la mano y carraspeé.

—Yo… creo que mejor no entremos en intensidades —me excusé, recolocando la servilleta de mi regazo como si de repente se fuera a caer.
Bruno no insistió. Solo asintió, serio, esa media sombra en los ojos que no supe si era decepción, orgullo o las dos cosas.

La conversación se desvió a temas más banales como recetas de Eulalia, alguna anécdota de Vicente, incluso el precio desorbitado de los helados en el paseo marítimo, y por un momento agradecí ese desvío. Todo era más fácil si no rascábamos demasiado. Pero, mientras reíamos de cosas sin importancia, no podía dejar de pensar en ese instante que había dejado pasar. Me arrepentí de haberle quitado la mano, porque con ese gesto la chispa desapareció y, en su lugar, quedó un vacío incómodo.
Afortunadamente, de camino al coche, escuchamos una música antigua, casi hipnótica… Miré a Bruno y no tuve ni que preguntar:
—¿Quieres ver una de las danzas más antiguas del mundo?
Fue entonces cuando nos acercamos a una multitud que tuvimos que ir esquivando hasta colocarnos en primera línea, frente a un espectáculo que me hipnotizó.
Nunca había visto algo así.
Esos hombres pegando zancadas al aire, marcando el suelo con golpes secos, retando al aire con cada salto. Llevaban camisas blancas impecables que contrastaban con los chalecos negros y los fajines rojos ceñidos a la cintura, acompañados de unas castañuelas de dimensiones considerables que tocaban al ritmo de sus saltos.
Pero fueron ellas las que me dejaron sin respiración.
Las mujeres bailaban sin levantar la vista del suelo, como si alguien les hubiera dado cuerda y se movieran siguiendo un mecanismo secreto. Innumerables faldas pesadas de varios tonos giraban a su alrededor como si tuvieran vida propia. Sobre las faldas, delantales bordados con flores diminutas y precisas, tan delicadas que parecían pintadas a mano.
El pecho les brillaba cubierto de collares de oro, plata y coral, creando una especie de lluvia de metal cada vez que giraban. Tenían el pelo recogido en una larga trenza que asomaba bajo los pañuelos

que cubrían sus cabezas. Desde donde yo estaba, todo aquello parecía una mezcla entre ritual antiguo y desfile de alta costura rural.

No había una sola prenda que no contara algo: las telas gruesas, los bordados, las joyas, las cintas enganchadas en las espaldas y hombros, el lazo de la trenza. Todo gritaba tradición, historia y orgullo. Me sorprendí pensando que, si mis amigas de Madrid lo vieran, hablarían de "estética ibicenca" como si fuera una tendencia de Pinterest, pero aquello era otra cosa. Era identidad.

La flauta, el tambor, las castañuelas y el tintineo de una especie de fina espada, marcaban un ritmo constante, hipnótico, que se me fue metiendo bajo la piel. Las mujeres apenas daban pasos; sus pies deslizaban y golpeaban el suelo con precisión, mientras las faldas se abrían y cerraban como flores al viento. Los hombres, en cambio, saltaban y avanzaban con zancadas enormes alrededor de ellas, como si las rodearan, las protegieran o las retaran, no lo tenía claro.

Yo tenía la boca entreabierta, completamente anonadada. Sentí una punzada extraña en el pecho, como si alguien me estuviera recordando que el mundo era mucho más grande que mi despacho, mis tacones y mis excels.

Noté el brazo de Bruno rozando el mío. No me tocó, pero estuvo cerca. Muy cerca.

Y por primera vez esa noche, en lugar de huir de la intensidad, me permití simplemente quedarme allí, quieta, mirando aquellos trajes imposibles y pensando que, tal vez, había más belleza de la que estaba dispuesta a reconocer.



33

En cuanto me metí en mi loft y empecé a desmaquillarme frente al espejo, la conciencia me golpeó de lleno. Me vi con el rímel corrido debido a la emoción por aquella danza, el pelo recogido de cualquier forma y mirándome fijamente pensé: *Selena, la has cagado. Otra vez.*

Con Bruno siempre era así: un paso adelante, dos atrás. Como si algo entre nosotros se tensara y se soltara constantemente. Y me pregunté, no por primera vez: *¿Por qué no podía ser todo más fácil?*

Me iba en apenas una semana y pico. Ese era el dato frío, la cuenta atrás que me apretaba el estómago. ¿Cómo iba a actuar con Bruno como si no hubiera pasado nada, como si lo que había entre nosotros fueran simples juegos de verano?

Me tumbé en la cama, mirando el techo, repitiéndome que debía protegerme. Que lo mejor era levantar muros. Pero lo último que recordé antes de dormirme fue el calor de su mano sobre la mía y la certeza de que, aunque lo negara en voz alta, quería volver a sentirlo.

El domingo me desperté temprano, dispuesta a cruzármelo aunque fuera en el corral, pero Bruno parecía haberse evaporado. Ni rastro en la finca, ni en el campo, ni siquiera en la casa. Lo busqué con la excusa de preguntarle cualquier tontería, pero nada. Vicente me dijo que había salido con la pickup y que no sabía cuándo volvería.

Me pasé el día con una sensación rara, como si me hubieran quitado algo que ni siquiera sabía que era mío. Así que, resignada, cogí la bici y me fui a la playa. Esta vez protegida hasta las pestañas: protector solar a litros, sombrero, gafas y un libro de la biblioteca. Quise engañarme diciéndome que iba a pasar un domingo perfecto, pero no fue más que un intento de distraerme. El rumor de las olas

no me borraba de la cabeza esa escena de la noche anterior, ni el hueco de su mano que aún ardía en la mía.

No lo volví a ver hasta el día siguiente, en el desayuno. Cuando por fin apareció, con esa camisa de siempre medio arremangada y el gesto serio de rutina, el corazón me dio un vuelco. Tragué saliva, me armé de valor y me acerqué susurrándole:
—Por fin te encuentro… Quería comentarte algo —mi voz sonaba menos segura de lo que había ensayado.
Él alzó la vista, expectante.
—Quería decirte que fui una tonta. Lo del sábado… lo de apartar la mano así de golpe… no quería hacerlo. Y… —respiré hondo— quería pedirte disculpas.
Bruno no me dejó terminar.
—No tienes por qué disculparte. Es lo mejor. Cortar por lo sano ahora, que no hay sentimientos de por medio más allá de ser compañeros de trabajo.
Sus palabras fueron un mazazo seco, como un portazo que no me esperaba. Yo asentí con la cabeza, intentando que no se me quebrara la voz.
—Perfecto, pues. Arreglado.
Extendió la mano y yo la estreché, sintiendo que sellábamos un pacto que me estaba desgarrando por dentro.
Estuve con un nudo en la garganta durante horas, aguantando unas tremendas ganas de llorar, hasta que me escabullí al establo, asegurándome de que estaba sola.
Allí, entre el olor a heno y el calor húmedo de la madera, las lágrimas que había contenido explotaron sin control. Me tapé la cara con las manos y lloré hasta quedarme sin aire. Era absurdo. *Absolutamente absurdo, Selena, si tú misma juraste que no querías sentimientos*. Pero era inútil. Lo entendí en ese instante: aunque quisiera negarlo, aunque quisiera blindarme… ya estaba pilladísima por Bruno. Y eso me aterraba más que cualquier insolación o picadura de ortiga.
Cuando salí del establo, después de haberme enjuagado la cara en un cubo de agua para borrar las huellas de las lágrimas, pensé que

nadie notaría nada, más que nada porque me aseguré de ponerme las gafas de sol. Me convencí de que mi maquillaje milagrosamente seguiría en su sitio y de que mi nariz enrojecida y mis labios hinchados no me delatarían.
Error.
Bruno apareció de repente, cargando un saco sobre el hombro. Me miró apenas un segundo, pero suficiente para que yo notara cómo sus ojos se clavaban en mí, demasiado atentos.
—¿Has estado llorando? —preguntó sin rodeos.
—¿Yo? —forcé una risa absurda—. Claro, sí, me he pegado una llorera porque el gallo no me canta la canción que le pedí.
No sonrió. Al contrario, se quitó el saco del hombro y lo dejó en el suelo, manteniendo la vista fija en mi cara.
—Selena…
Me removí incómoda, bajando la mirada.
—Estoy cansada, nada más. ¿Acaso no está permitido cansarse aquí?
Él entrecerró los ojos, dudando. Dio un paso hacia mí y yo retrocedí instintivamente, chocando con la puerta del establo. El aire se espesó.
—Quítate las gafas y mírame —me pidió.
Y lo hice. Y en ese momento supe que me había calado, que sabía que me había pasado la última media hora llorando como una idiota.
—Si esto… lo nuestro… —dijo con la voz grave, baja— te está haciendo daño, prefiero que me lo digas.
Tragué saliva. No podía decirle la verdad, no podía confesar que lo que me estaba destrozando era no tenerlo cerca como quería. Así que recurrí a mi arma favorita: el sarcasmo.
—Lo que me hace daño son los higos chumbos y las insolaciones, Bruno. Tú tranquilo.
Un silencio cargado. Luego, él suspiró, pasó una mano por su nuca y asintió como si se obligara a creerme.
—Está bien. Lo que tú digas.
Me dejó pasar primero y yo caminé con la barbilla alta y las gafas de sol puestas, aunque me sentía por dentro como un castillo derrumbándose.

Pasé la semana volcándome en la recogida de almendra. Tanto, que cuando llegaba la tarde me rendía a siestas de dos horas, con un cansancio dulce que nunca había conocido en la ciudad. Los días se me escurrieron entre las manos como granos de arena, hasta que, sin darme cuenta, llegó el domingo.

Vicente me había citado a las siete en su casa. Pensé que quería hablar de mis últimos días en la finca, quizá darme alguna recomendación antes de marcharme. Pero lo que no me esperaba era la sorpresa que me encontré: una cena de despedida preparada con tanto mimo que me dejó sin palabras.
El patio estaba iluminado con bombillas de verbena, de esas amarillentas que cuelgan de árbol a árbol y lo envuelven todo en una calidez íntima. Sobre la mesa larga, cubierta con un mantel de lino blanco y ramos de flores silvestres, se desplegaba un banquete digno de fiesta mayor. Había canapés de sobrasada con miel, aceitunas aliñadas con hierbas de la huerta, pan payés recién hecho con tomate y aceite, tortillas jugosas de patata y cebolla, ensaladas de hortalizas recién recogidas, quesos locales, y de postre flaó y sandía fresca cortada en triángulos. Todo era de allí, de esa tierra, y cada bocado me sabía a despedida.
Me quedé muda. ¿De verdad todo eso era por mí?
Me emocioné, claro que sí. Me pillé llorando como una niña cuando vi a todos reunidos, sonriéndome, haciéndome sentir que había sido parte de algo. Me daba pena separarme de Du y Ahmed, que me habían adoptado como a una hermana; me aferraba a ellos como si así pudiera detener el tiempo. Vicente recibió más abrazos de los que habría querido nunca, y a Eulalia no dejé de besarle la frente, agradeciéndole silenciosamente cada gesto maternal.
Y mientras tanto, yo, la Selena que había llegado con cara de pocos amigos, la que odiaba a los hombres, la que se burlaba de los urbanitas que huían al campo a buscar paz… esa Selena ya no existía. Lo veía todo más lúcido: la sencillez de una mesa compartida, el valor de las manos que trabajan juntas, el privilegio de vivir sin prisas.

Me descubrí pensando que en esta isla había reído, llorado, trabajado hasta dolerme los brazos, que había odiado y deseado a un hombre con la misma intensidad… pero, sobre todo, había vivido. Más de lo que recordaba en años.
Y allí, entre bombillas amarillas, pan con tomate y risas compartidas, entendí que Ibiza me había cambiado.

34

Aunque doliera reconocerlo, lo que más me desgarraba era mirar de reojo a Bruno, sentado al otro extremo de la mesa, fingiendo normalidad, pero con esa seriedad que siempre escondía algo más. Y, aun en la distancia, yo lo sentía demasiado cerca igualmente.

Las risas seguían alrededor de la mesa, el vino corría, y yo aún tenía los ojos hinchados de llorar. Me limpié disimuladamente con la servilleta cuando sentí una presencia a mi lado. Era Bruno. Se había levantado de su silla al otro extremo y, sin previo aviso, se plantó junto a mí.

—Ahora que te pillo blandita —dijo con una media sonrisa que me desarmó—, creo que es el momento para darte un detalle.

Fruncí el ceño, todavía con la emoción a flor de piel.

—¿Un detalle? ¿Tú? ¿El mismo Bruno que casi me deja morir en un safareig lleno de algas?

Él soltó una risa baja, tan rara como preciosa en su rostro.

Del bolsillo trasero del vaquero sacó un saquito de tela blanco en el que intuía una pequeña cajita de color coral, envuelta con un lazo improvisado de cuerda de esparto y un ramillete de flores secas. Me la puso en la mano con esa seriedad suya que, más que intimidar, imponía respeto.

—Ábrela en Madrid. No antes. Promételo.

La caja pesaba poco, pero en mis manos ardía como si dentro hubiera algo mucho más grande que un simple objeto. Lo miré, intentando descifrar qué demonios había detrás de ese gesto.

—Bruno, ¿qué es esto?

—Ya te lo he dicho: un detalle. Nada más. —Me sostuvo la mirada, firme, aunque sus ojos tenían un brillo raro… casi vulnerable.

Me mordí el labio para no llorar otra vez. El corazón me latía tan fuerte que temí que los demás lo oyeran.
—Vale. Te prometo que la abriré en Madrid.
Él asintió despacio, como si hubiera conseguido exactamente lo que quería. Luego se apartó, volviendo a su lugar en la mesa, dejándome con la caja sobre las rodillas y la cabeza llena de ruido.
Eulalia me dio un codazo, cómplice:
—Mira que yo no me meto en estas cosas… pero ese hombre es mucho más blando de lo que aparenta.
Yo solo apreté la caja con las manos. Blandita estaba yo, que no sabía si reír, llorar… o saltar sobre Bruno allí mismo.
Después de cenar, alguien puso música. No sé quién fue, pero bendito sea. Empezaron a sonar canciones de esas que invitan a moverse despacio, a dejar que la panza llena se acomode y el vino alegre haga de las suyas.
Primero bailé con Du, que me llevaba de un lado a otro con un desparpajo infantil que me arrancó carcajadas. Luego con Ahmed, que se las daba de galán improvisado y me hacía girar torpemente, provocando que todos se rieran. Vicente, con sus pasos de veterano, me sacó a la pista improvisada y me llevó con una dignidad de otra época, como si bailar conmigo fuera un honor.
Y entonces… me giré, y estaba él.
Bruno.
No me dijo nada. Solo extendió la mano, seria, con esa mirada que no admitía un no. La acepté.
La canción cambió, y empezó una balada lenta, con un piano suave de fondo. Y ahí, en mitad del patio iluminado por las guirnaldas, rodeada de risas, lo sentí: su mano firme en mi cintura, la otra enlazada con la mía.
Su cercanía era un incendio contenido. El calor de su piel atravesaba la tela de mi vestido, y la respiración acompasada de Bruno, tan cerca de mi oído, me erizaba toda la piel. Nuestros cuerpos se movían al mismo ritmo, con una naturalidad que me descolocaba: no necesitábamos palabras, la melodía marcaba el compás y nosotros obedecíamos.

Me atreví a mirarlo, y me encontré con sus ojos. Esa mirada suya, miel profunda, se clavó en mí como un ancla. No había dureza, ni sarcasmo, ni órdenes: había algo más. Vulnerabilidad, deseo, quizá miedo. Y, al reflejarme en ellos, sentí el mismo vértigo.
Apreté un poco más sus dedos, y él me respondió bajando la mano de mi cintura a la curva de mi espalda. El contacto fue magnético, íntimo, tan sencillo y tan devastador.
No hablamos. No hacía falta. La canción nos envolvía, y cada segundo era un recordatorio de lo que habíamos compartido y de lo que aún no nos atrevíamos a decir.
Cuando terminó la balada, seguimos unos instantes más, como si ninguno quisiera soltar al otro. Hasta que alguien aplaudió, y la burbuja se rompió.

Pero el calor de su mano en mi espalda, su respiración mezclada con la mía, y el eco de esa mirada, se quedaron conmigo.
—Mañana hay que madrugar —dijo en voz baja, evitando mirarme directamente—. Mejor me voy a descansar.
Asentí, aunque lo que quería era pedirle que se quedara, que no se escudara en la rutina para huir de lo que acabábamos de sentir. Pero no lo hice. Lo vi alejarse, cruzar la puerta, y me quedé con algo raro en el pecho que no llenaba ni la música ni las risas que aún resonaban a mi alrededor.

Esa noche dormí abrazada al saquito que me había regalado, como si fuera lo único que me quedara de él. Su olor, su recuerdo, la calidez de sus manos en mi espalda al bailar… Todo se mezclaba en mis sueños, entre dulzura y desgarro.

Al día siguiente, el sol me encontró recolectando almendras con una concentración casi obsesiva. Necesitaba que mis manos estuvieran ocupadas, que mi cuerpo se agotara, porque mi cabeza no paraba de dar vueltas a la inminente despedida.
De pronto, su voz grave interrumpió el murmullo de las ramas y el golpear de las almendras cayendo en el cubo.
—Selena.

Levanté la mirada y ahí estaba Bruno, apoyado en el tronco de un almendro, con los brazos cruzados y esa mirada que siempre me desarmaba.
—¿Qué? —pregunté, fingiendo indiferencia.
—Déjame acompañarte al aeropuerto.
Mi corazón dio un salto, pero lo escondí detrás de mi máscara habitual.
—Bueno, vale. Total, el taxi no llega hasta aquí —respondí, encogiéndome de hombros.
Él sonrió de medio lado, ladeando la cabeza.
—Ha vuelto tu versión de siempre.
Arqueé una ceja.
—¿La encantadora o la insufrible?
—La que usa la ironía como chaleco antibalas.
—Pues mejor eso que andar desprotegida, ¿no crees? —repliqué, clavando la vista en el cubo para no dejarme atrapar por su mirada.
Él soltó una risa breve, pero cargada de algo más.
—Tienes respuesta para todo.
—Claro, Bruno. ¿Qué esperabas? ¿Que me quedara callada como una almendra?
Su sonrisa se amplió, y durante unos segundos el aire entre los dos fue más liviano, aunque en el fondo yo sabía que aquel viaje al aeropuerto iba a pesar como una losa.

35

Las últimas tardes las pasé en la hamaca, tumbada como una gata perezosa, guardando fotografías mentales de todo. Ramón con su porte de emperador emplumado, las gallinas correteando sin prisa, el aire cargado de olor a algarroba y tierra húmeda… jamás habría imaginado que iba a echar de menos tanta ruralidad.

Entré en el corral y me agaché. Sus chicas, las gallinas, se acercaron curiosas, rozándome con sus picos sin picotearme. Se me escapó una lagrima. ¿Cómo unos animales tan simples habían conseguido tocarme tanto el corazón?

Me iba al día siguiente, temprano. No me lo creía. Aún no me había ido y ya lo echaba de menos todo, a todos. Y, sobre todo, a él.

Hice las maletas, recogí mis pequeñas pertenencias y, mientras apilaba las maletas como piezas de un Tetris imposible, saqué de la mininevera un cuarto de sandía. Era mi pequeño homenaje a lo vivido: una despedida roja, fresca, salvaje.

Me senté en un viejo tronco de algarrobo, con la fruta entre las manos y las piernas abiertas. Hundí los dientes en la pulpa y dejé que el jugo me escurriera entre los dedos, bajara por la barbilla y manchara mi vestido. No me importó. Era un ritual.

No era una simple sandía: estaba devorando mi libertad recién descubierta. Cada bocado era un recordatorio de que aún sabía sentirme viva, de que aún podía saborear sin miedo ni prisas. El crujido al romper la pulpa contra mis dientes, el rojo vibrante llenándome los ojos, el frescor en mi lengua y en mis manos pegajosas…

Era excesivo, íntimo, casi sensual. Y justo en ese trance escuché su voz:

—¿Quieres una servilleta?

Me levanté de golpe, con media sandía resbalándome entre las manos.
—¡Joder, Bruno! ¡Qué susto!
Estaba ahí, frente a mí, con esa sonrisa torcida que tanto me alteraba.
—Jamás había visto a alguien extasiarse de tal forma al comer sandía… —dijo, sin apartar los ojos de mí.
Me dio una vergüenza atroz. Sentí que me había pillado en algo privado, como si en vez de morder fruta me hubiera sorprendido confesando un secreto. Me apresuré a limpiarme la boca y el escote con el dorso de la mano.
—Era… un momento mío. Una despedida.
—Con una sandía. —alzó una ceja, divertido.
—Sí, con una sandía. ¿Algún problema?
—Ninguno. Solo que… —se acercó un paso más, bajando la voz— pocas veces he visto a alguien comerse la vida así, sin miedo a mancharse.
Me quedé en silencio, aún con los labios rojos, aún con el corazón acelerado. Porque lo que había dicho no era sobre la fruta. Era sobre mí. Y lo entendí.
—¿Qué haces aquí? —pregunté, todavía con la boca, cuello y escote manchados de sandía.
—He venido a preguntarte a qué hora quieres que salgamos hacia el aeropuerto, para organizarme, ya sabes…
—Ah… —seguí recogiendo con mis labios y mi lengua el jugo rojo que resbalaba alrededor de mi boca—. A las ocho está bien.
Pero Bruno no se inmutó. No apartaba los ojos de mí.
—¿Qué pasa? —pregunté, molesta y nerviosa.
—Creo que nunca he visto a nadie más sexy que tú en este momento.
Me quedé pasmada. ¿Sexy? ¿En serio? ¿Chorreando sandía como una niña de tres años? Y sin embargo… Lo decía tan en serio que se me erizó la piel.
La que no se inmutó entonces fui yo, o al menos lo intenté, porque él dio una gran zancada y me atrapó por la cintura con esas manos enormes.

—Dime que pare… porque de lo contrario…
—¿De lo contrario qué?
No hizo falta respuesta. Me besó salvajemente, lamiendo el jugo dulce que aún quedaba en mi cara, en mi escote. El contraste entre su lengua caliente y el frescor pegajoso de la sandía me arrancó un gemido. Tiró de mi vestido hasta dejarlo a la altura de la cintura y se lanzó contra mi pecho, devorándome como un hombre hambriento.
Yo ya estaba embriagada, completamente encendida. Bruno era pura energía, puro instinto salvaje, y me dejé llevar como si supiera que esa podía ser la última vez.
Del pecho volvió a mi boca, besándome con hambre, con esa lengua que me hacía perder el control. Me empujó suavemente contra la pared del loft, la pared fría en mi espalda contrastando con el fuego que me consumía. Su mano se coló entre mis bragas y entonces… oh, Dios… el movimiento de sus dedos. Preciso. Rítmico. Profundo. Mientras me mordía el cuello y nuestras lenguas se enredaban, me llevó directo a la locura.
El orgasmo me golpeó con una violencia desconocida, como algo que no podía detener. Me aferré a sus hombros con todas mis fuerzas, temblando, jadeando, dejándome caer rendida sobre él.
Y, sin embargo, después de arrancarme el orgasmo más salvaje de mi vida, Bruno no se apartó. Su cabeza cayó pesada sobre mi hombro, como si necesitara ese refugio. Su respiración seguía acelerada, cálida contra mi piel, pero no levantaba la cabeza.
Me inquieté.
—¿Estás bien?
Hubo un silencio denso, cargado de todo lo que nunca decía. Y entonces, con la voz ronca, confesó:
—Qué putada que te vayas, Cañadas…
Me quedé sin pestañear, con el corazón a punto de salirse del pecho. Ese hombre me descolocaba siempre, pero esa frase… esa frase era dinamita.
Se incorporó de golpe, como si hubiera dicho demasiado en su propia confesión. Me soltó, dándome la espalda, rehuyendo mis ojos.
—Mañana te veo y… perdona por el impulso.

Yo, todavía con las piernas temblando, apenas pude articular:
—Tranquilo… No sé qué será la cajita de regalo que me diste, pero este regalo de despedida… ha sido glorioso.
Sonrió. Una sonrisa breve, rota, como de quien se permite un lujo que no debería. Y sin más, desapareció, dejándome contra la pared, con el cuerpo sacudido y el alma hecha un nudo.

36

Apenas pegué ojo… Pasé la noche dando vueltas, pensando en lo que dejaba atrás, sin espacio para planear lo que me esperaba al otro lado. Qué pereza me daba la idea de volver a la oficina: reencontrarme con mis compañeros, volver al ruido constante de la competencia, a los nervios, al estrés que me había consumido tanto. Pero ya lidiaría con eso cuando tocara.
Lo que realmente me pesaba ahora era él. Lo que sentía por Bruno. Esa maraña imposible de ordenar. Intentaba convencerme de que, con un par de días lejos de él, lograría enfocarme en mi vida, en mi trabajo, y que todo este lío en la cabeza se esfumaría. Y, sin embargo, ahí estaba yo, quemándome las manos con el pequeño saquito que me había regalado. Dormía con él cada noche, como si ese tacto áspero pudiera retenerlo conmigo.

Ramón me despertó por última vez con su canto implacable. Crucé el patio y me acerqué al corral. Sus chicas me miraban extrañadas, como si percibieran que algo cambiaba. Me quedé quieta, observándolas, intentando memorizar hasta el sonido de sus alas al revolotear.
Luego me metí en la ducha por última vez. El agua estaba helada porque el sol aún no había calentado el tanque, pero no me importó. Me despejó el cuerpo y, de alguna manera, también el alma. Me miré al espejo: el poco sueño de la noche me había regalado unas ojeras de manual y un gesto nuevo, una melancolía que no era solo cansancio.
Me vestí, peiné y maquillé como el primer día que llegué aquí, como si cerrara el círculo, y saqué las maletas al exterior, alineadas como soldados a punto de partir. Dentro, lo que era mío. Lo demás, lo que

había comprado para decorar el loft, lo dejé en su sitio. No quería llevármelo; quería dejar mi huella, como si con esos pequeños detalles pudiera asegurarme de que, aunque me marchara, algo de mí seguiría habitando aquel rincón de la isla.

Bruno llegó a las siete y tuve que mirar el reloj del móvil para asegurarme de que no estaba alucinando.
—¿Son las ocho?
—No. He venido antes porque se me ha ocurrido que podríamos desayunar juntos.
Perfecto. Justo lo que necesitaba para *no* olvidarme de él tan fácilmente. Asentí con una sonrisa que más que agradecida era una rendición.
Fui a coger las maletas para subirlas a la caja de la pickup, pero Bruno se adelantó.
—Déjame a mí.
No pude evitar tirar de mi recurso favorito: el humor.
—¿Hola? ¿Quién te ha visto y quién te ve? Sal de ese cuerpo, ente angelical… ¡manifiéstate!
Bruno sonrió, negando con la cabeza, esa media sonrisa que siempre me desarmaba.
—Menuda diferencia del primer día a este…
—Claramente, han pasado muchas cosas, Cañadas…
Y ahí estaba yo, sonrojándome. A estas alturas. Con él. Así que, para esconder mi rubor y salvar lo poco de dignidad que me quedaba, me metí de un salto en la pickup antes de que notara lo rápido que me latía el corazón.
Nos paramos delante de la casa donde Vicente y Eulalia aguardaban para darme el último *hasta la vista*.
—Ay, boixa, cómo te vamos a echar de menos.
—Muchas gracias por todo, de verdad… He sido muy feliz aquí.
—Gracias a ti, que además de trabajar gratis, has sido muy productiva. Si algún día te quedas sin trabajo, ya sabes que aquí tienes uno asegurado y bien pagado.
Lo abracé fuerte, como si quisiera quedarme pegada a él, y extendí también mis brazos hacia Eulalia. Los estrujé contra mí.

—No aprietes mucho, que la última vez casi me dejas sin dedos funcionales.
—Ay, Vicente… no sé medirme.
—Y así tiene que ser siempre. Todo lo que hagas, hazlo intensamente. Sobre todo, vivir.
—Hasta siempre, de verdad. Os mandaré postales. ¡Lo prometo!
—Mujer, esperemos que más que postales, nos vengas a hacer una visita.
—No me he ido, y ya lo estoy deseando.
—Muy buen viaje.
Me costó un mundo no llorar mientras me subía a la pickup. Bruno me miraba de reojo, y tuve que soltarlo:
—¿Quieres hacer el favor de mirar a la carretera?
Él arqueó una ceja, divertido.
—¿Te preocupas por mí?
—Me preocupo por mí.
—Pues me desconcertarías.
—¿Acaso no te desconcierto siempre?
—¿Y tú disfrutas tanto mareándome?
—¿Por qué me lo pones tan fácil?
Bruno soltó una risa baja, esa que parecía reservada sólo para mí, y negó con la cabeza.
—Al final, Cañadas, contigo uno nunca sabe si está discutiendo o coqueteando.
—¿Y qué más da, si te encanta?
Se quedó callado, apretando el volante con fuerza, aunque en su sonrisa ladeada descubrí que, en el fondo, disfrutaba tanto como yo de aquel juego imposible de ganar.

Volvimos a la misma cafetería donde, semanas atrás, nos habíamos sentado frente a frente a desnudarnos con palabras. Esta vez, sin embargo, apenas podíamos articular nada. La tensión de la despedida lo ocupaba todo, como un elefante enorme sentado entre nosotros. Ni el aroma a café recién molido ni los croissants de almendra sabían a nada.

Yo jugueteaba con la cucharilla, removiendo el matcha latte hasta que la espuma desapareció por completo. Bruno mantenía los ojos en el cristal, observando a la gente pasar como si allí fuera más fácil sostenerse que mirarme a mí.
El silencio me estaba ahogando. Así que, como siempre, fui yo la que decidió romperlo:
—Bruno, ¿no echas de menos tu vida en la ciudad?
Él parpadeó, sorprendido, como si la pregunta lo hubiera sacado de un trance. Me miró entonces con esa seriedad suya que no permitía escapatoria.
—¿Y tú? —contestó, devolviéndome la pelota.
Sonreí de medio lado.
—Yo te lo he preguntado primero.
—Ya, pero tú eres la experta en responder preguntas con más preguntas. —Se inclinó hacia mí, apoyando los codos en la mesa—. ¿Quieres que te diga la verdad?
Yo asentí, aunque el nudo en la garganta ya me advertía que quizás no quería escucharla.
—A veces sí. Echo de menos ciertas cosas… la comodidad, la vida anónima, poder perderme entre la gente. Pero cuando lo pienso bien… —se encogió de hombros—, también echo de menos la persona que fui allí, y ese ya no soy yo. Nunca volveré a serlo.
Me quedé callada, procesando cada palabra, con esa punzada en el pecho que aparecía cada vez que me mostraba una grieta en su coraza.
—¿Y tú? —insistió él, con voz baja—. ¿De verdad quieres volver a Madrid?
Tragué saliva. ¿Qué podía decirle? Que sí, que tenía que volver, pero que cada día que pasaba la idea me pesaba como una losa.
Me quedé mirando la espuma verde del matcha, como si en ella estuviera la respuesta que me quemaba en la lengua.
—No lo sé, Bruno… —admití al fin, sin levantar los ojos.
Él esperó en silencio, paciente, y yo continué:
—Antes de venir aquí jamás me hubiera planteado ser una chica de campo. Esto lo hice por salud… por obligación casi, porque no encontraba otra salida. Bueno, y porque fue mi amiga quien me

obligó a aceptar el trabajo. —Solté una risa breve, amarga—. Y, mira, teniendo en cuenta que nada me había funcionado antes para relajarme, pensé: ¿qué puedo perder?
Me acomodé en la silla, resoplando.
—Y ahora… ahora ya no sé. Evidentemente, antes tenía clarísimo que volvería a mi vida de siempre, pero… —dejé el "pero" sin terminar.
No quería decirle que, en parte, empezaba a plantearme otra vida por él. Que si alguien me había movido el suelo bajo los pies, aparte de mi vida en la isla, había sido Bruno. Y eso era justo lo que no debía salir de mi boca.
Bruno asintió despacio, sin apartar la mirada. Había un brillo en sus ojos que me descolocaba, como si hubiera entendido perfectamente lo que yo no había dicho.
Y sí, por un instante se me pasó por la cabeza. Por él. Por ese hombre que me había dado más paz y más caos a la vez que nadie en años. Pero la idea de trastocar mi vida por un hombre… ah, no. Eso lo tenía grabado a fuego: nunca más.
Así que, en lugar de confesar lo que me hervía por dentro, tiré de mi recurso favorito: el humor.
—Lo que está claro es que, si me quedara, acabaría especializándome en dos cosas: gallinas y recogida de higos chumbos. Vamos, un currículum de escándalo.
Bruno arqueó una ceja, serio primero, y luego soltó una carcajada que atrajo las miradas de la mesa de al lado.
—Vaya, Cañadas… Eso sí que sería un cambio radical.
—Totalmente. —Le guiñé un ojo para restarle hierro al momento.
Él negó con la cabeza, divertido, pero en su mirada había algo más.
—¿Y cuando llegues a Madrid? —me miró serio—. ¿Qué vas a hacer? ¿Ya tienes ganas de reincorporarte?
Suspiré, removiendo el matcha con la pajita.
—¿Ganas? No. Tengo pereza solo de pensarlo. Pero supongo que no me queda otra: volveré a mi oficina, a mis clientes, a mis compañeros, a mis broncas… ya sabes, la rutina urbanita.
De pronto, se me ocurrió algo. Rebusqué en mi bolso y saqué una tarjeta. Se la tendí como quien no da importancia a lo que hace.

—Por si algún día necesitas mis servicios.
—¿Tus servicios? —arqueó una ceja, esa maldita ceja que siempre me desarmaba.
—Sí, Bruno. Algunos vivimos de otra cosa que no son las gallinas y las algarrobas.
La cogió entre sus dedos, la miró con ese gesto entre incrédulo y divertido.
—¿Me estás dando tu tarjeta de trabajo… a mí?
—¿Qué pasa? —me encogí de hombros—. Igual un día necesitas una consultora que te enseñe a no gruñir tanto.
Sonrió, guardándola en el bolsillo de la camisa.
—O igual un día decido usarla de verdad.
Bruno se recostó en la silla, aún con esa media sonrisa que le había dejado mi comentario. Yo jugueteaba con la cucharilla del matcha para disimular que me ardían las mejillas. La broma había servido para escapar, pero lo no dicho flotaba en el aire como una nube baja que ninguno de los dos quería disipar.
Él fue quien lo cortó, con esa voz grave y práctica que me desarmaba.
—Deberíamos irnos —dijo, apartando su taza—. No quiero que pierdas el vuelo.
Sentí un nudo en la garganta. Como si esas palabras fueran algo más que una advertencia logística: una manera de recordarme que, efectivamente, el tiempo se nos había acabado.
Me limité a asentir, tragándome las ganas de decir cualquier cosa que alargara el momento.

El trayecto al aeropuerto fue un silencio que pesaba más de lo que quería admitir. No era incómodo, era peor: estaba lleno de todo lo que no nos atrevíamos a decir. Yo me limité a mirar por la ventanilla, a retener con los ojos cada curva del paisaje, cada pincelada de azul en el horizonte. Bruno conducía con las manos firmes en el volante, la mandíbula apretada y la vista clavada en la carretera. Éramos dos volcanes callados, temiendo entrar en erupción en el peor momento.

Al llegar, me ayudó con las maletas sin darme opción a protestar. Las facturamos, y al ver cómo se perdían en la cinta transportadora sentí que algo dentro de mí también se iba, irreparable.
Nos quedamos allí, frente a frente, con el murmullo de la terminal de fondo. Gente que venía y se iba como si las despedidas fueran un trámite cualquiera. Pero para mí no lo era. No ahora.
—Bueno… —dije al fin, con una sonrisa floja, temiendo que me delatara el temblor de la voz—. Gracias por todo, capataz.
—De nada, urbanita. —Lo dijo en ese tono seco que usaba siempre, pero había algo en sus ojos, algo que me rompía.
Y, entonces, sin pensarlo demasiado, me lancé a sus brazos. Un abrazo fuerte, apretado, de esos que parecen querer detener el tiempo. Sentí su calor, su respiración agitada contra mi cuello, sus manos firmes en mi espalda. No me quería soltar. Yo tampoco.
Me separé lo justo para mirarlo a los ojos y, en un intento desesperado por no llorar, tiré de humor:
—Creo que hemos batido un récord, Bruno… —arqueé una ceja—. ¿Te das cuenta de que hoy hemos conseguido no enervarnos mutuamente?
Él soltó una media sonrisa, esa que me desarmaba.
—Una lástima que nos vayamos a quedar sin comprobar cuánto dura la hazaña.
Reí, aunque me temblaban las piernas. Y entonces lo supe: no quería darle la espalda, no quería atravesar el control, no quería ese adiós.
Pero no hubo beso. Solo ese abrazo que aún podía sentir en la piel mientras me alejaba con las entrañas encogidas. Y él se quedó allí, quieto, mirando hasta que desaparecí tras la fila del control.

Me senté junto a la ventanilla, con el cinturón abrochado y las manos heladas a pesar de que en la cabina hacía calor. El avión comenzó a moverse, y mientras rodaba por la pista sentí que el corazón se me quedaba atrás, en la isla.
Cuando por fin despegamos, las ruedas se separaron del suelo y la silueta de Ibiza empezó a hacerse pequeña, como si alguien la

borrara lentamente de un lienzo. El mar, tan azul, me devolvía destellos de un verano que ya no iba a repetirse.

Apoyé la frente en el cristal frío y cerré los ojos un instante. Las palabras no dichas me golpeaban: *ojalá le hubiera dicho lo que siento, ojalá hubiera besado esa sonrisa ladeada una vez más, ojalá no me hubiera apartado cuando me rozó la mano en la cena, ojalá…*

Cada "ojalá" se acumulaba en mi pecho como piedras. Intentaba convencerme de que lo mejor era dejarlo así, no alargar lo evidente, no engañarme con algo que desde el principio estaba condenado a acabarse. Yo me iba, él se quedaba. Dos caminos que nunca debían cruzarse más allá de aquel verano.

Y aun así, no podía evitarlo: mi cuerpo aún recordaba el calor de sus abrazos, mis labios aún sabían a los besos que no debí dar y mi corazón se aferraba a un imposible como si fuera la primera vez que se sentía vivo.

Me mordí el labio, obligándome a no llorar. Me repetí que tenía que ser fuerte, que debía mirar hacia delante. Pero mientras la isla se convertía en un punto perdido en el horizonte, lo único que me venía a la cabeza era lo mismo una y otra vez: *ojalá hubiera…*

37

Cuando llegué a casa, Claudia ya me estaba esperando. Afortunadamente, Ger, el portero, me echó una mano con las maletas y los bultos, porque si no, me habría tocado subir varias veces.

—¡Bienvenida! —Claudia me recibió con un grito y con los ojos abiertos de par en par—. Tía… estás… radiante. Entre el moreno de piel y los polvazos de Bruno…

Ger carraspeó fuerte, como si quisiera borrarse de la escena.

—Bien, yo marcho. Bienvenida, señorita Cañadas.

—Gracias, Ger —forcé una sonrisa, porque era difícil sonreír mientras mi mente se debatía entre ahogar a Claudia con mis propias manos o fingir que no había escuchado nada.

—De verdad… ¿se puede ser más bocachanclas? —la fulminé en cuanto cerró la puerta.

—¡Pensé que subías sola! —me abrazó dándome besos sonoros en ambas mejillas—. Selena, en serio, te veo espectacular.

—Qué exagerada.

—No, no, en serio. Te noto… distinta. Como más calmada, pero también más tú.

—Estoy cansada del vuelo… —intenté quitarle hierro.

—Cansada, ya… —alzó una ceja, con esa sonrisita de sabionda que me ponía de los nervios.

—Clau, no empieces, porfi… Mira, tengo que deshacer maletas, poner lavadoras, organizarme, porque mañana vuelvo al curro… ¿te recuerdo?

—Uf, cierto… ¿y cómo lo llevas?

—Intento no pensarlo, la verdad.

—Pues mírate: zen total. Me gusta esta versión de ti.

Me metí a la ducha mientras ella empezaba a deshacer mis maletas y a colocar la ropa encima de la cama como si fuera Marie Kondo reencarnada, solo que sin el minimalismo y con demasiada curiosidad en la mirada.

En cuanto salí de la ducha, Claudia ya tenía el vino servido y un pedido de sushi confirmado.
—Bienvenida al mundo real, cariño. Nada de sobrasada ni gallinas, aquí lo que toca es pescado crudo con soja —me tendió la copa con media sonrisa.
—Brindo por eso —respondí, dejándome caer en el sofá.
El vino me aflojó la lengua. Le conté casi todo de golpe: el mal rollo inicial con Bruno, cómo fui entendiendo su carácter cuando conocí su historia, más broncas con Bruno, todo el tema de Jaime, los juegos raros que teníamos Bruno y yo… Y entonces, lo solté:
—Clau… me pillé un poco. Bueno… creo que más que un poco.
Ella no se rió. Alzó las cejas, sorprendida, y después tomó un sorbo largo antes de contestar:
—Eso ya es mucho decir viniendo de ti. ¿Pillarte? ¿Tú?
—Ya… lo sé. Ni yo me lo creo. Pero es lo que hay.
—¿Y qué sientes exactamente? Porque te conozco, Selena. Una cosa es la atracción, que la tienes cada dos por tres, y otra es lo que estás insinuando ahora.
Me quedé un rato en silencio, mirando la copa.
—Con él todo era distinto. Me ponía de los nervios, sí, pero también me hacía sentir viva. No había ni un minuto de indiferencia. Y cuando estábamos juntos… no sé, era como si todo bajara de volumen.
Claudia me sostuvo la mirada.
—Eso suena a más que un capricho.
Asentí.
—Ya. Pero también sé que me iba a ir tarde o temprano. Y él lo dejó claro: no quería líos. Así que aquí estoy, con la cabeza hecha un ovillo y el corazón… bueno, intentando hacerse el fuerte.
Claudia se inclinó hacia mí, con esa mezcla de ternura y seriedad que le salía cuando me veía vulnerable:

—Selena, quizá no se trata de lo que él quiere o no quiere, sino de lo que quieres tú. No pasa nada por reconocer que alguien te ha tocado más de lo que pensabas. Aunque duela, aunque no tenga continuidad.
—Pero es que no me da la gana, Clau. —Suspiré, exasperada conmigo misma—. He construido toda una coraza para que nada me afecte y ahora viene un capataz de finca a derribarla como si nada.
Ella sonrió, suave.
—Quizá es que necesitabas que alguien te recordara que no todo en la vida es control, trabajo y perfección. Que también hay espacio para el caos… y para sentir.
El timbre interrumpió la conversación: el sushi había llegado. Claudia se levantó a por él mientras yo me quedaba con un nudo en la garganta.
—Bueno —dijo al volver con las bolsas—, primero comemos, y luego me cuentas con calma. Porque esto, amiga, no lo quiero a medias.

Cuando Claudia se fue a media tarde, me tumbé en el sofá y, de golpe, me vinieron las tardes en la hamaca. Solo que aquí no había silencio. Ni aunque no estuviera encendida la tele, ni aunque no pusiera música. La vida fuera componía su propia banda sonora: sirenas lejanas, pitadas impacientes, algún grito perdido, una frenada brusca. Nada que ver con el runrún de las cigarras, el canto de los pájaros o los cacareos de las chicas. Esa ausencia me pesó. Me entró ansiedad, como si mi cuerpo no entendiera dónde estaba, y me levanté de golpe.
Empecé a colocar la ropa que Claudia había dejado organizada sobre la cama en sus cajones y perchas, hasta que lo vi. El saquito. Ese pequeño saquito que contenía la caja con una C dorada grabada en el exterior.
Lo tomé entre las manos, apresurada pero con un cuidado reverencial. Sentía las manos temblorosas, el corazón retumbándome en el pecho. Deshice el lazo de cuerda y saqué la cajita donde se podía leer *Catalina's Ibiza*. La abrí con un nudo en la garganta.

Unos pendientes de oro brillaron ante mis ojos. Simulaban las cintas que ondeaban en las espaldas y hombros de algunos trajes ibicencos femeninos. Me los probé al instante y sonreí. Qué preciosidad. Ladeé la cabeza de un lado a otro, mirándome en el espejo. Bruno quería que llevara a Ibiza conmigo. Que la sintiera en mi piel. Que lo sintiera a él.

Me los quité despacio y los dejé sobre el tocador. Mañana los llevaría a la oficina. Iban a ser mi secreto, mi talismán. Ya había escogido el conjunto: pantalón y chaleco azul marino de Max Mara y unas sandalias doradas que hacían juego con los pendientes. Una forma elegante de llevar conmigo el recuerdo de lo que había vivido… y de quien me lo había dado.



No quería venir...
y ahora no sé cómo irme.



No es un mapa.
Es todo lo que me pasó aquí.

38

Al día siguiente me despertó la sintonía del móvil. Abrí un ojo y suspiré hondo. Dios… cuánto echaba de menos a Ramón. Ese canto ronco y puntual que me sacaba de la cama sin opción a remolonear. Me prometí poner un sonido de gallo para la alarma. Quizás no fuera lo mismo, pero al menos me recordaría cada mañana que había un lugar, y un tiempo, donde despertarse tenía otro sabor.

Me vestí con mi Max Mara azul marino, las sandalias doradas y los pendientes de Bruno brillando en mis orejas. Crucé el hall de la oficina con paso firme, como si nunca me hubiera ido. Por dentro, claro, me sentía como un extraterrestre recién aterrizado.

—¡Selena! —me recibió Marta en el pasillo, con esa sonrisa suya de siempre—. Qué bien te ha sentado el verano, te veo distinta… luminosa.

—Será el bronceado —respondí con una sonrisa ladeada.

Uno tras otro, mis compañeros me daban la bienvenida, como si de repente todos se hubieran puesto de acuerdo. Cuando abrí la puerta de mi despacho me esperaba una pila de expedientes que parecía a punto de declarar independencia. Resoplé. Justo entonces apareció Carlos, mi compañero de equipo, con café en mano.

—Menos mal que has vuelto, Selena. Se ha notado tu ausencia. Tenemos a dos marcas cabreadas, una amenaza con llevarse la cuenta a la competencia y la otra nos exige cambios imposibles en plazos imposibles.

—Perfecto, lo que me gusta para mi primer día: emociones fuertes —contesté, aunque por dentro me reía.

La reunión no tardó en llegar. Sala llena, caras tensas, discusiones técnicas… y entonces, la frase.

—Selena, no te lo tomes a mal, pero estos temas de negociación dura… igual son demasiado estresantes para ti después de toda tu

baja laboral… Ya sabes, a veces hace falta mente fría.
Lo dijo Raúl, con su traje caro y su aire de macho alfa en oferta. Antes, esa frase me habría encendido como una cerilla. Pero esa nueva yo sonrió despacio, con autosuficiencia.
—Claro, Raúl. Tienes razón. Igual mi mente no es tan fría como la tuya… —hice una pausa, acaricié uno de los pendientes, lo miré directo a los ojos y añadí—. Pero a diferencia de ti, yo suelo conseguir que firmen.
Un par de sonrisas contenidas recorrieron la mesa. Yo me limité a beber un sorbo de agua, sin perder la calma zen.
Por dentro, estaba orgullosa. Ya no entraba en todas las batallas. Solo las elegía bien.

Pasé la mañana sumergida en la estrategia de una de las campañas que llevaba semanas cogida con pinzas. Papeles esparcidos, post-its en la pantalla, gráficos a medio dibujar en la libreta… y yo con un té matcha ya tibio y con los hielos derretidos, concentrada como pocas veces lo había estado. Sentía esa chispa creativa que había recuperado en la isla y que no pensaba dejar que nadie me apagara.
Unos golpes en la puerta me sacaron de mis ideas.
—¿Se puede? —la voz de Martín, mi compañero, asomando la cabeza.
—Pasa.
Entró con su carpeta bajo el brazo, esa sonrisa de "te vengo a complicar la vida" y se apoyó en el marco de la puerta.
—Oye, Selena, ¿puedes pasarte por mi despacho a las tres? Necesitamos concretar contigo unos puntos de la campaña de Luvia Cosmetics.
Levanté la vista del cuaderno, arqueé una ceja y solté, sin más:
—Salgo a las tres, Martín.
—Ya… bueno, ya sabes que aquí nunca tenemos horarios.
Me apoyé en el respaldo de la silla, crucé los brazos y le devolví la sonrisa, pero con veneno.
—Bueno, pues a partir de ahora yo sí.
Él carraspeó, incómodo.
—Pero… hay una campaña que…

Le interrumpí alzando un dedo y volviendo la vista a mi libreta.
—Hay una campaña que voy a intentar salvar si no me interrumpes más.
El silencio se hizo incómodo durante unos segundos. Martín apretó los labios, resopló y salió del despacho sin añadir nada. Yo volví a mis notas, disfrutando de la calma que había traído de la isla: una calma que no se quebraba ni con la presión ni con los viejos hábitos de esta oficina.
A las tres menos cuarto sonó el teléfono de mi despacho.
—Sí —contesté con voz seria.
—Soy Ramón, ven a mi despacho ahora, por favor.
Colgó sin darme oportunidad de responder. Ese gesto, tan propio de él, de creerse por encima del bien y del mal, me recordó por qué al gallo lo había bautizado con su nombre.
Caminé con calma por el pasillo, golpeé la puerta con los nudillos.
—Pasa.
Abrí y entré. Él estaba sentado tras su mesa, con ese aire de superioridad que siempre desplegaba como si fuera parte del mobiliario.
—Buenas tardes —dije, con una media sonrisa—. ¿Qué necesitas?
—Bueno, primero darte la bienvenida. Espero que estés ya del todo recuperada, porque supongo que te habrán puesto al tanto de lo complicada que está la situación.
Me apoyé levemente en la silla, sin sentarme aún.
—Podríais haberle pedido ayuda a José.
Le tembló la mandíbula.
—A ver, Selena, sé que piensas que no te valoramos lo suficiente, pero créeme, sé lo que vales.
—¿Y?
—Y necesito que te involucres al cien por cien.
—Estoy involucrada al cien por cien.
Él entrecerró los ojos, como si intentara leerme la mente.
—A las tres tenemos una reunión crucial…
Levanté la mano, interrumpiéndole.
—Disculpa que te corte, Ramón. Tú dices que me valoras, pero yo me valoro más. Sé lo que valgo, incluso más que tú. Así que no me

voy a quedar a la reunión. Hay un horario oficial de lunes a viernes, de ocho a tres, y lo pienso cumplir. Tú y la empresa vais a respetarlo.
El silencio cayó como una losa. Ramón abrió la boca, pero no le salió la voz.
—¿Vas a montar otro numerito? —logró decir, en un hilo de soberbia.
—¿Yo? No, ya estoy muy de vuelta de todo eso. —Le sostuve la mirada—. ¿Y tú? ¿Me lo vas a montar a mí?
Su cara cambió. El aire de suficiencia se le resquebrajó en una mueca de incredulidad.
—Pues creo que ha quedado todo claro. —Le dediqué una sonrisa tranquila, serena—. Me voy a casa. Mañana tendrás lista la nueva estrategia de campaña de Luvia Cosmetics. Hasta mañana.
Me giré con calma y salí, dejando la puerta abierta detrás de mí. Caminé por el pasillo como si flotara.
Dios… qué sensación de poder.

39

Llegué a casa y empecé a ordenar mi vida. Antes de mi marcha a Ibiza apenas tenía tardes libres: o bien me quedaba en la oficina adelantando trabajo, o bien me lo llevaba a casa como si no hubiera mañana. Pero ahora, con la maleta aún a medio deshacer, tenía algo claro: no iba a volver a vivir para trabajar.
Sí, mi trabajo me encantaba, pero ya no ocupaba el primer lugar en mis prioridades. La prioridad ahora era yo. Sin más. Por eso, decidí organizar mis tardes de otra forma. Prepararía la comida para el día siguiente con calma y cariño, en lugar de devorar cualquier cosa delante del ordenador. Me apuntaría a natación para mantenerme activa, saldría de vez en cuando con amigas a las que había dejado de lado durante demasiado tiempo, me regalaría horas de lectura sin culpa, maratones de series…
Quería mantener mis tardes ocupadas para no pensar en él. Pero daba igual lo que hiciera, porque Bruno se colaba en todas partes sin pedir permiso: en mitad de una reunión de equipo, mientras mordía una manzana a media mañana, en cada brazada de la piscina, bajo la ducha, cuando me sorprendía a mí misma cantando "Quién es ese hombre..", incluso en mis ratos de sofá. Era como un eco persistente.
Solo me quedaba confiar en que el tiempo hiciera su trabajo y que esos pensamientos intrusivos, tan inoportunos como inevitables, acabaran por diluirse.

En la empresa, bueno… digamos que me monté mi propia república independiente, y no les quedó otra que dejarme hacer.
Dos semanas después, Ramón volvió a citarme en su despacho:
—Selena, somos una corporación que trabaja en equipo y… no puedes ir a la tuya sin contar con los demás.

—¿Tienes algún problema con mi productividad estos últimos días? —pregunté, cruzando las piernas con calma.
—No, no es eso, es que somos…
—Parece mentira que seas directivo —le interrumpí—. Una de las funciones básicas de un directivo es saber llevar a su equipo en un ambiente de cooperación. Sí, muy bonito lo de las lluvias de ideas, pero… dime, Ramón, ¿cuándo me hiciste sentir parte de ese equipo? Jamás. Y eso, discúlpame, es un fallo tuyo, no mío.
Se removió en su silla.
—Selena, estabas siempre a la defensiva.
—Y vosotros siempre estabais muy subiditos. Si yo fuera directiva y viera que un miembro de mi equipo se da de baja varias veces por ansiedad, no solo por la carga de trabajo sino porque claramente no recibe apoyo, ¿sabes qué haría? Algo. ¿Tú hiciste algo? Sí, perdona… llamar a recursos humanos para tramitarme la baja.
Él bajó la mirada, incómodo.
—Selena, estarás conmigo en que siempre estabas con la escopeta cargada.
—Y vosotros siempre teníais la boca cargada de machiruladas hacia mi persona —contesté sin pestañear—. Pero escucha, no hay ningún problema. Si crees que no hago bien mi trabajo, o que no lo hago a tu gusto, recojo mis cosas y me voy.
—Yo no estoy diciendo eso, no me malinterpretes…
—Como directivo deberías valorar el buen clima de equipo, cierto. Pero también deberías valorar la productividad.
—Entre otras muchas cosas, sí.
—Pues bien, yo y yo misma formamos un equipo bestial y productivo. En una semana presenté una estrategia de campaña que ya está aprobada por el cliente y, además, evité que otro se fuera con la competencia. Y lo hice sola, sin lluvias de ideas, sin colegas dándome la razón como loros y sin tus directrices. Entonces… dime: ¿prefieres que siga trabajando así o quieres que volvamos a lo de antes? Porque te aviso… no voy a entrar en vuestro juego. Me limitaré a cumplir lo que me pidáis, y el día que me aburra, me voy.
Ramón se quedó mudo, tragando saliva.

—Selena, no hay nadie en esta empresa que trabaje así… van a pensar que estoy dándote un trato de favor y…
—¿Y qué problema hay? —le corté, inclinándome hacia delante con una sonrisa gélida—. Mientras dé resultados, ¿a quién le importa?

El lunes siguiente, reunión de equipo. La mesa llena de cafés, portátiles abiertos y caras largas. Nada nuevo. Ramón presidía, con ese aire de "yo controlo", y los demás esperando su turno para soltar la suya.
Uno de los compañeros, Sergio, el típico que no distingue una estrategia de una servilleta, lanzó la primera pulla:
—Selena, está muy bien tu propuesta, pero es demasiado ambiciosa. No olvidemos que aquí no estamos en Ibiza con gallinitas y vacaciones eternas, aquí hay que currar.
Un murmullo de risitas cómplices recorrió la mesa. Antes, aquello me habría hecho hervir. Esta vez, sonreí.
—Tienes razón, Sergio. No estamos en Ibiza. Aquí hay más corbatas, más gallos… y, curiosamente, más miedo a arriesgar.
Las risas se cortaron de golpe. Sergio enrojeció.
—Yo no he dicho que tenga miedo, solo que…
—Que te asusta salir de la zona de confort. Lo entiendo, a muchos les pasa —le interrumpí con suavidad, casi zen—. Por suerte, no es mi caso.
Silencio. Todos se miraban, y por primera vez noté algo distinto: respeto. No porque levantara la voz, sino porque la había bajado. Porque no me había alterado. Porque mi seguridad no admitía réplica.
Ramón carraspeó para salvar el momento:
—Bien, entonces… seguimos con el plan de Selena.
Yo crucé las piernas, apoyé el bolígrafo en la libreta y me limité a sonreír. El mensaje había calado: no necesitaba gritar para que todos me escucharan.
La reunión terminó y cada cual recogió sus cosas. Yo me entretuve guardando mis notas cuando Sergio se me plantó delante, con esa sonrisa de suficiencia que tantas veces había querido borrarle de un manotazo.

—Mira, Selena, no sé qué te habrán dado en Ibiza, pero aquí la cosa funciona de otra manera. No hace falta que vayas de jefa para demostrar nada. Ya sabemos todos que eres la cuota femenina de este departamento.
Lo dijo bajito, lo justo para que nadie más lo escuchara, pero con toda la intención de clavar la daga. Antes, me habría puesto roja de ira, le habría contestado con gritos o, peor, me habría ido al baño a llorar de rabia.
Hoy, no.
Me quedé mirándolo con calma, con esa sonrisa de quien sabe que tiene el control:
—Sergio, gracias por tu comentario. Me viene fenomenal para confirmar que sigo siendo mucho más que una cuota.
Él parpadeó, sin esperarse la respuesta.
—Por cierto —añadí, inclinándome lo justo hacia él—, deberías cuidar más lo que dices. A veces, lo que intentas usar para hacer de menos a alguien, te deja en evidencia a ti.
Le di una palmadita ligera en el hombro, como quien calma a un niño, y salí de la sala con la cabeza bien alta.
En el pasillo, noté el corazón latiéndome fuerte. No de nervios, sino de orgullo. Ese era mi nuevo superpoder: la templanza. Ibiza, Bruno, las gallinas, hasta el safareig… Todo aquello me había entrenado más que cualquier curso de liderazgo. Descubrí que podía responder sin perderme a mí misma. Que podía tener la última palabra… aunque a veces ni siquiera necesitara pronunciarla.
Pero Sergio me siguió, claramente era un hombre de efectos retardados:
—A ver, Selena —me dijo en tono de reproche—, tampoco te flipes. Has tenido suerte con la campaña, pero eso no significa que ahora seas la salvadora de la empresa. No es para tanto.
Lo miré de reojo, sin detener el paso.
—¿Sabes qué es lo curioso, Sergio? Que justo los que menos aportan suelen ser los más rápidos en poner excusas para restar méritos.
Se rió con sarcasmo.
—Ya estamos… la feminista iluminada. Que si machirulados por aquí,

que si no me valoran por allá. ¿No se te ocurre otra cantinela?
Ahí sí que paré en seco, pero no para explotar, sino para clavarle una mirada tranquila que lo descolocó más que cualquier grito.
—La verdad, Sergio, es que no necesito otra cantinela. Con esta me basta, porque tú solito te encargas de darme material.
Justo en ese momento apareció Ramón, saliendo de su despacho. Se cruzó con la escena y, para mi sorpresa, intervino:
—Sergio, basta. —Su tono fue seco, autoritario—. No pienso tolerar ni un comentario más de ese estilo.
Sergio abrió la boca, pero Ramón levantó una mano.
—No es debatible. Selena ha salvado una cuenta que tú ni siquiera fuiste capaz de retener. Así que, si quieres seguir en esta empresa, empieza a medir tus palabras.
El silencio fue absoluto. Sergio, colorado, masculló algo ininteligible y se dio media vuelta.
Yo me quedé helada, sin saber si había escuchado bien. Ramón, el mismo que semanas atrás me había puesto contra las cuerdas en su despacho, estaba defendiéndome.
Me limité a asentir y sonreír con calma. Por dentro, sentí una sacudida extraña: la de saber que algo había cambiado. No solo en mí, también en la forma en que empezaban a verme los demás.

Al llegar a casa, me quité los tacones, dejé los pendientes de Bruno sobre la mesa y me serví una copa de vino. No encendí la tele ni la música. Solo me dejé caer en el sofá, rodeada del silencio de mi piso, tan distinto al de la finca, y me quedé en silencio.
Repasé mentalmente lo que había ocurrido en la oficina. Mi temple, mis respuestas, mi capacidad de no perder los papeles… Aquella serenidad no había nacido de la nada. Había tenido que romperme primero para volver a recomponerme.
Y ahí estaba él.
Bruno.
Me mordí el labio al pensar en cómo, a su manera, torpe, brusca, a veces insoportable, había sido en parte responsable de esta transformación. Sus broncas me habían forzado a confrontar mis miedos. Sus silencios me habían mostrado el valor de la templanza.

Su dureza me había obligado a sacar lo mejor de mí misma. Y sus caricias… esas me habían recordado que todavía estaba viva, que podía arder, que podía sentir.
Él nunca lo sabría, o al menos no de mis labios, pero Bruno me había enseñado a no perderme a mí misma en la batalla. A no dejar que nadie dictara mis límites.
Sonreí con amargura. Me había transformado a su lado, sí. Pero ahora estaba sola en Madrid, y él seguía en Ibiza.
Quizá esa era la prueba definitiva: si realmente había aprendido a sostenerme por mí misma.
Cogí de nuevo los pendientes, los apreté con delicadeza contra mi pecho y cerré los ojos. Sí, Bruno era parte de mi metamorfosis. Y aunque me doliera, tenía que reconocer que ese recuerdo ya era suficiente para seguir adelante.

40

Llegué a la oficina más tarde de lo habitual por culpa de la lluvia. Madrid amanecía gris, resbaladiza, con ese caos típico de bocinas, atascos y gente corriendo con el paraguas al revés. El frío ya era parte de la rutina, así que al entrar en la oficina tuve que ir despojándome de capas: bufanda, abrigo, chaqueta.

—Buenos días, Marta… por decir algo.

—Buenos días, Selena. Tienes algo en tu despacho, lo ha traído un mensajero.

—¿Ah, sí? Gracias.

Pensé que sería algún cliente agradecido. Pero antes de subir corriendo a verlo, me detuve en la pequeña zona de office para prepararme un té matcha. Lo necesitaba; estaba empapada, nerviosa y con la melena electrizada por la humedad.

Cuando entré en mi despacho, me quedé petrificada. Sobre mi mesa había una cesta enorme envuelta en celofán, con un lazo verde botella. El olor me golpeó primero: a campo, a tierra húmeda, a Mediterráneo. Me acerqué con cautela. Dentro había higos secos, sobrasada, butifarrón, vino payés, almendras, tarros de mermeladas caseras… Todo un pedazo de Ibiza en pleno corazón de Madrid.

Busqué la nota. Nada.

Corrí hasta Marta.

—¿Quién trajo la cesta?

—Un repartidor.

—¿Y no dejó una nota?

—No, lo siento. ¿No tienes idea de quién ha podido ser?

Negué, pero por dentro… quería que hubiera sido él. Aunque también podría haber sido Vicente; desde que regresé les había mandado dos postales a él y a Eulalia.

De vuelta en el despacho, no pude concentrarme. Tenía informes abiertos en la pantalla, pero la mirada se me iba una y otra vez a la cesta que había dejado sobre el sofá. Y recordé.

A Bruno.

El primer día, masticando un higo seco, dudando de mí, de si valía para trabajar en el campo. Ese gesto entre gruñón y divertido que tanto odié al principio… y que tanto echaba de menos ahora.

Me levanté, rompí el plástico protector y cogí un higo. Lo llevé a la boca, lo mordí, y un sabor dulce, denso, llenó mi paladar. Cerré los ojos. Era como regresar allí, a la finca, al calor del sol, a él.

—Siempre me ha encantado la forma en la que disfrutas la comida…

Abrí los ojos de golpe. Y lo vi.

Bruno.

De pie, apoyado en el marco de la puerta de mi despacho. Con el pelo algo más largo, la barba incipiente de siempre, esa camisa que parecía quedarle demasiado bien. Y la misma mirada que me había desarmado tantas veces.

—¡Bruno! —me llevé la mano al pecho—. ¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

Él sonrió, ladeado, como si nada.

—Hola, Cañadas.

El corazón me martilleaba en las sienes. Sentí que me había quedado sin aire, como si el gris de Madrid hubiera desaparecido de golpe y todo brillara otra vez.

Bruno dio un paso dentro, cerrando la puerta tras de sí.

—Me diste tu tarjeta. —Alzó una ceja, con ese gesto medio cínico, medio encantador que conocía demasiado bien—. Y… he pensado que quizás te hacía falta… terapia rural.

—Pero… ¿tú aquí?

Sentí un vuelco en el estómago. Podría haberme lanzado a sus brazos allí mismo, pero apreté los dedos contra el borde de la mesa.

—Bueno —se encogió de hombros, avanzando despacio hacia el sofá —. Un familiar me pidió un favor… un asunto legal. Ya sabes, yo también tengo otra vida fuera del campo.

Me costó articular palabra.

—¿Ejerciendo de abogado? Pensé que lo habías dejado…

—Lo había hecho. Pero en el fondo… supongo que nunca se deja de

serlo. —Me clavó la mirada, con un brillo que no supe descifrar—. Y como ahora en la finca hay menos trabajo, me dije: "¿Por qué no?"
Sentí un calor extraño recorriéndome el cuerpo. Orgullo, nostalgia… y ganas de abrazarlo.
—Así que, entre gallinas y almendros, aún te queda tiempo para salvar pleitos…
—Y para traerle higos a alguien que se los come como si fueran el último manjar de la tierra.
No pude evitar sonreír, aunque apreté los labios enseguida para contenerme.
—Siempre tan observador.
—Siempre tan intensa.
La tensión era la misma que en la finca, pero multiplicada por el contraste. Él allí, de pie en mi despacho, con la lluvia madrileña detrás de los cristales y yo intentando aparentar calma mientras por dentro me rugía todo.
Bruno se acercó un poco más, bajando la voz:
—¿Sabes qué es lo más curioso?
—¿Qué? —pregunté, rezando porque mi voz no temblara.
—Que pensé que te había dejado atrás en Ibiza. Y, sin embargo… aquí estoy.
Yo tragué saliva, como si me hubiera lanzado un dardo directo al pecho.
Me crucé de brazos, más como escudo que por comodidad.
—Entonces… —tosí para aclarar la garganta—, ¿qué asunto legal te trae por aquí?
Bruno enderezó la espalda, como si de repente se hubiera puesto la toga invisible.
—Un primo mío tiene un litigio con una constructora. Es un tema de tierras, mala praxis, cláusulas abusivas… en fin, cosas que a ti no te interesan.
Lo escuchaba, sí, pero no podía apartar mis ojos de cómo le quedaba la chaqueta oscura, cómo hablaba con esa seguridad que me desarmaba.
—Ya veo… el abogado justiciero. —Sonreí ladeando la cabeza—. ¿Y no te cansas de salvar a todo el mundo? Primero a las gallinas,

luego a mí, ahora a tu primo…
Frunció el ceño, intentando no reírse.
—Cañadas… estoy hablando en serio.
—Yo también. —Me incliné sobre la mesa—. Si quieres, te hago una tarjeta nueva: *"Bruno, abogado, capataz ocasional y terapeuta rural en sus ratos libres"*.
Él se llevó la mano a la cara, negando, pero la sonrisa le traicionó.
—No has cambiado nada.
—Tampoco es que me hayas dado tiempo. —Lo miré con descaro—. Ayer recogía almendras y hoy estoy esquivando machiruladas en una reunión. ¿Qué quieres, que me ilumine?
Bruno soltó una carcajada contenida, de esas que nacen en el pecho y que me hacían vibrar. Y por un segundo, el aire del despacho dejó de oler a humedad de lluvia y té marcha recalentado, y volvió a oler a campo, a algarrobas y a él.
Un golpe seco en la puerta me hizo dar un respingo. No dio tiempo a contestar: Ramón asomó la cabeza y luego el cuerpo entero, con su habitual aura de "yo mando aquí".
—Ah, perdona, Selena… no sabía que estabas reunida. —Se quedó mirando a Bruno con cierta sorpresa y una pizca de incomodidad en la comisura de los labios. Luego volvió a mí—. Solo pasaba para felicitarte: el nuevo cliente ha aprobado la campaña. Ha quedado encantado con la propuesta.
Me limité a sonreír con educación, consciente de que Bruno observaba cada gesto mío.
—Gracias, Ramón.
—Bien, no os molesto más. —Y se marchó cerrando la puerta tras de sí.
El silencio volvió, espeso. Bruno, con esa calma suya que me sacaba de quicio y me fascinaba al mismo tiempo, rompió la quietud:
—Enhorabuena, Cañadas.
—Bah, no es para tanto. —Intenté restarle importancia, jugueteando con un bolígrafo entre los dedos—. Al final no hago nada que no pueda hacer otro.
Bruno arqueó una ceja, incrédulo.
—Claro. Y yo soy un simple recogedor de algarrobas.

Me mordí el labio para no sonreír demasiado. La tensión era insoportable, así que decidí huir hacia adelante:
—¿Qué te parece si seguimos hablando fuera? A ver… yo salgo a las tres. Si te va bien, te invito a comer.
—¿A las tres? —repitió él, como calibrando la oferta.
—Exacto. Yo aquí soy como Cenicienta, a esa hora me esfumo.
Su media sonrisa ladeada apareció, peligrosa.
—Perfecto. Te recojo en el hall del edificio.
Sentí un vuelco en el estómago. Le sostuve la mirada un segundo más de lo recomendable, y luego me refugié en el ordenador, aunque no veía ni una línea de lo que había en pantalla.
Bruno ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando, sin mirarme, soltó con toda la naturalidad del mundo:
—Por cierto… bonitos pendientes.
Me quedé helada. Tardé un segundo en reaccionar, llevé instintivamente la mano a la oreja y noté el frío del oro. Los pendientes de Catalina's Ibiza. Los suyos. Los que me ponía cada día desde que volví de Ibiza hace semanas.
Cuando quise replicar, él ya había cruzado la puerta y solo me quedó la estela de su perfume y esa sonrisa invisible que sabía que llevaba dibujada en la cara.
Apoyé la espalda contra la silla, el corazón golpeándome el pecho.
—Cabrón… —murmuré entre dientes, incapaz de borrar la sonrisa que se me escapaba.
Me dejé caer en la silla, todavía con la mano en la oreja, acariciando uno de los pendientes como si fuera un talismán. No podía creerlo. Bruno había estado allí. En Madrid. En mi despacho. Y yo, que tantas noches me había repetido como un mantra que lo olvidaría, que el tiempo lo curaría todo, de repente me encontraba con él, tan real que tuve que pellizcarme el brazo para comprobar que no era una aparición fruto de mi carencia de sueño.
Dolió. Así que no, no era una alucinación: Bruno había estado aquí, de pie frente a mí, con esa forma suya de llenar el espacio sin necesidad de hacer nada.
Me quedé mirando el ordenador, la cesta, los pendientes… y no sabía si sonreír como una idiota o echarme a llorar. La verdad es que

me sentía en una nube, suspendida entre la incredulidad y la euforia.
Me cubrí la cara con las manos.
—Vale, Selena, contrólate. Respira. No es que se haya abierto el cielo y te hayan caído los Reyes Magos de golpe… solo es un hombre. Solo un hombre. —Me bajé las manos despacio, pero la sonrisa seguía ahí, más testaruda que nunca—. Pero qué hombre…

Las horas me pasaron a cámara lenta, como si el reloj quisiera vengarse de mí por todas las veces que lo había maldecido en la oficina. Así que, cuando por fin marcaron las tres, recogí mis cosas y me fui como una colegiala con cita secreta hacia la entrada del edificio.

Bruno me esperaba allí, apoyado de espaldas contra el ventanal, las manos en los bolsillos del abrigo, mirando la calle con esa calma que a mí me costaba horrores imitar.
Y entonces, mientras mis tacones repiqueteaban contra el mármol del vestíbulo, me asaltó la duda existencial más absurda de todas: ¿cómo demonios se saluda a un hombre con el que has compartido cama, ducha, feixa y hasta el mar entero… pero al que no ves desde hace semanas?
¿Dos besos formales? ¿Un abrazo? ¿Un "hola" con la mano, así de ridículo?
Me mordí el labio, insegura, pero él giró la cabeza antes de que pudiera decidir. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo con esa serenidad que me volvía loca y, sin moverse del sitio, me lanzó una sonrisa torcida.
—Siempre con prisas, Cañadas.
El tono era medio burla, medio caricia. Y yo, que había ensayado mil opciones de saludo, lo único que atiné a hacer fue acercarme, plantarme delante de él y soltar:
—Pues claro, tengo hambre. ¿Vamos?
Su sonrisa se ensanchó, y sin más ceremonia, me abrió la puerta para salir a la calle.

Me maldije al momento… con las ganas que tenía de acercarme a él, y elegí el peor momento para ir de fría por la vida. Yo, la reina de las ironías, había perdido la oportunidad de un abrazo que me habría reconfortado más que cualquier copa de vino.
Caminamos juntos hasta el restaurante, apenas unas calles más abajo. Y, para mi sorpresa, no hubo silencios tensos. Hablamos de Vicente, nos reímos de Eulalia y sus refranes imposibles, pregunté por el gallo Ramón y le conté que le bauticé como el directivo que nos había interrumpido en la oficina pero que ahora me arrepentía (no por él, sino por el pobre gallo) y hasta surgió la pregunta de si alguien estaba trabajando en la recogida de aceitunas.
La charla ligera nos acompañó hasta la puerta del restaurante, donde el maître nos condujo hasta una mesa junto al ventanal. El local era de esos modernos que intentan parecer casuales: madera clara, plantas colgando, un murmullo suave de conversaciones y copas de vino tintineando.
Bruno se quitó el abrigo con calma y lo colgó en el respaldo. Yo me senté frente a él, intentando no parecer demasiado nerviosa mientras desplegaba la servilleta.
Fue él quien rompió el hielo de verdad.
—Tenía mis dudas de si ibas a aparecer.
Alcé una ceja, agradeciendo que me diera algo de cancha para recuperar terreno.
—¿Ah, sí? ¿Y por qué no iba a hacerlo?
—Porque eres especialista en… desaparecer. —Sonrió con esa media sonrisa suya, ladeada, que me ponía de los nervios y me derretía a la vez.
Le clavé la mirada mientras pedíamos la bebida.
—Mira quién habla. Tú, que un día apareces en mi oficina con una cesta de sobrasada y al rato te plantas en mi vida como si nada.
—Yo no desaparecí. Tú te fuiste. —Lo dijo tranquilo, sin reproche, pero con un poso de verdad que me atravesó.
Respiré hondo, buscando mi tono ligero para no dejarme arrastrar por la emoción.
—Bueno, digamos que soy más de escapadas rurales temporales, no de mudanzas permanentes.

—Ya. —Bruno apoyó un codo en la mesa, inclinándose un poco hacia mí—. ¿Y qué tal llevas vivir de nuevo en tu jungla de cemento?
Me encogí de hombros, jugueteando con el tenedor.
—¿Tú que notas?—Lo dije con un orgullo que él entendió al instante.
Me observó en silencio, como si midiera cada gesto, cada palabra.
—Sigues igual.
—¿Igual de qué?
—De provocadora. Contestando siempre con otra pregunta.
Sonreí de lado.
—Pues entonces no he cambiado tanto como pensabas.
Bruno soltó una pequeña risa, esa que casi nunca se permitía.
—No, Cañadas… no has cambiado nada. Y aún así, estás diferente.
Me removí en la silla. El aire entre nosotros ardía.
El camarero nos sirvió los primeros platos y, durante unos minutos, nos mantuvimos en un vaivén de conversación ligera: anécdotas de la finca, alguna pulla irónica, sobre Ahmed y Dú. Pero pronto, la ligereza dio paso a silencios cargados de electricidad.
Bruno dejó el tenedor en el plato y me sostuvo la mirada con una intensidad que me hizo atragantarme con un sorbo de agua.
—¿Me has echado de menos? —preguntó al fin, como si la duda le quemara en la lengua.
Sonreí con suficiencia, cruzando las piernas con toda la calma del mundo.
—¿Me has echado de menos tú?
Él resopló, frotándose la frente con dos dedos.
—Cañadas, de verdad… ¿no puedes responder con un sí o con un no por una vez en tu vida?
—¿Y qué gracia tendría? —repliqué ladeando la cabeza, disfrutando de su creciente nerviosismo.
—No es gracioso, me estás volviendo loco.
—¿Y tan malo es? —le lancé, arqueando una ceja.
Bruno bufó, empujando el plato hacia delante. Su mandíbula se tensaba, su mirada alternaba entre mi boca y mis ojos.
—Eres imposible.
—¿Imposible de qué?

—De tratar. De entender… De olvidar. —Lo último se le escapó casi en un susurro.
Me mordí el labio, notando cómo se me aceleraba el pulso. Me incliné un poco hacia él, bajando la voz como si compartiera un secreto:
—Entonces no soy tan imposible, ¿no?
Bruno se pasó una mano por el pelo, claramente descolocado, como si quisiera maldecirse por haberse delatado.
—Te odio cuando haces esto.
—¿Y qué es "esto"?
—Joder, Selena. —Su voz salió grave, rota entre la frustración y algo mucho más peligroso.
Yo sonreí, triunfante por dentro, aunque en mi interior también sentía que el suelo se me movía. Porque detrás de su nerviosismo había verdad, y eso me aterraba más que cualquier discusión.
El silencio que quedó después de su "joder, Selena" era tan denso que podía cortarse con el cuchillo de postre. Respiré hondo, bajé la mirada al vaso de agua y decidí dejar las ironías a un lado por una vez.
—Sí, Bruno. —Mi voz salió más baja de lo que pretendía—. Te he echado de menos.
Él se quedó quieto, como si necesitara asegurarse de haber oído bien. Sus ojos se clavaron en mí con esa intensidad que siempre me desarma.
—¿Qué has echado exactamente de menos? —preguntó, con ese tono grave que no admitía rodeos.
Me mordí el labio, jugueteando con la servilleta como si enredar los dedos pudiera darme valor.
—Tus broncas. —Solté primero, casi con una sonrisa tímida—. Tus pullas, tu forma de ponerme de los nervios… Pero también… tus silencios. Esa manera que tienes de mirarme como si supieras lo que pienso sin que lo diga. —Levanté la vista y me encontré con sus pupilas oscuras, abiertas, expectantes—. He echado de menos sentirme… viva contigo cerca.
Bruno apretó la mandíbula, como si esas palabras fueran más de lo que estaba dispuesto a gestionar allí, en mitad de un restaurante

lleno de gente. Se inclinó un poco hacia mí, apoyando un codo en la mesa.
—No sabes lo que me haces, Cañadas.
Tragué saliva, incapaz de apartar la mirada de la suya.
—¿Y qué te hago exactamente, Bruno?
Él soltó una risa seca, nerviosa, pasándose la mano por la nuca.
—Me sacas de quicio, me rompes los esquemas, me quitas el sueño. Y lo peor es que, aun sabiendo que esto no tiene ni pies ni cabeza, sigo aquí, sentado frente a ti, como un idiota…
Sentí un calor que me recorrió el cuerpo entero. Ya no había sarcasmo que me sirviera de escudo, ni ironía que pudiera salvarme. Sonreí, con los ojos húmedos pero firme:
—Entonces ya somos dos idiotas.
Él giró la cabeza hacia el ventanal, como si buscara en las luces de la calle una respuesta que no se atrevía a darme. Sonrió, ladeando apenas los labios, y yo no sabía dónde mirar. Me removí en la silla, jugueteando con el borde del mantel, hasta que las palabras salieron solas:
—Vale… ¿y ahora qué?
Bruno volvió a mirarme despacio, como si calibrara cada gesto mío. No era una pregunta retórica, yo lo sabía. Tenía que decidir si iba a seguir escudándome en las bromas o dejarme desnuda, por dentro.
—Ahora… —suspiró él—, ahora tenemos que ser realistas. Tú tienes tu vida aquí, en la ciudad. Yo sigo en la finca, con mi gente, con mi mundo…
—¿Y? —lo interrumpí, porque la lista de obstáculos ya la conocía.
—Y… que no quiero joderte la cabeza con algo que, quizás, no tiene recorrido. —Se pasó la mano por la barba, nervioso—. No quiero que mañana te despiertes pensando que soy un error.
Me incliné hacia él, clavando mis ojos en los suyos.
—Bruno, ¿te piensas que no sé lo complicado que es esto? ¿Que no me lo he repetido mil veces desde que volví? Claro que sé que no es fácil. Pero lo fácil no siempre es lo que vale la pena… Nunca me han gustado las cosas fáciles.
Él entreabrió los labios, como si fuera a contestar, pero se quedó callado. La intensidad de su mirada me atravesó como un golpe seco

en el pecho.
—¿Sabes qué es lo peor? —añadí, sin poder detenerme—. Que tengo miedo. Miedo de que, por primera vez en mucho tiempo, me importe demasiado alguien.
Bruno bajó la vista a la mesa, luego volvió a alzarla. Tenía los ojos brillantes, cargados de algo que no se atrevía a soltar.
—Cañadas… tú me desmontas. Me haces querer cosas que pensé que ya no iban conmigo.
El silencio se instaló entre nosotros otra vez, pero no era incómodo: era denso, eléctrico, lleno de todo lo que no nos atrevíamos a decir.
—Entonces —rompí yo, con voz apenas audible—, si los dos sabemos lo que sentimos… ¿qué hacemos con ello?
No dijo nada. Se levantó con esa calma tensa que lo caracterizaba, rodeó la mesa y, sin darme tiempo a reaccionar, me cogió de la mano y me obligó a ponerme de pie. Antes de que pudiera soltar una ironía o una de mis preguntas envenenadas, me plantó un beso.
Pero qué beso.
No fue un roce tímido, ni un gesto improvisado para salir del paso. Fue un beso con todas las letras: húmedo, profundo, de esos que te dejan sin aire, que te hacen olvidar dónde estás, quién eres y qué hora es. Sentí su mano en mi nuca, firme, como si temiera que me escapara, y la mía se clavó en su camisa arrugándola sin querer. Todo a nuestro alrededor desapareció: el murmullo del restaurante, el tintineo de los cubiertos, incluso las miradas curiosas que seguro nos estaban dedicando. Solo quedábamos él y yo, como si hubiéramos estado esperando ese instante toda la vida.
Cuando se separó, todavía con los labios húmedos y el pecho agitado, me miró con esa intensidad suya que me desarmaba y, con una media sonrisa cargada de honestidad brutal, susurró:
—No tengo ni puta idea.
Yo me quedé sin palabras, con las piernas temblando y la cabeza hecha un torbellino. Y lo peor, o lo mejor, era que yo tampoco tenía ni puta idea.

41

Llegamos a mi ático. Durante todo el camino, nos habíamos comportado como dos adolescentes torpes: palabras a medias, sonrisas tontas, silencios que lo decían todo y no decían nada.
—Joder, Selena… menudo ático —comentó Bruno en cuanto cruzó la puerta, recorriendo con la mirada cada rincón.
—Bueno, me pagan bien por mi trabajo… —contesté, quitándome el abrigo y dejándolo sobre una silla—. ¿Una copa de vino?
—Claro.
—Siéntate, por favor, vengo enseguida.
Mientras abría la botella en la cocina, lo observé de reojo. Parecía fuera de lugar, grande, fuerte, estudiando el espacio impecable que cada mañana repasaba una chica de confianza. Su mundo de campo y el mío de cristal y acero nunca habían parecido tan distintos. Y, sin embargo, allí estaba, sentado en mi sofá como si siempre hubiera estado allí.
Me acerqué con las dos copas, le tendí una y me senté a su lado. Con un gesto teatral cogí el mando del hilo musical y lo apunté hacia un mueble. Enseguida empezó a sonar una melodía suave, cálida, de esas que llenan silencios incómodos.
—Lo siento, Bruno, no tengo una playlist de cacareos, mugidos, berreos o gruñidos, ya sabes… para que te sintieras más como en casa.
Él ladeó la cabeza, con esa media sonrisa suya, entre molesto y rendido.
—¿Esto va a ser siempre así?
—No sé… ¿quieres que sea siempre así?
—Dios… lo que me espera contigo, Cañadas…
—Creo que para empezar deberías llamarme *Selena* —le corté,

acercándome un poco más—. Ya va siendo hora de que te dirijas a mí por el apellido.
—Estoy de acuerdo… —murmuró, con voz grave.
El ambiente se tensó, como si todo el aire se hubiera condensado entre nosotros. Tomé un sorbo de vino, lo saboreé despacio y sonreí.
—Y para seguir… aún no te he dado las gracias por tu regalo.
—No hace falta… —replicó, incómodo.
—Uh, ya lo creo que hace falta… —contesté, clavándole los ojos—. Además, creo que te va a gustar mi faceta de…—busqué la palabra — agradecida.
No entendió a qué me refería hasta que dejé la copa en la mesa. Me levanté despacio, sin apartar la mirada de la suya, y dejé que el ritmo suave de la música marcara mis pasos. Primero me desabroché el cinturón del vestido, luego tiré de la cremallera, y la tela resbaló por mi piel hasta caer al suelo deslizándose sin resistencia. Me quedé en ropa interior, medias, tacones… y los pendientes brillando bajo la luz cálida del salón.
Vi cómo Bruno tragaba saliva, el músculo de su mandíbula tensándose mientras intentaba mantener el control. Solo reaccionó para dejar su copa sobre la mesa, despacio, como si cada gesto contara.
La habitación estaba impregnada de esa electricidad invisible que precede a lo inevitable.
Bruno se inclinó hacia delante, el cuerpo grande, la mirada fija en mí, y yo supe que estaba a un segundo de perder el control. Pero antes de que pudiera atraparme con sus manos, levanté la pierna y clavé con suavidad la punta de mi tacón justo entre sus muslos.
Se quedó paralizado.
Yo me incliné sobre él, rozando con mis labios el borde de su oreja, y susurré, con la voz más baja y cargada de intención que había usado en mi vida:
—Cuidado… aquí la capataz soy yo.
Bruno apretó los puños, las venas marcándose en los antebrazos, conteniendo el impulso de invertir las tornas. Cerró los ojos un segundo, como si necesitara respirar para no estallar, y ese pequeño gesto de autocontrol me dio alas.

Me incorporé despacio, deslicé mi pie hacia abajo, deslicé mis medias y me senté a horcajadas sobre él, sintiendo cómo su erección presionaba contra mí a través de la tela de su pantalón. Su respiración era entrecortada, sus ojos miel intensos, suplicantes y desafiantes a la vez.

—Quieto… —le ordené mientras llevaba mis manos a la hebilla de su cinturón.

Lo desabroché con calma exasperante, disfrutando de la tensión que crecía en sus ojos. Le deslicé el pantalón hacia abajo, dejando al descubierto su erección bajo el bóxer. Pasé mis uñas despacio por encima de la tela, arrancándole un gruñido grave que me hizo sonreír.

—Eso… —murmuré contra sus labios sin besarlo todavía—. Que me obedezcas.

Me incliné y le desabroché los botones de la camiseta, dejando a la vista su torso firme, sumamente masculino. Recorrí con mis labios la línea de su clavícula, bajé por su pecho, lo lamí hasta escuchar su respiración agitarse.

Él trató de tocarme, de atrapar mi cintura, pero le cogí las muñecas y las apoyé contra el respaldo del sofá.

—No, Bruno. Ya mandas bastante en el campo. Aquí mando yo.

Su mirada ardía. No dijo nada, pero asentía con cada músculo de su cuerpo.

Me deslicé hacia abajo, bajando su ropa interior con un gesto lento, deliberado, hasta dejarlo completamente expuesto ante mí. Lo rodeé con mi mano, sintiendo el calor palpitante en mi palma, y me relamí los labios con descaro.

—Así me gusta —susurré mientras comenzaba a marcar el ritmo—. Que entiendas quién tiene la voz de mando.

Bruno jadeaba, los músculos de su abdomen tensos, los dientes apretados como si se estuviera deshaciendo solo con la idea de que era yo quien llevaba las riendas.

Me erguí de nuevo, lo atrapé entre mis piernas y lo hice entrar en mí con un movimiento decidido. Ambos soltamos un gemido que se mezcló en el aire. Sus ojos se clavaron en los míos, pero esta vez no había lucha de poder: había rendición.

Lo cabalgué a mi ritmo, lenta al principio, marcando cada embestida, cada roce. Lo miraba directamente, disfrutando de la mezcla de placer y desesperación en su rostro.
—Mírame, Bruno —ordené, y él obedeció sin pestañear, como si yo fuera lo único que existía.
El poder me recorría por dentro, tanto como el placer. Era como si cada célula de mi cuerpo se expandiera con la certeza de que estaba en control, de que no había nada que pudiera arrebatarme ese instante. Cada embestida que yo marcaba era un recordatorio de que podía decidir, que podía ser dueña de mi deseo y de mi cuerpo.
Cada jadeo suyo era mi victoria. Su respiración entrecortada, sus músculos tensándose bajo mí, sus ojos clavados en los míos sin poder apartarse… todo era prueba de que lo tenía rendido, atrapado en un lugar donde el capataz ya no mandaba. Mandaba yo.
Lo cabalgaba lenta, tortuosa, saboreando cómo se desesperaba con cada pausa que yo imponía, con cada movimiento calculado. Y luego aceleraba, más y más, dejándome llevar por una corriente que ya no podía contener. El calor subía, el sudor nos pegaba la piel, el roce era salvaje, eléctrico, y aún así seguía sintiendo que todo me pertenecía.
Cuando por fin dejé de luchar contra esa ola y me dejé arrastrar por ella, sentí que ese orgasmo no era solo físico. Era otra cosa: era una liberación, un grito interno de victoria, como si me sacudiera de encima años de cargas, de miedos, de frenos.
Fue una conquista. De mi placer, de mi voz, de mi vida.
Y mientras me derrumbaba sobre él, con los labios hinchados, el cuerpo temblando y el corazón desbocado, sonreí con la certeza de que, al menos en ese momento, lo había ganado todo.
—Ya ves, capataz… hasta las urbanitas sabemos dar órdenes.
Él soltó una carcajada rota, todavía sin aliento, y me apretó contra sí.

Nos pegamos una ducha rápida en la que nos enjabonamos mutuamente, nos besamos mucho y recuperamos el tiempo perdido… Sentía que estaba en un sueño, uno de esos que no quieres que termine jamás.

—¿Cuánto tiempo estarás por Madrid? —pregunté, con el agua resbalándome por el cuello.
—Como mucho una semana.
—¿Dónde te alojas?
—En un hotel cerca de los juzgados.
Lo miré fijamente, como si lo que iba a decir definiera el rumbo de todo.
—Pues olvídalo… Ven aquí… —y enseguida, con un gesto de manos, añadí—: Bueno, si quieres, claro. Sin presiones.
Bruno se quedó callado, observándome con esa mezcla de deseo y cautela que me sacaba de quicio. Su mandíbula se tensó y bajó la vista hacia el agua que corría entre nosotros.
—Selena… —dijo despacio—, no quiero que esto se convierta en… en una obligación. No quiero que mañana te despiertes pensando que te he metido en un compromiso que no buscabas.
Me acerqué, me puse de puntillas y planté mis labios húmedos en los suyos con suavidad, casi en susurro.
—¿Compromiso? ¿Quién ha hablado de compromiso? Lo único que quiero es aprovechar cada minuto contigo. No estoy pensando en mañana, Bruno. Estoy pensando en ahora.
Me miró como si quisiera creerme pero le costara, como si su corazón y su cabeza se pelearan. Pasó su mano por mi mejilla y la bajó lentamente hasta mi cuello.
—Tú siempre lo complicas todo, Cañadas.
—O lo hago más fácil —repliqué, con esa media sonrisa que sabía que le desarmaba—. Una semana… una vida… ¿qué más da? Solo hay que decidir si quieres disfrutarla o esconderte.
Bruno se mordió el labio, respiró hondo, y me atrajo contra él con tanta fuerza que hasta el agua se quedó en segundo plano.
—Joder, Selena…

42

Me dispuse a hacer la cena mientras Bruno recogía sus cosas en el hotel. Odiaba cocinar. A ver, me alimentaba de forma sana y equilibrada, pero gracias a las entregas a domicilio. No se puede tener todo. Además, siempre había tenido claro que si algún día compartía vida con alguien, esa persona tenía que saber cocinar, porque yo, desde luego, no iba a hacerlo. Pero aquella noche era una excepción.

Quería sorprenderle, así que preparé pan de calabaza (que se hacía en un santiamén) y unas doradas al horno que, modestia aparte, me solían salir de vicio. Recetas rápidas, sí, pero con un toque exquisito.

Cuando Bruno llegó, yo ya me había quitado el delantal y el olor a romero y cítricos inundaba el salón.

—Qué bien huele, Selena… —comentó con una mezcla de sorpresa y curiosidad—. No tenía ni idea de tus habilidades culinarias.

—Odio cocinar —le avisé, levantando una ceja—. Dime que al menos a ti te encanta.

—No me entusiasma —repuso mientras se quitaba la chaqueta—, pero admito que me relaja.

—¡Me vale! —dije con cierta euforia, y justo en ese momento me di cuenta de cómo sonaba aquello… como si estuviera tramando atraparlo en mi tela de araña.

Intenté suavizarlo enseguida:

—Lo digo por encuentros especiales como este.

Él sonrió de lado, con esa sonrisa que me desarma, y pidió permiso para trabajar un poco.

—¿Te importa si adelanto algo para la vista de mañana? No me llevará más de veinte minutos.

—Claro, claro, tú a lo tuyo —respondí mientras abría la puerta del horno para ir echando caldo por encima del pescado.

Y "a lo mío" fue intentar mantener la cordura mientras lo observaba desde la cocina. Sentado en la mesa del comedor, con el portátil abierto y unas gafas de pasta negra que le daban un aire serio e irresistible. Se pasaba los dedos por el pelo cuando pensaba, se mordía el labio al revisar notas, y yo solo podía pensar en una cosa: la próxima vez que hiciéramos el amor, iba a ser sin nada… salvo esas gafas.
Estaba poniéndome bruta. Bruta y perdida.
Y él, tan tranquilo, sin tener ni idea del incendio que me estaba provocando.

Preparé algo para picar: unas aceitunas, unos espárragos, unas almendras fritas… lo justo para que pareciera improvisado pero monísimo, no un "he estado veinte minutos colocando cosas en un plato para impresionar al señor del campo".
En cuanto terminó, bajó la tapa del portátil, retiró sus cosas de la mesa y, enseguida, se ofreció a ayudarme:
—Dime en qué te puedo ayudar.
Me giré despacio, con el plato en la mano, como si estuviera viendo un documental de una especie en peligro de extinción: *el varón adulto que recoge sus cosas sin que se le diga nada*.
No podía ser tan perfecto…
Mi última pareja pensaba que yo era su madre, pero sin paga. Con él la convivencia era una mezcla entre guardería y *escape room* doméstico: si no iba recogiendo todo continuamente, la casa acababa pareciendo un piso franco después de una redada. Y si no lo hacía yo, tenía que mandar que lo hiciera él. Siempre con instrucciones tipo Google Maps: "gira a la derecha, recoge tus calcetines; ahora avanza tres pasos y descubre el misterioso objeto llamado lavadora".
De hecho, fue la convivencia lo que destrozó nuestra relación. Él me admiraba como mujer independiente, que podía pagarse su propio alquiler, con carácter, que ascendía en su empresa… Todo eso le encantaba. Hasta que cruzaba la puerta de casa.
Ahí, de repente, quería novia vintage de anuncio de detergente.

Él quería llegar a casa, hacer sus planes, tirarse en el sofá con la consola o el móvil, pero no tener ninguna responsabilidad doméstica:
—Contratamos a una mujer y listos.
—Ya tenemos una mujer que viene y listos —le respondí yo.
—Pero me refiero a una interna…
Claro, una interna. O una madre. O una esclava. O un hada madrina que recogiera su ropa interior del suelo con la varita. Qué más daba el nombre.
En fin. Él quería una madre que le fuera detrás recogiendo todo y yo no estaba dispuesta. Yo también tenía mis cosas: también estaba cansada, también trabajaba, también pagaba facturas. Y también me gustaban los hombres independientes, a los que no tuvieras que decir "echa los calzoncillos en la cesta de la ropa" o "al menos echa tu plato en el fregadero"… No me veía educando a un señor de treinta y tantos en el apasionante mundo de la esponja con fairy.
Volví al presente. Bruno había cogido ya las servilletas sin preguntar, había apartado una silla, había hecho sitio en la mesa y estaba abriendo el vino como si aquello fuera lo más normal del mundo. Sin drama, sin pose, sin "mira qué moderno soy, friego platos". Sólo… haciéndolo.
Con Bruno, parecía todo demasiado bonito. Demasiado fácil.
Y justo por eso, no me quería confiar.
Me daba muchísima pereza descubrir que, detrás de esa apariencia de hombre funcional, se escondía otro que no sabía encontrar la cesta de la ropa sucia ni con GPS.

Serví la dorada con una sonrisa satisfecha, esa que solo sacaba cuando, contra todo pronóstico, algo me salía bien en la cocina.
Bruno probó un trozo y, al principio, solo masticó. Sin decir nada. Con nula emoción en la cara. Silencio. Lento. Peligroso.
Yo pellizqué un trozo de pan de calabaza mientras lo observaba fijamente.
—¿Qué pasa? —pregunté, alzando una ceja—. ¿Tan mala está la dorada?

Él soltó una risa corta, sin fuerza. Nada que ver con la carcajada ronca que tanto me gustaba.
Y entonces algo cambió. Lo noté antes de que hablara.
—No es la dorada, Selena.
—¿Entonces? ¿La calabaza te ha traído flashbacks del campo? ¿Lo echas de menos? —fingí orgullo culinario.
Pero él dejó el cubierto sobre el plato y me miró con ese gesto suyo, entre vulnerable y cabezota profesional en hundirse solo.
—Creo que no ha sido buena idea venir —dijo, bajando la voz.
Mi sonrisa se borró como si me hubieran desenchufado.
—¿Perdón?
—Tú y yo… —se frotó la mandíbula compulsivamente—. Esto. Verte. Volver a estar aquí. Creo que solo lo hace más difícil.
Me crucé de brazos y fruncí el ceño.
—Ah, estupendo. ¿Me vas a soltar un "no eres tú, soy yo"?
Bruno apretó los labios, intentando no sonreír. Pero su mirada estaba triste. Muy triste.
—Sé que esto no tiene futuro. Yo… ya estoy hecho al campo. Y tú… —me miró con una ternura que dolía— tú perteneces a esto. A la ciudad. A tu vida. A tu ritmo. Al sitio donde brillas.
—¿Y desde cuándo decides dónde brillo y dónde no? —mi voz salió más herida de lo que quería.
—Desde que me quedé hecho polvo cuando te fuiste —admitió sin rodeos, la mandíbula tensa—. Y ahora estás aquí, y es peor. Porque me acuerdo de todo. Y no puedo tenerlo.
Mi corazón se desmoronó dos pisos y medio.
Tomé aire. Mucho. Demasiado. Y luego lo solté, con la parte más vulnerable de mí al descubierto:
—También me quedé hecha polvo cuando me fui. Te juro que intenté olvidarte, pero todo el tiempo aparecías en mi mente. Un infierno.
Él parpadeó, sorprendido. Yo seguí, porque si empezaba a llorar me iba a arruinar la máscara de pestañas:
—No digo que esto sea fácil. No digo que sepamos qué hacemos. Pero podemos intentarlo. Probar. Ver si… —mi voz tembló— si podemos con la distancia.

Bruno apartó la mirada, respiró hondo… como un hombre que pelea contra su propio corazón porque tiene miedo de que esta vez duela más.
—Nunca sale bien —susurró.
Me levanté, rodeé la mesa y me coloqué a su lado. Le levanté la barbilla con dos dedos.
—¿Y si sí?
Nos quedamos así, mirándonos, suspendidos entre miedo y ganas… entre la ciudad y el campo… entre lo que queríamos y lo que aún no sabíamos permitirnos.
—Solo te digo una cosa —añadí, con media sonrisa peligrosa—: si te vuelvo a perder, que sea con fuegos artificiales, no con un "bueno, pues nada".
Bruno rió por fin, cansado, roto… enamorado.
—Contigo nunca va a ser "bueno, pues nada".
—Exacto —susurré—. Conmigo es "o todo… o todo".
El silencio se llenó de electricidad. De piel. De promesas no dichas.
Y entonces, muy despacio, él apoyó su frente contra la mía.

43

No tenía ni idea de qué iba a pasar, y mucho menos de qué iba a ser de nosotros. Mi cabeza entró en un bucle de esos que lo mastican todo hasta deformarlo. ¿Lo nuestro iba en serio? ¿Estábamos sintiendo lo mismo? ¿Habíamos llegado los dos al mismo punto… o solo me lo parecía porque yo ya tenía el corazón metido hasta el fondo?

Había intentado arrancarme de cuajo la idea de Bruno durante meses. Convencerme de que no volver a verlo era lo sensato. Lo adulto. Lo conveniente. Pero ahora que lo había tenido otra vez cerca, que lo había besado, tocado, escuchado decirme cosas que no sonaban a impulso sino a verdad, la posibilidad de no volver a tener nada con él se me hizo insoportable.

Y aun así, la realidad seguía ahí, sentada frente a mí con los brazos cruzados.

Madrid e Ibiza. Mi vida y la suya. Mis reuniones, mis prisas, mis tacones, mi sueldo obsceno. La finca donde trabajaba, la tierra, el sol pegando fuerte en la nuca, la cobertura de la Edad de Piedra.

¿Podíamos ser una pareja de verdad o aquello iba a quedarse en una historia preciosa y breve, una de esas que te parten por dentro precisamente porque nunca llegan a convertirse en vida cotidiana? ¿Era amor o solo un calentón monumental al que yo estaba poniendo un vestido de novia emocional?

Bueno, no voy a mentir: al principio había sido un calentón. Uno glorioso, además. De esos que te dejan las piernas temblando y la dignidad pidiendo asistencia sanitaria. Pero ahora ya no. Ahora lo que más me ardía no era el cuerpo. Era el corazón. Y bastante.

Bruno volvió a Ibiza y yo me quedé en mi hábitat natural: Madrid, ese ecosistema hostil donde una mujer puede triunfar

profesionalmente mientras se desmorona con una sonrisa y un café de especialidad en la mano.
Nos aferramos a lo que pudimos. Encontrábamos un hueco cada tarde para hacernos una videollamada. Bueno, "videollamada" era una forma muy optimista de llamarlo. Bruno solía conectarse desde una cafetería del pueblo porque en la finca la cobertura apenas daba para llamadas normales, y bastante hacía con no convertirse en robot cada vez que abría la boca. Así que nuestras conversaciones dependían de la paciencia del wifi, del camarero recogiendo tazas detrás de él y de que ninguno de los dos tuviera una reunión, una visita o una urgencia de última hora.
Ni siquiera teníamos margen para algo tan íntimo como el sexo telefónico. Y casi era peor. Porque no era solo que echara de menos acostarme con él; era que echaba de menos hablar sin mirar el reloj, reírnos sin cortes, sostenerle la mirada más de tres segundos sin que la pantalla se congelara con una expresión ridícula. Echaba de menos su presencia entera. Lo de follar era solo la parte más fácil de nombrar.
Los dos intentábamos no mirar al elefante en la habitación. Lo rodeábamos con conversaciones ligeras, con anécdotas del día, con fotos robadas del cielo de Ibiza o del atasco de la M-30, con un "ya veremos" que sonaba a parche barato. Pero el elefante seguía allí. Enorme. Inmóvil. Respirándonos en la nuca.
Ambos sabíamos cuál era la pregunta, solo que ninguno quería hacerla aún.
¿Cuánto tiempo puede sostenerse algo así sin que uno de los dos tenga que romper su vida por la mitad?
A veces, cuando colgábamos, me quedaba sentada en el sofá con el móvil aún en la mano, mirando la pantalla en negro como si pudiera devolverme su cara. El loft, que antes me parecía un trofeo, empezó a sentirse demasiado grande. Demasiado limpio. Demasiado silencioso. Como si todo encajara… menos yo .
Y lo peor no era la distancia. Lo peor era la sensación de que, por primera vez en muchísimo tiempo, tenía algo valioso entre las manos… y no sabía cómo evitar que se me escapara.

Bruno, en cambio, trataba de aparentar una calma que no me tragaba ni aunque me la sirviera con hielo y rodaja de limón. Lo notaba en sus silencios, en cómo a veces se quedaba mirándome a través de la pantalla como si quisiera decir algo y se lo pensara mejor, en ese tono suyo de hombre contenido que solo usa cuando está al borde de sentir demasiado.

Una tarde, después de una llamada especialmente breve porque yo tenía una cena con clientes y él debía madrugar al día siguiente para supervisar no sé qué movida de la finca, me dijo antes de colgar:

—Selena.

—¿Sí?

Hubo un segundo de silencio. Uno de esos silencios que no vienen vacíos.

—Te echo de menos de una forma bastante poco elegante.

La frase me atravesó entera. Sonreí, pero se me humedecieron los ojos.

—Yo también —contesté en voz baja—. Bastante poco elegante, de hecho.

Bruno bajó la mirada, se rascó la nuca y soltó una media sonrisa cansada.

—Es que esto no me está gustando nada.

Mi corazón dio un vuelco, porque por fin alguien había señalado al elefante.

Me incorporé en el sofá, notando cómo se me tensaba el cuerpo entero.

—¿El qué?

Él levantó la vista de nuevo.

—Esto de tenerte y no tenerte. Esto de saber que estás ahí, que lo nuestro es real… y no poder tocarte. No poder verte cuando me da la gana. No poder cogerte y plantarte delante para besarte cuando te pones borde.

Se me escapó una risa pequeña, emocionada.

—Qué romántico te ha quedado eso último.

—Ya, bueno, soy un poeta del campo. No me exijas demasiado.

Pero no sonreía de verdad. Y yo tampoco.

Porque, debajo de la broma, había algo más. Algo que empezaba a pedir sitio. Y esta vez supe que ya no íbamos a poder seguir fingiendo que no pasaba nada.
—Bruno… —empecé, con cuidado.
—No, déjame terminar —me cortó, suave—. No te estoy pidiendo nada. Todavía. No te estoy diciendo que lo dejes todo, o que yo lo deje todo, ni que tomemos decisiones a lo loco. Solo… no quiero que hagamos como si esto fuera fácil. Porque no lo es. Y porque tú me importas demasiado como para meterlo debajo de la alfombra hasta que reviente solo.
Tragué saliva. Ahí estaba. La verdad, desnuda, sin adornos.
Yo apoyé la espalda en el sofá y cerré los ojos un segundo. Cuando volví a abrirlos, seguía ahí. Él. Esperando.
—A mí tampoco me está resultando fácil —admití al fin—. De hecho, creo que me está costando bastante más de lo que pensaba.
Bruno no dijo nada. Pero su mirada cambió. Se suavizó.
Y entonces supe que aquella conversación, la de verdad, acababa de empezar.

Los días siguientes hice lo que mejor se me daba: diseccionar mi vida como si fuera una estrategia de empresa. Pros y contras. Riesgos y oportunidades. Pérdidas asumibles y pérdidas irreparables. Pero era imposible hacerlo sin que se me colara el corazón por medio.
Porque dejarlo todo por Bruno sonaba precioso en una novela. Pero la realidad venía con preguntas bastante menos sexis: ¿a hacer qué en Ibiza? ¿Teletrabajo? ¿Consultoría? ¿O terminaría convertida en "la novia de Bruno", flotando por la finca como un mueble caro completamente inútil?
No quería ser esa mujer. No quería renunciar a mí misma por amor. Pero tampoco podía engañarme: quedarme en Madrid, exactamente como estaba, tampoco parecía ya una victoria tan rotunda.

La pregunta no era solo qué perdería si me iba. La pregunta también era qué estaba perdiendo ya por quedarme.
Y eso cambiaba bastante las cosas.

La tarde siguiente, cuando Bruno me llamó, supe que no podía seguir esquivándolo.
Esta vez estaba dentro del coche, aparcado en algún sitio que no reconocí. La imagen temblaba un poco, pero al menos podía verle bien. Llevaba la camiseta pegada al cuerpo y la barba algo más descuidada que en Madrid. Parecía cansado. Muy guapo también, lo cual era bastante irritante.
—Tienes cara de haber pensado demasiado —dijo nada más verme.
Solté una risa sin humor.
—Porque he pensado demasiado.
Bruno apoyó el brazo en la ventanilla.
—Eso nunca trae nada bueno.
—Depende. A veces trae úlceras, a veces decisiones adultas.
Sonrió apenas, pero me observó con atención. Como si notara que esta vez no iba a salir con una broma y un "ya veremos".
Respiré hondo.
—He estado dándole vueltas a lo nuestro. A lo que implicaría… mover ficha de verdad.
Él no dijo nada. Solo se quedó quieto, escuchando.
—Y me he dado cuenta de una cosa —seguí—. Si alguna vez tomara una decisión así, no podría ser simplemente "dejarlo todo por amor". No puedo hacer eso, Bruno. No después de lo que me ha costado llegar donde estoy.
Su mirada se suavizó un poco.
—No quiero que lo hagas.
Parpadeé.
—¿No?
Negó despacio con la cabeza.
—No quiero que un día me mires y pienses que tiraste tu vida por la borda por mi culpa.
La frase me apretó algo dentro.
—Es que ése es mi miedo —confesé—. Todo lo que he construido… me ha costado muchísimo. Mi trabajo, mi independencia, mi sueldo, llegar a donde he llegado siendo mujer en un entorno donde siempre te exigen más… Me he dejado demasiadas cosas por el

camino. Incluso la salud, si te soy sincera. Y no sé si sería capaz de soltarlo todo sin romperme por dentro.
Bruno desvió la vista un instante, como si estuviera masticando cada palabra.
—Tiene sentido.
—Y luego está Ibiza —añadí—. Que me encanta, sí. Pero una cosa es sentirte en paz unos días y otra vivir allí de verdad. No sé si sabría adaptarme. No sé qué vida tendría. No sé si podría trabajar, si encontraría mi sitio, si acabaría sintiéndome fuera de lugar o dependiendo de ti. Y eso último me aterra.
Él volvió a mirarme. Esta vez muy serio.
—No permitiría eso.
—Ya, pero no depende solo de ti. Depende de cómo me sentiría yo.
Hubo un silencio breve. De esos necesarios.
—¿Y a qué conclusión has llegado? —preguntó al fin.
Me humedecí los labios antes de responder.
—A que no quiero tomar una decisión por miedo a perderte. Pero tampoco quiero seguir fingiendo que mi vida actual me encaja perfectamente, porque ya no es verdad. No sé si irme a Ibiza sería la respuesta… pero sí sé que necesito replantearme muchas cosas. Por mí. No solo por nosotros.
Bruno bajó la cabeza, soltó el aire y asintió muy despacio.
—Yo también he estado pensando.
Aquello me sorprendió menos de lo que debería.
—¿Sí?
Se recostó un poco en el asiento y se pasó la mano por la barba.
—Bastante más de lo que me gustaría admitir.
—Vaya. El capataz reflexiona.
—El capataz, además, tiene un grado en Derecho y un historial bastante serio de sobrepensar en silencio —replicó, arrancándome una sonrisa.
Pero enseguida se puso serio otra vez.
—He pensado en qué pasaría si tú vinieras. Y también en qué pasaría si fuera yo quien se moviera.
Se me tensó un poco el pecho.
—¿Tú has pensado en irte?

Tardó un segundo en contestar.
—Sí. Y no es tan fácil como podría parecer.
Su voz bajó un poco, volviéndose más íntima.
—Vicente… —empezó, y ya con solo nombrarlo entendí mucho—. No me gustaría dejarlo tirado. Sé que no es mi padre, pero… a estas alturas casi lo siento como si lo fuera. Me dio trabajo cuando yo estaba perdido, me sostuvo sin hacer preguntas, me dio una vida cuando no sabía qué hacer con la mía. Le debo mucho, Selena. Muchísimo.
Noté que se me ablandaba algo dentro al escucharlo.
—Lo sé.
—Y no es solo eso —continuó—. También me he preguntado si podría volver. Volver de verdad. A ejercer. A ponerme un traje todos los días, a vivir en una ciudad, a estar rodeado de ruido y gente y prisas. A veces pienso que sí. Que total, esa persona ya fui yo. Pero otras veces… no estoy tan seguro.
Tragó saliva antes de seguir.
—No sé si sabría adaptarme otra vez. No sé si me asfixiaría. No sé si sería capaz de volver a un mundo del que, en parte, me marché porque ya no podía más con él.
Ahí estaba también su miedo. No a dejar un trabajo, sino a regresar a una versión de sí mismo que quizá ya no existía.
—Supongo que estamos igual —murmuré.
Él esbozó una media sonrisa triste.
—Sí. Solo que tú tienes miedo de desaparecer dentro de mi vida, y yo tengo miedo de volverme a perder dentro de la mía anterior.
La frase se quedó suspendida entre nosotros.
Y tuvo tanta verdad que durante unos segundos no supe qué decir.
—Qué panorama tan sexy tenemos —intenté bromear, porque si no lo hacía me iba a echar a llorar.
Bruno soltó una risa breve, cansada.
—Ya ves. Dos personas enamoradas y aterradas. Súper estimulante.
Sonreí, pero con un nudo en la garganta.
—Entonces, ¿qué hacemos?
Él se quedó mirándome un momento largo. No como quien busca una respuesta rápida, sino como quien entiende por fin que algunas

cosas no se resuelven de una sentada.
—De momento, no tomar una decisión drástica desde el pánico —dijo al fin—. Ni tú dejes tu vida mañana, ni yo me plante en Madrid con una corbata y una crisis de identidad. Pero tampoco seguir haciendo como si esto se fuera a resolver solo.
Asentí despacio.
—Eso suena razonable.
—Y bastante poco romántico —añadió.
—Lo cual, siendo sinceros, probablemente juegue a nuestro favor.
Bruno sonrió de verdad entonces. Esa sonrisa suya, pequeña pero demoledora.
—Podemos empezar por una cosa —dijo.
—¿Cuál?
—Pensar en cómo acercar nuestras vidas sin que ninguno tenga que amputarse media alma por el camino.
Lo miré en silencio.
Y por primera vez desde Madrid no sentí que estuviéramos chocando contra un muro, sino tanteando una puerta.

44

No hubo una gran conversación definitiva ni una escena dramática en la que uno de los dos dijera *hasta aquí*. Ni siquiera una pelea.
Lo nuestro murió de una forma mucho menos cinematográfica y bastante más cobarde: a base de darle demasiadas vueltas.
Durante las primeras semanas después de Madrid, todavía nos aferramos a la ilusión de que hablarlo todo con la madurez de dos adultos iba a servir de algo. Como si poner las cartas sobre la mesa bastara para algo.
Hablábamos de ello. Mucho. Demasiado. De las opciones. De lo que cada uno podría ceder sin perderse del todo. De lo que no sería justo pedir. De lo que, en teoría, haría una pareja que se quiere.
Y cuanto más lo hablábamos, menos claro quedaba nada.
Yo intentaba ser sensata. Bruno también. El problema era que la sensatez, en nuestro caso, parecía empeñada en comportarse como una trituradora industrial.
Sobre el papel, ninguna solución terminaba de sostenerse. Que yo me fuera implicaba dejar todo lo que me había costado años construir. Que él se moviera significaba abandonar a Vicente, la finca y la única paz que había conocido. Y ninguno se atrevía a pedirle al otro que cediera, porque ambos sabíamos lo que eso costaba.
Así que ahí estábamos: dos personas maduras y enamoradas, analizando todas las variables hasta dejar el sentimiento reducido a una hoja de Excel emocional.
Parálisis por análisis.

Qué expresión tan fea y qué bien definía lo nuestro.
Al principio seguíamos llamándonos cada tarde. O casi.
Yo buscaba un hueco entre reuniones. Bruno se escapaba a la cafetería del pueblo para poder pillarme con algo de cobertura

decente. Pero las llamadas empezaron a llenarse de cosas que no decíamos.
Yo le hablaba de una campaña nueva, de un cliente imposible, del caos de Madrid. Él me contaba una avería, una tormenta, algo de la cosecha, alguna anécdota con Du. Sonreíamos. Hacíamos bromas. Incluso a veces nos reíamos de verdad.
Y, sin embargo, el elefante seguía allí.
Cada silencio duraba un poco más de la cuenta. Cada "te echo de menos" pesaba un poco más. Cada despedida se parecía peligrosamente a una renuncia en miniatura.
Hubo una llamada en particular que todavía recuerdo con una claridad asquerosa.
Yo estaba sentada en el sofá del loft, descalza, con la luz de la ciudad entrando a trozos por los ventanales. Él estaba en el coche, aparcado no sé dónde, porque la cafetería había cerrado antes por no sé qué fiesta del pueblo. Nos habíamos pasado media hora hablando de nada. De auténtica nada. Un par de bromas, una historia absurda sobre una clienta histérica, una mención a Eulalia, al tiempo, al cansancio.
Y entonces, de repente, se hizo un silencio.
Uno largo. Denso. Sin sitio donde apoyarse.
Bruno miró hacia otro lado. Yo fingí recolocarme el pelo.
—Bueno… —dije al final, odiándome un poco por sonar tan ajena—. Mañana madrugo muchísimo.
Él asintió despacio.
—Sí. Yo también.
Ninguno colgó.
—Selena… —empezó.
Levanté la vista enseguida.
—¿Sí?
Pero negó con la cabeza, muy levemente. Como si lo que fuera a decir costara demasiado para acabar no arreglando nada.
—Nada.
Recuerdo la rabia que me dio esa palabra. Nada.
Como si nuestro problema fuera tan pequeño que pudiera esconderse detrás de un *nada*. Como si bastara seguir un día más

así para que no pasara factura.
—Vale —contesté yo, y mi voz sonó más fría de lo que pretendía—. Entonces hablamos.
—Sí. Hablamos.
Colgué y me quedé mirando el móvil con la sensación de haber perdido algo importante sin saber exactamente en qué segundo había sucedido.
Después de esa llamada, todo empezó a encogerse.
Ya no hablábamos cada tarde. A veces eran mensajes rápidos, funcionales, casi ridículos para todo lo que habíamos sido unos meses antes.
¿Qué tal el día?
Bien, liado. ¿Y tú?
También.
Descansa.
Tú también.
Qué manera tan triste de irle arrancando la carne a algo vivo.
A veces uno de los dos proponía una videollamada, pero ya no era lo mismo. En cada conversación planeaba la constatación de que seguíamos queriéndonos y, aun así, seguíamos sin mover ficha. Ni él iba a pedirme que renunciara a mi vida, ni yo iba a pedírselo a la suya.
Y esa generosidad mal gestionada nos estaba matando.
Lo nuestro se fue apagando en una zona tan gris que un día, sencillamente, ya no supimos si seguíamos dentro o fuera.
Recuerdo el último mensaje que me mandó.
No el último de todos, porque después habría algún "feliz cumpleaños" y alguna reacción suelta a una story, de esas que no significan nada y lo significan todo. Me refiero al último mensaje de verdad.
Espero que todo te esté yendo bien. De verdad.
Eso fue todo.
Ni un "te echo de menos", ni un "pienso en ti", ni un "ojalá".
Solo esa frase correcta, limpia, casi elegante.
La leí varias veces. La respuesta que envié fue igual de cobarde.
Igualmente, Bruno. Cuídate mucho.

Qué par de gilipollas.
Después de eso, el tiempo hizo lo que mejor sabe hacer: siguió adelante sin pedir permiso.
Pasaron las semanas. Luego los meses. Y, sin darme cuenta, pasó un año y medio.
Un año y medio en el que funcioné casi en automático.
Seguí trabajando. Cosechando éxitos. Encadenando campañas, reuniones, viajes, cenas, presentaciones, objetivos cumplidos. Mi vida, vista desde fuera, seguía siendo impecable. Incluso mejor. Más sólida. Más admirada. Más rentable.
Yo también seguía funcionando. Me levantaba. Trabajaba. Respondía correos. Sonreía cuando tocaba. Iba al gimnasio a veces, tomaba matcha, fingía interés por las conversaciones adecuadas, me compraba cosas que no necesitaba, dormía regular, volvía a empezar.
Una vida perfectamente engrasada y completamente anestesiada.
No estaba destrozada. Estaba peor: estaba adormecida.
Como si una parte de mí hubiera decidido bajar el volumen para no escuchar demasiado fuerte la ausencia de lo que no me atreví a vivir.
Pensaba en él de una forma subterránea, persistente, como se piensa en una canción que no suena y, aún así, sigue ahí, debajo de todo. A veces era una tontería: el olor de la tierra mojada en una maceta del portal, una camisa remangada en un desconocido, una frase sobre Ibiza, una mirada en un restaurante. Y de pronto, sin aviso, algo tiraba de mí hacia un lugar al que ya no podía volver sin reconocerme un poco idiota.
Nunca supe si a él le pasó igual. Supongo que sí. O quizá me lo invento para que duela menos.
Hubo días en que me pregunté qué habría pasado si uno de los dos hubiera sido un poco más valiente. O un poco menos razonable. Si en vez de tanto respeto y tanto miedo a perjudicarnos hubiéramos sido capaces de elegirnos aunque fuera mal, aunque fuera difícil, aunque fuera imperfecto.
Y entonces, una mañana cualquiera, mientras me preparaba para otra jornada perfectamente organizada de mi vida perfectamente funcional, sonó el teléfono.

Miré la pantalla y fruncí el ceño. Eulalia.
El corazón me dio un vuelco tan brusco que se me aflojaron las piernas antes incluso de descolgar.
—¿Sí?
Al otro lado, su respiración tembló.
Y antes de que dijera una sola palabra, lo supe.

45

Cuando llegué al tanatorio, me quedé unos segundos dentro del taxi, con las manos agarradas a mi bolso y el corazón a mil. Afuera, el mundo seguía avanzando con una normalidad que me resultó ofensiva. Un coche entrando en una rotonda, dos señoras cruzando la calle con bolsas, un hombre hablando por teléfono como si nada.
Y, sin embargo, Vicente ya no estaba.
Me costó salir. Me costó cerrar la puerta. Me costó caminar hasta la entrada con la sensación absurda de que llegaba tarde a algo más grande que un entierro. Como si en aquel año y medio no solo me hubiera perdido a Bruno, sino también una parte de aquella familia improvisada que me había acogido sin hacer demasiadas preguntas.
Nada más entrar, me golpeó ese olor tan particular de los tanatorios: a pena limpia, peinada, casi administrativa.
Vi primero a Eulalia. Estaba sentada, vestida de oscuro, con los ojos hinchados y la espalda recta. Había en ella una dignidad antigua, de mujer acostumbrada a seguir sosteniéndolo todo incluso cuando por dentro ya no queda nada en pie. En cuanto me vio, se llevó una mano al pecho.
—Ay, hija…
No me dio tiempo a decir nada. Se levantó y me abrazó con esa fuerza inesperada que tienen algunas personas pequeñas cuando el dolor les sale del alma. Yo cerré los ojos un segundo y me dejé apretar.
—Lo siento muchísimo, Eulalia —le susurré.
—Gracias por venir. Gracias de verdad.
Al separarnos, me acarició la mejilla como si todavía me recordara. Y aquella caricia, tan sencilla, me apretó algo dentro.
Fue entonces cuando vi a Jaime.

Estaba un poco más apartado, hablando con un hombre mayor al que asentía sin escucharlo realmente. Lo recordaba más desenvuelto, más ligero, con ese punto descarado y simpático que parecía irle de serie. Pero allí tenía la cara desencajada, los ojos enrojecidos y una rigidez rara en los hombros, como si no supiera muy bien qué hacer con tanto dolor junto. Aun así, en cuanto me reconoció, su expresión cambió.
No sonrió del todo, pero sí se le suavizó la cara con una mezcla extraña de sorpresa, alivio y gratitud.
—Selena… —dijo, acercándose.
Me dio dos besos lentos, torpes, como si el cuerpo se le hubiera olvidado un poco de tanto recibir abrazos de pésame.
—Lo siento muchísimo, Jaime.
Tragó saliva antes de responder.
—Gracias por venir.
Aquel "gracias por venir" fue pequeño, pero sincero. Y me conmovió más de lo que esperaba. Porque en Jaime había algo de niño huérfano en ese instante, aunque fuera un hombre hecho y derecho. Algo descolocado. Más desnudo.
Y entonces pasó.
Le vi mirar por encima de mi hombro, hacia la puerta lateral de la sala. Seguí la dirección de sus ojos y vi a Bruno entrando desde el otro extremo del pasillo.
Se quedó quieto al vernos. No a mí. A Jaime.
Fue un segundo muy breve, pero lo sentí entero. Como si el tiempo se hubiera tensado. Como si los años sin decirse ciertas cosas hubieran subido de golpe a la superficie.
Jaime también se quedó inmóvil. Los dos se miraron con una dureza que no tenía nada de hostil, sino de contenida. Era la mirada de quienes comparten demasiada historia y demasiado daño.
Yo recordaba perfectamente la grieta entre ellos. Las asperezas. Los silencios. Durante mucho tiempo había parecido que entre Bruno y Jaime siempre habría una distancia imposible de salvar.
Pero la muerte tiene una forma brutal de barrer lo accesorio.
Bruno fue el primero en moverse. Dio un paso hacia él. Luego otro. Sin prisa, sin teatralidad. Jaime hizo lo mismo. Ninguno dijo nada. Y,

de pronto, cuando estuvieron uno frente al otro, se abrazaron.
No fue el típico abrazo breve e incómodo entre hombres que no saben tocarse. Fue un abrazo de verdad. Sólido. Necesario.
Jaime cerró los ojos al apretar a Bruno, y Bruno le hundió una mano en la espalda con una fuerza casi desesperada, como si en ese gesto estuvieran sellando no solo el dolor de aquella pérdida, sino también todos los años de orgullo, rabia, que los habían mantenido a distancia.
Sentí un nudo violentísimo en la garganta.
Porque en ese abrazo había pena, sí, pero también algo parecido a una tregua. A un perdón sin palabras. A la comprensión repentina de que ya no quedaba tiempo para seguir castigándose por errores viejos.
Jaime fue el primero en apartarse, aunque no del todo. Se quedó con una mano en el hombro de Bruno, mirándolo de frente, con los ojos húmedos.
—Lo siento muchísimo, tío —dijo con la voz rota.
Bruno tragó saliva. Tenía la mandíbula tan tensa que parecía dolerle.
—Yo también.
Solo eso. Pero sonó a mucho más.
A mí me impresionó de una forma difícil de explicar. Quizá porque, en mitad de tanta pérdida, verlos así me recordó que todavía había cosas que podían repararse. Aunque fuera tarde para Vicente. Aunque fuera a golpes de duelo.
Fue entonces cuando Bruno levantó la vista y me vio.
Y el aire cambió por completo.
Se quedó quieto. Yo también.
Apenas habían pasado unos segundos desde aquel abrazo con Jaime, pero algo en su cara seguía abierto, expuesto. Tenía los ojos brillantes, la barba más larga que la última vez que lo vi y una expresión agotada que me partió por la mitad.
Durante un instante, ninguno de los dos hizo nada.
Yo solo podía mirarlo y pensar que había pasado un año y medio. Un año y medio de silencios prudentes, de llamadas cada vez más cortas, de no molestar, de no pedir, de no ceder, de no elegir. Y, aun

así, bastó verlo allí para que todo lo que llevaba dormido dentro de mí despertara de golpe.
Bruno empezó a caminar hacia mí.
No rápido. No con esa urgencia torpe de las películas en las que parece que todo el mundo va a echarse a correr de un momento a otro. No. Caminó despacio.
Yo tampoco me moví. No porque no quisiera. Porque no sabía cómo hacerlo.
No sabía si sonreír era una falta de respeto. Si abrazarlo era invadir un territorio que ya no me pertenecía. Si, después de todo lo que no habíamos sido capaces de sostener, tenía derecho a cruzar esa distancia como si nada.
Cuando llegó hasta mí, se detuvo a menos de un metro.
De cerca estaba aún más cambiado. Tenía ojeras oscuras, la piel algo más curtida, la barba más cerrada. Y, sin embargo, seguía siendo él. Tan él que me hizo daño. Seguía teniendo esa forma de mirarme como si apartara de un manotazo todo lo accesorio y llegara directamente al sitio donde más vulnerable me sentía. Solo que ahora esa mirada estaba empañada por algo más áspero. Más roto.
—Selena —dijo.
Mi nombre en su voz me atravesó de arriba abajo. Grave. Cansada. Más baja de lo habitual, como si las últimas horas le hubieran limado los bordes.
—Hola, Bruno.
Qué palabra tan estúpida para un momento así. *Hola.* Como si no hubieran pasado dieciocho meses. Como si no hubiera noches enteras en medio. Como si no siguiera recordando perfectamente cómo se sentían sus manos en mi cuerpo.
Bruno bajó la vista un segundo, apenas un segundo, y volvió a levantarla.
—No pensaba que vendrías.
No lo dijo con reproche. Ni siquiera con sorpresa. Lo dijo como quien ya no se permite esperar demasiado de nadie porque la vida acaba de recordarle que no tiene ninguna obligación de portarse bien.

Sentí un pellizco en el pecho.
—Yo tampoco sabía si debía hacerlo —admití, porque en aquel momento mentir me pareció absurdo—. Pero… no podía no venir.
Algo tembló en su expresión. No llegó a ser una sonrisa. Fue más bien una grieta. Una rendija diminuta en mitad del agotamiento.
—Gracias —murmuró.
Y fue la forma en que lo dijo. No como se agradece una visita. Lo dijo como quien llevaba demasiado tiempo sosteniendo el peso de todo y, de pronto, nota que alguien ha venido a agarrar un extremo aunque solo sea un momento.
Tragué saliva.
—Lo siento muchísimo, Bruno.
Se hizo un silencio muy breve. Tan breve que casi no existió. Pero dentro de ese silencio él parpadeó despacio, y yo vi con una claridad brutal el esfuerzo que le estaba costando mantenerse entero.
—Ha sido… —empezó, pero la frase se le quedó rota a mitad—. Joder.
No terminó. No hizo falta.
Yo di un paso hacia él sin pensarlo demasiado. Muy pequeño. Casi una prueba. Como si le estuviera dejando a él la posibilidad de decidir si esa cercanía era un alivio o una molestia.
Bruno me miró un instante, y entonces hizo algo que me desmontó por completo: levantó una mano y la apoyó en mi brazo, justo por encima del codo, con una suavidad completamente ajena al tamaño de sus manos. No era un gesto posesivo ni torpe. Era casi una comprobación. Como si necesitara verificar que estaba tocando a alguien real. Que yo estaba allí. Que no se estaba inventando mi presencia para soportar mejor aquella mañana.
—Ven —murmuró.
Me llevó hacia una parte más apartada del pasillo, lejos del murmullo de las voces, de las sillas alineadas, del sonido de una cafetera al fondo. Allí la luz entraba por una ventana alta y todo parecía un poco más desnudo. Más verdadero.
Nos quedamos frente a frente.
Y volví a no saber qué hacer.

No sabía si preguntarle cómo estaba, porque era la pregunta más absurda del universo. No sabía si decir algo bonito, algo útil, algo que pudiera sostenerle un poco sin sonar prefabricado. Y por una vez, Selena la eficaz, Selena la de las reuniones difíciles y las frases exactas, no tenía ni una sola herramienta que sirviera para aquello.
Bruno pareció darse cuenta.
Abrió apenas los brazos. Nada exagerado. Un gesto mínimo, torpe incluso. Casi como si a él también le diera miedo pedir más de la cuenta.
Y entonces ya no hubo duda posible.
Me lancé a abrazarlo.
Lo rodeé por la cintura y apoyé la cara contra su pecho, y en cuanto noté la presión de sus brazos cerrándose alrededor de mí entendí que él también lo necesitaba más de lo que iba a decir jamás. Me abrazó fuerte. Muchísimo. Con una fuerza contenida de quien lleva horas, quizá días, aguantando sin permitirse venirse abajo del todo. Hundió la barbilla junto a mi sien y soltó el aire de golpe.
Cerré los ojos.
Ahí estaba otra vez. El olor a su piel. A jabón. A campo. El lugar exacto en el que mi cabeza encajaba debajo de su barbilla. Noté cómo una de sus manos subía por mi espalda y se quedaba quieta entre los omóplatos, extendida, cálida, firme, como si quisiera sujetarme entera.
—Se ha ido —susurró.
Tan bajo que apenas lo oí.
Esas tres palabras me atravesaron con una violencia extraña. No solo porque hablaban de Vicente. También porque, en boca de Bruno, sonaban a todo lo que uno cree que puede seguir aplazando hasta que un día descubre que ya no.
Me aparté lo justo para verle la cara. Tenía los ojos vidriosos. La mandíbula apretada. Una expresión de desamparo brutal que nunca antes le había visto. Bruno siempre había tenido algo de roca. Hasta roto, incluso. Pero allí, en ese pasillo, con la camisa oscura y las ojeras marcadas, parecía de pronto mucho más joven. Mucho más cansado. Mucho más solo.

Le llevé una mano a la mejilla sin pensarlo. Fue un gesto completamente instintivo. Los dedos me rozaron la barba áspera y sentí cómo él cerraba los ojos apenas un segundo, como si aquella caricia le hubiera tocado un sitio especialmente frágil.
—Lo sé —le dije.
Bruno tragó saliva.
—Por la noche estaba bien. —Su voz salió rota, vacía de cualquier pose—. Cansado, pero bien. Y por la mañana…
Se pasó una mano por la cara, molesto consigo mismo. Pero yo no vi debilidad. Vi algo mucho más íntimo: la confianza involuntaria de quien ya no tiene fuerzas para fingir.
—No me dio tiempo a nada —añadió al cabo de un momento—. Ni a despedirme. Ni a… joder, ni siquiera a pensar que tenía que despedirme.
Sentí un nudo violentísimo en la garganta.
—Nadie piensa nunca que va a tener que hacerlo ese día.
Bruno soltó una risa ínfima, sin humor.
—Ya. Pero eso no lo hace menos hijo de puta.
No supe qué responder. Porque tenía razón. La muerte tenía algo obsceno, algo profundamente maleducado. Llegaba sin avisar y luego te dejaba allí, en mitad de una mañana cualquiera, con todas las frases no dichas convertidas en ruinas.
Nos quedamos en silencio. Un silencio distinto a los de antes. No incómodo. No prudente. Un silencio lleno de verdad.
Al fondo se oían pasos, voces bajas, el tintineo de una cucharilla contra una taza. Pero en aquella esquina solo estábamos él y yo y todo lo que el tiempo no había conseguido borrar.
Fue Bruno quien volvió a hablar.
—No sabes la de veces que he pensado en llamarte de verdad. —No me miró al decirlo; tenía la vista clavada en algún punto de mi hombro—. No con una mierda correcta. Llamarte de verdad. Decirte que estaba harto. Que te echaba de menos. Que…
Se interrumpió y apretó la mandíbula.
Yo sentí que el corazón se me contraía con una lentitud dolorosa.
—Yo también pensé en hacerlo.

Entonces sí me miró. Y en esa mirada había cansancio, duelo, incredulidad… y también algo peligrosamente vivo. Algo que no se había muerto con la distancia.
—Y no lo hicimos —dijo.
Negué con la cabeza muy despacio.
—No.
—Somos idiotas.
Se me escapó una risa pequeña y rota al mismo tiempo.
—Bastante.
Durante un segundo, la comisura de sus labios se movió. Apenas. La sombra de una sonrisa en mitad de todo aquello. Y fue tan hermosa y tan triste que tuve que contener las ganas de volver a abrazarlo.
Pero no hizo falta contenerlas demasiado. Porque fue él quien volvió a acercarse. No hasta besarme. Ni siquiera hasta rozarme la frente. Solo lo justo para que el espacio entre nosotros dejara de parecerme soportable.
—No sé qué hacer con todo esto hoy —confesó en voz baja—. Con él. Con la casa. Con Eulalia hecha polvo. Con Jaime. Con… verte aquí.
Esa última parte me la dijo casi como si se le hubiera escapado.
Yo noté cómo algo dentro de mí se rendía. No de deseo, no todavía. De claridad.
—Hoy no tienes que hacer nada conmigo —le respondí—. Solo dejarme estar.
Bruno cerró los ojos un instante. Al abrirlos, estaban más brillantes.
—Eso ya es mucho.
Y entonces, sin saber muy bien de dónde me salió la certeza, entendí algo que me dejó casi sin aire: que en ese año y medio yo había seguido viviendo, sí, pero de una forma amortiguada. Como si una parte esencial de mí hubiera aceptado funcionar a medio gas con tal de no enfrentarse a la magnitud de lo que había perdido por no atreverse a elegir.
Miré a Bruno. A su dolor. A su cansancio. A sus manos enormes, quietas a ambos lados del cuerpo. A la fisura evidente que había dejado la muerte de Vicente.

Y pensé en Vicente. En que no volvería a verlo jamás. Nunca. Ni una comida más, ni una frase más, ni una mirada de esas que parecían saber más de la gente de lo que decían en voz alta. Se había ido mientras dormía, sin escándalo, sin despedidas, y lo único que quedaba ahora era el hueco.
Un hueco irreversible.
La idea me golpeó por dentro con una violencia casi física. Vi la posibilidad de seguir haciendo lo mismo: aplazarlo todo… hasta que fuera demasiado tarde.
Bruno debió de notar algo en mi cara, porque frunció levemente el ceño.
—¿Qué pasa?
Negué con la cabeza. Algo se estaba recolocando dentro de mí con la fuerza silenciosa de una placa tectónica.
—Nada —susurré. Y luego rectifiqué, porque ya no quería seguir escondiéndome detrás de esa palabra miserable—. Bueno… no. No es nada. Es solo que…
La voz se me deshizo un poco.
Bruno esperó. No me apremió. No me salvó la frase. Solo esperó.
Respiré hondo.
—Es solo que de repente me he dado cuenta de lo corta que puede ser la vida cuando le da la gana. Y de lo idiota que es vivir como si siempre quedara tiempo.
Él no respondió enseguida. Pero su mirada cambió. Se volvió aún más quieta. Más honda. Como si hubiera entendido perfectamente que yo no estaba hablando solo de Vicente.
Ni de él. Ni de mí. Sino de todo lo que habíamos dejado pudrirse por no saber cómo sostenerlo.
Bruno alargó la mano despacio y me apartó un mechón de pelo de la cara. El gesto fue pequeño, pero me hizo temblar por dentro de una forma obscena para el lugar en el que estábamos. No por deseo. O no solo. Por memoria. Por ternura. Por reconocimiento.
—Quédate unos días —me dijo, con una voz tan baja que parecía una confidencia—. No para decidir nada. No para arreglar nada hoy. Solo… quédate.

Sentí que el pecho se me llenaba de algo espeso, caliente, dolorosamente parecido al alivio.
Asentí.
—Sí.
Fue una palabra pequeña. Pero en mi cabeza sonó como la primera decisión real que tomaba en muchísimo tiempo.
Alguien llamó su nombre desde el otro extremo del pasillo. Eulalia. La voz rota, cansada. Bruno cerró los ojos un instante y soltó el aire.
—Tengo que…
—Ve —le dije—. Estoy aquí.
Me miró un segundo más. Largo. Intensísimo. Como si quisiera grabarse esa imagen para cuando volviera a sentirse a punto de romperse.
—Gracias, Selena.
Esta vez no respondí con palabras. Solo le apreté la mano.
Y cuando se alejó por el pasillo, yo me quedé mirándole con una claridad brutal latiéndome en el pecho: perder a Vicente había abierto algo irreparable, sí, pero también había arrancado de cuajo la última venda con la que yo me había empeñado en taparme los ojos.
Ya no quería seguir sobreviviendo a medias. Ya no quería volver a mirar a alguien irse, a la vida, al tiempo, a la distancia, pensando que quizá mañana habría otro momento.
Porque a veces no lo hay.
Y por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, sentí que dentro de mí algo se estaba despertando de verdad.

46

En el entierro vi a todos mis compañeros de aquel verano: Ahmed, Du, Pepe… Como si nada hubiera cambiado y, al mismo tiempo, hubiera cambiado absolutamente todo. Vicente no estaba, y esa ausencia lo alteraba todo, incluso lo que seguía aparentemente intacto.

Cuando terminó el entierro, Bruno estaba completamente perdido. Se le veía en la forma de mirar sin terminar de enfocar nada, en cómo respondía por inercia, en esa rigidez de quien aún no ha asimilado el golpe. Había perdido a Vicente y, con él, también se desmoronaba la estructura de vida que había sostenido durante los últimos años. La finca iba a pasar a manos de Jaime, su hijo, y de pronto el destino volvía a empujarlo hacia un cruce de caminos que creía ya enterrado.
¿Quedarse en la isla y buscar trabajo como capataz en otra finca? ¿Volver a Barcelona y retomar su antigua vida? ¿Mudarse a Madrid y empezar de cero?
—¿Dónde… dónde te alojas? —me preguntó Bruno, con la voz cansada, como si hasta formular esa pregunta le costara esfuerzo.
—Estoy en un hotel del pueblo.
Se pasó una mano por la nuca y soltó el aire.
—Joder… Te invitaría a venir conmigo, pero ahora mismo… no es mi casa, no… Dios…
Lo dijo tan descolocado, que me enterneció más de lo que debería.
—Eh, tranquilo —le dije enseguida—. No tienes que preocuparte por nada.
Eulalia, que seguía abrazada con cariño al brazo de Bruno, levantó la cabeza.

—Boixa, ya puedes coger tus bártulos y venirte a casa. Vicente no habría permitido ni loca que no estuvieras allí.
Bruno apretó la mandíbula.
—Pero Vicente no está y yo no…
—Selena —interrumpió Jaime, entrando en la conversación con una firmeza inesperada—, de ninguna manera vas a quedarte en un hotel. Vas a venir a casa, ¿de acuerdo? Seguro que Eulalia puede prepararte una habitación. Y tranquila… —añadió, mirándome con media sonrisa—, no me refiero a tu loft.
Sonreí, agradecida, y tiré del humor porque, si no, me echaba a llorar allí mismo.
—Vaya, no sabes la de veces que he soñado despertarme con el canto de Ramón…
Jaime frunció el ceño.
—¿Ramón?
—El gallo. Se llama Ramón.
Me miró como si estuviera completamente ida de la cabeza.
—Claro. Por supuesto que el gallo tiene nombre.
—Y personalidad —añadí, muy seria.
Eso logró arrancarle a Bruno una sonrisa mínima. Apenas un gesto cansado, pero suficiente para que algo dentro de mí se aflojara.

Cuando llegamos a la finca, el silencio reinaba de una forma extraña. Todo estaba en su sitio y, sin embargo, nada parecía estarlo del todo. Había una quietud que no consolaba, solo recordaba.
Pero Jaime se empeñó en romperla.
—Eh, no quiero ver a nadie con caras largas, ¿vale? —dijo al entrar, dejando las llaves sobre la mesa—. Eulalia, ni se te ocurra hacer nada. He pedido unas pizzas y, en cuanto me llamen para decirme que no suben hasta aquí por culpa del camino, iré a recogerlas.
—Te acompaño —añadió Bruno casi al instante.
Jaime asintió, agradecido, y los dos salieron de nuevo con una complicidad reciente, todavía torpe.
Cuando nos quedamos solas Eulalia y yo en la cocina, se hizo un silencio breve. Ella abrió un armario, sacó unos vasos, luego los

volvió a dejar donde estaban, como si no supiera qué hacer con las manos ahora que ya no tenía a quién cuidar de la misma forma.
Entonces suspiró y dijo en voz baja:
—Vicente ha tenido que irse para que estos dos retomaran su amistad… Hay que ver cómo es la vida.
Tenía los ojos brillantes, pero no lloraba. Era un brillo resignado, como de alguien que ya sabe que hay verdades que llegan tarde, pero llegan igual.
—A veces tiene un sentido del humor bastante cruel —murmuré.
Eulalia soltó una pequeña risa nasal, de ésas que nacen mezcladas con tristeza.
—Ya te digo.
Se apoyó en la encimera y me miró de lado.
—A Bruno le ha hecho mucho bien volver a abrazar a Jaime. Muchísimo más de lo que él mismo sabe. Es muy cabezota, ya lo conoces… pero llevaba demasiados años haciéndose el fuerte con cosas que le dolían de verdad.
Bajé la mirada, acariciando distraída el borde de un vaso.
—Sí. Eso no ha cambiado nada.
Eulalia se quedó callada un momento. Luego sonrió apenas.
—Ni tú tampoco.
Levanté la cabeza.
—¿Perdona?
—Ay, hija, no me hagas hablar de más en un día como hoy —respondió, pero ya era tarde—. Solo digo que te ha mirado entrar como si acabara de ver un milagro en mitad del tanatorio.
Sentí un calor absurdo subiéndome al pecho. En cualquier otro contexto habría soltado una réplica rápida, una ironía elegante, cualquier cosa para quitarle hierro. Pero allí, en aquella cocina donde todavía flotaba la ausencia de Vicente, no me salió esconderme.
—Ha pasado mucho tiempo, Eulalia.
—Ya. Pero hay cosas que no entienden de tiempo.
La frase se me quedó dentro.
Fuera, a través de la ventana, vi cómo la luz empezaba a apagarse despacio sobre la finca. El cielo se teñía de un azul cada vez más gris, y por un momento todo se quedó suspendido en esa hora rara

en la que el día no termina de irse y la noche aún no se atreve a entrar del todo.
—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Eulalia, de espaldas a mí, mientras colocaba platos sin necesitarlos realmente—. Que una cree que ciertas personas van a estar siempre. Que ya habrá momento de decirles las cosas, de arreglar lo pendiente, de sentarse con calma… Y luego va la vida y decide por su cuenta.
Me quedé en silencio, porque cualquier respuesta habría sonado pequeña.
Y, mientras escuchaba el leve traqueteo de los platos y el rumor del viento fuera, sentí de nuevo esa certeza que me había golpeado en el tanatorio: que llevaba un año y medio viviendo dormida. Cumpliendo. Funcionando. Pero viviendo de verdad, no.
La puerta se abrió al cabo de unos minutos y entraron Bruno y Jaime, hablando de algo trivial, como si ambos necesitaran refugiarse un rato en la logística para no pensar en lo irreversible.
Bruno levantó la vista y me encontró al otro lado de la cocina.
Solo fue un segundo. Pero en ese segundo estuvo todo.
El cansancio. La pena. La memoria. Y algo más. Algo peligrosamente intacto.
Entonces supe que quedarme allí unos días no iba a ser solo acompañar un duelo.
Iba a ser, también, enfrentarme por fin a todo lo que llevaba demasiado tiempo evitando.

47

Si durante el funeral me había bastado un segundo de lucidez brutal para quitarme por fin la venda de los ojos y decidir que quería darme una oportunidad, darnos una oportunidad, en cuanto Bruno confesó que no tenía ni idea de qué iba a ser de él ahora que Vicente había muerto, todo volvió a enredarse.

Porque una cosa era llegar a la conclusión de que yo ya no quería seguir viviendo a medias. Y otra muy distinta era asumir que la vida de Bruno también acababa de saltar por los aires.

Quedaba pendiente una conversación entre nosotros, sí. Pero antes había otra más urgente: la que Bruno tenía que tener con Jaime. Y no tardó en asomar, durante la cena.

La velada estaba siendo sorprendentemente distendida. Las pizzas abiertas sobre la mesa, los vasos de vino, el cansancio compartido y la ausencia de Vicente flotando entre nosotros. Hablamos de él. De anécdotas. De lo paciente y sabio que era. De lo duro que había trabajado siempre, y cómo ese trabajo duro lo exigía a los demás, aunque en los últimos años había dejado esa tarea en manos de Bruno.

Pero entonces, en uno de esos silencios que se abren solos cuando ya se ha dicho demasiado o demasiado poco, Bruno dejó el vaso sobre la mesa y habló.

—¿Y ahora qué?

No levantó mucho la voz. La pregunta cayó sobre la cena con el peso de una piedra.

—Supongo que por fin podrás llevar a cabo tu proyecto de hotel boutique o agroturismo… —añadió, mirando a Jaime—. Nunca tuve del todo clara la idea que tenías. No sé si quieres seguir explotando la finca o cambiarlo todo.

Jaime lo escuchó sin interrumpirlo. Se quedó callado unos segundos, girando despacio el vino dentro del vaso, con la mirada fija en el líquido oscuro. Luego dio un sorbo y dejó el vaso sobre la mesa.
—Te pediría, por favor, que esperáramos a mañana para decidir cosas —dijo al fin—. Va a venir el abogado, ya sabes, por todo el tema testamentario… pero, pase lo que pase, te adelanto una cosa. Si mi padre no quería que hubiera ningún hotel aquí… no lo habrá. Por mucho que me pese.
La frase quedó suspendida en el aire.
Bruno lo miró con una mezcla extraña de sorpresa y cautela.
—¿Lo dices en serio?
Jaime soltó una media sonrisa triste.
—Por una vez en mi vida, sí.
Eulalia bajó la vista hacia su plato. Yo no dije nada, pero noté cómo el ambiente cambiaba sutilmente, volviéndose más desnudo. Más verdadero. Como si aquella conversación hubiera abierto una puerta que todos sabían que existía, pero nadie quería empujar el primer día.
—Mi padre tenía las cosas muy claras —continuó Jaime, apoyando los antebrazos en la mesa—. Y yo llevo años creyendo que, en cuanto esto fuera mío, podría hacer las cosas a mi manera. Modernizarlo, darle otra salida, convertirlo en algo rentable sin dejarnos la vida aquí cada temporada… Ya me conocéis. Siempre queriendo moverlo todo.
—Eso no tiene nada de malo —dijo Bruno, más suave.
—No, pero a veces lo he hecho por demostrarle…—admitió Jaime—. Solo por demostrarle que yo también podía tener visión. Que no era el crío impulsivo que él veía.
Nadie respondió. No hacía falta. Jaime respiró hondo antes de seguir.
—Y ahora resulta que ya no puedo discutirlo con él. Ni convencerle. Ni enfadarme. Ni demostrarle nada. Se ha acabado. Así que, sinceramente, no me apetece estrenar esta nueva etapa pasándome por el forro lo único que tenía clarísimo. Esta finca no era solo tierra para él. Era su vida entera. Y si quería que siguiera siendo una finca, pues seguirá siéndolo. Al menos de momento.

—Tu padre estaría orgulloso de oírte hablar así —murmuró Eulalia.
Jaime soltó una risa breve, rota.
—Bueno, tampoco exageremos, Eulalia. Seguro que también nos empujaría a reflexionar sobre ello.
Eso arrancó una sonrisa cansada a varios. Incluso a Bruno, que esta vez dejó escapar una exhalación por la nariz que se pareció mucho a una risa de verdad.
Pero enseguida su expresión volvió a endurecerse un poco.
—Entonces… si sigues con la finca, ¿qué vas a hacer? Porque tú no vas a llevar esto solo. Y tú lo sabes.
Jaime asintió lentamente.
—Lo sé.
Se hizo otro silencio. Más corto. Más preciso.
—Y también sé —añadió, mirándolo por fin de frente— que, si hay alguien en quien confiar para esto, ése eres tú.
Bruno parpadeó.
—Jaime…
—No, escúchame. No estoy improvisando. Llevo pensándolo desde esta mañana —continuó—. No sé qué dirá mañana el abogado exactamente, ni qué papeles habrá que mover, ni cómo de complicado será todo, pero lo que tengo claro es que no quiero que te vayas. No ahora. No así.
La tensión que recorrió el cuerpo de Bruno fue casi imperceptible, pero yo la vi. En cómo se quedó inmóvil. En la forma en que apretó la mandíbula. En cómo apartó un segundo la vista antes de devolverla a Jaime.
—No hace falta que me ofrezcas nada por pena —dijo.
—No lo hago por pena. —Jaime negó con firmeza—. Lo hago porque mi padre confiaba en ti más que en nadie, y lo sabes. Lo hago porque conoces esta finca mejor que yo. Y porque, sinceramente, si me meto en esto sin ti, la cago seguro en dos semanas.
Hubo una sonrisa leve alrededor de la mesa, pero Bruno no sonrió. Seguía demasiado quieto.
—Además —añadió Jaime, y esta vez la voz se le ablandó un poco—, me gustaría que no te fueras.

Aquella frase tuvo algo de confesión desarmada. Algo de perdón a destiempo.
Bruno bajó la mirada. Vi claramente cómo tragaba saliva antes de contestar.
—No sé qué decir.
—Pues no digas nada hoy —intervino Eulalia con una serenidad que parecía sostener la casa entera—. Hoy bastante tenemos con llegar vivos a la cama. Mañana será otro día. Y ya pensaremos todos con la cabeza menos rota.
Jaime levantó el vaso.
—Por mi padre.
—¡Por Vicente!—brindamos todos chocando nuestros vasos.

El ambiente se aflojó un poco después de eso. La conversación volvió a anécdotas, a recuerdos de Vicente, a comentarios absurdos sobre la manía de Ramón de perseguir solo a las personas que intuía débiles de espíritu.
Y mientras Jaime hablaba, yo había sentido cómo la realidad me movía otra vez el suelo bajo los pies.
Si hasta ese momento había llegado a pensar que quizá, por fin, la vida nos estaba dando a Bruno y a mí una segunda oportunidad limpia, la escena de la mesa me recordó que las segundas oportunidades nunca son limpias. Vienen con equipaje. Con muertos. Con responsabilidades. Con herencias emocionales y legales.
Y, aun así, mientras miraba a Bruno al otro lado de la mesa, cansado, descolocado, con el duelo todavía fresco y esa nueva incertidumbre asomándole en la cara, sentí algo que ya no se parecía al miedo.
Se parecía más a una certeza incómoda.
Yo había venido a Ibiza pensando que quizá estaba a tiempo de dejar atrás mi vida anterior y elegirle. Pero puede que no se tratara solo de elegirle a él. Puede que también se tratara de entender si yo era capaz de entrar en una vida real. La suya. Con todo lo que traía. Con toda su complejidad. Sin la fantasía romántica amortiguándolo todo.

Y eso, curiosamente, no me echó para atrás. Me despertó aún más.
Cuando terminamos de cenar, Eulalia se empeñó en recoger, y al final acabamos levantándonos varios a la vez para ayudarla. En medio del caos de platos, servilletas y cajas vacías, vi a Bruno salir al porche con el vaso en la mano.
Lo vi quedarse quieto, de espaldas a la casa, mirando la oscuridad de la finca.
Y supe que la conversación de verdad no iba a tardar mucho en llegar.
Yo dejé el plato que tenía entre las manos en la encimera.
—Yo voy un momento fuera —dije, intentando que sonara casual.
Eulalia me lanzó una mirada brevísima. Una de esas miradas de mujer que lo entiende todo y no necesita decir nada.
Y entonces salí al porche, hacia él, con la sensación nítida de que en esa noche se estaba decidiendo si, esta vez, íbamos a seguir dejando que la vida pasara por delante… o si por fin íbamos a atrevernos a agarrarla.

48

Bruno no se giró al oírme salir al porche. O quizá sí me oyó y fingió no hacerlo, regalándome unos segundos para decidir si me acercaba o daba media vuelta como la cobarde funcional que había sido durante año y medio.

Me acerqué.

La noche se había cerrado del todo sobre la finca. A lo lejos sólo se intuían algunas luces dispersas y el rumor suave del campo respirando en la oscuridad. El aire olía a tierra, a higuera, a verano gastado. A vida quieta. Bruno tenía los antebrazos apoyados en la barandilla de madera y el vaso colgándole flojo de una mano. Desde detrás, con la camisa negra remangada y la cabeza un poco inclinada hacia delante, daba la impresión de estar sosteniendo más peso del que su cuerpo podía repartir.

Me puse a su lado, sin tocarlo.

Durante unos segundos no dijimos nada. No era un silencio hostil. Tampoco uno cómodo. Era de esos silencios densos que se sientan entre dos personas y esperan a ver cuál de las dos tiene el valor de abrir la boca primero.

—Jaime te lo ha puesto difícil —dije al final.

Bruno soltó una exhalación corta, parecida a una risa sin humor.

—Ya ves. Muy considerado por su parte.

Giró el vaso entre los dedos. Luego añadió:

—Llevo toda la tarde pensando que estaba tan roto que no podía pensar en nada más, y resulta que la vida ha dicho: "sujétame el cubata, que aún te queda otra".

Se me escapó una sonrisa pequeña.

—Tu sentido del humor sigue siendo bastante deficiente.

—Estoy de luto. Baja tus expectativas.

Lo dijo sin mirarme, pero noté que la comisura de su boca se movía apenas. Aquello me enterneció de una forma absurda. Incluso hecho polvo seguía encontrando una forma seca, medio torcida, de no dejar que todo se hundiera del todo.
Apoyé también los antebrazos en la barandilla.
—¿Qué piensas hacer?
Bruno tardó en responder. Tanto que por un momento pensé que no lo haría.
—No tengo ni puta idea —admitió al final, con una honestidad tan desnuda que me apretó algo dentro—. Y lo odio.
Giró la cabeza hacia mí. Sus ojos se veían más oscuros en la penumbra. Más cansados.
—Odio no saber qué hacer. Odio estar en un momento así y no poder pensar con claridad. Odio que haya muerto Vicente y, al mismo tiempo, que mi cabeza no pare de hacer números, de pensar en lo que viene, en dónde coño voy a estar dentro de dos meses, en si tengo derecho siquiera a estar pensando en eso hoy.
—Claro que lo tienes.
Negó con la cabeza.
—No lo sé. Me siento… mal por estar triste y perdido y práctico a la vez. Como si fuera una mierda de persona por estar enterrando a alguien y pensando ya en el trabajo.
Lo miré de frente.
—Eso no te hace una mierda de persona. Te hace una persona. Los muertos no detienen las facturas ni las decisiones ni el miedo. Ojalá, pero no.
Bruno bajó la vista. Se quedó callado un instante.
—Vicente me habría llamado blando por estar así.
—Y luego te habría dejado una bandeja de sobras para que cenaras porque sabía que no ibas a tener cuerpo para cocinar.
Eso sí le arrancó una risa breve, más real. Se pasó una mano por la barba.
—Sí. Seguramente.
El silencio volvió, pero esta vez un poco más suelto. Como si decir lo evidente hubiera aflojado algo.

—Lo de Jaime me ha pillado por sorpresa —dijo al cabo—. No por lo de la finca. Eso, en el fondo, me lo esperaba. Podía imaginar que al final no se atreviera a convertir esto en un hotel nada más morirse su padre. Pero… no esperaba que me pidiera quedarme.
Lo dijo muy bajo, casi con cautela. Como si aún no quisiera mirar de frente lo que esa oferta significaba.
—¿No?
—No. —Negó—. Durante mucho tiempo pensé que Jaime estaba deseando que desapareciera del mapa.
—Y tú tampoco se lo pusiste fácil.
Bruno me lanzó una mirada ladeada.
—Gracias por tu apoyo incondicional en un momento de vulnerabilidad.
—No te apoyo menos por decir la verdad.
Suspiró, resignado.
—Ya. Supongo que me lo merezco.
Bajó la vista hacia el vaso vacío. Lo dejó sobre la barandilla con suavidad.
—La cosa es que… quedarme tiene sentido. Muchísimo sentido, de hecho. Conozco esta finca. Sé cómo funciona todo. Sé lo que haría Vicente con cada problema, con cada temporada, con cada proveedor. Y la idea de irme ahora, justo ahora, me sienta como una traición de mierda. A él. A Eulalia. Hasta a Jaime.
Se quedó un momento quieto, con la mirada perdida en la oscuridad.
—Pero también me da miedo quedarme por eso mismo. Por lealtad. Por culpa. Porque a lo mejor una cosa es querer ayudar en este momento y otra muy distinta decidir que ésa va a seguir siendo mi vida. Y no sé si sería una decisión de verdad o una forma elegante de no moverme jamás.
Aquello me golpeó con fuerza porque entendí exactamente a qué se refería. Las decisiones que se toman por miedo suelen disfrazarse de responsabilidad con una facilidad insultante.
—¿Y volver a la abogacía? —pregunté con cuidado.
Bruno apoyó los codos en la barandilla y se frotó la frente con ambas manos antes de responder.

—Lo he pensado. Claro que lo he pensado. Especialmente este último año y medio. Más de una vez. Barcelona, Madrid, donde fuera. Volver a ponerme un traje, alquilar un piso, intentar recuperar a ese tío que fui…
—¿Y?
Me miró.
—Y no sé si existe ya.
La frase se quedó flotando entre nosotros. Tenía tanto de confesión que hasta el aire pareció cambiar de densidad.
—A veces pienso que sí. Que podría hacerlo. Que en el fondo no he olvidado nada, que sigo teniendo la cabeza para eso, que si me pusiera volvería a entrar. Pero luego me imagino allí… y me falta el aire. No sé si sería capaz de volver a vivir en una ciudad. No sé si soportaría otra vez el ruido, la prisa, esa sensación constante de estar rindiendo examen. No sé si me marchó solo el cuerpo o si la cabeza se fue con él.
No dije nada durante unos segundos. Solo lo miré. De verdad. Con toda la atención que merecía alguien que te está dejando ver una herida sin taparla con ironía.
—Entonces no es solo elegir entre Ibiza y otro sitio —murmuré—. Es elegir entre dos versiones de ti.
Bruno soltó una media sonrisa cansada.
—Pues sí. Y una de las dos me da vértigo, y la otra me da pena. Muy esperanzador todo.
Giré el cuerpo un poco hacia él.
—No tienes que resolverlo hoy.
—Ya, pero me gustaría que el universo dejara de abrirme carpetas urgentes.
—No le pidas tanto. Le gusta verte sufrir.
Esta vez sí sonrió de verdad. Apenas un poco, pero lo hizo. Luego me miró con una quietud que me dejó sin defensa.
—¿Y tú?
Sentí un pequeño vuelco en el estómago.
—¿Yo qué?
—¿Qué piensas hacer tú? —preguntó.

Me quedé callada. Tenía razón. Y no me apetecía nada mentirle. Ya habíamos desperdiciado demasiados meses mintiendo por omisión.
Bajé la vista hacia mis manos apoyadas en la madera.
—Durante el funeral… decidí algo.
Noté cómo él se ponía más quieto aún.
—¿El qué?
Tragué saliva.
—Decidí que no quería seguir viviendo dormida. Que no quería volver a Madrid y seguir funcionando como una máquina elegante con blazer. Que estaba harta de sobrevivir bien vestida.
Bruno no apartó la mirada de mí.
—Selena…
Levanté una mano, pidiéndole un segundo. Necesitaba decirlo del todo. Sin que él me salvara de mis propias palabras.
—Pensé que estaba preparada para dejarlo todo. No por impulso. Ni por dolor. De verdad. Pensé que había llegado a un punto en el que quería darme una oportunidad. Darnos una oportunidad. Venirme aquí, reinventarme, averiguar quién soy si no soy solo la jefa de estrategias que encadena reuniones y migrañas.
La noche pareció encogerse alrededor de nosotros.
Bruno me sostuvo la mirada con una intensidad casi insoportable.
—Y ahora ya no lo tienes claro.
No era una pregunta. Era una lectura limpia. Asentí despacio.
—Ahora sé que no sería tan simple. Porque no llegaría a una vida esperándome con los brazos abiertos y una cama con sábanas limpias para empezar de cero contigo. Llegaría a esto. —Señalé la casa con la barbilla, la finca, el duelo, el futuro incierto—. A una pérdida. A una herencia emocional enorme. A Jaime intentando encontrar su sitio. A ti sin saber cuál es el tuyo.
Tomé aire, intentando ordenar el nudo que tenía dentro.
—Y no te voy a mentir: eso da miedo. Mucho. Porque una parte de mí piensa… ¿de verdad vas a dejar Madrid, todo lo que te ha costado conseguir, para aterrizar en medio de un duelo y de una vida que ni siquiera sabes si va a seguir siendo la suya?
Bruno apartó la vista. Noté cómo se le endurecía la mandíbula.
—Lo entiendo.

Su tono fue tan controlado, tan contenido, que me dolió. Di un paso hacia él.
—No, espera. No lo estoy diciendo para echarme atrás.
Volvió a mirarme.
—Lo estoy diciendo porque, por primera vez, creo que estoy viendo esto como de verdad es. Sin idealizarlo. Sin montar una película bonita. Y aun así… —me tembló un poco la voz, pero seguí— y aun así sigo aquí. Y no me estoy yendo corriendo.
Algo cambió en su cara. Muy pequeño. Pero lo vi. Como si una parte de él que estaba preparada para encajar el golpe hubiera tenido que quedarse suspendida a mitad del gesto.
—Selena…
—No sé qué va a pasar —continué—. No sé si tú te vas a quedar. No sé si te irás. No sé si yo podría encontrar mi lugar aquí. No sé si sería capaz de soltar mi vida anterior sin sentir que me estoy arrancando una piel entera. Pero sí sé una cosa.
Di otro paso más. Ahora apenas nos separaba el aire imprescindible.
—Ya no quiero tomar decisiones desde el miedo. Ni desde la prudencia mal entendida. Ni desde esa obsesión por no molestarle la vida a nadie. Porque eso fue lo que hicimos tú y yo. No pedirnos nada. No arriesgarnos. No empujarnos. Y mira cómo nos fue.
Bruno bajó la vista hacia mi boca un segundo. Solo un segundo. Luego volvió a mis ojos.
—Nos fue como el culo.
La respuesta me arrancó una risa breve, incrédula, que se mezcló con algo muy parecido al alivio.
—Sí. Bastante.
Y entonces pasó algo extraño y hermoso: los dos sonreímos al mismo tiempo, con esa clase de sonrisa triste que no borra el dolor, pero le hace un pequeño hueco a la verdad.
Bruno dio un paso hacia mí.
—Llevo un año y medio convenciéndome de que estaba haciendo lo correcto —dijo en voz baja—. De que no pedirte nada era quererte bien. De que no ponerme en medio de tu vida era ser generoso. Y quizá en parte lo era, no sé. Pero también era una forma de

protegerme yo. De no arriesgarme a oír un no. De no quedarme esperando algo que no podía controlar.
Sentí un calor súbito en el pecho. No por lo romántico. Por lo honesto.
—Yo hice exactamente lo mismo —admití—. Me dije que estaba siendo madura. Que no podía montar un drama por una historia tan… tan difícil. Que lo mejor era dejarlo ir. Pero en realidad también era cobardía. Porque elegirte implicaba elegir muchas otras cosas. Y yo no sabía si estaba preparada.
Bruno sostuvo mi mirada sin pestañear.
—¿Y ahora?
La pregunta cayó entre nosotros despacio. Sin exigencia. Sin trampa. Yo inspiré hondo. El aire nocturno me llenó los pulmones con olor a tierra y a algo que se parecía peligrosamente a empezar de verdad.
—Ahora estoy preparada para no huir —dije al fin—. No te puedo prometer más que eso. No hoy. No con todo esto recién abierto. Pero sí puedo prometerte que no pienso volver a desaparecer detrás de un Excel emocional.
La risa que soltó Bruno esta vez fue baja, áspera y preciosa.
—Joder, menos mal. Les estaba cogiendo manía a tus decisiones razonables.
—Yo también.
Nos quedamos mirándonos. Muy cerca. Demasiado cerca ya como para fingir que lo que estaba pasando era solo una conversación adulta bajo las estrellas. Había otra cosa. Algo antiguo. Reconocible. Algo que llevaba vivo todo ese tiempo, enterrado bajo la sensatez, y que ahora volvía a respirar entre nosotros.
Bruno alzó una mano despacio, como si aún quisiera darme margen para apartarme. Me rozó una mecha de pelo junto a la sien y dejó los dedos un segundo en mi cuello. La caricia fue mínima. Casi casta. Pero me recorrió entera con la fuerza obscena de todo lo que no nos habíamos permitido durante un año y medio.
—No deberíamos hacer nada hoy —murmuró.
Su voz sonó grave. Ronca. No de deseo puro, sino de contención.
—No —susurré yo, aunque mi cuerpo tenía una opinión bastante menos sensata.

Bruno deslizó el pulgar muy despacio por la curva de mi cuello.
—Estás aquí por Vicente. Por Eulalia. Por… todo esto.
—Lo sé.
—Y yo no sé ni cómo sostenerme derecho ahora mismo.
—También lo sé.
Aun así, ninguno se apartó.
La noche parecía haberse quedado quieta a nuestro alrededor, como si hasta los grillos hubieran decidido darnos un poco de intimidad. Bruno apoyó entonces la frente contra la mía. Solo eso. Un gesto pequeño. Íntimo. Devastador. Cerré los ojos en cuanto sentí el roce.
No era un beso, pero casi dolía más.
—Quédate —dijo otra vez, muy bajo.
No supe si se refería a unos días, a esa noche, a la finca, a su vida o a todo de golpe. Quizá ni él mismo lo sabía aún.
Abrí los ojos y lo miré desde esa cercanía mínima en la que ya no se puede fingir.
—Me quedo.
Esta vez mi respuesta no tenía nada de provisional. No porque supiera cuánto iba a durar. Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, no estaba pronunciando una escapatoria.
Bruno cerró los ojos un instante, como si esa frase le hubiera aliviado una parte del peso que llevaba encima. Cuando volvió a abrirlos, la tristeza seguía allí. El duelo no desaparecía. Ni la incertidumbre. Ni el cansancio. Pero junto a todo eso había otra cosa. Algo más cálido. Más vivo.
Esperanza.
No hizo falta añadir nada más.
Dentro de la casa oímos la voz de Eulalia llamando a Jaime por no sé qué historia de mantas y habitaciones. La vida, incluso rota, seguía avanzando a trompicones. Bruno apartó la frente de la mía con lentitud, como si lamentara perder ese punto de apoyo.
—Deberías dormir —dijo.
—Tú también.
—Lo intentaré.
Nos miramos una última vez antes de movernos. Y en esa mirada no hubo promesas grandilocuentes ni soluciones mágicas. Solo algo

infinitamente más valioso: la decisión compartida de no volver a dejar que el miedo hablara por nosotros.
Entramos de nuevo en la casa.
Pero yo ya no era la misma que había salido al porche unos minutos antes.
Y sospechaba que Bruno tampoco.

49

De camino a mi habitación, vi luz colándose desde el ventanal del pasillo. No era mucha, apenas la suficiente para recortar una silueta apoyada en el cristal. Jaime. Tenía una mano en el bolsillo y la otra sosteniéndole el peso del cuerpo sobre el marco, mirando la oscuridad de fuera como si esperara que el campo le devolviera alguna respuesta.

Me acerqué despacio.

—¿Estás bien?

Jaime soltó una risa breve, seca, de ésas que no tienen nada de humor.

—No.

La sinceridad me pilló tan desprevenida que me quedé quieta a su lado, sin intentar adornar la pregunta ni arreglarla. Afuera no se veía casi nada, solo la noche tragándose los árboles y el reflejo de nuestras caras superpuesto en el cristal.

—Supongo que la gente espera que diga que sí —añadió al cabo de unos segundos—. O que al menos ponga cara de "estoy tirando". Pero no. No estoy bien.

Giró un poco la cabeza hacia mí, aunque sin terminar de mirarme.

—Cuando era pequeño perdí a mi madre. Y fue un golpe durísimo, claro. Una cosa que te parte la vida en dos aunque seas demasiado crío para entender del todo por qué. Pero aun así… tenía a mi padre. Tenía un sitio al que volver. Un ancla. Aunque fuera complicado, aunque él fuera como era, aunque nos pasáramos media vida sin decirnos nada o sin entendernos. Estaba.

Tragó saliva.

—Pero ahora… ahora ya no hay red. —Se le quebró un poco la voz, aunque enseguida la tensó—. Ahora soy huérfano de verdad. Suena ridículo decirlo con mi edad, pero es así. Totalmente huérfano.

Sentí un pinchazo en el pecho.
Jaime bajó la mirada al suelo de cemento pulido, como si le costara muchísimo decir lo siguiente.
—Y lo peor es que en Ibiza ya no me queda nada. Nada que me ate de verdad. Mi vida está en Barcelona. Mi trabajo, mis amigos, mis rutinas… todo. Y, sin embargo, aquí está esto. La finca. Mi padre. Lo que dejó. Lo que quiso. Y me está matando no saber qué esperaba de mí. No saber qué coño querría que hiciera a partir de ahora.
Se pasó una mano por la cara y apoyó la espalda en el cristal.
—No sé si quería que me quedara. No sé si quería que luchara por esto. No sé si en el fondo asumía que yo no estaba hecho para esta vida. Y no poder preguntárselo… joder, no poder preguntárselo… me está destrozando por dentro.
No dije nada enseguida. A veces las palabras sirven para acompañar. Otras veces solo estorban. Así que me limité a quedarme allí, cerca, compartiendo el silencio.
—Supongo que da miedo decidir por alguien que ya no puede corregirte —murmuré al fin.
Jaime soltó el aire por la nariz, casi una risa triste.
—Sí. Exacto. Eso. —Me miró por primera vez de verdad—. Da miedo meter la pata para siempre.
Asentí despacio.
—Pero también es verdad que, hagas lo que hagas, lo harás con todo lo que te dejó. Aunque no sepas exactamente qué habría querido. Hay personas que siguen estando incluso cuando ya no están.
Jaime apretó la mandíbula, con los ojos brillantes.
—Ojalá vinieran con manual.
—Sería comodísimo.
Eso le arrancó una sonrisa pequeña. Muy breve, pero real.
Nos quedamos otra vez en silencio, mirando la noche. Esta vez menos tensa. Más cansada. Como si haberle puesto nombre al agujero lo hubiera hecho un poco más habitable.
Entonces Jaime se aclaró la garganta y cambió el peso de un pie a otro.
—Oye… quería pedirte perdón.

Parpadeé.
—¿Perdón?
—Sí. Por cómo acabaron las cosas. Por mi huida a Barcelona después de la discusión con Bruno. Por desaparecer así, sin más. —Bajó la vista, incómodo—. He pensado muchas veces en ti. Bastantes, de hecho. Pero… lo más sensato era poner distancia.
Sonreí apenas, con una ternura melancólica que no me esperaba.
—Supongo que todos en esta historia hemos abusado un poco de lo "sensato".
Jaime bufó una risa suave.
—Ya ves. Qué colección de decisiones adultas de mierda.
Lo miré de lado.
—No te preocupes, Jaime.
—No me preocupo, pero me jode haberme sentido un poco gilipollas —admitió—. Porque me caías bien y me gustabas. Mucho. Y porque, en el fondo, sabía que no estabas en medio de nada. Solo… apareciste en el momento en que todo estaba más revuelto.
—Eso se me da fenomenal.
—Sí, ya lo he visto. Vas por la vida levantando tornados emocionales con cara de ejecutiva eficiente.
Solté una risa y negué con la cabeza.
—Vaya fama me estáis dejando en esta casa.
Jaime me observó un segundo con una media sonrisa cansada. Luego entrecerró un poco los ojos, como si dudara si preguntar o no.
—¿Ha pasado algo entre Bruno y tú?
La pregunta cayó suave, pero directa.
Noté un pequeño vuelco en el estómago.
—¿Por qué lo dices?
—Porque os he visto. —Se encogió de hombros—. No sé. Hay una confianza… una forma de miraros… No es de gente que solo se recuerda con cariño. Como tú y yo. Lo vuestro es otra cosa.
Bajé la mirada un momento, pero sonreí sin poder evitarlo. Una sonrisa pequeña, casi incrédula, como si todavía me costara decirlo en voz alta.
—Sí. Ha pasado algo.

Jaime esperó.
Respiré hondo.
—Estamos enamorados.
No hizo ninguna mueca rara. No bromeó. No soltó una ironía incómoda. Solo me miró unos segundos, y en su cara apareció una expresión tan limpia, tan sinceramente alegre, que me desarmó por completo.
—Me alegro —dijo—. De corazón.
Y supe que lo decía en serio.
—Gracias.
Jaime apoyó la nuca en el cristal y sonrió un poco más, aunque la tristeza seguía allí, inevitable.
—Ya era hora de que a alguno de los dos le saliera bien algo.
Se me escapó una risa breve.
—Tampoco cantes victoria. Seguimos siendo nosotros.
—Ya, pero os he visto esta noche. —Giró la cabeza hacia mí—. Y sé cómo mira Bruno cuando algo le importa de verdad. Hace mucho que no le veía así.
La frase me calentó el pecho de una forma extraña y preciosa.
—A mí también me costaba reconocerlo —admití—. O reconocerme a mí, más bien.
Jaime asintió, como si entendiera más de lo que yo estaba diciendo en voz alta.
—Pues ojalá esta vez os dejéis de tanta bronca y tanta tontería. La vida ya se encarga sola de complicarlo todo bastante.
Ahí estaba otra vez esa verdad incómoda, afilada por la muerte reciente de Vicente.
Miré a Jaime y, por un instante, vi en él no sólo al hombre que acababa de perder a su padre, sino también al hijo que aún estaba intentando descifrarlo. Y me nació una ternura profunda.
Le apreté el antebrazo con suavidad.
—No tienes que decidirlo todo esta noche o mañana con el abogado. Date tiempo.
Jaime soltó aire lentamente.
—Ya. Pero mañana va a parecer que sí.

—Entonces mañana decides lo de mañana. Lo demás, ya irá viniendo.
Me observó un segundo y sonrió de lado.
—No pareces tú. Eso ha sido hasta sabio.
—No te acostumbres.
Se incorporó un poco del ventanal y asintió hacia el pasillo.
—Venga, vete a dormir. Bastante chapa existencial por hoy.
—Tú también deberías intentarlo.
—Lo intentaré. Luego fracasaré con dignidad, pero lo intentaré.
Di un par de pasos hacia mi habitación y me giré un momento antes de entrar.
—Jaime.
—¿Sí?
—Vicente seguro que estaba orgulloso de ti. Aunque no te lo dijera.
Jaime sonrió, y esa vez la sonrisa le llegó a los ojos, aunque los tuviera húmedos.
—Sí. Eso sí que parece más propio de él.
Entré en la habitación con el corazón apretado y extraño. Dolido por todo lo perdido. Despierto por todo lo que aún podía salvarse.
Y mientras cerraba la puerta, pensé que aquella casa, destrozada por la ausencia, también estaba llena de algo más difícil de nombrar: segundas oportunidades. No limpias, no perfectas, no sencillas.
Pero segundas oportunidades al fin.

50

Al día siguiente desperté en una habitación a la que, la noche anterior, apenas había prestado atención. Había llegado tan rota, tan llena de duelo ajeno y de pensamientos propios, que me limité a caer en la cama sin mirar nada más.

Me levanté todavía desubicada y fui directa hacia la puerta del balcón. Al abrir los ventanales, una luz blanca, limpia, casi insolente, irrumpió en la estancia y me obligó a entrecerrar los ojos. El día estaba ya completamente despierto, como si el mundo no tuviera la menor consideración con los muertos ni con quienes se quedaban tratando de recolocarse sin ellos.

Cuando me giré, me quedé un momento quieta, sorprendida.

La habitación era muchísimo más acogedora de lo que había imaginado en la oscuridad. Había una cama de matrimonio amplia, vestida con ropa blanca y ligera, flanqueada por dos mesitas sencillas de madera envejecida. Sobre ellas, lámparas de fibras naturales que parecían hechas para encenderse al atardecer con una copa de vino y un libro en la mano. En el suelo, alfombras de yute suavizaban la piedra antigua, y en las paredes colgaban fotografías en blanco y negro de pequeños detalles de la finca: unas manos recogiendo algarrobas, una cuerda con sábanas blancas tendidas, una ventana abierta con el campo detrás.

Junto a una de las paredes había un escritorio antiguo, de madera oscura, con ese tipo de desgaste bonito que solo dan los años bien llevados. Encima, un jarrón con unas ramitas de lavanda perfumaba el aire con una delicadeza casi obscena. Y al fondo, una librería estrecha y alta guardaba un puñado de libros viejos, de lomos gastados, como si aquella habitación llevara mucho tiempo esperando a alguien que supiera quedarse en silencio dentro de ella.

De pronto me entró una sensación rarísima. Una especie de paz instantánea. La idea absurda, infantil, pero intensísima, de no querer salir de allí jamás. De meterme entre aquellas sábanas, leer uno de esos libros antiguos, abrir por la noche las puertas del balcón y olvidarme de que existían las ciudades, los correos urgentes, las decisiones imposibles y las pérdidas.

Pero no.

Hoy iba a ser un día duro. El día después. Ese día ingrato en el que el mundo ya no te concede la solemnidad del entierro y, aún así, la ausencia pesa incluso más. El día en que la vida, sin pedir permiso, empieza a continuar sin la persona que se ha ido, y los que se quedan tienen que empezar a averiguar cómo recolocar las piezas de un puzzle que ha estallado por los aires.

Me di una ducha en el baño de la habitación (qué puto lujo, la verdad), y no pude evitar pensar, con bastante poca dignidad, en que yo había pasado dos meses enteros viviendo en aquel loft rural mientras esta maravilla existía en la misma casa. Muy bonito todo, sí. Muy rústico. Muy auténtico. Pero había una parte de mí que no estaba preparada para perdonar tan fácilmente la diferencia entre "encanto campestre" y "baño privado con ducha decente".

Cuando bajé al comedor me dio un poco de vergüenza la hora. Eran las once de la mañana. Once. En una casa donde, seguramente, a las siete ya había gente en pie resolviendo cosas, llamando al abogado, pensando en papeles, en café, en duelos y en gallinas.

Todo el mundo había desayunado ya. El silencio de la cocina tenía ese aire de actividad terminada, de vajilla ya fregada y día ya empezado. Solo encontré a Eulalia sentada a la mesa, con una infusión entre las manos. Estaba sola, mirando un punto fijo de la pared con esa expresión de quien no está exactamente pensando, sino sosteniendo demasiados pensamientos a la vez.

—Buenos días, Eulalia. ¿Cómo te encuentras?

Levantó la vista hacia mí y esbozó una sonrisa pequeña, cansada.

—Pues mira… aquí, cavilando la manera de decirle a Jaime qué va a ser de mí. Si hago falta, si no…

La frase me golpeó de lleno.

Porque yo había dado por hecho, de la forma más ingenua y cómoda posible, que Eulalia formaba parte de la finca como las paredes, como los olivos, como la cocina de leña o como el propio Vicente. Como si fuera una pieza fija del paisaje. Pero tenía razón: no dejaba de ser una trabajadora más. Una mujer que había pasado media vida allí, sí, pero una trabajadora al fin y al cabo. Y ahora, con Vicente muerto y Jaime heredando la finca, hasta ella quedaba suspendida en el aire.

Me senté frente a ella despacio.

—No había pensado en eso —admití—. Y supongo que eso dice bastante de lo fácil que es dar ciertas cosas por hechas.

Eulalia sopló la infusión antes de responder.

—No te culpes, hija. Ni tú ni nadie. Hasta yo lo daba por hecho a ratos. —Sonrió con tristeza—. Vicente y yo llevábamos tantos años aquí que una acababa creyendo que eso era una especie de matrimonio laboral indestructible. Pero la vida, ya ves, no firma contratos indefinidos con nadie.

Bajé la mirada un instante.

—No creo que Jaime quiera prescindir de ti.

—Ya, pero no se trata solo de lo que quiera. —Dio un sorbo y dejó la taza sobre el plato—. Se trata de lo que vaya a hacer con su vida. Con la finca. Con todo esto. Y de si yo encajo en sus planes o soy simplemente parte del decorado de la vida de su padre.

La frase me apretó el pecho. Porque había en ella una dignidad tan limpia, tan poco victimista, que dolía más. No estaba exigiendo nada. Solo intentando prever en qué rincón del nuevo tablero quedaba ella.

—Tú no eres decorado de nada —dije, quizá con más firmeza de la que pretendía.

Eulalia me miró con ternura.

—Ay, Selena… eso tú y yo lo sabemos. Pero a veces una necesita que también lo sepa quien ahora tiene la llave de la casa.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La luz entraba a raudales por la ventana de la cocina, iluminando la mesa, la tetera, las motas de polvo suspendidas en el aire. Todo parecía demasiado luminoso para un día así.

—¿Has dormido algo? —preguntó ella al final.
—Sorprendentemente sí. Creo que estaba agotada hasta del alma.
Eulalia soltó una risa pequeña.
—Eso ayuda. El cuerpo a veces tiene la delicadeza de rendirse aunque la cabeza siga dando guerra.
Le sonreí. Luego miré la taza humeante entre sus manos.
—¿Has hablado con Jaime?
Negó despacio.
—Todavía no. Está con el abogado y con unos papeles. Y Bruno anda por ahí también. Los dos tienen hoy una cara de estar intentando ser hombres responsables mientras por dentro siguen siendo dos niños perdidos…
La imagen me atravesó. Porque era verdad. Jaime intentando decidir qué hacer con el legado de su padre. Bruno intentando averiguar si seguía teniendo un sitio allí o si el suelo se le acababa de mover otra vez bajo los pies. Y, entre medias, Eulalia, tan callada, tan presente, intentando no convertirse en una carga para nadie.
—Qué difícil es el día después —murmuré.
—El peor, casi siempre —respondió ella—. El funeral todavía te sostiene. Hay gente, flores, abrazos. Pero luego llega este día y ya nadie sabe muy bien dónde ponerse.
Asentí lentamente.
—Ni quién es ahora dentro de esa nueva vida.
Eulalia me sostuvo la mirada. Algo en sus ojos cambió, apenas un matiz. Como si hubiera oído mucho más de lo que yo acababa de decir.
—Tú tampoco, ¿no? —preguntó con suavidad.
No supe si sonreír o echarme a temblar.
—Supongo que yo tampoco.
Ella ladeó la cabeza, observándome con esa sabiduría silenciosa de las mujeres que no necesitan que les expliques demasiado para entenderlo casi todo.
—Pues a lo mejor éste no es solo el día después de Vicente —dijo, muy tranquila—. A lo mejor también es el día después de otras cosas.
La frase se quedó entre nosotras, quieta, respirando.

Y tuve la sensación clarísima de que aquella cocina, aquella mesa y aquella mujer con una infusión entre las manos estaban a punto de convertirse en el lugar donde, quizá por primera vez, yo iba a empezar a decir en voz alta lo que realmente quería hacer con mi vida.

—Eulalia… —empecé.

Ella alzó las cejas, esperándome.

Y justo entonces oí pasos en el pasillo. Voces de hombres. Una puerta que se cerraba. El día seguía avanzando hacia las conversaciones inevitables.

Levanté la vista hacia la entrada de la cocina con el corazón acelerándose sin permiso, porque algo me decía que, en los próximos minutos, más de una vida iba a empezar a recolocarse.

51

Jaime entró en la cocina con esa cara de hombre que lleva demasiadas horas sosteniéndose a base de café, deber y pura inercia. Miró alrededor un instante y, al no ver a Bruno, me preguntó por él.

—¿Podrías ir a buscarlo? —me dijo—. Que venga al comedor… solo.

Ese *solo* cayó con suavidad, pero con el peso suficiente como para dejar claro que lo que iban a hablar no admitía testigos. Añadió, con un tono más cansado que autoritario, que prefería quedarse a solas con Bruno y Eulalia para comentar las últimas voluntades de Vicente.

El abogado ya había solicitado el certificado de últimas voluntades, pero aquello tardaría alrededor de quince días. Es decir: hasta dentro de dos semanas no podrían abrir oficialmente el testamento. Aun así, Vicente había dejado una carta en manos del abogado, una especie de instrucciones o despedida anticipada, y éste no había tardado en hacérsela llegar a Jaime.

Aquello me puso el corazón en alerta. Porque conocía lo bastante a Vicente como para saber que, si había dejado algo por escrito, no sería precisamente una nota breve del tipo *"portaos bien y regad los limoneros"*.

Salí de la casa y el sol me golpeó de lleno en la cara. Divisé la pickup de Bruno aparcada cerca del cobertizo, y solo verla me recorrió una descarga absurda de memoria. Dios. Esa camioneta. Si hablara, probablemente habría que censurarla.

Caminé hasta allí y lo encontré apoyado en una mesa improvisada, con una libreta en la mano, escribiendo algo con el ceño ligeramente fruncido. Supuse que sería comida para los animales, pienso, recados, cualquiera de esas cosas prácticas a las que la vida se aferra incluso cuando acaba de darte una bofetada monumental.

—Bruno.
Levantó la cabeza.
—Selena… No te he visto esta mañana.
Su voz tenía todavía ese cansancio grave del día anterior, pero se suavizó un poco al verme. Y aquello, tan pequeño, me hizo sentir una ternura completamente inconveniente.
—Ya… qué vergüenza —dije, acercándome—. Me he quedado dormida. Nunca me pasa. Yo tengo mi ritmo circadiano funcionando como un reloj suizo, pero hoy…
Bruno cerró la libreta y esbozó una media sonrisa.
—Tranquila. Si tu cuerpo te lo pedía, es que lo necesitaba.
Lo dijo con tanta naturalidad que me dieron ganas de besarle y de mandarlo a la mierda a partes iguales. Porque seguía teniendo esa capacidad irritante de hacer que una frase sensata sonara íntima.
Me aclaré un poco la garganta.
—Escucha, Jaime te necesita. Quiere que vayas al comedor para hablar contigo y con Eulalia.
La sonrisa se le borró casi al instante. Asintió despacio, guardándose la libreta en el bolsillo trasero.
—Vale.
—¿Quieres que mientras me encargue de algo? —pregunté, señalando vagamente el cobertizo, los sacos, las cajas, el universo entero del campo en el que yo era poco menos que una amenaza con piernas.
Bruno soltó aire por la nariz, casi una risa.
—No, tranquila. Me das miedo.
Entrecerré los ojos.
—¿Perdona?
—Tú y el campo no es que tengáis muy buen entendimiento.
—Ja-ja —respondí, seca—. Qué ingenioso. Qué fino. Qué poco agradecido para alguien que una vez tuvo sexo memorable en la parte trasera de esa pickup.
Bruno me miró un segundo. Solo uno. Pero bastó para que el aire cambiara un poco de densidad entre nosotros.
—Precisamente por eso intento proteger el resto de la finca —murmuró.

Noté el calor subiéndoseme al cuello. Opté por la dignidad o por una versión barata de la dignidad.
—Vete al comedor, anda.
La sonrisa que le vi esta vez fue más clara. Más viva. Muy breve, pero lo suficiente como para regalarme una punzada cálida en mitad de toda aquella incertidumbre.
—No tardes en meterte en líos —dijo, echando a andar hacia la casa.
—No prometo nada.
Lo seguí con la mirada unos segundos, viendo cómo se alejaba con esa forma suya de moverse, segura incluso cuando por dentro debía de llevar un terremoto. Y cuando desapareció tras la esquina, me quedé sola bajo el sol, sin saber muy bien qué hacer con ese rato muerto.
O quizá no tan muerto.
Casi sin pensarlo, mis pies tomaron dirección hacia mi antiguo loft.
El caminito hasta allí seguía igual. El mismo camino de baches y agujeros, las mismas macetas medio salvajes, el mismo rumor del campo acomodándose al calor del día. Y, conforme me acercaba, sentí algo raro aflojándose dentro de mí. Como si mi cuerpo reconociera antes que mi cabeza aquella ruta, aquel silencio, aquella forma de estar lejos de todo.
Vi a Ramón antes de oírlo.
Estaba campando a sus anchas junto a sus chicas, pavoneándose con esa autoridad ridícula de gallo que se cree emperador romano en miniatura. Me quedé mirándolo con una mezcla de cariño y prevención.
—Hola, Ramón —murmuré mientras entraba al corral, con el tono reverencial que una adopta frente a quien tiene antecedentes penales en forma de picotazos.
Él ladeó la cabeza, evaluándome con ese ojo negro, brillante y profundamente desconfiado. Detrás, sus gallinas seguían a lo suyo, escarbando la tierra con una paz interior que yo no había sentido en dieciocho meses.
Me acerqué despacio. Mucho.

Esperando en cualquier momento una embestida, una humillación, un recordatorio de que en esta finca yo siempre había ocupado el rango inmediatamente superior al saco de pienso. Pero, sorprendentemente, no ocurrió nada. Ni Ramón me atacó ni sus chicas organizaron una revuelta campesina.

—Mira tú —susurré—. O me habéis perdonado o estáis demasiado cansados para odiarme.

Me agaché despacio y, con una cautela absolutamente ridícula para tratarse de unas gallinas, alargué la mano. Una de ellas me dejó acariciarle el lomo. Suave. Tibio. Vivo.

Y fue una tontería, pero se me llenó el pecho.

Salí y empujé la puerta del que había sido mi loft, aún sabiendo que iba a estar cerrada, pero no. Me sorprendí entrando en lo que durante aquel verano había sido mi pequeña cápsula rural de exilio, deseo y confusión. Allí estaba todo: el olor a madera, a polvo limpio, a verano retenido en las paredes. La cama estrecha. La ventana pequeña. El botijo. La sensación extraña de que, en aquel lugar diminuto y bastante mejorable en términos de confort humano, yo había sido muchísimo más yo que en mi loft de diseño en Madrid.

Apoyé una mano en el respaldo de la silla y me quedé quieta en mitad de la estancia.

La paz volvió a envolverme de una forma tan inmediata que casi me enfadó.

Porque no era una paz estética. No era la típica fantasía de urbanita saturada que se viene arriba con dos gallinas, una buganvilla y un café en taza de barro. No. Era algo más profundo. Más incómodo. Como si aquel sitio sacara de mí una versión menos brillante, menos eficaz, menos estratégica… y, al mismo tiempo, infinitamente más viva.

Me senté en la cama.

Y volví, inevitablemente, a la misma pregunta de siempre.

¿Me había equivocado?

No solo con Bruno. Con todo.

Durante año y medio me había repetido que había hecho lo correcto. Que elegir mi carrera, mi sueldo, mi independencia, mi identidad profesional, era lo inteligente. Lo sólido. Lo que cualquier mujer que

hubiera peleado tanto como yo debía defender con uñas y dientes. Y todo eso seguía siendo verdad. No me arrepentía de haber construido una vida propia. No me arrepentía de haber querido ser alguien más allá de la pareja de nadie.
Pero quizá había una trampa escondida en mi propia narrativa.
Quizá, en nombre de la independencia, también había defendido una vida que ya no me hacía feliz. Quizá, en nombre de la ambición, había sostenido una rutina que me estaba vaciando. Quizá, en nombre de no renunciar por un hombre, había renunciado igualmente… pero a mí.
La idea me dejó muy quieta.
Porque lo terrible no era haber elegido mal una vez. Lo terrible habría sido seguir aferrándome a esa elección sólo para no admitir que ya no encajaba conmigo.
Miré alrededor otra vez. Aquel loft era objetivamente pequeño, incómodo y ligeramente hostil para una mujer acostumbrada a ciertos estándares sanitarios y emocionales. Y, sin embargo, allí sentada, escuchando el rumor del campo y el cacareo lejano de Ramón y sus secuaces, sentí algo que no recordaba haber sentido en muchísimo tiempo.
Raíz.
No tenía aún un plan. Ni una decisión cerrada. Ni idea de cómo demonios iba a reinventarme, si es que terminaba haciéndolo. Pero sí tenía, cada vez con más claridad, la certeza de que aquel verano no había sido una excentricidad en mi vida.
Había sido una pista.
Una puerta entreabierta a una versión de mí que entonces no me atreví a mirar del todo. Una mujer menos impecable, quizá. Menos blindada. Pero también menos dormida.
Apoyé las manos a ambos lados del cuerpo y solté el aire muy despacio.
Luego sonreí sola, mirando la puerta.
—Madre mía —murmuré—. Igual sí que me he enamorado hasta de las gallinas.
Y por primera vez desde que había llegado a la isla, la idea de dejar de pensarlo todo y empezar, simplemente, a escucharme… no me

dio vértigo.
Me dio ganas.

52

Cuando volví a la finca, una hora y media después, Bruno ya no estaba. Y no porque me hubiera quedado meditando entre almendros sobre el sentido de la vida, sino porque cometí el error de, al salir del loft, acercarme a mi antigua hamaca.

Fue verla y fue como encontrarme con una excompañera de piso con la que, pese a todo, guardas buenos recuerdos. Durante aquellos dos meses, había pasado allí muchísimas tardes. Tirada como una croqueta emocional, balanceándome mientras intentaba decidir si Bruno me excitaba, me irritaba o ambas cosas a la vez. Aquella hamaca había visto más conflicto interno que un terapeuta premium.

Así que pensé: *cinco minutos*.

Cinco minutos para tumbarme, cerrar los ojos y recuperar esa paz rural que por las tardes me dejaba medio drogada de sol, silencio y fantasías nada castas.

Error.

Porque yo, en mi entusiasmo nostálgico, no caí en un detalle importante: la hamaca llevaba un año y medio achicharrándose al sol ibicenco, que no perdona ni a los turistas con sombrero y sandalias con calcetines, así que imagínate a una tela vieja.

Me senté con toda mi fe.

Y la hamaca, en lugar de sostenerme como una vieja amiga, decidió inmolarse.

Ni siquiera me dio tiempo a tumbarme. Solo escuché un *crac* bastante feo, seguido de otro más comprometido, y al segundo siguiente me fui directa al suelo de culo, con una violencia sorprendente para algo que, en teoría, iba a ser un momento bucólico.

Me quedé allí sentada, entre cuerdas rotas y tela vencida, mirando al cielo como si estuviera esperando que alguien bajara a explicarme en qué momento exacto mi vida había pasado de drama romántico a slapstick ibicenco.

—Vale —murmuré—. Perfecto. Muy bien. Fantástico.

Lo peor no fue el golpe, aunque elegante no fue. Lo peor fue la humillación de caerme yo sola intentando reconectar con mi paz interior. Como concepto, era bastante sólido.

Miré la hamaca destrozada. Luego mis piernas. Luego otra vez la hamaca.

Y, por supuesto, mi cerebro hizo lo que mejor sabe hacer cuando tiene un accidente ridículo: convertirlo en una señal cósmica.

¿Y si eso significaba algo? ¿Y si Ibiza me estaba mandando un mensaje clarísimo? ¿Y si la isla, cansada de mis dudas, acababa de decirme: "mira, reina, aquí no vuelves ni a tumbarte"?

Porque, sinceramente, que la primera cosa sobre la que intentas apoyarte se rompa bajo tu culo tiene un simbolismo difícil de ignorar.

—Estupendo —dije en voz alta, levantándome como pude—. Ibiza no quiere que vuelva. Lo comunica fatal, eso sí.

Me sacudí el culo con la poca dignidad que me quedaba y eché a andar de nuevo hacia la casa, ligeramente ofendida con la isla, con la hamaca y con el universo en general.

Ya de vuelta en la casa, Bruno no estaba. El sol caía con esa contundencia ibicenca que parecía dejarlo todo inmóvil, y en la cocina encontré a Eulalia entre cazuelas, con el delantal puesto y ese aire suyo de mujer capaz de seguir alimentando al mundo incluso con el corazón hecho trizas.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Tranquila, boixa, esto ya está casi hecho…

Pero cuando se giró hacia mí vi enseguida que tenía los ojos llorosos. No era un llanto desbordado, sino esa humedad contenida de quien lleva rato emocionándose a escondidas mientras remueve una olla.

—Eulalia… ¿qué ha pasado en esa reunión? ¿Por qué has llorado?

Se quedó mirándome un instante, con la cuchara aún en la mano, y negó muy despacio, como si ni siquiera ella misma terminara de

creerse lo que acababa de vivir.
—Ay, boixa… porque Vicente no ha podido ser más bueno. Ven conmigo.
Dejó el fuego al mínimo y me hizo un gesto para que la siguiera. Nos sentamos en la mesa del comedor, con la luz de mediodía entrando a raudales y el murmullo lejano de la finca colándose por las ventanas abiertas. Entonces empezó a contarme el contenido de la carta.
Y, a medida que hablaba, sentí cómo se me iba llenando el pecho de algo espeso, cálido, doloroso.
Vicente se había preocupado de todos. De absolutamente todos de la forma más práctica y profundamente generosa. La mayor parte de la finca iba a dejarla a su hijo, Jaime. Pero también había querido que Bruno tuviera un buen trozo de tierra para hacerse allí su propio hogar. No un favor, no una propina emocional, no una limosna de última hora. Un lugar. Un sitio real. Una forma de decirle, sin decírselo ya en vida, que también era de allí.
Pero eso no era todo.
Además, Vicente había pedido dos cosas importantes.
La primera, que Jaime hiciera realidad su sueño de abrir su hotelito rural, aprovechando que la casa grande iba a quedar vacía y sabiendo, seguramente, que su hijo no regresaría a vivir a la isla de forma permanente. Como si por fin hubiera entendido que el sueño de Jaime no era una traición a la finca, sino una forma distinta de continuarla.
La segunda, que Bruno siguiera encargándose de las tierras como capataz y que se asociara con Jaime, de modo que ambos pudieran sacar adelante el proyecto y repartirse los beneficios pactando un porcentaje justo. Vicente no sólo les había dejado un legado; les había tendido un puente. Una manera de obligarlos, incluso después de muerto, a caminar en la misma dirección.
Y luego estaba Eulalia.
Vicente había dejado por escrito que, pasara lo que pasara, Eulalia tendría siempre en esa casa su habitación. Su lugar. Su hogar.
Apoyé las manos sobre la mesa, todavía intentando asimilarlo todo.
—Madre mía, Eulalia… —murmuré—. ¿Estás contenta?
Sus ojos volvieron a empañarse, pero esta vez sonrió.

—Mucho. Muchísimo. Bruno y Jaime son como hijos para mí. Yo he estado sola muchos años, hija. Y Vicente… cuando me dio trabajo de cocinera, me dio la vida. Luego me dijo que me quedara a vivir aquí, y mira… cómo son las cosas, que yo también acabaré muriéndome en esta casa.
—Ay, pero para eso falta muchísimo —protesté enseguida, casi ofendida por la idea.
Eulalia soltó una risita blanda y se secó una lágrima con los dedos.
—Eso espero, que aún tengo que dar bastante guerra.
Le sonreí, todavía con el corazón apretado.
—Y dime… ¿cómo se lo han tomado?
Eulalia suspiró, pensativa.
—Bueno… Jaime se ha emocionado muchísimo. Ha tenido que parar de leer cuando ha llegado al trozo en el que su padre le decía que quería que hiciera realidad su sueño. Se le ha roto la voz por completo. Y Bruno… —hizo una pausa, buscando las palabras— creo que se ha visto sobrepasado. Porque no se ha inmutado. Nada. Se ha quedado quieto, callado, como si le hubieran echado encima demasiado de golpe. Al final solo ha dicho que tenía que volver al trabajo.
Bajé la mirada a la veta de la mesa.
Sí. Aquello sonaba mucho a Bruno.
A veces el dolor o la emoción no le salían hacia fuera, sino hacia dentro, como si lo tragara todo de una sola vez hasta quedarse mudo.
Pensé en ir a buscarlo. La idea me atravesó enseguida. Seguirle, obligarle a hablar, preguntarle qué sentía, si estaba bien, si aquello le había removido el suelo o se lo había colocado por fin bajo los pies. Pero no quise agobiarlo. No quería que se sintiera perseguido justo en un momento así. Quería que fuera él quien se acercara a mí cuando pudiera ponerle nombre a lo que llevaba dentro.
Así que me quedé con Eulalia.
La ayudé a preparar la mesa, a colocar los platos, las copas, el pan, una ensalada ibicenca y una fuente que olía a gloria bendita. Y, mientras lo hacíamos, fuimos hablando de otras cosas. Del futuro. De cómo imaginaba ella la casa convertida poco a poco en un

pequeño hotel rural con alma. De lo mucho que Jaime se parecía a su padre cuando se le metía una idea entre ceja y ceja, aunque luego intentara vestirlo de modernidad y planes de negocio. De cómo Bruno, en el fondo, llevaba demasiado tiempo perteneciendo a aquella tierra incluso antes de saberlo.

Aquella conversación, tan doméstica, tan aparentemente normal, tuvo algo profundamente reconfortante. Como si en mitad del duelo la vida ya estuviera buscando la manera de recomponerse a través de los gestos más pequeños: poner la mesa, pelar tomates, discutir si sobraría comida, decidir en qué jarrón quedaban mejor unas flores cortadas del jardín.

A las tres en punto aparecieron Jaime y Bruno.

Puntuales. Como si la puntualidad pudiera mantener el mundo sujeto con alfileres.

Jaime entró primero, con una energía rara, algo forzada, como la de quien ha llorado hace un rato y ahora intenta recolocar la cara dentro de una versión más funcional de sí mismo. Bruno iba detrás, más callado, con esa contención suya que de tan firme casi imponía respeto.

Levanté la vista hacia él.

Él hizo lo mismo.

Solo fue un segundo, pero supe enseguida que seguía en otra parte. No distante de mí, exactamente. Más bien metido hasta el fondo de sí mismo, intentando ordenar un terremoto.

—Bueno —dijo Jaime, frotándose las manos con una alegría un poco impostada—. ¿Se puede comer o hay que pasar antes una inspección de calidad de Eulalia?

—Tú siéntate y no molestes —replicó ella, pero con una ternura imposible de esconder.

Nos sentamos todos a la mesa.

Durante los primeros minutos la conversación fue extrañamente ligera. No frívola, pero sí sostenida por ese esfuerzo colectivo de no hundirse del todo a plena luz del día. Jaime habló de reformas posibles en la casa grande, todavía en abstracto, casi con miedo a sonar demasiado entusiasmado. Eulalia opinó sobre qué habitaciones tenían mejor orientación. Yo hice algún comentario

sobre lo bonita que sería una terraza de desayunos con vistas al campo.
Y Bruno…
Bruno apenas habló.
Contestaba cuando le preguntaban. Asentía. Añadía alguna precisión práctica sobre riegos, tierras, lindes o almacenes. Pero estaba más seco de lo habitual. Más encapsulado. Como si todavía no supiera si aquello que Vicente le había dejado era un regalo o una carga preciosa y terrible a la vez.
Yo lo observaba sin querer parecer que lo observaba. Y cuanto más lo miraba, más claro tenía que bajo aquella aparente calma se estaba librando una batalla.
En un momento, Jaime levantó su copa.
—Bueno… —dijo, mirando a Bruno y luego a Eulalia—. Supongo que, aunque todo haya sido una mierda y ojalá mi padre siguiera aquí para seguir discutiéndome todo, también hay algo bonito en que nos haya dejado un plan incluso después de morirse. Muy de Vicente, la verdad. Controlando desde el más allá.
Eso arrancó varias sonrisas pequeñas alrededor de la mesa.
—Tan previsor como siempre —añadió Eulalia.
—Hasta el final —confirmó Jaime.
Todos brindamos.
Todos menos Bruno.
No porque no levantara la copa. Lo hizo. Pero lo hizo tarde, como si regresara desde muy lejos.
Y entonces entendí que no podía quedarme allí, pegada a él, esperando que resolviera su vida con mi respiración en la nuca. No esta vez. No si de verdad quería hacer las cosas bien.
Porque una cosa era no volver a huir y otra muy distinta invadir el proceso que Bruno necesitaba atravesar solo.
Así que tomé una decisión silenciosa, dolorosa y, probablemente, adulta por una vez en mi vida: iba a volver a Madrid. No como una retirada. No como un "esto se acabó". Sino como un espacio. Un margen. El tiempo necesario para que él decidiera qué iba a hacer con su vida sin sentirse condicionado por mí, por nosotros, por la

tentación de agarrarse a lo primero que le diera calor en mitad del duelo.

Lo que Eulalia hace sin pensar… y yo intento no olvidar

Ensalada payesa ibicenca

(no sé si es una receta… o una forma de quedarse)

Eulalia no mide nada.
No pesa. No calcula.
Solo corta, mezcla… y sabe cuándo está bien.
Yo la miro desde la encimera, intentando memorizar cada gesto como si eso fuera a servirme de algo cuando ya no esté aquí.

Ingredientes

(según Eulalia, "lo que haya… pero bueno")

- 3 o 4 patatas cocidas con piel
- 2 tomates grandes, maduros
- 1 pimiento rojo asado
- Media cebolla
- 2 huevos duros
- Pescado seco (o lo que se le parezca)
- Aceitunas

Y aceite. Mucho aceite. De oliva, claro.

Cómo se hace (según Eulalia)

1. Las patatas

Las pela sin prisa y las corta en trozos irregulares.
Nada es perfecto. Y no pasa nada.

2. Los tomates y la cebolla

Todo en trozos grandes.
Aquí nadie viene a impresionar a nadie.

3. El pimiento

En tiras, sin pensar demasiado.
Como todo lo importante.

4. El pescado
Lo desmiga con los dedos.
Y por un momento, todo parece antiguo. Sencillo. De antes.
5. El montaje
Huevos en cuartos. Aceitunas.
Y silencio.
6. El aliño
Aceite generoso. Sal.
El toque clave es el ajo picado por encima.
Y luego… esperar.

Eulalia dice que hay que dejarla reposar y servirse a temperatura ambiente.
Y no sé por qué, pero siento que no habla solo de la ensalada.

Resultado

Una mezcla imperfecta, sencilla, que no pretende nada…
y aun así lo tiene todo.

Nota mental: Hay cosas que no se aprenden.
Se viven. Se comparten.
Y si tienes suerte… te acompañan cuando te vas.

53

Cuando por fin nos quedamos solos, se lo dije.
Bruno me miró largo rato, con esa mezcla de cansancio y verdad desnuda que se le había quedado en la cara desde la lectura de la carta.
—No quiero que te vayas —dijo primero.
—Ya lo sé.
—Pero creo que tienes razón.
Aquella frase me dolió más de lo que esperaba, precisamente porque no sonó a rechazo. Sonó a honestidad.
Bruno se pasó una mano por la barba y bajó la vista un momento antes de seguir.
—Te quiero, Selena. Da igual dónde termine. Da igual si acabo aquí, en Barcelona o debajo de una piedra, te voy a querer igual. Eso no es lo que está en duda.
Sentí el corazón apretándoseme dentro del pecho. ¿Me había dicho que me quería?
—Entonces, ¿qué sí está en duda?
Él respiró hondo.
—Yo. —Levantó la vista hacia mí—. Qué va a ser de mí ahora. Porque una cosa era trabajar para Vicente. Tener un sitio claro. Un papel claro. Un hombre al que responder. Y otra muy distinta es esto. Echar raíces de verdad. Decidir si quiero quedarme aquí porque ésta es mi vida… o porque me da miedo inventarme otra.
Me quedé callada, mirándolo.
—Necesito foco —añadió—. Necesito ordenar qué quiero. Qué me haría feliz. Qué parte de mí sigue aquí por amor a esta tierra y qué parte se queda solo por lealtad, por costumbre o por no enfrentarme a otra cosa. Y no quiero decidir eso contigo delante, Selena. No

porque me estorbes. Sino porque me importas demasiado. Porque podría elegir mal solo por no perderte.
Aquello me atravesó entera. Por la belleza. Y por la crudeza.
—¿Y si ya supieras la respuesta? —pregunté en voz baja.
Bruno frunció apenas el ceño.
—¿A qué te refieres?
Di un paso hacia él.
—A que quizá tú ya sabes dónde están tus raíces y solo te da miedo decirlo en voz alta. —Lo sostuve con la mirada—. ¿Dónde has sido más tú en los últimos años, Bruno? ¿Dónde has respirado mejor? ¿Dónde has dejado de sobrevivir y has empezado a vivir? ¿En qué sitio has construido algo que se parezca a la paz?
No respondió. No hizo falta.
Vi perfectamente en su cara que cada una de esas preguntas ya tenía respuesta, así que seguí.
—¿Quién te dejó tierra para que hicieras tu hogar? —dije, más suave ahora—. ¿Quién vio antes que tú que ya eras de aquí?
Bruno tragó saliva.
—Vicente.
—Exacto.
Se hizo un silencio muy hondo entre los dos. Porque los dos sabíamos que no estaba hablando solo de una herencia. Estaba hablando de pertenencia, de identidad, de ese tipo de verdad que a veces otro ve antes que uno mismo.
Bruno bajó la cabeza, vencido por una emoción que no terminaba de derramarse del todo.
—Me da miedo —admitió al fin—. Que quedarme aquí signifique algo tan definitivo como decir: ésta es mi vida. Que ya no estoy de paso. Que no estoy ayudando a otro hombre con su proyecto. Que soy yo el que decide. Yo el que echa raíces. Yo el que se queda.
—Claro que te da miedo —le dije—. Eso acojona muchísimo más que cualquier cambio de ciudad. Porque ya no puedes esconderte detrás de un trabajo prestado.
Él soltó una risa breve, cansada.
—Gracias por el apoyo.
—Sabes que tengo razón.

—Sí. Por desgracia, sí.
Entonces lo miré con toda la ternura que me cabía en el cuerpo.
—Vuelve a encontrarte, Bruno. Ordena tu cabeza. Decide desde ti, no desde el duelo, ni desde mí, ni desde el miedo. Yo me voy a Madrid… pero no me voy de ti.
Esa frase le golpeó. Lo vi.
Levantó la vista y me sostuvo la mirada de una forma tan limpia, tan intensa, que por un segundo me costó respirar.
—No quiero perderte otra vez.
—Pues no me pierdas —susurré—. Pero esta vez no me quieras a medias ni desde la parálisis. Encuéntrame cuando sepas desde dónde quieres construir tu vida.
Bruno se acercó entonces lo justo para cogerme la cara entre las manos. Despacio. Como si estuviera tocando algo frágil y, al mismo tiempo, profundamente suyo.
—Tenías razón. —Su pulgar rozó mi mejilla—. Creo que mis raíces están aquí. Creo que siempre lo han estado más de lo que quise admitir. Y creo que Vicente lo supo antes que yo.
Noté cómo se me humedecían un poco los ojos.
—Entonces ya has empezado a decidir.

Volví a Madrid, pero ya no anestesiada. Volví sabiendo que algo estaba en marcha, dejando a Bruno en Ibiza atravesando su propio proceso de asentarse de verdad, no como empleado, sino como hombre que por fin aceptaba que pertenecía a ese lugar.
Claudia vino a verme dos días después.
Estábamos en mi ático, sentadas en el suelo del salón porque, por alguna razón, cuando una tiene una crisis vital de categoría siempre acaba evitando el sofá bueno. Ella se había servido una copa de vino y yo tenía otra entre las manos, aunque llevaba veinte minutos sin beber. La ciudad se extendía al otro lado de los ventanales, impecable y luminosa, como si quisiera recordarme todo lo que había tardado en conquistarla.
Claudia me observó un momento largo, con esa mirada suya de amiga que ya ha hecho demasiadas radiografías emocionales como para tragarse un “estoy bien” mal pronunciado.

—Vale —dijo al fin—. Se te ve distinta.
—Eso suena peligrosísimo.
—Lo es. Tienes cara de haber tomado una decisión importante o de haberte metido en una secta de yoga. Y como no hueles a incienso, voy a asumir que es lo primero.
Solté una risa pequeña.
—No he tomado exactamente una decisión.
Claudia entrecerró los ojos.
—Ah, peor. Entonces has tomado media. Ésas son las más coñazo.
Apoyé la cabeza en la pared y suspiré.
—He vuelto rara.
—No, cariño. Has vuelto viva, que no es lo mismo.
La frase me tocó un sitio blando.
Claudia dio un sorbo a su vino y se recolocó de piernas cruzadas frente a mí.
—A ver. Cuéntamelo bien. Pero bien de verdad. No me hagas un resumen ejecutivo de veinte segundos como si fueras mi jefa y yo tu becaria.
—Qué violenta eres.
—Y tú muy pesada cuando te pones misteriosa. Habla.
Bajé la vista a mi copa y giré el cristal entre los dedos.
—Bruno está… distinto.
—Hombre, normal. Se le ha muerto Vicente, no se ha ido de retiro espiritual a Formentera.
—Ya, pero no me refiero solo a eso. Está en un punto de su vida en el que no puede esconderse más detrás de nada. Ni del trabajo, ni de la finca, ni de Vicente, ni de… nosotros.
Claudia asintió despacio, sin interrumpirme.
—Y yo también estoy en ese punto —seguí—. Creo que por eso ha sido todo tan fuerte. Porque de repente he visto clarísimo que no quiero seguir viviendo a medias. Pero una cosa es saber eso y otra muy distinta coger una maleta, dejar Madrid y mudarte a una isla como si fueras una protagonista europea de peli rara.
Claudia levantó una ceja.
—A ver, perdona, lo de protagonista europea te pega muchísimo.
—No ayudes.

—Estoy ayudando con estética.
Sonreí, pero enseguida volví a ponerme seria.
—Lo que pasa es que todo el mundo simplificaría esto como "te vas por un hombre", y me revienta. Porque no es eso. O no solo eso. Es que siento que mi vida aquí… no sé. Como que ya la he entendido. Como que ya me ha dado lo que tenía que darme. Y, al mismo tiempo, me aterra pensar que puedo estar equivocándome muchísimo.
Claudia dejó la copa en el suelo y se inclinó un poco hacia mí.
—Vale. Primera cosa: que te dé miedo no significa que esté mal. Significa que no eres una inconsciente, que ya es bastante.
—Gracias por ese estándar tan bajo.
—De nada. Segunda cosa: tú no eres una mujer de las que se estampan por seguir a un tío porque sí. Eres demasiado controladora para eso.
—Qué bonito perfil psicológico me haces.
—Es verdad. Tú no te tiras al vacío. Tú haces un Excel del vacío, una presentación en PowerPoint y luego ya, si eso, te asomas.
Se me escapó una carcajada.
—Eso ha sido ofensivamente preciso.
—Lo sé. Por eso me pagan cero euros por ser tu amiga. Ahora dime una cosa y contéstame sin postureo. Si Bruno no existiera, ¿seguirías planteándote que tu vida en Madrid ya no te llena?
La pregunta me dejó callada.
Miré alrededor. El ático. Los muebles bonitos. La luz perfecta. La cocina de revista. Todo aquello que durante años había sido una prueba física de que lo había logrado.
—Sí —admití al cabo de unos segundos—. Creo que sí.
Claudia asintió, tranquila. Como si esa respuesta fuera lo único que necesitaba.
—Entonces ya tienes la mitad del problema resuelto.
—¿La mitad?
—Claro. La mitad difícil, de hecho. La otra es averiguar qué coño haces con esa información.
Bufé una risa.
—Qué fácil lo haces sonar.

—No he dicho fácil. He dicho claro, que no es lo mismo.
Volví a bajar la vista.
—Bruno me dijo que necesitaba tiempo. Que me quería, pero que tenía que entender bien qué vida quería construir ahora. Y lo entendí. De verdad. Por primera vez no me enfadé ni lo viví como rechazo. Me pareció… honesto. Necesario.
—Pues eso es buena señal.
—Ya.
—¿Y tú qué le dijiste?
—Que me volvía a Madrid. Que no iba a quedarme allí pegada a él esperando a que ordenara su existencia como si yo fuera una lámpara monísima en una esquina. Pero también le dije que no me iba de él. Solo le estaba dejando espacio para que decidiera sin sentirme respirándole en la nuca.
Claudia sonrió con un punto de orgullo.
—Joder. Eso está muy bien hecho.
—Sí, bueno, para una vez que gestiono algo emocionalmente como una adulta funcional, me gustaría que se notara.
—Se nota. Lo que pasa es que ahora estás en la fase jodida.
—¿Cuál de todas?
—La de esperar sin quedarte quieta.
Aquella frase me hizo levantar la cabeza.
—Eso suena horrible.
—Porque lo es. Pero es la única manera sana de hacerlo. Tú no puedes quedarte aquí, en este ático, mirando el móvil como una viuda victoriana con WiFi. Tendrás que seguir con tu vida… y, al mismo tiempo, estar abierta a que cambie.
Me quedé un rato en silencio.
—Claudia…
—Mmm.
—¿Tú crees que estoy loca?
Ella me miró con tanta ternura que me dieron ganas de abrazarla y estrangularla al mismo tiempo.
—Creo que estás enamorada. Y que encima, para variar, te has enamorado en un momento de tu vida en el que ya no puedes hacer trampas contigo misma.

La frase se me clavó dentro.
—Qué pereza.
—Muchísima. Enamorarse de verdad siempre llega fatal. Cuando una es joven por idiota, y cuando una ya no lo es por incómodamente revelador.
Me tapé media cara con una mano, riéndome sin ganas.
—Es que me da miedo dejar todo esto.
Claudia miró alrededor del salón.
—Normal. Te lo has currado muchísimo.
—Ya.
—Pero también te digo una cosa: una puede haber luchado mucho por una vida y, aun así, dejar de querer vivirla. Eso no invalida el esfuerzo anterior. No convierte todo esto en un error.
Tragué saliva.
—Eso necesito tatuármelo.
—No, porque te arrepentirías del diseño a los tres meses. Pero sí conviene que lo recuerdes.
Se hizo un pequeño silencio. Afuera empezaban a encenderse algunas luces en los edificios de enfrente. Madrid poniéndose guapa para otra noche en la que, durante mucho tiempo, yo me había sentido exactamente donde debía estar.
Hasta que dejé de sentirlo.
Claudia cogió de nuevo su copa.
—Lo que no voy a hacer —dijo entonces— es asumir que te vas a mudar ya.
La miré.
—¿No?
—No. Porque te conozco. Y porque esto no va de hacer una locura impulsiva y plantar allí cuatro vestidos, dos velas y tu soberbia. Va de que Bruno resuelva su mierda. Y de que tú resuelvas la tuya. Y luego, si os seguís encontrando en el mismo sitio, entonces ya hablamos de cajas.
Sonreí un poco.
—Te quiero mucho cuando eres cruel con método.
—Es mi lenguaje del amor.
—Pero… ¿y si pasa el tiempo y no llega a nada?

Claudia se encogió de hombros con una serenidad desarmante.
—Entonces dolerá. Mucho. Pero no te quedarás con la duda de si esta vez, por fin, hiciste las cosas bien.
Sus palabras me dejaron quieta.
Porque ése era el centro de todo, en realidad. Ya no quería grandes promesas. Ni gestos dramáticos. Ni amor de película. Quería verdad. Aunque tardara. Aunque costara. Aunque no viniera con música de fondo.
—Lo echo muchísimo de menos —confesé en voz baja.
Claudia sonrió, esta vez sin bromas.
—Ya.
—Y me siento ridícula, porque no estamos juntos oficialmente, no hay una etiqueta, no hay nada claro… y, aun así, es como si me faltara alguien.
—No hace falta una etiqueta para echar de menos a la persona que te ha movido el suelo, Selena.
Noté un pinchazo en los ojos.
—Joder.
—Sí. Joder bastante.
Me reí con la voz rota.
Claudia dejó la copa en el suelo y se acercó un poco más hasta rozar su rodilla con la mía.
—Solo te pido una cosa.
—¿Cuál?
—No conviertas la espera en una religión. No pongas tu vida en pausa. No te quedes quieta por si llama. Vive. Trabaja. Piensa. Cuestiona todo lo que tengas que cuestionarte. Pero vive. Y si al final ese hombre llega a tu vida de la forma correcta, que te encuentre despierta, no congelada.
La miré en silencio.
—Qué sabia estás hoy. Me incomodas.
—Llevo sujetándote años. Algún poso tenía que dejarme.
Sonreí de verdad entonces. Una sonrisa pequeña, cansada, pero de las que aflojan.
—Gracias.
—No me las des todavía. Me las darás cuando no la cagues.

—Qué nivel de fe me tienes.
—El justo. Eres brillante, pero emocionalmente a veces pareces una cabra montesa con tarjeta black.
Me eché a reír y, por primera vez desde que había vuelto, sentí que el aire me entraba un poco mejor en los pulmones.
No porque tuviera respuestas.
Sino porque, quizá por fin, estaba dejando de hacerme las preguntas equivocadas.

54

Durante las semanas siguientes, Bruno empezó a contarme las cosas de una manera distinta. Ya no llamaba solo para decirme cómo había ido el día o para preguntarme si había cenado. Había algo nuevo en su voz. Algo más ligero. Más vivo. Como si, por primera vez en mucho tiempo, el futuro no le pareciera una emboscada, sino un sitio al que empezar a mirar sin miedo.

Me fue poniendo al día de todo: de la firma del testamento, de los papeles, de las conversaciones infinitas con Jaime, de las veces que los dos habían discutido por una pared, una ventana o una idea absurda sobre dónde colocar la recepción del futuro hotel.

Y, sobre todo, de cómo el proyecto inicial de Jaime había cambiado por completo.

Ya no quería levantar algo desde cero, separado de la historia de la finca, como había imaginado durante años. Ahora quería aprovechar la casa familiar y convertirla en el hotel boutique con el que siempre había soñado, pero sin traicionar el alma del sitio. Un lugar pequeño, bonito, con verdad. Con desayunos hechos por Eulalia. Con cenas familiares los sábados por la noche para los huéspedes y los amigos del hotel. Con pocas habitaciones, mucho gusto y nada de postureo.

—Se va a llamar Hotel Boutique Sa Finca —me dijo una tarde, y pude escuchar la sonrisa en su voz.

Yo cerré los ojos, tumbada en mi sofá de Madrid, y me lo imaginé todo de golpe: la casa, la piedra, las buganvillas, Eulalia sirviendo café y pan con tomate como si alimentara a media isla, Jaime discutiendo con un albañil, Bruno recorriendo la finca con esa calma suya de hombre que por fin sabe dónde pisa.

Y sentí una emoción tan limpia que tuve que apretar el móvil un poco más fuerte contra la oreja.

—Si Vicente levantara la cabeza —murmuré— no se creería la relación que tenéis ahora Jaime y tú.
Bruno soltó una risa baja.
—No. Primero nos llamaría inútiles por necesitar que se muriera para ponernos de acuerdo… y luego, muy en el fondo, se sentiría bastante satisfecho consigo mismo.
Sonreí sola.
—Eso sí suena más a él.
Hubo un pequeño silencio. Pero no de los incómodos de antes. Uno bueno. Lleno. De esos que no separan, sino que acercan.
Luego Bruno carraspeó un poco.
—Selena…
—¿Sí?
—¿Sigue en pie lo de mudarte a Ibiza?
La pregunta me hizo incorporarme en el sofá.
—Sí —respondí, sin titubear.
Él tardó un segundo en contestar.
—Me alegro. Pero también me acojona.
No pude evitar reírme un poco.
—Qué romántico eres cuando te lo propones.
—Déjame terminar.
Sonreí más.
—Termina.
Escuché cómo soltaba aire al otro lado.
—Una cosa era lo de aquel verano. Dos meses. Una aventura. Tú sabías que volvías a tu casa. Yo sabía que aquello tenía fecha de caducidad aunque no quisiera admitirlo. Pero esto sería de verdad, Selena. Vivir juntos. Compartir rutinas. Aguantarnos el carácter. Que tú veas mi cara todos los días incluso cuando esté insoportable, y yo la tuya cuando te pongas en modo tozuda.
—Tentador, desde luego.
—Voy en serio.
Su voz se volvió más grave. Más quieta.
—Me preocupa que no te adaptes. Que al principio todo te parezca bonito y luego descubras que esto no era lo que querías. Que eches

de menos Madrid, tu vida, tu ritmo, tus cosas… y que un día te des cuenta de que has hecho demasiado por mí.
Me quedé callada unos segundos, dejándolo respirar.
—Bruno…
—No quiero que vengas por inercia. Ni por amor mal entendido. Quiero que vengas si de verdad puedes construir aquí una vida que también sea tuya.
El pecho se me llenó de algo cálido y doloroso a la vez.
—Eso es exactamente lo que necesitaba oír —dije en voz baja.
Hubo un silencio.
—¿Sí?
—Sí. Porque significa que no me estás pidiendo que me meta en tu vida como pueda. Me estás preguntando si quiero construir una con la mía también dentro.
No respondió enseguida. Pero cuando lo hizo, su voz me acarició por dentro.
—Eso mismo.
Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y cerré los ojos.
—Entonces sí. Sigue en pie. Con miedo, con dudas, con vértigo… pero sigue en pie.
Escuché una sonrisa en su respiración.
—Vale.
—Vale, ¿qué?
Bruno tardó apenas un segundo.
—Que voy a empezar ya la casa.
Abrí los ojos de golpe.
—¿Cómo que la casa?
—La mía. Bueno… la nuestra, si tú quieres. La del terreno que me dejó Vicente. —Hizo una pausa—. Y necesito que me ayudes a diseñarla.
No supe qué me emocionó más: que dijera *la nuestra* con esa torpeza preciosa de quien aún no está acostumbrado a nombrar el futuro en plural, o que quisiera que yo participara desde el principio.
—¿Me estás proponiendo que diseñe nuestra casa? —pregunté, intentando que mi voz sonara normal y no como una mujer a punto de desintegrarse emocionalmente.

—Sí. Porque si vas a venir, quiero que se note que vives tú también ahí. No quiero una casa en la que tú seas una invitada con neceser. Quiero un hogar contigo dentro desde el plano.
Me llevé una mano a la boca.
—Bruno…
—Y además, siendo honestos, tú tienes bastante mejor gusto que yo y no quiero vivir el resto de mi vida rodeado de decisiones estéticas cuestionables.
La risa se me mezcló con una emoción tan fuerte que me humedeció los ojos.
—Eso también suena muchísimo a declaración de amor.
—Es la más sincera que te puedo hacer ahora mismo.

55

Los días siguientes empecé a mirar Madrid de otra manera. No como quien contempla una ciudad que va a perder, sino como quien empieza a despedirse de una versión de sí misma que ya ha dado todo lo que tenía que dar.

Renuncié al trabajo con una calma que, sinceramente, sorprendió hasta a mi jefe. Me ofrecieron más dinero, más proyección, más responsabilidades, como si la solución a cualquier vacío consistiera siempre en añadir ceros y reuniones. Y por primera vez en mi vida no dudé ni medio segundo.

No me preocupaba encontrar otro trabajo.

Sabía lo que valía. Sabía lo que podía aportar y sabía también que en Ibiza no me iba a morir de hambre. Allí había trabajo de sobra, especialmente en el sector hotelero, y si alguna gran cadena tenía dos dedos de frente, yo podía hacer maravillas en experiencia de cliente, estrategia, posicionamiento o marketing. No era arrogancia. Era información.

El vértigo no venía por ahí. Venía por otra parte.

Por la sensación rarísima de estar desmontando una vida entera para entrar en otra que todavía no terminaba de ver con nitidez. Como cuando haces una maleta hacia un destino que conoces… pero no del todo. Como cuando intuyes que algo va a cambiarte, pero todavía no sabes la forma exacta que tendrá ese cambio.

Y entonces sonó el teléfono.

Miré la pantalla.

Jaime.

Fruncí el ceño, extrañada, y descolgué.

—¿Jaime?

—Selena, hola. ¿Te pillo mal?

—No, dime.
Al otro lado se oyó un pequeño silencio, como si estuviera ordenando por dónde empezar.
—A ver… te llamo porque le he estado dando vueltas a algo, después de una conversación con Bruno. Bueno, más bien he conseguido que hable, que eso ya es un mérito en sí mismo.
Sonreí sin querer.
—Me consta.
—Y resulta que está preocupado.
Mi sonrisa se borró apenas.
—¿Preocupado por qué?
Jaime soltó una risa breve.
—Por ti. Por si no encuentras trabajo aquí. Por si dejas Madrid, llegas a Ibiza y te ves desubicada. Por si te conoce demasiado bien y sabe que, como no te sientas útil, en dos semanas nos incendias la finca por puro aburrimiento existencial.
Me apoyé en la encimera de la cocina, todavía con el móvil en la oreja.
—Qué bonito retrato estáis haciendo de mí últimamente.
—No me interrumpas, ejecutiva agresiva. El caso es que, mientras lo escuchaba, he pensado una cosa.
Esperé.
—No quiero que trabajes para una cadena hotelera o una agencia de márketing —soltó de pronto—. Quiero que trabajes conmigo.
Parpadeé.
—¿Perdón?
—Quiero que seas tú quien dirija el hotel boutique.
Me quedé completamente quieta.
—Jaime…
—Lo digo en serio. —Su tono cambió. Se volvió limpio, firme—. Quiero que seas la directora de Hotel Boutique Sa Finca. Que lleves el funcionamiento. Que diseñes la experiencia de los huéspedes. Que decidas cómo queremos que se sienta la gente cuando llegue, cuando duerma aquí, cuando desayune con Eulalia, cuando se vaya. Que lleves el marketing, las reservas, la imagen, la estrategia, todo. Absolutamente todo.

Tuve que sentarme.
—Espera, espera… ¿me estás ofreciendo dirigir el hotel?
—Sí.
—¿A mí?
—No, a una cabra montesa con buen criterio. Claro que a ti, Selena.
Se me escapó una risa nerviosa, incrédula.
—Pero si todavía ni lo habéis abierto.
—Precisamente por eso. Porque hay que pensarlo desde cero. Y porque yo puedo tener visión para el proyecto, Bruno puede conocer la finca como nadie y Eulalia puede darle alma a la cocina… pero tú sabes convertir un sitio bonito en algo inolvidable. Y, además, consigues que la gente quiera venir antes incluso de saber por qué. Eso no lo hace cualquiera.
Me quedé en silencio.
Sentía el corazón galopándome en el pecho como si acabara de escuchar algo que llevaba años esperando sin saberlo.
Jaime siguió hablando, ya lanzado.
—Tú sabes de estrategia, de experiencia de cliente, de posicionamiento, de comunicación. Sabes vender sin vender. Sabes detectar lo que falla antes de que reviente. Sabes hacer que las cosas funcionen. Y, sobre todo, no mirarías este sitio como un negocio más. Lo mirarías como algo con identidad. Con alma. Y eso es justo lo que necesito.
Me llevé una mano a la frente.
—Dios mío…
—¿Eso es un no?
—Eso es un "estoy intentando entender si estoy viviendo en una película alemana".
Jaime se echó a reír al otro lado.
—Bueno, mientras no sea una de esas en las que todo el mundo mira por la ventana y sufre en silencio, vamos bien.
Yo seguía sin poder procesarlo del todo.
Porque, de repente, el futuro había dejado de ser un borrón romántico e incierto para abrirse como una puerta concreta. Real. Con forma. Con propósito.

Hasta ese momento me había imaginado dejando Madrid para empezar de cero en Ibiza, sí, pero desde una casilla imprecisa. Buscar trabajo. Adaptarme. Ver qué surgía. Reconstruirme sobre la marcha. Y ahora, de golpe, me estaban ofreciendo no solo un trabajo, sino un proyecto a mi medida. Uno en el que todo lo que yo era tenía sentido.
No como añadido. No como pareja de Bruno. No como mujer que sigue a un hombre a una isla.
Como Selena, con nombre propio. Con criterio propio. Con espacio propio.
—¿Bruno sabe que me estás llamando? —pregunté al fin.
Jaime hizo una pausa.
—Sabe que estaba preocupado. Sabe que yo estaba pensando qué hacer con la dirección del hotel. Lo que no sabe es que he sido tan listo y tan rápido como para unir los puntos antes que él.
Sonreí. Claro que sí. Muy Jaime.
—Aunque —añadió—, te digo una cosa: si pudiera verte la cara ahora mismo, estoy bastante seguro de que me daría la razón.
Bajé la vista y me descubrí sonriendo sola, con una mezcla tan brutal de emoción, vértigo y alivio que casi me mareé.
—No sé qué decir.
—Di que sí.
Me reí.
—Qué negociador más fino eres.
—He salido a mi padre a ratos.
La frase me tocó un sitio sensible.
—Jaime…
—Piénsalo, si quieres —dijo, ya más suave—. Pero no lo pienses demasiado, que ya sabemos cómo terminan esas cosas en esta historia.
Solté aire. Largo.
Miré alrededor. Mi cocina en Madrid. La cafetera cara. La encimera pulida. El silencio limpio del piso. Todo seguía ahí. Todo seguía siendo mío. Y, sin embargo, por primera vez no me pareció una vida completa, sino una etapa perfectamente cerrada.
—No —dije.

—¿No qué?
—No necesito pensarlo demasiado.
Se hizo un pequeño silencio al otro lado. Yo ya estaba cansada de tener que planificar mi vida, de querer tenerlo todo bajo control, así que… Decidí lanzarme.
—Entonces…
Sonreí y sentí una claridad preciosa subir desde el estómago hasta la garganta.
—Entonces no le digas a tu socio cabezota nada. Quiero ser yo quién le sorprenda con mi nuevo cargo.
Jaime soltó una exclamación de victoria tan genuina que me hizo reír aún más.
—Sabía que tenías más visión que los dos juntos. Joder, qué ganas de ver la cara de Bruno.
Apoyé la cabeza en la pared, cerrando los ojos un segundo.
Y en ese instante lo sentí.
No como una intuición. No como un deseo. Como una certeza.
No estaba dejando mi vida atrás.
Estaba entrando en ella.

56

Aterricé en Ibiza sin avisarle.
No porque quisiera jugar a la femme fatale misteriosa, sino porque, sinceramente, me moría de ganas de verle la cara. Después de la llamada de Jaime, después de renunciar a mi trabajo en Madrid, después de despedirme de mi antigua vida con una mezcla rara de vértigo y euforia, necesitaba ese momento. Necesitaba plantarme allí y comprobar que todo aquello estaba ocurriendo de verdad.
Cogí un Uber con suelo alto para asegurarme que me dejara en la mismísima puerta de la finca, con las gafas de sol puestas, el pelo recogido en una coleta tirante y un nudo en el estómago que no me dejaba respirar con normalidad.
Al llegar, lo primero que oí fue el ruido de trabajo: voces, algún motor, pasos sobre grava, herramientas golpeando algo a lo lejos. La finca ya no estaba suspendida en el duelo como la última vez. Ahora había movimiento. Reformas. Vida.
Dejé las maletas en el porche.
Vi a varios trabajadores y, más allá, cerca del antiguo almacén, a Bruno. Me dirigí hacia él andando (esta vez no me calcé los stiletto).
Estaba de espaldas, hablando con dos hombres y señalando no sé qué plano o lista que uno de ellos sostenía entre las manos. Llevaba una camiseta gris pegada al cuerpo por el sudor, vaqueros gastados y esa postura suya de hombre que ya no está de paso, sino exactamente donde tiene que estar.
Se giró por casualidad.
Y me vio.
Se quedó completamente inmóvil.
Fue un segundo. Quizá dos. Pero en ese instante vi con una claridad brutal cómo su cara pasaba por todas las emociones posibles a la

vez: desconcierto, incredulidad, alivio, hambre, felicidad. Una felicidad tan limpia que hasta a mí me hizo daño en el pecho.
—¿Selena? —dijo, como si no terminara de creérselo.
Yo me quité las gafas despacio, sonriendo.
—En persona. Bastante mejor que por videollamada, la verdad.
No me dio tiempo a más. Bruno soltó lo que llevaba en la mano, masculló algo ininteligible a los trabajadores y echó a andar hacia mí con una rapidez que estaba a medio camino entre el ímpetu y la pura falta de paciencia.
Cuando llegó, me agarró por la cintura con las dos manos y me levantó del suelo en un abrazo tan brusco, tan lleno de alegría y de necesidad, que solté una carcajada antes incluso de poder decir su nombre.
—Joder, Selena… —me dijo contra el pelo, apretándome fuerte—. Joder.
Yo lo rodeé con los brazos, hundiendo la cara en su cuello un segundo. Olía a sol, a trabajo, a campo y a él. A él de verdad. No al recuerdo. No a la pantalla. A él.
Al separarse, me miró de arriba abajo como si quisiera comprobar que estaba completa, que no me iba a evaporar, que no era una aparición de las suyas fabricada por el deseo.
—¿Qué haces aquí? —preguntó, todavía con las manos en mi cintura.
—Bueno, pensé que ya iba siendo hora de que el equipo directivo se personara en la finca.
Frunció el ceño apenas, pero no llegó a procesarlo. No le dio tiempo. Porque la alegría pudo más.
Miró por encima del hombro a los trabajadores, luego volvió a mí, y sin pensárselo dos veces me arrastró unos pasos, bordeando el almacén, hasta dejarme resguardada de miradas ajenas entre un muro de piedra y unas pacas de paja apiladas.
—Bruno… —empecé, riéndome ya medio nerviosa.
Pero él no estaba para conversaciones.
Me acorraló con una mano en mi cintura y la otra en mi nuca, y me besó.
Madre mía si me besó.

No fue un beso de saludo, ni uno emocionado sin más. Fue un beso de reencuentro en carne viva. Hambre, alivio, deseo y una especie de alegría salvaje mezclándose en su boca. Me abrió los labios sin preámbulos y yo respondí al instante, igual de hambrienta, igual de perdida, igual de feliz. Su lengua encontró la mía con esa urgencia deliciosa de quien lleva demasiado tiempo soñando con algo y, cuando por fin lo tiene, no piensa desperdiciar ni un segundo.

Sus manos me apretaban con firmeza, subiendo y bajando por mi espalda, mi cintura, mi cara, como si necesitara tocarme entera para creerse que de verdad estaba allí. Yo me agarré a su camiseta, tirando de él con la misma poca dignidad con la que una se lanza a una piscina después de cruzar un desierto.

Me mordió el labio. Yo jadeé. Él volvió a besarme más hondo.

Y entonces tuve que empujarlo un poco por el pecho.

—¡Para!

Bruno se quedó tieso. Se apartó lo justo para mirarme, completamente desencajado.

—¿Qué?

El cambio en su cara fue instantáneo. Pasó del fuego al susto en menos de un segundo.

—Selena, perdona, joder… —retiró las manos un poco, como si acabara de darse cuenta de algo horroroso—. No quería… Pensaba que tú…

Parpadeé, sosteniéndole la mirada unos segundos más de la cuenta, dejando que se asara un poquito en su propio desconcierto.

—No puedes tratarme así —dije con toda la solemnidad que fui capaz de reunir—. Como un vulgar granjero.

Bruno frunció el ceño, completamente perdido.

—¿Perdón?

Me crucé de brazos, intentando no reírme.

—Ten un poco más de respeto por la directora del Hotel Boutique Sa Finca.

Hubo un segundo de silencio absoluto.

Uno.

Dos.

Vi perfectamente el momento exacto en que su cerebro intentó procesar primero la noticia, luego la frase, y por último la posibilidad de que yo le estuviera tomando el pelo en mitad de un calentón histórico.
—¿Cómo que… la directora? —dijo al fin, todavía mirándome como si acabara de aterrizar de otro planeta.
No pude más. Sonreí.
—Como que he aceptado. Como que Jaime me llamó. Como que tienes delante a la mujer que va a convertir este sitio en el hotel boutique más bonito de la isla. Y como que lo del respeto era una broma, capataz.
Bruno siguió mirándome dos segundos más. Y de pronto algo explotó en su cara. Una mezcla de alivio, felicidad y deseo tan bestia que me echó a reír antes incluso de que reaccionara.
—Ven aquí.
No fue una petición.
Me agarró por la cintura, me alzó en brazos con una facilidad insultante y, antes de que pudiera protestar o soltar alguna ironía ejecutiva, me llevó hasta el montón de paja que usaban para los caballos y otros animales. Me dejó caer sobre él con un rebote blando, seco y ligeramente indigno.
—Bruno —solté entre risas—, esto pincha.
—Te aguantas. Te voy a perder totalmente el respeto.
Y volvió a besarme.
Esta vez con menos sobresalto y más intención. Con una lentitud hambrienta que casi era peor. Se tumbó sobre mí, sujetándose con un brazo para no aplastarme del todo, mientras la otra mano me recorría el cuerpo con una familiaridad que no había perdido ni un milímetro. Mi cintura. Mi cadera. El muslo. La curva del pecho. Como si durante todos aquellos meses me hubiera seguido aprendiendo de memoria en la distancia.
Yo hundí los dedos en su pelo, tirando de él un poco para cambiar el ángulo del beso. Quería más. Mucho más. Quería recuperar de golpe todo lo que nos habíamos negado, todo lo que habíamos aplazado, todo lo que no nos dejamos vivir por pensar demasiado.

Bruno bajó a mi cuello, besándomelo despacio, húmedo, mordiéndome apenas en ese punto donde sabía perfectamente que me desarmaba.
—¿Directora, eh? —murmuró contra mi piel.
—Mm.
—Muy jefa todo.
—Muchísimo.
Me sonrió sobre la boca, esa sonrisa suya pequeña y devastadora.
—Pues a ver cómo le explicas luego a tu equipo por qué has llegado y te he encontrado revolcándote en la paja como una delincuente rural.
—Diré que estaba haciendo una inmersión en el entorno —jadeé cuando su mano subió por mi muslo—. Investigación de campo.
Bruno soltó una risa baja, ronca, y volvió a besarme con esa alegría física de quien no solo desea, sino que celebra. Celebraba que yo estuviera allí. Que hubiera aceptado. Que ya no fuéramos una posibilidad suspendida, sino algo que por fin empezaba a tomar forma.
Sus manos se movían sobre mí con urgencia, sí, pero también con una especie de reverencia nueva. Como si tocarme fuera al mismo tiempo deseo y gratitud. Me abrió la camisa lo justo para besarme la piel, para dejar un rastro cálido por el escote, por el pecho, por el vientre. Yo me arqueé debajo de él, sintiendo cómo todo mi cuerpo despertaba de golpe, vivo, hambriento, rendido y feliz.
—No sabes cuánto he imaginado esto —me dijo, volviendo a mi boca.
—Pues deja de imaginar y sigue.
Él alzó la vista, divertido y encendido a la vez.
—Qué mandona.
—Es que ahora soy jefa. No lo olvides.
—Eso en el hotel. Aquí no.
—Calla.
Y volvió a besarme, sí, pero esta vez el beso fue solo el principio. Apenas el chispazo. Porque lo que de verdad estaba ocurriendo ya no cabía solo en nuestras bocas, sino en todo el cuerpo. En cómo me sujetó la cintura y me atrajo contra él. En cómo su respiración se

volvió más áspera al notar que yo no pensaba apartarme. En cómo, de pronto, ya no había ni un centímetro entre nosotros que no estuviera pidiendo más.

La paja crujió bajo mi espalda cuando Bruno terminó de acomodarse sobre mí, apoyando parte de su peso con cuidado, sin dejar de mirarme ni un segundo. Tenía los ojos encendidos, sí, pero también algo más hondo. Algo casi incrédulo. Como si todavía no terminara de asumir que yo estaba allí, debajo de él, habiendo vuelto no solo a la isla, sino a él.

Le acaricié la cara, la barba áspera, la nuca caliente.

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo? —murmuró, rozándome la boca, el cuello, la clavícula.

—Como si fueras a despertarte.

Bruno soltó una exhalación temblorosa, casi una risa. Luego enterró la cara un segundo en mi cuello y me estrechó más fuerte, como si aquella frase le hubiera tocado exactamente donde más vulnerable estaba.

—Es que todavía no me lo creo del todo —confesó.

Aquello me desarmó más que cualquier otra cosa. Porque en mitad de toda aquella urgencia seguía estando él, entero, sin esconderse. El hombre que me deseaba, sí, pero también el que había tenido miedo de perderme y ahora no sabía cómo manejar la felicidad de tenerme allí.

Le levanté la cara obligándolo a mirarme.

—Pues créetelo. Estoy aquí.

Y entonces sí. Entonces dejó de contenerse.

No fue brusco, ni salvaje, ni precipitado. Fue intenso de esa manera en que sólo puede serlo algo que lleva demasiado tiempo esperando suceder. Sus manos recorrieron mi cuerpo con una mezcla de hambre y cuidado que me hizo estremecerme entera. No me tocaba como quien conquista, sino como quien por fin llega a un lugar que conoce de memoria y, aun así, sigue venerándolo.

Yo también lo busqué. Por debajo de la camiseta, por la espalda, por la cintura. Quería sentirlo sin barreras, comprobar con las manos lo que llevaba tanto tiempo reconstruyendo con la imaginación. Cada

músculo en tensión, cada escalofrío, cada respiración rota cuando mis dedos se hundían en él.
—Selena… —mi nombre le salió como un ruego y una rendición al mismo tiempo.
No respondió con palabras porque no hacía falta. El cuerpo ya estaba hablando por nosotros de una forma mucho más sincera que cualquier conversación pendiente. Todo era respuesta. La manera en que me arqueé hacia él. La forma en que sus manos me deshicieron la ropa con una impaciencia contenida. El calor de su piel sobre la mía. El temblor que nos recorrió a los dos cuando, por fin, desapareció lo poco que seguía separándonos.
Sentí un vuelco profundo, físico, casi emocionalmente violento, cuando me abrió del todo a su presencia. No por la sorpresa, sino por el reconocimiento. Por esa sensación brutal de encaje, de cuerpo volviendo a cuerpo, de tiempo perdido reclamando de golpe todo su espacio.
Bruno se detuvo apenas un instante. Lo justo para buscarme la mirada.
Y en ese segundo vi tantas cosas en sus ojos que casi me dolió: deseo, sí; pero también ternura, alivio, una especie de devoción indomable y esa pregunta muda que solo existe cuando alguien te importa de verdad. *¿Sigues aquí?*
Asentí apenas, sin apartar la vista de él.
—Sí.
Fue todo lo que necesitó.
Entonces empezó a moverse conmigo, dentro de mí, y el mundo se deshizo. No hubo finca, ni trabajadores, ni calor, ni planes, ni Madrid, ni todo lo que nos había separado. Solo ese ritmo compartido que fue creciendo entre los dos como algo inevitable. A veces lento, casi insoportablemente lento, como si quisiera alargarlo para creerse que era real. A veces más hondo, más urgente, arrancándome el aire y el sentido.
Yo lo rodeé con las piernas, aferrándome a sus hombros, a su espalda, a cualquier parte de él que me permitiera sentirlo todavía más cerca. La paja pinchaba, sí. El sol debía de seguir cayendo a plomo fuera. Seguramente en cualquier momento alguien podía

llamarlo. Pero nada de eso importaba. Porque hacía mucho que no sentía algo tan entero. Tan descontroladamente entero.
Bruno escondió la cara en mi cuello cuando el placer empezó a volverlo menos preciso, menos dueño de sí mismo. Lo noté en cómo me apretó contra él, en cómo su respiración se rompía a pedazos, en la forma en que mi nombre empezó a escapársele como si yo fuera al mismo tiempo causa y remedio de todo.
Y yo me dejé ir con él. Sin reservas. Sin cálculo. Sin la menor intención de parecer digna, prudente o sensata. Después de todo lo que habíamos perdido por pensar demasiado, aquel abandono me pareció casi un acto de justicia.
Cuando el estremecimiento nos alcanzó, fue como si algo dentro de mí terminara de soltarse de una vez por todas. No solo el cuerpo. También el miedo. También la parte de mí que llevaba demasiado tiempo intentando controlar el desenlace de todo. Me agarré a él con fuerza mientras Bruno se rendía conmigo, temblando, hundido en mi cuello, respirando como si acabara de cruzar una frontera larguísima.
Nos quedamos así unos segundos. O un siglo. No sabría decirlo.
Él seguía sobre mí, sosteniéndose a medias con los brazos, sin aplastarme, pero sin querer alejarse tampoco. Yo le acaricié la nuca, empapada de calor, y luego la espalda, notando cómo poco a poco el temblor iba cediendo.
Bruno levantó la cabeza despacio y me miró. Tenía la boca hinchada, el pelo revuelto y una expresión tan abierta, tan felizmente desarmada, que se me contrajo el pecho.
—Madre mía —murmuró.
Solté una risa blanda, todavía sin aliento.
—Sí. Más o menos.
Él sonrió entonces. Una sonrisa pequeña, incrédula, casi infantil en mitad de toda aquella intensidad. Luego me apartó un mechón de la cara con una delicadeza que contrastaba tanto con lo que acabábamos de hacer que me dieron ganas de besarlo otra vez y no dejar de hacerlo jamás.
—Bienvenida a casa —dijo en voz baja.
Y fue esa frase, precisamente esa, la que terminó de romperme. Porque ya no sonó a promesa ni a fantasía. Sonó a verdad. A futuro.

A todo lo que por fin empezaba.

EPÍLOGO

Carta a la Selena de antes de Ibiza

Querida Selena:

Sé que ahora mismo crees que lo estás haciendo bien.

Tienes una vida bonita desde fuera. Un trabajo importante. Un sueldo que te permite no depender de nadie. Un piso precioso. Una agenda llena. La sensación de estar construyendo algo sólido a base de esfuerzo, ambición y cafeína.

Y no, no te equivocas del todo.

Solo hay un problema.

Te estás dejando fuera de tu propia vida.

No porque seas débil. Ni porque no sepas quién eres. Sino porque llevas tanto tiempo sobreviviendo con elegancia que ya no distingues el éxito del adormecimiento.

Vas a pensar que lo más peligroso que puede pasarte en Ibiza es enamorarte de un hombre que te desordena entera.

No.

Lo más peligroso va a ser descubrir que hay una versión de ti mucho más viva esperándote allí.

Una que no necesita fingir que todo está bajo control. Una que no se esconde detrás del trabajo. Una que no confunde independencia con distancia emocional. Una que, por fin, entiende que no se trata de elegir entre el amor y una misma.
Se trata de no volver a abandonarse.
No te voy a engañar: la vas a cagar. Vas a pensar demasiado. Vas a perder tiempo por miedo. Y aprenderás, de la peor manera, que a veces la vida no espera a que una termine de ordenar sus sentimientos.
Pero también vas a aprender algo más importante.

Que no todas las decisiones valientes parecen valientes al principio. Que a veces echar raíces da más miedo que marcharse. Y que hay lugares en los que una no llega para perderse, sino para encontrarse.

Ve.

Aunque no lo entiendas. Aunque te asuste. Aunque una parte de ti siga creyendo que controlarlo todo es la única forma de no romperte.

Ve a Ibiza.

No porque allí te espere un final feliz. Sino porque allí empezarás, por fin, a vivir despierta.

Con cariño,

la Selena que dejó de huir.

Lo que piensas de esta historia,
importa más de lo que crees:

me encantaría saberlo.

Para ti son solo unas palabras.
Para mí… significan muchísimo.

Si puedes dedicar unos minutos a dejar una reseña,
me ayudas más de lo que imaginas.

Escanéame para dejar tu reseña.



Gracias por estar aquí

Si esta historia te ha hecho sentir
algo, tengo más esperándote:

Trilogía mariposas
Una historia sobre el primer amor… y todo lo que deja cuando se va.

Pies, para qué os quiero
Cuando la vida se desordena… y alguien aparece para complicarlo aún más.

Al otro lado del teléfono
Una historia de amor que empieza sin verse… pero sintiéndose demasiado.

Navidad en chanclas

Porque no todas las navidades son como esperas…
y algunas son mejores así.

Agradecimientos

Esta novela, como todas las que he escrito, tiene mucho de mí. Y quienes me conocen probablemente se verán reflejados, o me verán a mí, en muchos de sus rincones.
Yo también he sentido ese miedo del que habla Selena. Ese que te paraliza justo cuando estás a punto de salir de tu zona de confort. Ese que te empuja a quedarte donde todo es seguro… aunque ya no te haga feliz. Ese que, de alguna forma, te aleja de lo que eres para mantenerte en lo que conoces.
Con el tiempo he entendido algo importante: no se trata tanto de las raíces, sino de estar bien allá donde estés. De no intentar controlarlo todo. De no planificar cada paso como si la vida fuera un Excel perfecto. Porque no lo es. Nunca lo será. La vida, al final, siempre te lleva por otros caminos. Y sí, eres tú quien decide… pero decidir también implica lanzarse, equivocarse, volver a empezar.
Eso hice yo.

Elegí Ibiza. Porque allí están mis raíces. Porque allí está mi hogar. Y porque le debía una historia.
Quería enseñarte que Ibiza no es una etiqueta. No es solo una isla de verano, de fiesta y de paso. Ibiza es mucho más. Es tierra, es calma, es hogar, es gente que se queda cuando todo el ruido desaparece. Es vida, incluso cuando parece que se detiene.
Gracias, mamá, por darme siempre alas. Por dejarme volar incluso cuando sabías que podía caer. Por confiar en mí más de lo que yo lo hacía. Por enseñarme que equivocarse también forma parte del camino.
Y a ti, lectora.
Gracias por elegir esta historia. Por quedarte. Por sentir.
Ojalá entre estas páginas hayas encontrado un pedacito de Ibiza. Un poco de emoción. Alguna carcajada. Y, sobre todo, el empujón que a veces necesitamos para atrevernos.
A atrevernos con todo. A cambiar de rumbo. A dejar un trabajo. A empezar de nuevo. A elegir distinto.
Porque al final, aunque la vida se empeñe en sorprenderte… eres tú, y solo tú, quien decide cómo vivirla.

Alejandra Ferrara.